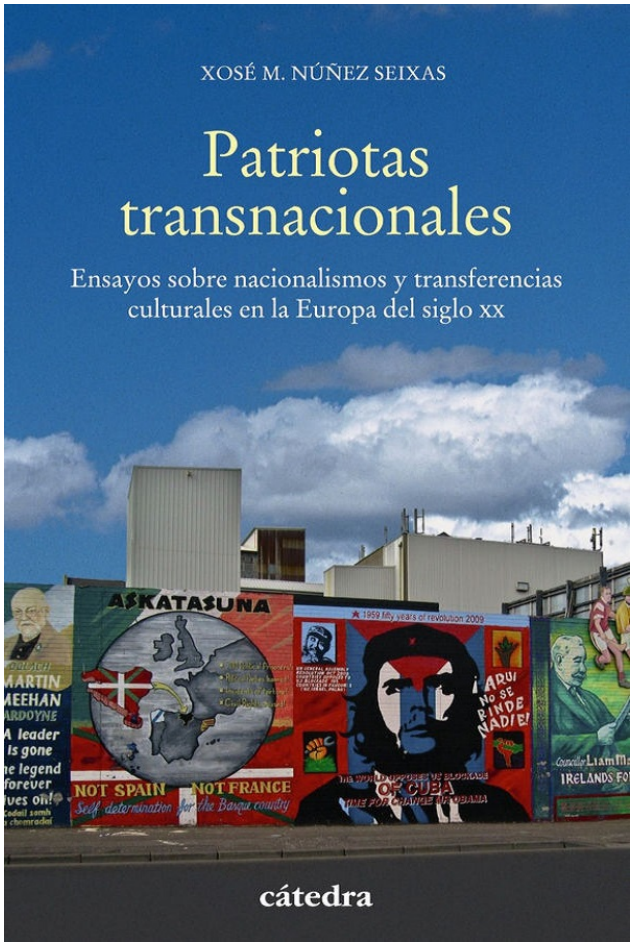
XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

Patriotas transnacionales

Ensayos sobre nacionalismos y transferencias culturales en la Europa del siglo xx

cátedra


XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
Patriotas transnacionales
Ensayos sobre nacionalismos y transferencias culturales en la Europa del siglo xx
ASKATASUNA
NOT SPAIN
NOT FRANCE
Self-determination for the Basque country
cátedra

Xosé M. Núñez Seixas

Patriotas transnacionales

Ensayos sobre nacionalismos y transferencias culturales en la Europa del siglo XX

CÁTEDRA

Índice

PRÓLOGO (Enric Ucelay-Da Cal)

PREFACIO

CAPÍTULO PRIMERO. Una reflexión transnacional sobre la historiografía de las naciones y de los nacionalismos en Europa (siglos XIX-XX)
- Conceptos de nacionalismo entre «Oeste» y «Este»
- Algunos problemas de comparación
- Por un análisis transnacional del nacionalismo

CAPÍTULO II. La I Guerra Mundial y la cuestión de las nacionalidades en Europa (1914-1918)
- La cuestión de las nacionalidades hasta 1914
- La «Guerra de las Naciones»
- La *Union des Nationalités*
- ¿Wilson versus Lenin?
- El wilsonismo y la realidad

CAPÍTULO III. La idea de la «Europa de los pueblos» en el período de entreguerras (1918-1939)
- Federalismo, nacionalismo y la «Europa de los pueblos»
- El europeísmo nacionalitario y profascista: *Peuples et Frontières* (1936-1939)

CAPÍTULO IV. Los nacionalismos subestatales, la unificación europea y el mito de la soberanía: algunas reflexiones
- El sueño de la Europa de las Regiones
- Efectos demostración de Este a Oeste
- El retorno del Estado-nación
- Dilemas soberanistas del siglo XXI
- Epílogo posnacional

CAPÍTULO V. Del espejo irlandés a la fascinación anticolonial: modelos transnacionales de liberación nacional en Europa occidental, 1900-1970
Imitar, transferir, difundir
El nacionalismo tercermundista transcontinental
Olas recientes

CAPÍTULO VI. Ecos de Pascua, mitos rebeldes: el nacionalismo vasco e Irlanda (1890-1939)
Miradas vascas sobre Irlanda (1880-1916)
Ecos vascos de Pascua (1916-1920)
¿Inspirándose en los irlandeses? (1921-1930)
Irlanda y la Euskadi republicana y en guerra (1931-1937)
Conclusión

CAPÍTULO VII. ¿Negar o reescribir la Hispanidad? Los nacionalismos subestatales ibéricos y América Latina, 1898-1936
Modelos de nación entre el Caribe y la metrópoli
Reconstruir vínculos tras el Desastre
Los vascos Iturbide y Bolívar
El Colón gallego y el vasco Lope de Aguirre
América-Europa: una influencia limitada
Imperialismos alternativos desde la periferia hispánica
Marruecos no es Latinoamérica

CAPÍTULO VIII. Una nueva Iberia: Portugal y los nacionalismos catalán y gallego (1850-1950)
¿Dos naciones ibéricas o varias regiones ibéricas?
El catalanismo y Portugal: el iberismo tripartito y un imperio multinacional
El nacionalismo gallego y Portugal: espejos invertidos

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Prólogo

Vivimos en tiempos *trans*. Esa es la principal percepción relevante del libro *Patriotas transnacionales* del conocido historiador Xosé Manoel Núñez Seixas. Consiste, según su autor, en *Ensayos sobre nacionalismos y transferencias culturales en la Europa del siglo XX*. Pero leemos sus escritos —sus «estudios de caso»— desde un futuro que sus protagonistas no imaginaron, para nada.

Bajo el ritmo *trans,* todo lo que se hace movimiento social toma el patrón o el comportamiento de un «nacionalismo». Se insiste en que se trata de una gente muy específica, con estandarte propio para señalarse y así marcar su territorio social. La exigencia del pabellón ondeante al viento trae el afán épico como explicación frente a toda duda o pregunta crítica. Se añade la insistencia en idealizar la vinculación misma como un todo. No se necesita mucho más para tener un «nacionalismo».

Visto desde el presente, el ejemplo sexual es el más obvio, tanto desde el enraizamiento de la confusión *trans* personal como del ansia dolorosa de lograr una definición pública del ser genuino a la vez individual y colectivo. Ya en el siglo XXI, no se supone una polaridad entre lo masculino y lo femenino, sino que se entiende que hay una graduación de muchos matices. Los movimientos LGT se han visto obligados a añadir más letras a sus siglas. Así, las personas que son *intersexuales* requieren su reconocimiento específico (LGBTI), igual que quienes se definen como *queer* (LGBTQ), o pansexuales (LGBTP), o asexuales (LGBTA), dando origen a una larga sigla acumulativa LGBTQIA, entre otras posibles o pendientes, pues siempre hay más autenticidades que explicitar. Asimismo, las comunidades de personas transexuales y transgénero han sostenido que, por su complejidad, no corresponde fusionarlas en una sola letra, sino escribir la sigla simple con doble *te* (LGBTT). Esta tendencia a agregar más y más letras para incorporar a nuevas comunidades, según se autoinventan o

toman conciencia de sí mismas, ha dado lugar también a la utilización persistente del signo LGBT, pues la autenticidad puede ser vivida como unitaria o federal.

La bandera gay fue creada por el diseñador Gilbert Baker en 1978, primero con seis franjas, luego con siete, finalmente con ocho, para volver por razones prácticas a las seis originales. Esos seis colores, todos bien explícitos visualmente (con sentido simbólico genérico, según el cual el violeta representa espíritu, el azul serenidad, y así sucesivamente), se enfrentan desde 2002 a una enseña *trans,* bosquejo de Jennifer Holland, que enfatiza la suavidad de los cambios con franjas de azul pálido y de rosa, con el blanco —partido, matizado— intermedio. Como decíamos: especificidad y unidad superior, siempre.

Tiempos *trans* traen consigo, cómo no, una historiografía dispuesta a replantear las cosas. Las categorías claras de antaño se revelan una confrontación hoy algo artificial. Se necesita una mirada nueva del pasado desde el presente.

Para empezar, queda claro que el nacionalismo es una forma muy social de deseo. De entre la gama de ideologías que han atravesado el siglo XX para recriarse o recrearse entre nosotros, puede que sea la forma política más clara, la que haya sobrevivido mejor. El amor entre el «nosotros» nacional debería superar cualquier tensión social. El impulso puede ser de conquista, dominio, exclusión agresiva, o puede ser de defensa ante la imposición ajena. Con un matiz interpretativo a una palabra normal —*Sehnsucht*— los románticos alemanes lo compararon con una mística flor azul que crece, inalcanzable, en los montes más altos. La aspiración se identificó con la imposibilidad de alcanzar el objetivo de ese mismo anhelo.

En este libro se nos habla de nacionalismos muy en concreto. Experiencias políticas precisas, que permiten una lectura histórica desde fuera, con mirada bien amplia. Nos guía Xosé M. Núñez Seixas, probablemente el más destacado estudioso de nacionalismos europeos salido de un marco español. Al tema, él ha aportado el énfasis de su propia trayectoria vital y de su personal perspectiva. Cuando le conocí por primera vez, allá por 1988, su intensa mirada se mantenía en su origen galaico y le fascinaban las contradicciones del galleguismo, sus enfrentamientos con el

españolismo, sobre todo el del «Alzamiento Nacional» de 1936. Hoy, treinta años después, en el libro se refleja el hecho de que su lengua casera, su intimidad, ha sido el alemán durante un cuarto de siglo. No es una crítica. Sencillamente, es un hecho que ofrece al lector una mirada privilegiada.

Presentamos por tanto un historiador lejano al tópico, distante de la fascinación del terruño pero también ajeno a la supuesta trascendencia de la patria oficial y estatal. Hace falta —indica el autor— observar más pasados que aquellos a los que la vida cívica y política nos tiene acostumbrados. ¿En qué idioma pensamos, la mayoría del tiempo, si somos trilingües (o más)? Y —dicho para quienes no lo sean— a espabilar, que el siglo XXI ya ha demostrado que está —y seguirá estando— lleno de sorpresas, de mezclas de gente que no cesarán. El pasado nunca dejará de reimaginarse el porvenir. Muchos de los fenómenos que describe Núñez Seixas soñaron con controlar el destino y fallaron.

Hay muchos matices en la mirada de Núñez Seixas, y resultado bien lógico es que su más reciente recopilación de ensayos o estudios propios reivindique la *transnacionalidad* y el *transnacionalismo*. El pasado y el presente se cruzan y a veces hasta se saludan, camino del futuro. Sabemos hoy ya que, desde la historia como campo de investigación, podemos ir en las dos direcciones, hacia atrás, hacia delante, o incluso hacia las dos a la vez. También entendemos paradojas del saber histórico: para frustración del lector que quiere «los hechos» inamovibles, nunca quedará del todo claro de qué hablamos exactamente, pues nuestro enfoque es móvil, varía según el tiempo en el que nos encontremos nosotros y aquel en el que residan nuestros sujetos de estudio.

Así pues, seguimos a Xosé Manoel en su paseo intelectual y aprendemos —con él, de él— la mutabilidad de la gente transformada. Esos predecesores que él no narra dictaron (en parte, más o menos) qué y quiénes somos y, más, algo de la naturaleza mental de nuestros herederos y de sus ideales.

Nos enseña que siempre se ha vivido el cambio, aunque no se lo creyeran los que se entusiasmaban con la búsqueda de su ser colectivo

auténtico. Pero también nos indica que todo se acelera a buen ritmo a nuestro alrededor.

Vale la pena acompañarlo en la lección.

ENRIC UCELAY-DA CAL
Barcelona, octubre de 2018

Prefacio

Se reúnen en este volumen siete artículos publicados entre los años 2008 y 2017 en castellano, portugués e inglés en diversas revistas y volúmenes colectivos de Europa y América, más un ensayo inédito presentado a un simposio celebrado por la Universidad de Ámsterdam en 2012. Todos ellos tienen un denominador común: la compleja relación entre nacionalismo y transnacionalismo, entre reivindicaciones de la nación particular y su imbricación con dinámicas globales, tanto europeas como mundiales, definidas bien por *momentos* de especial relevancia internacional, como la I Guerra Mundial, o bien por las transferencias culturales, ideológicas y simbólicas entre diversos movimientos nacionalistas. Son temas abordados en parte por el autor desde sus primeros pasos como investigador en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, cuando realizaba su tesis doctoral acerca de la cuestión de las minorías nacionales en la Europa de entreguerras, y que dieron lugar en su momento a diversas publicaciones. Solo que ahora abordan temáticas nuevas, o reexaminan algunas de las tratadas en épocas pasadas a la luz, precisamente, de los paradigmas de la historia transnacional. Hemos intentado, por ello, no limitarnos a ofrecer vino viejo en odres nuevos, sino repensar varias de las categorías utilizadas en el pasado, a la luz de la evolución de la historiografía en los últimos 25 años.

Bajo ese común denominador, los ensayos aquí recogidos abarcan diversas temáticas, desde lo global a lo particular. Los cinco primeros capítulos constituyen intentos de interpretaciones comparativas, principiando por una reflexión historiográfica y teórica a vuelo de pájaro sobre la relación entre nacionalismo e historia transnacional (capítulo I), a la que sigue una interpretación del impacto de la I Guerra Mundial sobre la cuestión de las nacionalidades en Europa (capítulo II). A continuación, nos ocupamos de los orígenes del difuso concepto de la «Europa de los

pueblos», de amplio uso entre los nacionalismos subestatales de Europa occidental desde la década de 1970, remontándonos a los debates teóricos alrededor de la relación entre la cuestión de las nacionalidades y la idea de Europa durante el período de entreguerras (capítulo III); y abordamos, en una línea convergente con el anterior, la evolución de los nacionalismos subestatales en la posguerra y su relación con la Unión Europea, así como el reforzamiento de demandas soberanistas desde principios del siglo XXI (capítulo IV). Concluimos esta parte con una panorámica acerca de la circulación de modelos ideológicos, patrones estratégicos y dimensiones simbólicas entre los diversos movimientos nacionalistas europeos y de otros continentes (capítulo V).

En una segunda parte nos ocupamos de diversos nacionalismos ibéricos y sus vinculaciones transnacionales. En el capítulo VI, volvemos sobre un tema que ya hemos tratado con anterioridad, pero ahora profundizado con otras perspectivas teóricas y nuevas fuentes: la relevancia del nacionalismo irlandés, y en especial de la sublevación de Pascua de Dublín en abril de 1916, para la evolución de un amplio sector del nacionalismo vasco. A continuación, se aborda una dimensión poco explorada de los nacionalismos subestatales ibéricos como es su relación con Latinoamérica y su interrelación, interpretación y recepción de influencias procedentes de los diversos nacionalismos de la América hispana, en particular de Cuba, pero también de otros países (capítulo VII). Finalmente, concluimos el volumen con una panorámica comparativa de los proyectos iberistas alternativos de los nacionalismos catalán y gallego hasta la guerra civil, así como de su recepción o retroalimentación por parte portuguesa (capítulo VIII).

Cada capítulo corresponde en esencia a los planteamientos y estado de la cuestión historiográfica del momento en que fue escrito. Hemos optado por no alterar en lo sustancial lo entonces afirmado, y nos hemos limitado a eliminar redundancias excesivas, así como a corregir algunos errores factuales o añadir aquí y allá algún detalle relevante. También hemos procedido a actualizar la bibliografía de forma somera, pero también a depurar algunos de los capítulos de erudición académica, para agilizar la lectura del conjunto. Esperamos que el resultado sea del agrado del público

lector, y que las inevitables líneas de fuga que cada uno de los capítulos sugiere permitan, con todo, ver el bosque entre el ramaje, y las líneas directrices que dan sentido a algunas de nuestras preocupaciones temáticas, teóricas y metodológicas en los últimos dos lustros.

La nómina de colegas que a lo largo de estos años han contribuido de forma directa o indirecta con sus reflexiones, críticas y sugerencias a enriquecer cada uno de los capítulos de este libro es bien extensa. Me limitaré a citar aquí a Stefan Berger, Laurence Cole, Josep M. Fradera, Miroslav Hroch, Tudi Kernalegenn, Joep Leerssen, Ludger Mees, Javier Moreno, Santiago de Pablo, Xosé Ramón Quintana Garrido, Anne-Marie Thiesse, Balazs Trencsenyi, Enric Ucelay-Da Cal, Maarten Van Ginderachter y Ramón Villares. El apoyo del grupo de investigación de la USC *Historia política e dos nacionalismos* (HISPONA) fue fundamental para facilitar el proceso de corrección del manuscrito, incluida la traducción al castellano de algunos capítulos. Al amable interés de Ricardo García Cárcel debo el impulso para reunir estos ensayos en un libro. Finalmente, Raúl García Bravo tuvo a bien esperar el manuscrito y acogerlo en la editorial Cátedra con calidez y profesionalidad.

Xosé M. Núñez Seixas
Ox Ánxeles (Brión), marzo de 2018

Capítulo primero

Una reflexión transnacional sobre la historiografía de las naciones y de los nacionalismos en Europa (siglos XIX-XX)[1*]

¿Hay o ha habido una diferencia sustancial en términos históricos entre el nacionalismo europeo «oriental» y el «occidental»? Y, en relación con ello, ¿tiene sentido la dicotomía entre el nacionalismo étnico y cívico, atribuyéndola a ciertas zonas de Europa de acuerdo con nuestros propios «mapas mentales», como historiadores o científicos sociales? Este capítulo pretende explorar las implicaciones de estas cuestiones derivadas del duradero fenómeno de la identidad nacional y del nacionalismo en la historia de la Europa contemporánea. Dada la estrecha vinculación entre nacionalismo e historia nacional, y el hecho de que la historia como disciplina académica estuvo ligada en buena medida a la justificación de las naciones modernas, cabe explorar desde una perspectiva transnacional los entramados territoriales persistentes en buena parte de la literatura académica para abordar una cuestión fundamental: la existencia de una auténtica «vía europea» en el estudio del nacionalismo y las identidades territoriales (Chakrabarty, 2000; Woolf, 1991; Smith, 1993; Baycroft, 2006; Berger, 2015).

Conceptos de nacionalismo entre «Oeste» y «Este»

Como saben bien los estudiosos del nacionalismo, el concepto de nación y las definiciones de nacionalismo no han sido entendidos de la misma manera por los científicos sociales y tampoco por los historiadores de Europa oriental y occidental. Se atribuyeron significados diferentes a los

propios términos «nación» y «nacionalismo» y, por lo tanto, a la realidad —o a los fenómenos reificados— que aquellos debían definir. Las distinciones arquetípicas no solo variaron de Este a Oeste, sino que también fueron objeto de interpretaciones divergentes entre los diferentes dominios historiográficos y lingüísticos del Viejo Continente y de América. Para algunos historiadores y sociólogos, «nacionalismo» sería un concepto normativo vinculado con la exclusión étnica y una ideología reaccionaria, cuyo principal objetivo sería la homogeneización etnocultural de comunidades políticas previamente establecidas; por el contrario, la «nación» sería un término neutro ligado a la pertenencia voluntaria a una comunidad de ciudadanos, así como al apego emocional a esa comunidad (patriotismo). Para otros autores, nacionalismo sería sin embargo la afirmación política y cultural de la existencia de una nación en el espacio público; y, por tanto, libre de significados normativos por sí mismos. Las diferentes concepciones de nacionalismo y de nación, dentro de su polisemia, no pueden circunscribirse en exclusiva a espacios determinados.

En la actualidad, los estudios sobre los nacionalismos tienden a cuestionar el acentuado contraste delineado por la investigación hasta fines del siglo XX, que distinguía entre conceptos de nación «étnicos» y «cívicos», o entre las concepciones «subjetivas» y «objetivas» de la nación. Por el contrario, desde los años noventa impera un creciente consenso académico en que, desde sus propios inicios, ambas versiones de la nación estuvieron profundamente interrelacionadas, como así demostraría la evolución y comparación de los conceptos de ciudadanía en los distintos Estados nacionales del continente europeo (Smith, 1991: 13; Brown, 2000; Özkirimli, 2005; Shulman, 2002; Reeskens y Hooghe, 2010). Las naciones «cívicas» y las naciones «étnicas» pueden haber existido como tipos ideales, pero no como realidades operativas que influyeron en la acción colectiva y la agencia del Estado o de los movimientos nacionalistas. En otras palabras, los conceptos de nacionalismo supuestamente «étnico-orientales» y «cívico-occidentales» se superponen con frecuencia dentro de la matriz ideológica y cultural de cada movimiento nacionalista, o de las distintas políticas de construcción nacional *(nation-building)* promovidas por el Estado. Aunque los «mapas mentales» de los observadores coetáneos

en el pasado, y de los historiadores en el presente, tienden a atribuir categorías en consonancia con los ejes geográficos (Norte-Sur, Este-Oeste), en la práctica es difícil señalar ejemplos clásicos de nacionalismo a lo largo de estas líneas imaginarias. Por ejemplo, es problemático ubicar el nacionalismo alemán, tal vez el modelo más influyente de construcción de una identidad nacional en Europa, en términos de división entre Este y Oeste y, por lo tanto, de postulados y usos «civilizados» (Dann, 1993; Langewiesche, 2000; Bergem, 2005).

Siguiendo a Maria Todorova y Larry Wolff en sus trabajos sobre la invención occidental de los estereotipos sobre Europa oriental y los Balcanes, se puede considerar que la ubicación de las fronteras imaginarias de la «Europa» delineadas por la Ilustración en el siglo XVIII era lábil, y dependía sobre todo de la definición del concepto de «civilización» (Wolff, 1994; Todorova, 1997; Schenk, 2002: 493-514). A su vez, este aspecto también condicionó la reinvención constante de la frontera geográfica entre un nacionalismo «occidental», supuestamente cívico y civilizado(r), y un nacionalismo «oriental», étnico e incivilizado. Las tipologías clásicas del nacionalismo elaboradas desde el fin de la I Guerra Mundial, culminando en la magna obra de Hans Kohn, también insistieron en deslindar un concepto de nación occidental (cívico) y otro oriental (étnico)[2]. Esas percepciones se reforzaron durante las décadas de 1920 y 1930, como se expresó, por ejemplo, en las desiguales políticas del sistema de protección de minorías étnicas promovida por la Sociedad de Naciones, y que se perpetuaron durante la Guerra Fría (Núñez Seixas, 2001a; Fink, 2004; Weitz, 2008; Beer y Dyroff, 2014). Durante las guerras de secesión yugoslavas de la década de 1990, y aunque varios historiadores y politólogos cuestionaron la predominante convicción de que esos conflictos etnonacionales surgiesen sin más de supuestos odios étnicos ancestrales, la opinión pública europea tendió a trazar una divisoria imaginaria entre nacionalismos más aceptables y menos aceptables, que discurría de modo casi paralelo a lo que había sido la frontera tradicional de la monarquía de Habsburgo, y con ella a la antigua línea de defensa erigida por la Europa cristiana contra la expansión del Imperio otomano desde fines del siglo XVIII[3].

Esas percepciones se vinculaban a su vez con una distinción convencional y mantenida por la historiografía, relativa a los diferentes ritmos de evolución del Estado-nación. Mientras que en la parte occidental de Europa imperaría un modelo «francés» de Estado-nación, en el Este del continente pervivían imperios multiculturales y multiétnicos hasta 1917-1918, cuyos fundamentos básicos de legitimidad política eran la lealtad dinástica y la confesión religiosa. Tras la caída de unos imperios considerados a menudo como comunidades políticas tolerantes, el odio étnico y el nacionalismo intolerante habrían propagado las semillas del segundo conflicto armado de 1939-1945. Con todo, la historia interna de esos imperios con anterioridad a la Gran Guerra mostraba que sus dinámicas territoriales internas distaron de estar presididas por la idílica convivencia multicultural. Basta pensar en la política de rusificación emprendida por el imperio zarista y aplicada por primera vez en el Cáucaso desde mediados del siglo XIX, y más tarde extendida a otras partes de su territorio; o en los intentos fallidos de «germanización» de la parte austríaca, y de magiarización de la mitad húngara, del imperio de los Habsburgo desde el Compromiso *(Ausgleich)* de 1867 (Miller, 2003). Todas esas políticas de homogeneización cultural fueron consideradas por los gobernantes imperiales como un correlato obligado del proceso de modernización económica y política: imitaban el modelo occidental francés, donde el *demos* político que formaba la nación ya estaba presente desde el Antiguo Régimen y había sido heredado de la vieja monarquía, y donde la homogeneidad cultural de la nación había sido construida a iniciativa del Estado, a través de un proceso sistemático de nacionalización desde arriba, apoyado desde 1871 por una nueva legitimidad republicana que retomaba los orígenes revolucionarios de la nación.

Cabe, sin embargo, relativizar algunas de estas asunciones. La visión del modelo francés de construcción nacional como una historia de éxito es en buena medida un espejismo transmitido por la historiografía, tanto francesa como no francesa, según han señalado estudios recientes. Además, el conflicto étnico interno también acompañó la evolución de los procesos de construcción de estados y naciones en Europa occidental, con la excepción del Portugal continental. Lo que igualmente afectaría a Francia,

donde, desde hace ya algunos años, los historiadores presentan cada vez más problemático e incierto el camino de la nacionalización en Francia, yendo más allá de la historiografía clásica[4]. En realidad, la guerra y la violencia, aunque no siempre acompañadas por la limpieza étnica y desplazamientos forzosos de poblaciones, no estuvieron ausentes en Europa occidental para consolidar Estados-nación liberales; y esa violencia también se exportó a las poblaciones colonizadas en otros continentes (Laitin, 2007; Ther, 2011). No menos importantes, a este respecto, han sido las perspectivas poscoloniales sobre el nacionalismo europeo y los enfoques transnacionales y globales, que han ofrecido una comprensión diferente de la historia de los Estados europeos y de las supuestas diferencias entre los modelos de Europa occidental y oriental.

También cabe señalar otras semejanzas entre Oriente y Occidente. Aunque se ha afirmado que el modelo oriental de construcción de las identidades regionales o subnacionales tenía más que ver con el patriotismo territorial supraétnico o *Landespatriotismus,* el peso de las doctrinas corporativas o la lealtad dinástica, la historiografía reciente tiende a resaltar las similitudes entre los procesos «oriental» y «occidental» de territorialización de las regiones, las identidades sociales y las políticas. La región, la *petite patrie,* la *Heimat* y la *rodina* pueden haber tenido más elementos en común de lo que se ha supuesto con anterioridad. Con todo, la elaboración de un paradigma común para los regionalismos en Europa oriental y occidental —e incluso dentro de los límites de una zona geográfica más o menos compacta— sigue constituyendo una asignatura pendiente para la historiografía[5].

En resumen, cualquier comparación intercultural de gran alcance que aborde la dinámica histórica de los procesos de construcción de la nación y de desarrollo del nacionalismo en Europa no puede escapar a una conclusión preliminar: no existen áreas geográficas nítidas, donde pueden identificarse formas «adecuadas» y características de construcción de la nación y del nacionalismo. Nacionalismos étnicos y cívicos, o una combinación variable de ambos, se pueden encontrar en toda Europa. Lo que los hacía y hace diferentes son las condiciones en que el nacionalismo y las identidades territoriales surgieron y se desarrollaron.

A pesar de lo anterior, buena parte de las visiones globales de la historia del nacionalismo en Europa, así como la mayoría de las comparaciones históricas entre Europa occidental y oriental, han apuntado a una serie de diferencias generales. El enfoque en el desarrollo desigual de los nacionalismos y las naciones sugiere que estas diferencias realmente tienen menos que ver con la supuesta especificidad estructural «étnica» de Europa oriental que con peculiaridades cronológicas. La «complejidad étnica» de la parte oriental del continente —aunque no se puede ignorar la naturaleza específica y dispersa de algunos patrones de asentamiento étnico de las poblaciones de Europa oriental— ha sido menos relevante que las ventajas comparativas de que han disfrutado algunos Estados-nación de Europa occidental, incluyendo la constitución —ciertamente acompañada también de coerción— del Estado liberal como un elemento «simplificador» del paisaje etnopolítico, así como el papel de los imperios transcontinentales y/o oceánicos como constructores de naciones. El imperio podía ser un poderoso medio de construcción de la nación metropolitana[6], aunque pudiera también funcionar en el sentido opuesto, desgastando la cohesión de la identidad nacional de su *centro étnico* europeo, como en la experiencia española de 1898-1936 y, posteriormente, en los casos británico y francés, tras la descolonización de la posguerra. Igualmente, las políticas seguidas en los territorios coloniales desde finales del siglo XIX también indicaban que los marcadores étnicos eran fundamentales para establecer jerarquías entre súbditos y ciudadanos; en este sentido, los nacionalismos de Europa occidental podrían ser en sus colonias tanto o más exclusivistas y primordialistas que los de Europa oriental (Gammerl, 2010).

En términos generales, también se suponía que un factor de diferenciación aún mayor entre Este y Oeste era la propagación comparativamente más amplia y más rápida de la modernización económica en las sociedades occidentales. Eso afectaba a las condiciones en que se desarrollaron los proyectos nacionalistas, tanto por parte de los Estados-nación como de los nacionalismos subestatales. Pero un papel crucial se reservaba siempre para el Estado nacional. Una vez más, el modelo francés de construcción de la nación con el objetivo de difundir una identidad homogénea a través de la escuela, el servicio militar, la difusión de una

interpretación canónica de símbolos, la historia nacional y los marcadores culturales ejerció una influencia notable sobre los nuevos «Estados nacionalizadores» que surgieron tras 1918 (Brubaker, 1996).

A partir de la década de 1960, la historiografía centroeuropea argumentó con frecuencia que los convulsos conflictos étnicos que habían caracterizado a la región durante el período de entreguerras tenían origen en la adopción de un modelo exótico e inadecuado de construcción nacional, importado de Europa occidental, que no ofrecía soluciones prácticas para la acomodación interna de la extraordinaria diversidad etnocultural que caracterizaba a la región. Expresado de otro modo, las raíces de la supuesta intolerancia étnica que habría caracterizado la historia reciente de Europa oriental estarían relacionadas con su imitación mimética de políticas de nacionalización inspiradas en el modelo occidental. Algo semejante, aunque va más allá de los propósitos de este artículo, puede afirmarse acerca de la imitación directa del modelo francés de construcción de la nación de finales del siglo XIX por las élites latinoamericanas para construir nuevos Estados-nación antes de 1910, o a la inspiración de las élites nacionalistas africanas, tomada de los modelos europeos, para construir sus nuevos Estados-nación independientes después de 1960[7].

En fin, también es un lugar común afirmar que antes y después de 1939 la cuestión de las minorías étnicas en Europa del Este tuvo un desarrollo y una evolución distintos que en Europa occidental, donde no existirían fenómenos similares a, pongamos, los alemanes de los Sudetes o los magiares de Transilvania. Así, la cuestión de las nacionalidades no habría desempeñado el mismo papel desestabilizador en la política internacional que en Europa oriental, lo que se debió en parte a un motivo principal: los Tratados de Minorías establecidos por la Sociedad de Naciones entre 1919 y 1924 no se extendieron a Europa occidental, incluyendo Alemania o Italia, debido a la convicción apriorística que reinaba entre los vencedores y los hombres de Estado reunidos en la Conferencia de Paz de Versalles de que en esa área ya estaba presente una tradición de gobierno civilizado. Sin embargo, la coercitiva política de asimilación cultural aplicada por la Italia fascista en Tirol del Sur —en la escuela y la administración, pero también en detalles tan banales como la italianización forzosa de los patronímicos—

y en las áreas fronterizas de lengua eslovena en el Friuli también debería haber merecido la atención de la SdN, del mismo modo que lo hacían situaciones análogas en Polonia o Hungría[8]. Lo mismo podría afirmarse de algunos aspectos de la política de asimilación cultural francesa en Alsacia-Lorena tras 1918, o de la política de represión cultural en el ámbito educativo por parte de la dictadura de Primo de Rivera contra las reivindicaciones catalanas, vascas y gallegas (Quiroga, 2008). El hecho de que procesos de limpieza étnica y deportaciones forzosas de población tuviesen lugar en Europa oriental desde 1944-1945 en una escala hasta entonces inimaginable en Europa occidental no era consecuencia de un determinismo estructural y con el característico «panorama étnico» de las zonas afectadas, sino de la geopolítica continental y las contingencias de la guerra mundial[9].

Las asimetrías cronológicas en los ritmos de las evoluciones políticas y económicas, pero también en ocasiones meros factores contingentes, tuvieron una mayor relevancia a la hora de comprender los caminos divergentes de la construcción de la nación en Europa oriental y occidental. En primer lugar, el surgimiento y consolidación relativamente precoz de la ciudadanía como criterio de legitimidad social y participación política en el núcleo de Europa occidental. En segundo lugar, la diversidad etnográfica de buena parte de Europa occidental se había simplificado de modo gradual durante el período anterior a 1914-1918, sin llegar a una homogeneización absoluta. Tal vez la diferencia principal fuese que la diversidad étnica en Europa occidental no siempre estuvo ligada a la superposición caprichosa de diversos grupos étnicos en un mismo territorio, o a la distribución del mismo grupo étnico a ambos lados de una frontera estatal: las «minorías de frontera» en Europa occidental, aunque existentes, no eran tan relevantes como en Europa oriental, con lo que la percepción de la diversidad etnonacional interna no siempre se asociaba a una amenaza externa a la seguridad y supervivencia del Estado (Kymlicka, 2005; Obradovic, 1997: 73). En tercer lugar, la existencia previa de una poderosa tradición de centralización administrativa y gubernamental, y las fuertes continuidades entre las identidades nacionales premodernas y los Estados-nación formados durante las revoluciones liberales, llevaron a que los procesos de

asimilación cultural, con mayores o menores grados de coerción, fuesen más exitosos en buena parte de Europa occidental que en otros territorios del continente.

Con todo, cabe no sobrevalorar la extensión de estas diferencias. Si en muchas regiones de Europa oriental las estratificaciones étnicas se superponían a las jerarquías sociales, lo que podría reflejarse en términos de distribución de poder dentro del Estado, la extensión de la «asimilación cultural» también presentaba grandes variaciones entre los diversos Estados-nación de Europa occidental. Dejando de lado el caso de Irlanda, en la práctica sujeta a un dominio casi colonial, era posible encontrar situaciones relativamente similares en Occidente, donde los campesinos que hablaban lenguas no oficiales o dialectos «no asimilados» diferían de los «modernos» funcionarios públicos, profesores, propietarios y abogados que sí hablaban la lengua del Estado-nación, fuese en Francia, Italia, España o Bélgica (Gordon, 1978).

Por otro lado, las transferencias intelectuales dentro de Europa operaron en ambas direcciones. Los nacionalismos «occidentales» intercambiaron influencias con los «orientales», desde símbolos hasta un vocabulario relativamente común, que abarcaba la reificación de la nación, la idea de soberanía, conceptos como «espíritu nacional» y «pueblo», en su versión germánica de *Volk,* o en su significado francés de *peuple*... Una historia transnacional de los procesos de emergencia de nuevas y viejas reivindicaciones étnicas en Europa, y de la circulación de imágenes y contribuciones entre diferentes nacionalismos subestatales desde el siglo XIX, está aún por escribir. Con todo, algunas aproximaciones recientes han recordado que el fenómeno era mucho más «europeo» —en el sentido de presentar características comunes— de lo que se pensaba con anterioridad (Leersen, 2006a; 2006b).

A partir de finales del ochocientos, los movimientos nacionalistas subestatales de Europa occidental también buscaban modelos de organización, estrategia e inspiración ideológica en Europa oriental y central. Por ejemplo, el intelectual nacionalista irlandés y fundador del *Sinn Féin* Arthur Griffith aprendió del nacionalismo húngaro, como reflejó bien en su ensayo *The Resurrection of Hungary* (1904), mientras que los

nacionalistas catalanes de fines del siglo XIX se mostraban fascinados ante el modelo de monarquía dual austrohúngara, que deseaban trasplantar a la monarquía española, transformándola en un estado binacional (catalán-castellano) donde los catalanes desempeñarían, *grosso modo,* el papel de los húngaros[10]. Del mismo modo, los nacionalismos subestatales de Europa oriental que lograron sus objetivos ejercieron una notable influencia, al menos en determinados momentos como 1918-1920 y desde 1989, en las élites nacionalistas subestatales en Gran Bretaña, España, Francia, Bélgica e Italia, en lo que se refería a los conceptos ideológicos y modelos de organización (Conversi, 1993). Ese intercambio de modelos tuvo lugar en varias direcciones, en especial a partir de la periferia no europea de los imperios hacia el núcleo nacional de esos imperios. Por ejemplo, desde la década de 1880, los movimientos nacionalistas catalán y vasco recibieron inspiración del nacionalismo anticolonial cubano; y el movimiento nacionalista irlandés extrajo conclusiones importantes del éxito de la agitación nacionalista en la India tras 1919 (véase *infra).*

Algunos problemas de comparación

Una característica persistente de los estudios sobre la cuestión nacional, que hace difícil llevar a cabo una síntesis de la historia de los nacionalismos en Europa, es la falta de comparaciones con suficiente base empírica. Además de la tenacidad de las historiografías nacionales en cultivar sus propios ámbitos de forma autosuficiente, los estudios comparativos sobre los nacionalismos suelen ceñirse a ejemplos de la misma área geográfica o macrorregión. Dejando aparte la magna obra de Miroslav Hroch (1985 y 2005), la similitud de los estudios de caso relativos a las «pequeñas naciones» también se fundamenta en razones intrínsecamente culturales, como la afinidad lingüística, como sucedió con algunos estudios comparativos entre los nacionalismos e identidades nacionales balcánicos, bálticos e ibéricos o con los llamados nacionalismos «célticos» de la periferia occidental europea, que dieron prioridad, en este caso, a los aspectos socioeconómicos (Hechter, 1975; Hechter y Levi, 1979).

Sin embargo, las comparaciones transnacionales y transcontinentales de los nacionalismos siguen siendo la excepción a la regla (Langewiesche, 2006). Aun si recordamos que esos esfuerzos deberían incluir una teoría *general* del nacionalismo, una comparación más amplia debería tener en cuenta matices y diferencias, y cuestionar hasta qué punto se pueden traspasar a otras áreas geográficas algunos de los conceptos básicos utilizados en la conceptualización de la «invención» de la nación en Europa, o en sus diversas partes[11]. Ciertamente, algunos problemas prácticos no pueden ignorarse. No hay muchos historiadores que puedan leer estonio y sardo, o eslovaco y holandés, aunque existen algunos buenos ejemplos de extraordinarios enfoques multilingües del nacionalismo, como los intentos iniciales de Konstantin Symmons-Symonolewicz para realizar un estudio comparativo sobre los movimientos nacionalistas en Europa y en el mundo, o los clásicos ensayos interpretativos de Miroslav Hroch sobre las «pequeñas naciones» europeas (principalmente del centro-este) y los consecuentes intentos de ampliar sus perspectivas, integrando los nacionalismos de Estado y ejemplos de la Europa occidental[12]. Incluso en estos casos, sin embargo, es imposible evitar que el marco teórico de los autores esté condicionado por su punto de partida empírico, por un determinado estudio de caso y/o por su propia vivencia o experiencia «nacional», como en parte ha mostrado Richard Evans (2009) a propósito de los historiadores británicos que escribieron sobre otros países. ¿No estarían todos, en el fondo, proyectando sobre otros territorios sus propias convicciones sobre las naciones a las que pertenecían? (Berger, 2015; Berger y Lorenz, 2008). La propia vivencia puede referirse a un proceso de construcción de una nación particularmente exitosa, a un «ambiente multicultural», o al legado de imperios multinacionales.

De hecho, la historiografía del nacionalismo todavía está muy condicionada por el predominio abrumador de los estudios de caso nacionales o regionales, a veces acompañados de una perspectiva comparada implícita o explícita. El problema no solo reside en que el Estado-nación continúe actuando como un marco predeterminado para la mayoría de las investigaciones (Sluga, 2004). Las inferencias nacionales tienden también a impregnar las investigaciones comparativas de forma

implícita. Por ejemplo, al aceptar determinados paradigmas basados en casos particulares, sean trayectorias de grupos étnicos y movimientos nacionalistas hasta la conquista de un Estado propio, o el éxito de un modelo de Estado-nación homogéneo, como estándares que definen qué es la *normalidad*. Los casos que no se amoldan a esos patrones implícitos acaban por ser desviaciones o peculiaridades, como ocurre a la hora de abordar los nacionalismos de Estado en Alemania, Italia y España, por ejemplo. En esos países, muchos historiadores han comparado las vías de construcción de Estados nacionales a la luz de su contraste con el espejo de la experiencia francesa. De modo semejante al surgimiento del paradigma del *Sonderweg,* o vía especial hacia la modernidad, en la historiografía alemana de los setenta del siglo XX, durante las décadas siguientes también se desarrolló en la historiografía española un modelo explicativo para el triple fracaso de España como economía industrial, como Estado-nación y en relación con la revolución liberal[13].

El Estado-nación ha operado como unidad de análisis incluso en los casos en que el objeto de estudio hubiera podido ofrecer una buena base para un enfoque transnacional. Un ejemplo son los estudios de los nacionalismos en naciones «divididas», o en territorios que reivindican su condición de nación, pero se hallan divididos entre varios Estados. Así, los estudios sobre el nacionalismo ucraniano tienden a centrarse en Ucrania central y oriental, territorios que formaron parte del Imperio ruso y después de la URSS, o bien en la Galitzia oriental, parte del Imperio austrohúngaro hasta 1918, y de Polonia entre esa fecha y 1945. Por su lado, los estudios sobre el nacionalismo vasco se han centrado, por lo general, bien en el País Vasco francés o en el País Vasco español; sin embargo, y a pesar de la retórica del *Zazpirak Bat,* de la unidad de todos los territorios vascos por encima de las fronteras, lo cierto es que, salvo excepciones, los análisis históricos sobre ambos lados del Pirineo se han ignorado mutuamente[14].

POR UN ANÁLISIS TRANSNACIONAL DEL NACIONALISMO

¿Cuáles son las posibles perspectivas para una auténtica historia europea y transnacional del nacionalismo y de las identidades territoriales? Hemos sugerido que, en primer lugar, es necesario un enfoque teórico que supere los juicios historiográficos preconcebidos acerca de qué es Europa, y de dónde empiezan y acaban Europa occidental y oriental. Por el contrario, sería necesario analizar las dinámicas sociales y políticas a distintos niveles en diferentes territorios y en épocas similares, lo que nos permitiría pensar en términos genuinamente transnacionales. Es igualmente deseable abrir la puerta a comparaciones sistemáticas entre casos europeos y no europeos, lo que hasta ahora se ha limitado, por lo general, al análisis de los nacionalismos desarrollados en América del Norte (y a veces en Oriente Medio) y Europa, pero que ha ignorado otras regiones del globo, como América Latina —paradigma de construcción de naciones a partir del segundo tercio del siglo XIX—, África y el Sudeste Asiático[15]. Aquí surge la cuestión de las diferentes escalas aconsejables para la comparación, particularmente si se tiene en cuenta el desarrollo de las investigaciones empíricas sobre distintos niveles de identidades subnacionales —locales, regionales, municipales, urbanas...— durante los tres últimos lustros. Alon Confino ha argumentado de modo convincente en favor de un *giro local,* orientado a la comparación, como un medio para analizar, desde un punto de vista transnacional, cómo se construyen las identidades colectivas territoriales en los microniveles. Sin embargo, faltaría definir la forma de ampliar ese giro local para que pueda constituir un enfoque *glocalista* a escala europea (Confino, 2006).

No solo se trata de definir las escalas de la comparación, sino sobre todo del tipo de comparación, dilema que se ha planteado en la historiografía europea desde las clásicas reflexiones de Marc Bloch. ¿Cabe cotejar lo que es aparentemente «diferente», o lo que es supuestamente semejante? ¿O deberíamos contrastar problemas genéricamente similares en contextos territoriales diferentes? ¿O bien realidades interconectadas, o fenómenos similares en apariencia, pero sin ninguna conexión entre ellos? La ciencia política, y también la historia, nos han indicado alguna vía posible para avances futuros. Por citar algunos ejemplos, las minorías de lengua rusa en las actuales Estonia y Letonia se han comparado con cierto éxito con la

situación de los inmigrantes de lengua castellana en Cataluña, y las relaciones entre la resolución de conflictos étnicos en sociedades complejas y los procesos de transición hacia la democracia tras dictaduras autoritarias también han sido exploradas mediante la comparación de ejemplos de Europa occidental y oriental (Laitin, 1992; Shafir, 1995; Kymlicka y Opalski, 2002). Esos enfoques orientados a resolver problemas concretos y aplicar teorías de alcance medio en vez de abordar territorios de forma genérica todavía están ausentes, en buena medida, en la historiografía europea sobre los nacionalismos. Obviamente, existe un número creciente de excepciones a la regla, que se concentran principalmente en el ámbito de la historia cultural, donde los académicos han examinado cuestiones como los monumentos nacionales, el culto de los héroes nacionales, los conceptos de ciudadanía y las dinámicas de producción de historias nacionales[16].

Todo ello también implica la necesidad de ampliar los enfoques culturales que predominan desde hace dos décadas en el estudio del nacionalismo y de las identidades territoriales. La historiografía todavía tiene mucha labor por delante a la hora de investigar el modo en el que las personas concretas han vivido las identidades colectivas de base territorial, cómo las han reproducido *desde abajo,* desde la base, y cómo interactúan aquellas con otras formas de identidad colectiva que no tienen necesariamente un vínculo territorial, desde el género a la religión (Sluga, 1997). Este tipo de enfoque también plantea un problema: la identificación y la deconstrucción del mensaje de los constructores de naciones son más fácilmente accesibles a través de las fuentes, tanto institucionales como personales, que la respuesta de las poblaciones destinatarias de ese mensaje (Haupt y Tacke, 1996). Algunas de estas dificultades pueden superarse mediante el recurso al concepto de nacionalismo trivial, con el instrumento del *habitus* o con el abordaje de las pasiones y las emociones a través de su dimensión simbólica, como una forma de comprender el modo en que se reproducen y viven las identidades nacionales. Aunque el concepto de «nacionalismo trivial» ha sido criticado por centrarse en un planteamiento de arriba abajo, no deja de mantener un considerable margen de aplicación al ámbito de la vida cotidiana (Billig, 1995; Skey, 2009).

Hasta hoy, la inmensa mayoría de los estudios dedicados al transnacionalismo se han centrado en dos cuestiones interrelacionadas. Por un lado, el papel de las diásporas emigrantes en el desarrollo de los nacionalismos, tanto en los países de origen como en las sociedades de acogida. Estos análisis se han centrado en los vínculos e interinfluencias —políticas, sociales y culturales— entre exiliados y migrantes, y sus compatriotas tanto en el país de origen como en otros destinos, y pusieron de relieve el modo en que los agentes transnacionales ubicados fuera de su territorio de referencia desempeñaron un papel crucial en la construcción de los proyectos nacionales, desde Irlanda hasta Polonia, pero también entre «identidades diaspóricas», como la de los judíos, que solo de manera tardía devinieron en proyectos territorializados (Jacobson, 1995; Glick-Schiller y Fouron, 2001; Isabella, 2009). Por otro lado, desde finales de los años noventa ha surgido un nuevo interés por las relaciones establecidas entre los distintos «nacionalistas transnacionales»[17], lo que se ha combinado con el análisis de «momentos» históricos concretos, tales como 1918-1919, cuando una ola de activismo transnacional, fomentada por el desmembramiento de los imperios multinacionales y la difusión del nuevo principio de la autodeterminación nacional, parecía preparar el camino para la emergencia de nuevos estados-nación (Manela, 2007). Los «momentos» son, además, objetos de estudio típicos de la historia transnacional (Conrad, 2017). Sin embargo, del mismo modo que entre los ámbitos predilectos de la historia transnacional y global no ha figurado el estudio de los nacionalismos y las identidades nacionales[18], también se ha registrado un cierto escepticismo entre los historiadores del nacionalismo a la hora de evaluar el impacto de esas movilizaciones globales sobre las dinámicas sociales y políticas del desarrollo del nacionalismo en un lugar determinado. La agitación nacionalista irlandesa fuera de Irlanda puede haber sido muy relevante en ciertos momentos, y haber influido en las actitudes británicas; pero el desarrollo del nacionalismo dentro de Irlanda obedeció principalmente a factores endógenos, aunque influido, en mayor o menor medida, por los vínculos globales: ¿habría sido posible la agitación nacionalista sin los recursos, materiales e inmateriales, proporcionados por la diáspora? Una pregunta similar podría plantearse en otros territorios.

Cabe igualmente ir más allá de la concepción del enfoque transnacional como una mera prolongación de las dimensiones espaciales del nacionalismo y de la identidad nacional, incidiendo en interrelaciones y sincronías. Una vía alternativa es la elección de casos de identidades territoriales limítrofes y/o competidoras como laboratorios de historias entrelazadas o *cruzadas* (Werner y Zimmermann, 2006). De hecho, ese enfoque, combinado con la historia social y cultural, ha producido resultados positivos en cuanto a la forma en que los nacionalismos —de Estado o subestatales— han competido dentro de los límites de un determinado territorio, región histórica, Estado-nación o incluso una ciudad (Struve, 2005; von Hirschhausen, 2006).

También es necesaria una mayor reflexión teórica para (re)definir los conceptos de identidad colectiva comúnmente utilizados por los historiadores, que podemos definir como procesos intersubjetivos y dinámicas de *identificación,* o como adscripciones múltiples de *lealtad* (Osterkamp y Schulze-Wessel, 2017). Hemos abusado quizá del concepto de *identidades múltiples* y *compartidas,* pero no siempre hemos sido capaces de definir cuál es su alcance y naturaleza. ¿A qué nos referimos: a varias capas de identidad intercambiables, como si fueran trajes diferentes que podemos usar de modo alternativo? ¿A identidades *híbridas,* en las que se pueden combinar ropas diversas, de diferentes colores y orígenes, como por ejemplo un *kilt* y un sombrero de copa? ¿A identidades concéntricas, cual capas de una cebolla, sujetas a una geometría múltiple de identificaciones? (Haslinger, 2009; Haslinger y Holz, 2000). Si nos referimos a un concepto más concreto, como el de lealtad a una institución, un grupo o un colectivo, ¿cuáles serían los límites de la lealtad a la comunidad política? (Cole y Unowsky, 2009). Si bien es cierto que se ha atribuido gran valor al significado de las identidades compartidas/múltiples/híbridas, no es menos verdad que los historiadores contemporáneos no siempre han logrado comprender por qué muchas personas prefieren aún adherirse a identidades singulares y exclusivas que pueden convertirse a veces en «asesinas» (Maalouf, 1998). Los estudiosos de los conflictos étnicos han intentado discernir desde un ángulo comparativo las circunstancias bajo las cuales las identidades étnicas tienen

mejores probabilidades de coexistencia, pero todavía distamos de comprender los mecanismos a través de los que los individuos concretos interiorizan las atribuciones étnicas y las imágenes de la alteridad, cómo las reproducen y cómo negocian sus significados en la esfera pública y privada, para lo que el diálogo con las perspectivas analíticas de la historia de las emociones puede servir de punto de partida[19]. Las comparaciones también pueden contribuir a ello, mediante un análisis de las dinámicas de construcción de la identidad que permitan, a su vez, explicar la articulación de espacios de vivencia y experiencias de nación (Archilés, 2007) en diferentes contextos espaciales.

Sin embargo, un problema adicional es que nuestra condición de historiadores —individuos cada vez más multiculturales y cosmopolitas, condicionados por antecedentes y vivencias personales— se enfrenta a menudo con la incomprensión del hecho de que mucha gente no esté deseosa de compartir identidades, híbridas o múltiples. Las biografías de los principales investigadores del nacionalismo desde 1918 ayudan en parte a explicar la adopción de esta perspectiva normativa, pues a menudo los pioneros de los estudios del nacionalismo tuvieron una fase de temprano compromiso con alguna causa nacionalista en su juventud, seguida de una mayor o menor desilusión[20]. De ahí se pasó a una cierta estigmatización de sus objetos de estudio: los nacionalistas y los constructores de naciones fueron vistos como destructores de una rica complejidad multicultural. En una época en que muchos historiadores del nacionalismo se están volviendo cada vez más posnacionalistas, quizás ha llegado la hora de redefinir su papel en la comprensión de las identidades territoriales, libre de su función de «constructores de naciones» en el pasado reciente (Smith, 1992; Berger, 1995; Berger y Lorenz, 2010); pero también libre de condenas apriorísticas.

1*. Una primera versión del texto, en inglés, en «Nations and Territorial Identities in Europe: Transnational Reflections», *European History Quarterly,* 40: 4 (2010), págs. 669-684; una segunda versión apareció en portugués, en «Uma reflexão transnacional sobre a historiografia das nações e dos nacionalismos na Europa (séculos XIX-XX)», *Análise Social,* LI: 221 (2016), págs. 942-964.

2 Véanse Kohn (1944) y Plamenatz (1973). Un ejemplo de la persistencia duradera de esa tipología en la década de 1990, promovido por el resurgimiento del conflicto étnico en Europa oriental después

de 1990, en Schöpflin (1993). Algunos ejemplos más recientes se pueden encontrar en el exhaustivo artículo de revisión de Weichlein (2006).

3 Véanse Gagnon (2004), Veiga (2011) y Calic (1995).

4 Cfr. Weber (1976). Un punto de vista alternativo en Thiesse (1997). Véase también una visión exhaustiva acerca del influjo de Weber en la historiografía europea en Cabo y Molina (2009), así como en Roux (2017).

5 Véanse Applegate (1999), Storm (2003), Weichlein (2006: 324-337), Fahrmeir y Jones (2008), Petri (2007) y Núñez Seixas (2012a).

6 Cfr. Berger y Miller (2008; 2015).

7 Problemas similares se plantean cuando el «modelo francés» se traslada a sociedades africanas multiétnicas, antes y después de la descolonización: cfr. Johnson (2004).

8 Para Italia, véanse sobre el período de entreguerras Gatterer (1968) y Pirjevec (1997).

9 Para una visión general, véase Naimark (2001), así como Ther y Siljak (2001).

10 Para puntos de vista contrastados, véanse Maume (1995), Laffan (2000) y McDonogh (1987).

11 Por ejemplo, la crítica del concepto de «comunidad imaginada», considerado eurocéntrico, por Chatterjee (2008: 89-105; 1993).

12 Véanse Symmons-Symonolewicz (1970), Smith (1976), Hroch (1985, 2000 y 2005), así como Puhle (1995), Coakley (1980) y Allardt (1979). Igualmente, Maxwell (2012).

13 Los principales puntos de referencia para considerar al Estado-nación y el nacionalismo español como un fracaso fueron, por un lado, la obra de Eugen Weber (1976), *Peasants into Frenchmen,* y por otro los ecos tardíos de la teoría de la modernización y la interpretación marxista de la historia española, implícitamente comparada con la francesa, elaborada por el historiador francés Pierre Vilar (Vilar, 1984; Cabo y Molina, 2009).

14 Cfr. la extensa revisión de la investigación histórica sobre el nacionalismo ucraniano de Kuzio (2000: 106-109), así como la síntesis de Kappeler (2009) y Magocsi (1996). Sobre el caso vasco a ambos lados de los Pirineos, véanse Jacob (1994) y Mansvelt-Beck (2005).

15 Evidentemente, el desarrollo del nacionalismo norteamericano fue objeto de comparaciones fructíferas con casos europeos de nacionalismo de Estado (Greenfield, 1993). Para los nacionalismos subestatales, Quebec ha sido un caso privilegiado para la comparación, particularmente con Escocia, el País Vasco, Cataluña y Flandes (Keating, 2001). Sin embargo, los ejemplos latinoamericanos de construcción de naciones raramente han sido objeto de comparaciones sistemáticas con los casos de la Europa meridional: véase, como excepción, Puhle (1985), así como Suárez Cortina y Pérez Vejo (2010). Una reseña de la literatura sobre los nacionalismos latinoamericanos, que también incluye algunas referencias comparativas, puede encontrarse en Miller (2006); véase también Núñez Seixas (2017).

16 Para citar solo dos de los ejemplos posibles, véase Tacke (1995) o Eriksonas (2004).

17 De hecho, los estudios sobre este tipo de nacionalismos diaspóricos tienen su origen en los años 1960, ya que se desarrollaron como un tema específico de los estudios sobre migraciones: véanse, por ejemplo, Brown (1966) y Kenny (2003). Algunos estudios han abordado sobre todo el enmarañado de agitación internacional y estrategias domésticas; véase, por ejemplo, Danforth (1995), al igual que, para los casos extraeuropeos, Fischer-Tiné (2007).

18 Es significativa, por ejemplo, la ausencia de una entrada específica sobre el concepto de nacionalismo en obras recopilatorias de la historia transnacional, como Iriye y Saunier (2009).

19 Véase, por ejemplo, Merriman y Jones (2017), así como, en general, Núñez Seixas, Stynen y Van Ginderachter (en prensa).

20 Es el caso de Robert W. Seton-Watson, Cartlon H. Hayes, Konstantin Symmons-Symonolewicz y Hans Kohn (Liebich, 2006; Seton-Watson y Seton-Watson, 1981).

Capítulo II

La I Guerra Mundial y la cuestión de las nacionalidades en Europa (1914-1918)[21*]

Apenas transcurridos unos meses desde su estallido, la I Guerra Mundial fue definida como una guerra de las nacionalidades o de las naciones. Un momento excepcional en el que se sometería a discusión general el principio de las nacionalidades, sobre todo en Europa central y oriental, pero también con implicaciones para Europa occidental. Aunque no es nuestro propósito proceder a una relación de los distintos pleitos territoriales de naturaleza etnonacional que coexistieron en la Europa de entreguerras, intentaremos desarrollar una perspectiva integrada que ayude a comprender mejor cuán excepcionales, o no, eran los planteamientos catalanistas acerca de la autonomía, el autogobierno, la soberanía o la independencia en la Europa de su tiempo. Pues existió, en nuestra opinión, una relación más estrecha de la que a menudo creemos. Si, como ha afirmado Anne-Marie Thiesse (2001: 11), no hay nada más internacional que el nacionalismo *(«rien de plus international que le nationalisme»),* la circulación entre los diversos movimientos nacionalistas y políticas de nacionalización de modelos, paradigmas, doctrinas y estímulos se remonta al siglo XVIII: los mismos principios teóricos han sido adaptados, con distintas variantes, desde Finlandia hasta Portugal (Leerssen, 2006b).

La cuestión de las nacionalidades hasta 1914

Empecemos por los años inmediatamente previos al estallido de la Gran Guerra. Cuando en 1913 el historiador francés Charles Seignobos publicó el libro *Les aspirations autonomistes en Europe,* como correlato de su interés

por la llamada cuestión de las nacionalidades en el Viejo Continente, situaba en un plano de igualdad, entre otras, las cuestiones de Alsacia-Lorena, Cataluña, Bohemia, Irlanda o Lituania (Seignobos, 1913). Y en febrero de aquel año, la revista parisina (luego suiza) *Les Annales des Nationalités* publicaba un informe sobre las reivindicaciones de los movimientos *autonomistas* europeos, a saber: Cataluña, Bohemia, Lituania, Letonia y Ucrania. Ante la opinión pública francesa —epítome en aquel entonces de la europea en general—, el proyecto de autonomía para Cataluña ya presentado en 1907, y los planteamientos de la *Lliga Regionalista* liderada por Prat de la Riba y Francesc Cambó, se situaban a la par de las aspiraciones de John Redmond y su Partido Parlamentario Irlandés, de la fracción de los Jóvenes Checos o de los nacionalistas lituanos en el exilio. Tanto Seignobos como los redactores de la revista *Les Annales des Nationalités* distinguían entre nacionalidades en el sentido propio del término (las de los imperios multinacionales de Europa centro-oriental) y los «anexos de viejos Estados en los que se ha avivado el deseo de autonomía: Irlanda y Cataluña»[22]. Pero no existía un programa común que encajase todas las aspiraciones al autogobierno enunciadas desde distintos territorios de Europa. Podemos afirmar que, en grandes líneas, hasta 1914 coexistían cuatro modelos de gestión de la diversidad etnonacional[23]:

1) Una autonomía premoderna dentro de una monarquía compuesta de Antiguo Régimen: transformarse en un *cuerpo* más de una monarquía multinacional y multiétnica, como había sido de modo paradigmático el caso de Hungría tras el Compromiso o *Ausgleich* de 1867. Era esta una aspiración de buena parte de los nacionalistas irlandeses a principios del siglo XX, incluido el *Sinn Féin* fundado por Arthur Griffith, como mostró en su libro de 1904 *The Resurrection of Hungary* (Griffith, 1904; Maume, 1995). Se resumía en ser una parte constitutiva más del Imperio británico, con un vínculo premoderno y dinástico, o un régimen de dominio (como el que disfrutaban Canadá desde 1867, Australia o Nueva Zelanda desde 1907, o la Unión Surafricana desde 1910). Y ese era también el objetivo al que que la mayoría de los nacionalistas checos aspiraban dentro del Imperio

austrohúngaro; al igual que, más al Norte, los autonomistas islandeses o feroeses dentro del «Estado compuesto» danés de la dinastía de Oldenburg, también denominado en ocasiones un «Conglomerado estatal» (Østergård, 2015).

2) Devenir en un cuerpo (orgánico o no) o un Estado federado de una federación multinacional. En este planteamiento operaba el influjo de las teorías federalistas, de Hamilton a Francesc Pi i Margall, y diversas combinaciones con lo expuesto en el punto anterior, que se pueden encontrar desde en las teorías de Antoni Rovira i Virgili hasta en varias de las formulaciones del *Félibrige rouge,* los occitanistas de izquierdas (en sentido amplio) a finales del siglo XIX. El ejemplo invocado por todos, aunque no siempre bien conocido y a menudo idealizado, era el de la Confederación Helvética.

3) Una descentralización en forma de autonomía o autogobierno regional, con diversas variantes. Estas iban desde la concesión de un estatuto de autonomía administrativa y/o política únicamente a aquellos territorios en donde existiesen peculiaridades culturales, institucionales o geográficas que lo justificasen —modelo preconizado por sectores de la opinión pública sarda desde fines del siglo XIX o por los teóricos del *meridionalismo* en Italia—, hasta el modelo de «descentralización desde arriba», preconizado para el territorio francés por la *Fédération Régionaliste Française* (FRF) de Jean Charles-Brun. Era este último un diseño que se basaba ante todo en criterios mayormente funcionalistas y de racionalización administrativa, aunque también —por la influencia en su seno de los regionalistas bretones u occitanos— se mostraba abierto a las políticas de reconocimiento cultural (Wright, 2003).

4) Convertirse en un nuevo Estado nacional e incorporarse a la «carrera del progreso», la que marcaría el apogeo del Estado-nación. No existieron muchos ejemplos de secesión absoluta entre 1878 y 1914, pero uno fue notable y ejerció cierta fascinación en el catalanismo: la independencia de Noruega en 1905, tras separarse pacíficamente de Suecia. Con todo, sí hubo varios partidos en Europa occidental que pasaron a defender la postura de la independencia *tout court,* aunque con distintas variantes y matices: desde el primer Partido Nacionalista Vasco (PNV) fundado por Sabino Arana en

1895, hasta el Partido Nacional Bretón (1911, escisión de la más moderada *Union Régionaliste Bretonne).* Aun así, estos partidos oscilaban entre el modelo pactista premoderno y propio de Estados compuestos del Antiguo Régimen —caso del PNV, cuando desde 1903-1905 optó por el objetivo estratégico de la *reintegración foral,* como vuelta al régimen foral anterior a 1833—, el confederalismo pregonado por los nacionalistas bretones, o la independencia por vía de la acción directa, predicado de forma peculiar y casi aislada por el nacionalismo macedonio desde 1903.

5) Formas de autonomía local o étnica no territorial o corporativa, como las disfrutadas por las comunidades húngaras o germanas en la Transleithania (por ejemplo, en Transilvania), o la autoorganización corporativa de las minorías alemanas en el Báltico bajo el imperio zarista. Era común a todos ellos la combinación de la fidelidad al Estado —una lealtad de tipo dinástico y confesional—, autonomía plena para gestionar sus instituciones culturales y el disfrute de derechos lingüísticos, además de un autogobierno en materia administrativa.

Las reivindicaciones autonomistas y/o nacionalitarias con anterioridad a 1914 no eran solo un fenómeno que afectaba a Europa centro-oriental. Ahí estaban, sin ir más lejos, los casos de Cataluña, del País Vasco, de Irlanda y de Flandes, así como las reivindicaciones regionalistas e incipientemente nacionalistas dentro de Francia. Por otro lado, se puede argumentar de modo contrafactual que, de no haber mediado la I Guerra Mundial, probablemente se habría discutido y quizás prosperado un modelo de autogobierno territorial *(Home-Rule)* para Irlanda, que tal vez se habría extendido a Escocia*,* pues aquí la agitación social y política de la *Scottish Home-Rule Association* era más importante que las minoritarias organizaciones pre- o protonacionalistas. Se añadían a ellos el avance del movimiento flamenco, y la consecución en abril de 1914 de una primera forma de autogobierno limitado (la *Mancomunitat)* por parte del catalanismo político.

La «Guerra de las Naciones»

La I Guerra Mundial supuso la irrupción internacional de la utilización geoestratégica a gran escala del «principio de las nacionalidades» por los dos bandos contendientes, sobre todo por parte de la Entente. No era un fenómeno nuevo. Su uso como argumento propagandístico se había registrado ya con anterioridad, desde la guerra de independencia griega de 1830 hasta las guerras balcánicas de 1912-1913. Pero ahora su utilización, además de servir a fines estratégicos (debilitar al contrario animando en su retaguardia la agitación etnonacionalista), tenía otro fin: proveer de una causa legítima a los sectores de izquierda y de izquierda liberal, a los que había que convencer de que la guerra era justa. A la disputa entre *Civilisation* francesa y *Kultur* alemana, y a la recurrente presentación del otro como un bárbaro, se podía añadir la de opresor de las pequeñas nacionalidades. La difusión y aparente imposición, especialmente a partir de 1917, del principio de las nacionalidades, se convirtió en un lema movilizador del esfuerzo de guerra por los dos bandos y, en particular, de la Entente. Esto tuvo un importante efecto demostración a la hora de explicar el impulso cobrado por diversos movimientos nacionalistas europeos durante y después del conflicto.

Se trató, sin embargo, de un arma de guerra propagandística, que fue empleada por los beligerantes para explotar los puntos débiles del contrario, especialmente patentes en el caso de imperios multinacionales como el ruso, el austrohúngaro y el otomano. Pocos eran los estadistas europeos o norteamericanos que, antes de noviembre de 1918, estaban dispuestos a permitir la disgregación de esos mismos imperios multiétnicos contra los que luchaban, tanto por la mayor complejidad que adquiriría el mapa geopolítico de Europa (y el posible contagio a los territorios coloniales de ultramar) como, desde febrero de 1917, por el miedo a que la fragmentación de los Estados multinacionales ofreciese un campo abonado a la expansión de la revolución rusa, que no por casualidad había hecho también bandera de la autodeterminación de las nacionalidades. Empero, el presentar la guerra como una causa idealista en pro de los derechos de los pueblos se convirtió también en un argumento necesario para legitimar los ingentes sacrificios exigidos a la población civil de los países contendientes, particularmente en el caso de la Entente, así como para mantener dentro de

la *union sacrée* que sustentaba el esfuerzo de guerra a los sectores más liberales y de izquierda de la opinión pública de la retaguardia, atraídos por una causa justa.

Las diplomacias beligerantes buscaron asesoramiento en periodistas, historiadores y geógrafos, conocedores de la cuestión nacional en Europa centro-oriental. Y varios de esos expertos, como el historiador escocés Robert W. Seton-Watson o el periodista inglés Wickham Steed, se convirtieron a su vez en útiles intermediarios entre los círculos de exiliados políticos nacionalistas centroeuropeos en Londres, París o Roma y las cancillerías de los Estados vencedores. Eso tuvo una capital importancia en el momento en el que la Entente aceptó como un hecho irreversible, en el otoño de 1918, la disgregación del Imperio austrohúngaro. Aun así, los aliados nunca fueron más allá de la aceptación de la aplicación condicionada del principio de las nacionalidades, siempre que fuese compatible con sus intereses geopolíticos.

Los Imperios centrales utilizaron en menor medida el principio de las nacionalidades como arma propagandística, conscientes de las contradicciones que ello le creaba a Austria-Hungría. No obstante, también apoyaron las reivindicaciones de los nacionalistas polacos en Rusia, de los nacionalistas ucranianos y de diversos pueblos caucásicos, y pusieron en práctica una benigna política de ocupación en los países bálticos, favorable a la autonomía de los diversos grupos étnicos no rusos de la zona. Igualmente, mantuvieron algunos contactos con los nacionalistas irlandeses (Núñez Seixas, 2001a).

Espoleados por el reconocimiento propagandístico del derecho de autodeterminación para las nacionalidades del centro y este de Europa, las élites políticas e intelectuales de varios movimientos nacionalistas de Europa occidental encontraron un poderoso revulsivo para avanzar en sus reivindicaciones, que ahora parecían estar justificadas y legitimadas por las grandes potencias. Para muchos de estos movimientos, el estímulo exterior ofrecido por la Guerra Mundial, presentada como una guerra a favor de las nacionalidades sometidas, desempeñó un papel no desdeñable en la evolución y maduración de sus proyectos políticos, y en varios casos en su conversión en plenos nacionalismos tras una fase regionalista, desde los

bretones a los frisones y galeses. Por citar un ejemplo, el arquitecto mallorquín Guillem Forteza i Pinya, primer presidente de la entidad pancatalanista *Nostra Parla,* resumía en noviembre de 1918 su percepción de la imbricación entre estímulo exterior y política interior:

> ¿Puede recibir nuestro innegable sentimiento regionalista mayores estímulos exteriores? Yo creo que no. Por poco que nos fijemos en los caracteres que toma el oleaje sentimental del mundo después de amainada la tempestad de las armas, veremos que en algunos puntos es exorbitante el flujo social y por ende el reflujo revolucionario. En otros puntos anda más moderado ese espíritu de rebelión. En otros es casi imperceptible. Pero pongamos honda atención al movimiento nacionalista que arrastra a toda la humanidad y ya no seríamos capaces de establecer una escala de intensidades. En todas partes, en todas las latitudes y en todos los dominios civilizados triunfa el nacionalismo más radical. Habrá discusiones fuertes y enconadas respecto a otros extremos políticos cuando se reúnan las naciones para redactar el articulado de la Paz; pero no respecto al extremo del nacionalismo.
>
> [...] Dadlo por seguro: no se perderá un minuto discutiendo qué se entiende por «nación». Sabe el mundo que nación es toda integración de hombres que rinde culto a un determinado espíritu nacido legítimamente de la colaboración [...], de esa «integración de los hombres» con la «tierra» que la providencia les ha deparado[24].

La repercusión del conflicto en otros territorios donde existía un movimiento nacionalista más desarrollado, y que en el caso del catalanismo había alcanzado un estadio de masas, fue mucho más acusada. El período correspondiente al quinquenio 1914-1919 constituyó un momento de transición y de cambio para el conjunto del catalanismo político, que tuvo un impacto considerable sobre sus equilibrios de fuerzas internos y provocó significativas mutaciones políticas y estratégicas en el seno del movimiento (Martínez Fiol, 1988: v-xxxix). Hubo rupturas y realineamientos en diferentes planos, ante todo en el orden político y estratégico, lo que tenía un doble origen. Primero, la inestable situación política del régimen de la Restauración en sus últimos años (1914-1923), que constituyó una ventana de oportunidad para una primera ofensiva política tendente a conquistar un régimen de autogobierno para Cataluña que superase con creces a la *Mancomunitat* obtenida en diciembre de 1913. Segundo, lo que algunos autores han denominado la «catalanización de las influencias exteriores»[25].

Hasta entonces, y durante el conflicto, la propia elaboración teórica del «principio de las nacionalidades» se fue renovando y ampliando con nuevos significados. Todavía no había llegado a una hibridación con el concepto de

autodeterminación, más propio de la tradición liberal y hasta religiosa anglófona y norteamericana en particular, cuyo significado se vinculaba a la libertad de los ciudadanos para elegir su propio gobierno de forma democrática, y que solo se incorporó al vocabulario político europeo de modo más generalizado a partir de 1917. El principio de las nacionalidades expresaba que las comunidades que se podían definir como una nación en función de criterios orgánico-objetivos y/o voluntaristas dentro de monarquías pluriétnicas o de imperios multinacionales debían aspirar a un pleno autogobierno; pero no necesariamente a la libre decisión a disponer de sí mismas mediante el ejercicio práctico de la soberanía. Las nociones de *consentimiento de los gobernados* y de *autodecisión* se incorporaron de modo paulatino al principio de las nacionalidades, y adquirieron además una lectura pacifista, de acuerdo con el paradigma herderiano de las relaciones internacionales. Según este último, si el mundo se compone de forma natural de distintas naciones, solo si todas ellas eran libres podrían desaparecer a largo plazo las causas de conflicto y se llegaría a la paz universal, mediante una suerte de armonía nacionalitaria de distintos tonos. Era este un principio susceptible de ser adoptado por muy diversos actores políticos alejados de cualquier veleidad nacionalista explícita: pacifistas, humanitaristas cristianos, socialistas fabianos y un largo etcétera, y que conoció un cierto éxito durante la guerra y la posguerra: solo si se eliminaba la «opresión nacional» como causa de conflicto, la paz universal estaría garantizada.

Pero esto no eliminaba el problema básico, qué era y qué definía a una nación: ¿quién (qué territorio, qué colectivo humano) era titular del derecho de autodeterminación y podía aspirar a invocar legítimamente el principio de las nacionalidades? Existía un principio orgánico-historicista de las nacionalidades, de raigambre germánica (no exclusivamente); y otro de cariz liberal-voluntarista, además de varias posiciones intermedias. Y según se amoldaban a sus intereses estratégicos circunstanciales, cada potencia, cada movimiento o fracción nacionalista, y en definitiva cada actor, utilizaba uno u otro según su conveniencia coyuntural. Aunque durante la contienda proliferaron las contribuciones teóricas acerca del principio de las nacionalidades por parte de los teóricos franceses y alemanes, la

interpretación que cada uno otorgaba al principio de las nacionalidades estaba supeditada a los intereses estratégicos de cada potencia. Así, tanto franceses como alemanes, al igual que más tarde los líderes nacionalistas checos o polacos, apelaron a la voluntad subjetiva de los ciudadanos o a la tradición histórica, la cultura y la lengua según conviniese al interés de sus nacionalismos, se tratase de los plebiscitos celebrados en Alta Silesia o en Schleswig-Holstein, se tratase de la delimitación de fronteras en Transilvania, Pomerania o Tirol del Sur.

La *Union des Nationalités*

Las soluciones globales que varias organizaciones transnacionales y algunos pensadores ofrecieron durante la guerra a la cuestión nacional, y que pretendían eliminar su potencial carácter de catalizador de conflictos armados, para de este modo asegurar la paz mundial sobre sólidas bases, fueron tan variadas como las formuladas en los tres primeros lustros del siglo XX. Para pacifistas como el belga Paul Otlet, inspirador de una *Declaración de Derechos de las Nacionalidades* (1914, 1916), el elenco de fórmulas adquiría una geometría muy diversa, y podían pasar por la plena independencia, la autonomía federativa, la descentralización asimétrica —por utilizar un término contemporáneo— o los regímenes de estatuto personal. Al margen quedaban —omisión, por lo demás, frecuente a esta altura del siglo XX— las nacionalidades «coloniales» o correspondientes a pueblos que aún no habrían alcanzado el estado de civilización, pero que empezaban a tomar ejemplo y buena nota de los nacionalistas irredentos de Europa. Era el caso del joven estudiante vietnamita en París Ho-Chi-Minh, por ejemplo, así como de nacionalistas indios residentes en Londres que se inspiraban en los revolucionarios irlandeses, mientras que a su vez los irlandeses también aprendían de los indios y los bóers (Manela, 2007; Fischer-Tiné, 2007; O'Malley, 2008). Una solución innovadora, solo propuesta de manera esporádica, consistía en que las nacionalidades, tuviesen Estado o no, se convirtiesen en sujetos de Derecho Internacional. Pero tal propuesta nunca prosperó en las principales cancillerías europeas.

La evolución de la *Union des Nationalités* (UN) constituye una buena muestra de las ambigüedades de la utilización del principio de las nacionalidades durante la Gran Guerra. Se trataba de una organización nacionalitaria fundada en París en 1912 por representantes de diversas organizaciones nacionalistas europeas, intelectuales franceses y algunos líderes pacifistas, que pretendía actuar como un intermediario del autodenominado *movimiento autonomista europeo* ante la opinión pública francesa y mundial. Pero al mismo tiempo se convirtió, tras el estallido de la I Guerra Mundial, en un objeto de deseo tanto para los servicios de información franceses, para los que trabajó uno de los adalides de la organización, el periodista provenzal Jean Pélissier, hasta finales de 1916, como para la propaganda de guerra alemana, en este caso a través del exiliado lituano y fundador de la UN Juozas Parzaitis (Jean Gabrys). Este último también jugaba con la posibilidad de lograr el apoyo germano para la independencia de Lituania, sometida hasta entonces al Imperio zarista. Si las dos primeras Conferencias de las Nacionalidades (1913 y 1915) habían tenido lugar en París con un patrocinio entusiasta de la izquierda liberal francesa, la III Conferencia de las Nacionalidades que tuvo lugar en Lausana entre el 27 y el 29 de junio de 1916 se celebró bajo los auspicios de la diplomacia alemana, que financió la asistencia de numerosos delegados nacionalistas caucásicos, polacos, ucranianos, finlandeses y bálticos, con quienes a su vez se había constituido días antes una Liga de Pueblos Alógenos de Rusia. Pese a su eco mediático, y aunque a ella concurrieron representantes vascos y catalanes, la III Conferencia de Nacionalidades constituyó, en esencia, un evento propagandístico de inclinación antirrusa. El embajador español en Suiza consideraba no sin razón que, «según creencia general, la reunión [...] fue promovida por los Imperios centrales, con fines políticos relativos a las cuestiones de Polonia y países bálticos y en ella solo figuraron como comparsas para llenar el cuadro, unos cuantos ideólogos o extraviados»[26].

Cuando Pélissier retornó a Suiza en febrero de 1917, sin embargo, se concentró en restituir la *Union des Nationalités* al ámbito de influencia de la política exterior francesa, en particular a través de su relación con el ministro de la Guerra del Gobierno de París desde marzo de aquel año (y

por un breve tiempo, entre septiembre y noviembre, primer ministro), Paul Painlevé. A cambio, el Quai d'Orsay aceptaría apoyar las reivindicaciones de las nacionalidades no rusas del Imperio zarista y dejaría de sostener un régimen autocrático, mediante el reconocimiento diplomático de la *Rada* (Parlamento) ucraniana y del derecho a la independencia de los pueblos bálticos, los armenios o los georgianos. A pesar de los esfuerzos de Pélissier por introducir a la *Union des Nationaltés* en el complejo mundo de organizaciones paraoficiales dependientes del Gobierno de París, la sustitución del Gobierno Painlevé por el más *realista* Georges Clemenceau a finales de 1917, partidario de una aplicación restrictiva de la política de las nacionalidades, le restó posibilidades de influencia política en el diseño de las nuevas fronteras de Europa. El lituano Gabrys, por su parte, se mantuvo en un doble juego permanente, pues al mismo tiempo que procuraba el apoyo alemán no tenía inconveniente en mantener abierta la vía del entendimiento con la diplomacia francesa a través de Pélissier. La irrupción del wilsonismo en la escena política europea proporcionó un nuevo manto ideológico con el que revestir el programa de la organización, que hasta su desaparición a finales de 1919 defendió la conveniencia de un estatuto general de los derechos de las nacionalidades y las minorías en la nueva Europa que surgiese tras la Conferencia de Paz (Núñez Seixas, 2001a: 111-139).

¿Wilson versus Lenin?

Lo que dio lugar a un nuevo mapa de Estados nacionalizadores y a una nueva distribución de minorías nacionales, naciones sin Estado y nacionalidades en el continente fue ante todo la gran convulsión geoestratégica que provocó el desenlace de la I Guerra Mundial. Al vacío siguió la proliferación de «Estados nacionalizadores» (Brubaker, 1996) sobre las ruinas de los imperios multinacionales. A ella se sumaron, sin duda, las habilidades estratégicas de varios activistas y organizaciones nacionalistas que consiguieron tener acceso a los círculos diplomáticos y ejercer cierto influjo en las principales cancillerías, capitalizando a su favor

la situación de incertidumbre internacional. Fue el caso, por ejemplo, de los líderes nacionalistas checos Tomás Masaryk y Edvard Benes, quienes gozaron desde 1917 de considerable influencia en el Foreign Office británico, y sobre el mismo presidente norteamericano Woodrow Wilson, a la hora de conformar su visión del futuro de Centroeuropa. Pero los factores más decisivos a la hora de crear una ventana de oportunidad para diversas reivindicaciones nacionalistas fueron, sin embargo, el gran vacío geopolítico que creó la disolución de los grandes imperios multinacionales de Europa centro-oriental, los intereses geoestratégicos de las potencias de la Entente, que habían enarbolado la bandera del principio de las nacionalidades (solidaridad con Bélgica, con Serbia...) y la mayor o menor cercanía de los territorios en cuestión al nuevo poder soviético que emergía desde 1918 en el solar del antiguo Imperio zarista. Los revolucionarios bolcheviques hicieron, a su vez, un uso inteligente y pragmático del principio de las nacionalidades, pero siempre supeditado a sus intereses primordiales (la expansión de la revolución, del socialismo; y después, la consolidación del socialismo en un solo país). La proximidad a Moscú fue una de las razones por las que no sobrevivió la República Ucraniana en 1918, mientras que sí pudieron consolidarse como Estados independientes Lituania, Estonia y Letonia, en parte gracias a la ayuda militar occidental y, en especial, al concurso tanto de tropas alemanas estacionadas en la zona como de las propias milicias organizadas por las minorías baltoalemanas.

Probablemente fueron los bolcheviques quienes con más decisión y profusión hablaron en esta época de autodeterminación, convirtiéndola en un arma propagandística y, a la vez, de expansión ideológica y territorial. A ellos había que oponer un programa que estuviese basado, no en la autodeterminación, pero sí en la atemperación del dogma del Estado nacional, que es el que triunfa en la primera posguerra, y su combinación con el principio de la protección de las minorías étnicas, raciales y lingüísticas, para evitar que estas se convirtiesen en nuevas «semillas» de un nuevo conflicto bélico.

Una nueva ola de entusiasmo prendió entre los núcleos aliadófilos catalanistas con la entrada de los Estados Unidos en la guerra al lado de la Entente en marzo de 1917, y particularmente a partir de la difusión en la

opinión pública europea del programa de los Catorce Puntos difundido en enero de 1918 por el presidente norteamericano Woodrow Wilson ante el Congreso de los Estados Unidos. El que después fue denominado *wilsonismo* consistió en primer lugar en una interpretación entusiasta, alimentada por la opinión pública liberal y de izquierda europea, del pragmático programa presentado por el presidente estadounidense. Empero, y frente a lo que acostumbra a escribirse, Wilson no incluía en su programa ningún reconocimiento general del principio de las nacionalidades o del derecho de autodeterminación; y se limitaba, por razones estratégicas, a garantizar un territorio a Polonia, a exigir la reintegración de Alsacia-Lorena a Francia, a trazar las fronteras de Italia con arreglo a líneas etnográficas más o menos claras y a prometer que las nacionalidades de Austria-Hungría tendrían posibilidades de desarrollar su autogobierno (Heater, 1994; Núñez Seixas, 2001a: 57-66).

No obstante, la recepción de los Catorce Puntos fue poco menos que entusiasta en toda la Europa aliada y aliadófila. Wilson proporcionaba un programa reformista y moral que justificaba los sacrificios sufridos por las poblaciones que sostenían el esfuerzo de guerra; prometía una paz futura basada en la cooperación internacional, y brindaba una alternativa frente al modelo bolchevique y sus proclamas igualmente estratégicas de reconocimiento de la autodeterminación de los pueblos. Surgió así un *mito wilsoniano,* que representaba al presidente norteamericano como un campeón de las causas justas. Como resumía de forma palmaria Basil Thomson, un miembro del *War Cabinet* británico, en diciembre de 1918:

> Es un hecho destacable que los extremistas de todas las naciones parecen haber adoptado al presidente Wilson como su adalid. Tal parece que debería verse a sí mismo como el defensor de los bolcheviques británicos, los separatistas catalanes, los socialistas mayoritarios franceses, los *sinnféiners* irlandeses y los anarquistas indios. En resumen, de todos los que se quejan por un agravio real o imaginario (Swartz, 1971: 219).

Wilson pasó a ser identificado como la más alta expresión moral de la guerra. Sus planteamientos genéricos, tal y como fueron difundidos y simplificados en la esfera pública, sin ir más lejos por la prensa catalanista, incluían principios generales con los que cualquier demócrata estaría de acuerdo: autodeterminación —concepto muy vago en la formulación de

Wilson—, desarme, paz sin vencidos y constitución de una futura sociedad de naciones para garantizar el mantenimiento de la paz. Y de esos principios se hicieron diferentes lecturas.

En el seno del catalanismo radical, el wilsonismo fue interpretado como un respaldo a las aspiraciones independentistas. Varios círculos y delegaciones de la *Unió Catalanista* enviaron mensajes al presidente norteamericano, y relanzaron el independentismo en 1918 en varias publicaciones, desde *L'Intransigent* hasta *Som...!* Dentro del catalanismo de izquierda, republicano y federalista, Wilson fue contemplado como un idealista defensor de la libertad de los pueblos y de los hombres. En julio de 1918, el catalanista republicano Antoni Rovira i Virgili juzgaba que Wilson aunaba dos principos básicos: el de la democracia y el de las nacionalidades,

> La esencia del pensamiento wilsoniano está contenida en dos principios básicos: el de la democracia y el de las nacionalidades. Mr. Wilson quiere que imperen en el mundo la libertad de los hombres y la libertad de los pueblos [...]. Su famosa fórmula del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos contiene al mismo tiempo el principio democrático y el principio de las nacionalidades[27].

Además de la simpatía intelectual y las esperanzas retóricas depositadas en el presidente norteamericano, el entusiasmo wilsonista se materializó en una ola de adhesiones y homenajes que recorrió Cataluña a lo largo de 1918.

El wilsonismo y la realidad

Las esperanzas del wilsonismo, sin embargo, fueron en buena parte vanas. El principio de las nacionalidades tuvo en la Conferencia de Paz de Versalles una aplicación meramente estratégica. Los nuevos Estados nacionales de la posguerra, sobre todo en Europa central y oriental, anhelaban seguir el único ejemplo exitoso de Estado nacional por antonomasia: Francia y, por extensión, el de Europa occidental. Por tanto, su objetivo era aplicar una política homogeneizadora: a un Estado debía corresponder una sola nación, un único idioma, una Historia compartida,

una cultura homogénea, una sistemática narrativa del pasado y del presente. Pero, a diferencia de lo ocurrido en otras latitudes durante el largo siglo XIX, eso se pretendía hacer ahora a destiempo, cuando el nacionalismo o, al menos, la propia conciencia de pertenecer a una minoría étnica, había prendido en muchas poblaciones de esos nuevos Estados nacionalizadores, que no compartían la identidad nacional de la mayoría étnica.

Además, la distribución de las minorías nacionales a ambos lados de las nuevas fronteras estatales diseñadas en la Conferencia de Paz convertía sus reivindicaciones en algo más: en un asunto de política internacional. Esto era algo que también había ocurrido en Europa occidental medio siglo atrás, pero antes de la era del nacionalismo, cuando los flamencos de Francia o los occitanos del Piamonte fueron mayoritariamente asimilados en las mayorías étnicas de sus respectivos Estados nacionales, en el nombre de la articulación de naciones liberales y mercados capitalistas, del progreso y de la «civilización» de las zonas rurales. Varios grupos étnicos otrora dominantes en sus respectivos Estados o regiones se veían ahora, después de 1918, en una posición inversa: los húngaros pasaban a ser minoría en Eslovaquia y Rumanía, y los alemanes se convertían también en minoría en regiones como Pomerania y partes de Silesia... Con todo, seguían contando con la protección de sus madres patrias, los Estados en que sus connacionales constituían la mayoría étnica.

La identificación con las minorías irredentas y el apoyo a los «hermanos oprimidos más allá de nuestras fronteras» se convertía tras 1918-1919 en un elemento fundamental del debate político interior y en una reivindicación asociada al nacionalismo radical de Estado, tanto en la República de Weimar como en Hungría, en Polonia o en la Ucrania soviética. Pero también podía tener imitadores en nuevos pannacionalismos, como el panneerlandismo (que defendía la reintegración de Flandes a una *Groot Nederland)*. La solución que se intentó exportar, en parte inspirada en el ejemplo británico, fue la del reconocimiento de derechos individuales a los miembros de una minoría a no ser discriminados en materia de lengua, religión o creencia por parte de los Estados «nacionalizadores» (Brubaker, 1996). Empero, las minorías como tales no eran sujetos colectivos de Derecho, y la filosofía subyacente en el sistema de protección de minorías

situado bajo garantía internacional de la SdN pasó a ser otra: la de garantizar el respeto a los derechos individuales de las personas pertenecientes a minorías de «raza, lengua y religión», con la perspectiva de asegurar su asimilación progresiva y pacífica a largo plazo en las mayorías étnicas de cada Estado.

21*. Reelaboración de «Some Reflections on the Great War and the Nationality Question in Europe», en Xavier Pla, Maximiliano Fuentes y Francesc Montero (eds.), *A Civil War of Words: The Cultural Impact of the Great War in Catalonia, Spain, Europe and a Glance at Latin America,* Oxford, etc., Peter Lang, 2016, págs. 35-53.

22 Véase *Annales des Nationalités,* II: 7-10 (1913).

23 Para buena parte de lo que sigue, véase Núñez Seixas (2004). Igualmente, para visiones integradas, Hroch (2000; 2005).

24 G. Forteza, «Triunfo del nacionalismo» *(La Almudaina,* 23 de noviembre de 1918), reproducido en Mir (1980: 318-321).

25 Véase Casassas (1984). Una visión panorámica en Zantedeschi (2006: 113-132). Igualmente, Jensen (2000: 117-124).

26 Informe de la legación española en Berna a Ministerio de Estado, 17 de agosto de 1916 (AMAE, H-2824).

27 A. Rovira i Virgili, «Mr. Wilson president de l'Entente», *La Veu de Catalunya,* 31 de julio de 1918.

Capítulo III

La idea de la «Europa de los pueblos» en el período de entreguerras (1918-1939)[28*]

Los movimientos nacionalistas subestatales que se desarrollaron durante el período de entreguerras en Europa occidental compartían una percepción de sus naciones genéricamente distinta de la albergada por los representantes políticos de las minorías nacionales de Europa oriental. Aunque su situación objetiva tendiese en algunos aspectos a ser similar (por ejemplo, en lo referente al reconocimiento de derechos culturales y lingüísticos), la imagen que los nacionalistas periféricos de Occidente tenían de sí mismos no los emparejaba con los alemanes de Transilvania o los ucranios de Polonia, sino que implícitamente los llevaba a establecer paralelismos con movimientos nacionalistas en pugna por su independencia contra un Estado *opresor* que habían triunfado y fundado un Estado propio, como podían ser los húngaros, checos o polacos. La adaptación de los nacionalistas catalanes, vascos o gallegos a organizaciones como el Congreso de Nacionalidades Europeas (CNE), fundado en 1925 como foro de las reivindicaciones de los representantes políticos y culturales de las minorías nacionales de Europa centro-oriental, no fue sencilla. Solo en el caso de los catalanistas se registró una aportación continua y relevante a los debates teóricos del movimiento nacionalitario centroeuropeo, dominado por la cosmovisión e intereses de las organizaciones de las minorías étnicas germanas, magiares, judías y eslavas de Europa centro-oriental[29].

En Francia hubo varios intentos de echar a andar una dinámica de actuación común entre los movimientos nacionalistas bretón, alsaciano y corso —y solo secundariamente, occitano—, que en ciertos aspectos se asemejaba al movimiento de las minorías nacionales centroeuropeas (Gerdes, 1985: 114-118; Schulz, 1993: 103-108). Los intentos de articular

una «coordinación» europea de las nacionalidades occidentales respondían a la búsqueda de solidaridad exterior de otros movimientos similares para conseguir objetivos comunes, aunque a la postre tales alianzas tendían a fracasar debido a la divergencia de intereses y a la dificultad de los nacionalistas para entenderse entre sí. Alianzas «paneuropeas» de movimientos nacionalistas sin Estado en Europa occidental habían sido concebidas por los más variopintos actores a lo largo del siglo XIX, desde que Giuseppe Mazzini, partiendo de su *Giovane Italia* (fundada en 1831) alentase los ideales de nacionalismo democrático y republicanismo y su visión de un nuevo orden internacional basado en la coexistencia pacífica de naciones libres, y estableciese relaciones con diversos líderes nacionalistas del Imperio austrohúngaro y otomano, para promover reivindicaciones comunes (Cunsolo, 1990: 18-19, 58-60). En el ámbito ibérico, como es bien conocido, hubo varias tentativas de coordinación entre nacionalistas gallegos, vascos y catalanes, desde la Triple Alianza de 1923 a la alianza Galeuzca en 1933-1934. Durante la dictadura de Primo de Rivera, los líderes catalanistas Francesc Macià y Gabriel Cardona dieron pasos en el exilio entre 1923 y 1926 para fundar una Liga de Naciones Oprimidas, aspirando a un utópico apoyo irlandés, y que se encuadraría dentro del típico mundo de alianzas más o menos fantasiosas entre los exiliados políticos de nacionalidades y los servicios secretos de diferentes países en ciudades como París, Londres, Berlín o Viena (Troebst, 1979).

Los actores involucrados en ese tipo de alianzas podían ser políticamente variopintos y abrigar intereses divergentes a largo plazo. Por ejemplo, el fascista italiano Gabriele d'Annunzio planeó la creación de una Liga de Pueblos Oprimidos o *Lega di Fiume* en 1920, que planeaba reunir desde a los irredentistas italianos hasta a nacionalistas egipcios, filipinos, irlandeses y catalanes (Ledeen, 1977: 176-186; Kochnitjky, 1922: 141-168). Por su lado, exiliados de movimientos nacionalistas anticoloniales de Asia y África, desde indonesios a vietnamitas y diversos pueblos africanos, fundaron comités y organizaciones en las capitales imperiales, y algunos de ellos colaboraron con las iniciativas anticoloniales de la *Komintern,* como la Liga contra el Imperialismo (Stutje, 2013 y 2016; Goebel, 2015). Detrás de ello, empero, no existía ninguna formulación teórica acerca de la

rearticulación de Europa con base en nuevos principios que implicasen el reconocimiento de las aspiraciones nacionalistas insatisfechas.

Federalismo, nacionalismo y la «Europa de los pueblos»

A diferencia de Europa oriental, en Europa occidental era muy influyente una tradición política aplicable al campo de las relaciones interétnicas y la organización territorial del Estado, que hundía sus raíces en Pierre-Joseph Proudhon: el federalismo. En sus orígenes, el federalismo proudhoniano era un principio de organización de la sociedad desde su base de manera democrática y voluntaria, de modo que colectividades libres se articulasen según su voluntad y mediante pactos en un Estado o forma superior de organización común, que con todo no descartaba el peso de los factores étnicos e históricos a la hora de fijar las unidades federativas (Voyenne, 1975). Esa fórmula fue adoptada por Mazzini, en combinación con el principio de las nacionalidades, como la receta para alcanzar una convivencia internacional armónica: una vez que las auténticas naciones hubiesen adquirido el deseado autogobierno habrían de coexistir en el futuro en paz, pues ya no habría razón para contenciosos territoriales.

En el plano de la organización interior del Estado, el principio federalista pasó a ser asumido como objetivo político, con distintas variantes, por varios movimientos nacionalistas que surgieron desde finales del siglo XIX, desde el catalanismo al *Félibrige* occitano. Este último, bajo la inspiración del escritor Frédéric Mistral (1830-1914), propugnaba una reordenación interior del territorio francés en la que se combinaran provincias con regiones étnicas, pero que implicase un respeto a las tradiciones culturales de las nacionalidades. De ese federalismo interior se pasaría a la federación internacional. La fórmula federal era asumible por muy distintos protagonistas. De este modo, el movimiento regionalista francés, articulado en la *Fédération Régionaliste Française* [FRF] liderada por Jean Charles-Brun (1870-1946), defendía en su programa algunas fórmulas de autonomía local o regional a nivel político a comienzos del siglo XX. De él surgieron ideas y estímulos que impregnarían las

reivindicaciones, en principio de naturaleza cultural, de los diversos movimientos nacionalistas subestatales también asociados a la FRF, como la *Union Régionaliste Bretonne* (Flory, 1966: 27-28; Wright, 2003).

Algunos círculos regionalistas agrupados en la *Société Proudhon* avanzaron en 1919-1920 la idea de una reordenación política del continente con base en demarcaciones étnicas «auténticas», y no en las fronteras de los Estados existentes. Era una propuesta que pretendía llevar a sus últimas consecuencias los postulados idealistas —la defensa del principio de las nacionalidades— difundidos durante la I Guerra Mundial por los contendientes como arma de propaganda, y que solo en parte fueron aplicados en Versalles (Pegg, 1983: 12). El escritor bretón Charles Le Goffic propugnaba así en 1919 que el ideal de la Europa futura habría de ser una Europa de las pequeñas y «auténticas» patrias (Le Goffic, 1918: xiv). Ahí surgió una división interna dentro del movimiento regionalista francés —hasta entonces mayoritariamente partidario de una mera descentralización desde arriba— entre un sector «tradicional», que siguió fiel al legado de Charles-Brun y la FRF, y una rama federalista disidente, cuya mejor expresión fue el antiguo socialista y sindicalista Eugène Poitevin y su revista *Le Fédéraliste,* que desde 1921 se convirtió en una tribuna de diálogo con los principios defendidos por los etnonacionalistas bretones y corsos.

La FRF, un grupo de presión que pretendía influir de modo transversal en los partidos franceses a favor de la adopción de su programa descentralizador, desarrolló en los años siguientes a la I Guerra Mundial una gran actividad. Eso coincidía con la cierta expansión tras el conflicto de un regionalismo «económico», que proyectaba la división de Francia en unidades administrativas regionales, que se suponía que serían más funcionales para la gestión del territorio. Sin embargo, esta corriente federalista era incapaz de llegar a una síntesis con las reivindicaciones etnonacionalistas en Bretaña u Occitania. Lo mismo se podría afirmar de las tendencias más radicales del federalismo francés durante los años treinta, precursoras directas del europeísmo federal de la década de 1950, en particular la variante del personalismo no-conformista, seguidor del «principio de subsidiaridad» de raíces católicas y del federalismo *integral,*

que iba más allá de la política, cuestionaba la intangibilidad del Estado-nación y asociaba el principio federal a descentralización y sindicalismo (Sparwasser, 1986: 119-169). Nucleados alrededor de la revista *Esprit* de Emmanuel Mounier desde 1930, en algunos de sus integrantes —por ejemplo, el católico de izquierda y prodhouniano Alexandre Marc, una de las figuras principales del movimiento federalista europeo de posguerra, para quien las unidades federativas se debían basar en grupos étnicos— se dieron tímidos pasos teóricos hacia la conciliación de un todavía confuso regionalismo étnico con el principio federal a escala europea[30].

Igualmente, en el núcleo federalista y europeísta agrupado alrededor de la revista *L'Ordre Nouveau* figuraba uno de los primeros abanderados del ideal de la «Europa de las Regiones» en la posguerra, el filósofo calvinista suizo Denis de Rougemont (1906-1985), quien se inspiraba en el consociativismo de los cantones helvéticos y lo proponía como una solución para Europa. El federalismo no-conformista y «revolucionario» se declaraba neutral en el eje izquierda-derecha, y en su búsqueda de una alternativa al Estado liberal cayó en una cierta fascinación por algunos aspectos del fascismo. Pretendía reactualizar el corporativismo a través de un regionalismo de inspiración maurrasiana, impregnado ahora de espiritualismo individualista, que habría de llevar a una «Europa de las patrias» definida de modo bastante vago (Sparwasser, 1986: 119-120). En alguna de sus manifestaciones, el federalismo integral abogaba por una federalización de Europa y del mundo cuya base constitutiva no fuesen necesariamente los Estados, sino las *regiones* y las *patrias* naturales, definidas en algunas ocasiones como grupos étnicos compactos y con conciencia de serlo, y en otras como unidades geográfico-administrativas funcionales[31].

El puente teórico entre el primigenio federalismo internacionalista de la *Société Proudhon* y las concepciones europeístas de los movimientos etnonacionalistas, e incluso con la problemática europea de las minorías nacionales, fue el núcleo «federalista disidente» del *Foyer d'Études Fédéralistes,* liderado por Eugène Poitevin desde 1919, que editó desde 1921 la modesta revista *Le Fédéraliste*. En sus páginas colaboraron federalistas occitanos (Charles Camproux, Jean Lesaffre y François Jean-

Desthieux) y nacionalistas bretones (Guiomar, 1968: 171). Poitevin defendía en primer lugar la reordenación territorial de Francia en sentido federal, con base en las nacionalidades existentes en su interior, que en un estadio posterior debía unirse a una Federación Europea en la que los derechos de las nacionalidades hallasen un reconocimiento satisfactorio. La SdN era considerada como el primer paso para esa federación. Así, se conjugaba el wilsonismo nacionalitario pro SdN que se había propagado entre varios movimientos nacionalistas de Europa occidental durante la guerra mundial con los principios federalistas. En febrero de 1936, el *Foyer d'Études Fédéralistes* publicó un número de una efímera revista mensual titulada *Les Patries de France* (Larronde, 1994: 188-189).

El federalismo era contemplado como la solución ideal para los conflictos nacionales. Pero también implicaba una fórmula de autonomía territorial, aplicable a nacionalidades *compactas,* a diferencia de las fórmulas de la autonomía cultural y el Estado anacional, propugnado como fórmula ideal por el movimiento nacionalitario centroeuropeo para áreas de poblamiento étnico mixto en Europa oriental. Fue el nacionalismo bretón el que más intentó profundizar en la dimensión internacionalista de su concepción federalista para el interior de Francia, lo que llevó a algunas tensiones con los sectores dentro del propio movimiento que daban prioridad a la forja de vínculos con otras naciones celtas, desde Gales a Irlanda.

Desde principios de la década de 1920 el portavoz del nacionalismo bretón, *Breiz Atao,* mostró gran interés por situar la reivindicación bretona dentro de un universo de «naciones en lucha». Un primer objeto de atención fueron las estrategias políticas de los movimientos nacionalistas triunfantes, desde la India hasta Letonia y, sobre todo, Irlanda[32]. A ello se añadían los intentos por establecer una coordinación con otros movimientos nacionalistas de Europa occidental. En 1925, el arquitecto y federalista *brétonnant* Morvan Marchal (1900-1963) propuso la constitución de un Comité Internacional de Minorías Nacionales que integrase en su seno a los movimientos flamenco, corso, escocés, galés y vasco, con el fin de formar una suerte de «internacional» de los oprimidos, «verdadero sindicato de las naciones pobres, de los pueblos sometidos»[33]. Marchal definió su propuesta

unos meses más tarde: el programa de una alianza de nacionalistas habría de ser el federalismo internacional, único sistema de organización política capaz de instaurar una era de libertad y paz basada en el respeto a las nacionalidades[34]. La orientación federalizante del bretonismo se acentuó tras la incorporación en 1926 del músico y escritor Maurice Duhamel (1884-1940), quien provenía de la vertiente más izquierdista del movimiento. *Breiz Atao* adoptó desde junio de ese año en su cabecera el lema «revista mensual del nacionalismo bretón y del federalismo internacional» (Déniel, 1976: 75; Nicolas, 2007; Carney, 2015).

Los acontecimientos de Alsacia en 1926 llevaron a los diferentes nacionalismos minoritarios dentro del Estado francés a buscar fórmulas más efectivas de coordinación. La represión contra los autonomistas, que promovían la oposición popular a las medidas de laicización del Gobierno de París, marcó el inicio de la aproximación entre los diferentes movimientos nacionalistas del Hexágono, acentuado desde mayo de 1928, tras el proceso judicial al que fueron sometidos en Colmar varios dirigentes del Partido Autonomista de Alsacia y Lorena *[Elsaß-Lothringisch Autonomisten Partei,* ELAP]. También influyó en esa estrategia de colaboración el contexto exterior. Los autonomistas alsacianos, a pesar de haber mostrado una disposición favorable a participar en el Congreso de Nacionalidades Europeas, no fueron invitados a tomar parte en sus labores, ya que el Ministerio Alemán de Exteriores no deseaba complicaciones en sus relaciones con Francia[35]. Existían además reticencias teóricas a admitir nacionalidades consideradas *dudosas* y todavía en proceso de consolidación, que deberían «evolucionar» en su proceso de concienciación política y cultural para ser admitidas en un futuro (Junghann, 1931: 47-48).

Los nacionalistas bretones y alsacianos tomaron entonces otra iniciativa. Tras el congreso del *Parti Autonomiste Breton* (PAB) en Rosporden en 1927, al que asistieron representantes alsacianos, flamencos, corsos, galeses y escoceses, se fundó en septiembre del mismo año el Comité Central de las Minorías Nacionales de Francia *[Comité Central des Minorités Nationales de France,* CCMNF]. En él participaban el *Partitu Corsu Autonomista* (PCA), el PAB y el ELAP (Mordrel, 1973: 129; Duhamel, 1928), y a su acto

fundacional también acudió el federalista parisino Eugène Poitevin. Su manifiesto fundacional reafirmaba su fe en el federalismo plurinacional:

> La doctrina a la que recurre el CCMNF se basa en el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y en el federalismo internacional. A los Estados modernos, basados en la fuerza [...] deseamos contraponer una federación de los pueblos, en la que cada nacionalidad podrá determinar su propio estatuto político y perseguir su desarrollo cultural según sus tradiciones y sus tendencias, pero cuya unidad económica será asegurada por la supresión de las aduanas y la práctica del libre comercio, pareciéndole esta concepción la única que puede dar a los pueblos los dos bienes esenciales: la libertad y la paz[36].

El Comité empezó a publicar un boletín de información y estableció una sede provisional, que serviría de coordinación entre los tres movimientos nacionalistas signatarios. Pero ni los occitanistas ni los grupos catalanistas y nacionalistas vascos de Francia se adhirieron al CCMNF, sostenido por el activismo intelectual de los bretones y la mayor fuerza electoral de los autonomistas alsacianos.

El Comité desarrolló una activa labor de propaganda, pero sobre él recayó pronto la sospecha de estar financiado desde Berlín. Algunos indicios permiten suponer que una organización que agrupaba los intereses de los «alemanes étnicos» que tras 1919 eran ciudadanos de otros Estados, la *Deutscher Schutzbund,* se hallaría detrás de la iniciativa, a través fundamentalmente de las relaciones existentes entre algunos comités de exiliados alsacianos en Alemania y el movimiento autonomista en su patria de origen (Kettenacker, 1973: 25; Rothenberger, 1976). El CCMNF aspiraba además a convertirse en el interlocutor del movimiento de las nacionalidades centroeuropeas, y ya en 1928 delegó a Duhamel y a un diputado alsaciano al IV Congreso de Nacionalidades Europeas celebrado en Ginebra. Pero su ingreso, como el de los nacionalistas flamencos y valones, fue denegado otra vez, pese al interés de varios círculos intelectuales alemanes en la cuestión de las nacionalidades por el nacionalismo bretón y por Alsacia, vista como una parte amputada de la germanidad[37]. El interés etnográfico de los círculos revisionistas germanos por los movimientos nacionalistas flamenco, bretón o escocés no se traducía, empero, en reconocimiento político[38].

El Partido Autonomista Bretón, bajo la dirección de Duhamel, reafirmaba con su impulso del CCMNF su opción por una reordenación del continente europeo con base en la federación de las patrias *naturales,* desde una perspectiva igualitaria y democrática. Así se afirmaba en la Declaración de Châteaulin, aprobada por el II Congreso del partido en agosto de 1928 (Déniel, 1976: 81):

> Creemos que Europa está destinada a constituir, más tarde o más temprano, una unidad económica [...]. Esta no se realizará por los grandes Estados, cuyo papel histórico habrá acabado, sino por las nacionalidades de las que aquellos se componen agrupadas según sus afinidades étnicas, lingüísticas y culturales. En ese momento, las verdaderas comunidades nacionales podrán recuperar una independencia que solamente limitarán las necesidades de la federación, [...] Bretaña será una de las células de ese nuevo organismo.

Semejantes concepciones anidaban en el partido nacionalista corso fundado en 1922 *(Partitu Corsu d'Azione,* después *Partitu Corsu Autonomista,* PCA), que en 1932 se mostraba favorable a una aplicación progresiva del federalismo, principiando por Francia, para a continuación «defender la reorganización de Europa mediante la federación de las naciones y no de los Estados»[39].

Duhamel desarrolló sus teorías internacionalistas en su opúsculo *La cuestión bretona en su contexto europeo* (1929). En él, reafirmaba su bretonismo autonomista y federalista, pero diferenciaba claramente entre descentralización, por un lado, y regionalismo, por el otro. Definía este último como el derecho de las minorías nacionales dentro de un Estado a ver reconocida su especificidad cultural. Duhamel propugnaba para Bretaña una autonomía política y administrativa que fuese comparable a la de los cantones suizos. Si en la Europa de posguerra convivían las nuevas organizaciones internacionales que condicionaban las relaciones entre Estados con un «despertar de las nacionalidades» inspirado por el derecho de autodeterminación, las reivindicaciones nacionalitarias debían adaptarse al internacionalismo. De la Sociedad de Naciones habría de surgir la futura federación europea, a partir de una cesión previa de soberanía por parte de los Estados integrantes:

> Primera etapa, pues, el federalismo interior, al estilo suizo o alemán. Y cuando los últimos Estados unitarios de hoy se hayan plegado al régimen federal, cuando la autonomía les haya

> privado de toda veleidad, de toda posibilidad de imperialismo, entonces será realizable el federalismo internacional, al estilo americano [...]. ¿En qué se convertirán los Estados en la Federación Europea? Si en algún modo permanecen en pie, persistirán bajo la forma debilitada e inofensiva que las circunstancias les habrán impuesto [...]. Se puede creer que la Europa federal despedazará parcialmente los Estados actuales; pero según los límites, esta vez lógicos, de las verdaderas comunidades nacionales (Duhamel, 1978: 150-151).

La posición federalista de Duhamel fue motivo de fricción con el ala dura del PAB. Encabezada por Olier Mordrel (1901-1985), esta última defendía un nacionalismo integral orientado hacia el panceltismo. También predicaba, como el *Sinn Féin* irlandés, una mística de la violencia armada para «despertar» a la población bretona de su letargo. En el congreso de Guingamp (agosto de 1931) tuvo lugar, finalmente, la ruptura entre ambas facciones. Por un lado surgió el *Parti National Breton* de Mordrel (PNB), neutro en la cuestión social, con ribetes autoritarios y elitistas, y con clara propensión a la violencia paramilitar. Por otro lado, la fracción federalista de Duhamel, inclinada hacia la izquierda, con el nombre de *Ligue Fédéraliste de Bretagne* [LFB] (Saint-Pierre, 1994).

El CCMNF fue revitalizado en 1932, cuando la LFB lanzó un llamamiento a reanimar la coordinación con otras nacionalidades de Francia, al que respondieron los federalistas occitanos y el PCA (Yvia-Croce, 1979: 340-341). Pero esta resurrección fue efímera, debido a la debilidad organizativa de la LFB, y a que los autonomistas alsacianos, el verdadero motor organizativo de la alianza, dirigían ahora sus ojos hacia la Alemania de Hitler. Con todo, el federalismo europeísta de Duhamel tuvo continuadores en la década de 1930, sobre todo, en los núcleos occitanistas de izquierda que eran activos en Marsella, Toulouse y Montpellier —bajo el influjo de la izquierda catalanista (Guiomar, 1968: 45-60).

Entretanto, la revista *Le Fédéraliste,* editada por Poitevin, mantuvo la bandera del federalismo plurinacional. El compromiso pro-nacionalitario de Poitevin era patente en su tejido de relaciones políticas, que abarcaba desde la LFB hasta los catalanistas de izquierda, pasando por los núcleos occitanistas y los europeístas de *L'Esprit*. Su posición más original, sin embargo, radicaba en la defensa de un sindicalismo de raíz proudhoniana, que concebía como complemento ideal del federalismo basado en unidades étnicas[40]. Esas concepciones estaban teñidas igualmente de corporativismo,

como rezaban los estatutos de la asociación *L'Ordre Nouveau:* antiimperialismo, federalismo que «no separa a la región, por lo tanto, de la actividad corporativa», y defensa de la corporación, «a la vez una institución descentralizadora, por lo tanto antiestatista, y un medio de reglamentar la producción»[41].

La defensa del sindicalismo-corporativismo llevaba a Poitevin a mantener relaciones variopintas: desde el movimiento antifascista italiano *Giustizia e Libertà* hasta el intelectual pancatalanista J. V. Foix. Pero *Le Fédéraliste* no derivó hacia el fascismo; por el contrario, Poitevin era beligerante con el PNB o con los autonomistas corsos que simpatizaban con la Italia fascista. Para él, solo una Europa federalizada podría consagrar el respeto a las nacionalidades y a su especificidad cultural, y superar la amenaza totalitaria que se cernía sobre el continente[42]. A las concepciones étnicas de naturaleza jerárquica, caras a la derecha *völkisch* alemana, que aspiraban a reordenar el continente con base en fronteras étnicas *objetivas,* los federalistas contraponían el ejemplo de la aproximación entre catalanistas y occitanistas, quienes proyectaban crear una federación interregional por encima de las divisiones entre Estados[43]. El contacto entre las concepciones proudhonianas y los criterios orgánico-historicistas para definir las patrias *naturales* se puso de manifiesto con ocasión de la encuesta llevada a cabo entre los representantes de diversas minorías nacionales de Francia acerca de los principios fundadores de la futura federación, y sobre la combinación de criterios administrativos y políticos que la fundamentarían[44]. El elenco comprendía desde los autonomistas alsacianos, bretones y vascofranceses hasta diversos grupos federalistas y sindicalistas de París. El diálogo que algunos de esos grupos neoproudhonianos mantenía con el fascismo no obstaba para que *Le Fédéraliste* se mantuviese fiel a los principios democráticos del federalismo, y se opusiese tanto al auge de las potencias fascistas como a la *Action Française*[45].

Para los parisinos no había, además, gran diferencia entre Europa oriental y occidental. Como consecuencia lógica del principio de las nacionalidades, cada nación o grupo étnico compacto debía alcanzar una autonomía territorial enmarcada en un modelo federativo. La cuestión

nacionalitaria en Europa oriental no se contemplaba como un fenómeno distinto que requería soluciones específicas, sino que se asimilaban automáticamente ambas realidades mediante el uso de una terminología común. Uno de los escritos más reivindicativos del nacionalismo occitano de los años treinta llevaba por título *Occitania, minoría francesa* (Larrieres, 1933), y denunciaba que el Estado francés se hubiese comprometido a garantizar a través de la SdN unos derechos culturales y lingüísticos que no respetaba en su territorio. Igualmente, un reconocido jurista especializado en los derechos de minorías en el Derecho Internacional tras 1918, Louis E. Le Fur, argüía en 1937 que la República francesa estaba obligada a reconocer esos mismos derechos a Bretaña (Le Fur, 1937: 3).

Los principios de la SdN y de los Tratados de Minorías eran mecánicamente repetidos por los nacionalistas corsos como arma dialéctica, al igual que el CCMNF los había esgrimido en 1930 como respuesta al Memorándum Briand sobre la unión europea (Yvia-Croce, 1979: 328-332). Por el contrario, desde otros movimientos nacionalistas se destacaban las diferencias existentes entre las minorías nacionales «dispersas» de Europa del Este y las nacionalidades «homogéneas» de la mitad occidental del continente (Schulz, 1993: 117-119; Schamelhout, 1939: 36). El nacionalismo galés mostró un menor interés por la cuestión de las minorías étnicas en Centroeuropa, aunque sí desarrolló de forma temprana una fuerte orientación internacionalista, también basada en la prédica del federalismo internacional y de las virtudes del flexible modelo asociativo del Imperio británico, donde Gales podría optar a un estatus similar al de Canadá (Diekmann, 1998: 249; Davies, 1983: 106-108; Wyn-Jones, 2009). A la inversa, según las publicaciones de la derecha *völkisch* alemana, y sobre todo entre los círculos interesados en la internacionalización de la cuestión de las minorías, las reivindicaciones flamencas o galesas mostraban que en Europa occidental existían problemas de *minorías* análogos a los de Transilvania, Silesia o Galitzia (Núñez Seixas, 2001a: 270-271).

El europeísmo nacionalitario y profascista: *Peuples et Frontières* (1936-1939)

Los sectores fascistizantes del nacionalismo bretón intentaron transformar el CCMNF en un posible embrión de un Congreso de Nacionalidades Occidentales desde 1937. Como órgano de proyección «europea» del CCMNF apareció primero en junio de 1936 (como *Bulletin des Minorités Nationales)* y en formato más generoso a partir de enero de 1937 la revista *Peuples et Frontières,* alentada por el PNB pronazi de Olier Mordrel y Marcel Debauvais, probablemente con subsidios procedentes de Alemania[46]. Aspiraba a convertirse en un remedo de la revista de la Unión de Minorías Alemanas *Nation und Staat,* pero centrada en el ámbito específico de Europa occidental. A problemas diferentes, argumentaba la revista, correspondían soluciones distintas:

> Nunca hemos aceptado sin grandes reservas la expresión minoría nacional, cuyo aspecto 180esencialmente jurídico, además, estaba totalmente carente de dinamismo, porque, si bien esa definición se justifica para los alemanes de los países bálticos, o los sajones de Transilvania, diseminados entre poblaciones extranjeras, no conviene al pueblo bretón, al pueblo flamenco o al pueblo vasco, que forman verdaderas naciones, susceptibles de constituir Estados independientes.

Por ello, una iniciativa pannacionalitaria en Occidente debía adquirir una dirección propia y autónoma: «la existencia de esos pueblos no plantea [...] los complejos problemas que surgen cuando se estudian cuestiones semejantes en Europa central y oriental. En Occidente, las fronteras étnicas y lingüísticas son, las más de las veces, muy netas». Por ello, una futura reordenación europea en Occidente podría basarse *simplemente* en el principio de autodeterminación de los pueblos[47].

La orientación antimarxista y peligrosamente «neutra» en lo político de *Peuples et Frontières,* sin embargo, no ocultaba su alineación con los fascismos europeos. También mantuvo una estrecha relación con el movimiento irredentista de las minorías magiares impulsado por el Gobierno de Budapest, en especial con el *Bureau Central des Minorités* fundado por el político magiar de Transilvania exiliado en Ginebra Gustave de Köver[48]. *Peuples et Frontières* incluía reportajes de casi todas las nacionalidades de Europa occidental, desde los frisones a los corsos, así como de las minorías nacionales del Este. Pero sus malabarismos conceptuales eran equívocos. Una de las secciones era denominada *Groot-*

Nederland, los «Grandes Países Bajos» que englobarían a todas las tierras de habla neerlandesa, reflejando la visión de un sector del movimiento flamenco que aspiraba a una confederación o unión con los Países Bajos. Igualmente, la revista jugaba con la idea del paneuropeísmo federalista, pero, al contrario que Duhamel o Poitevin, no lo contemplaba como la solución ideal o única al problema de las nacionalidades. Por ejemplo, reaccionó con ambigüedad frente a una iniciativa de los nacionalistas occitanos en 1938 para conformar una nueva alianza federalista de nacionalismos subestatales en Francia. Pero se mostraba de acuerdo con consensuar «ciertas soluciones, al menos en lo que concierne a la defensa de los derechos culturales de cada una de las nacionalidades de Francia»[49].

La fragilidad de los principios democráticos de *Peuples et Frontières* se puso en evidencia en su aprobación del *Anschluß* de Austria por el III Reich en marzo de 1938, y de la partición de Checoslovaquia tras el Acuerdo de Múnich de septiembre del mismo año[50]. *Peuples et Frontières* solo asumió una ardiente defensa de los nacionalistas vascos contra los «generales españoles» tras julio de 1936, contraviniendo con ello la orientación profascista de la revista (Rojo Hernández, 2003). Sin embargo, su posición ante el catalanismo era mucho más esquiva. La anexión de los Sudetes por la Alemania de Hitler fue interpretada por los «internacionalistas» bretones como un primer signo de lo que había de ser una futura Europa de los pueblos libres y étnicamente homogéneos. E, igualmente, la revista se oponía a considerar que los movimientos nacionalistas de países colonizados de Asia y África, faltos aún de un estadio de civilización, pudiesen ser equiparables a los nacionalismos europeos[51]. La «movilización antimilitarista» que *Peuples et Frontières* promovió desde finales de 1938 entre las nacionalidades de Europa occidental, defendiendo una posición neutralista a ultranza, abonó aún más las sospechas de su imbricación con los intereses del III Reich[52]. Predicaba así la neutralidad del nacionalismo flamenco ante las reivindicaciones alemanas sobre Eupen-Malmedy, la oposición a la guerra que en aquel momento propugnaba el Partido Nacional Escocés, o las declaraciones también favorables a la neutralidad del presidente del Estado Libre de Irlanda, Éamon de Valera[53].

Peuples et Frontières se consolidó a finales de 1938 como un órgano de coordinación e información entre varios movimientos nacionalistas de Europa occidental, muchos de ellos ya bajo la sombra del fascismo —como el *Vlaamsch National Verbond* flamenco—, y había establecido una relación estable con la red de publicaciones consagradas a las minorías nacionales de Europa oriental. No obstante, su relación con estas últimas no estaba exenta de contradicciones. El bretón Olier Mordrel clasificaba las nacionalidades europeas en varias categorías, y llegaba a la conclusión de que los problemas de las «minorías nacionales» y de las «nacionalidades minoritarias» no eran semejantes. Además, los objetivos políticos y la fuerza de los diversos movimientos nacionalistas imponían una solución general que no pasase por la autonomía cultural, sino por una «revolución en las instituciones políticas de Europa» que entrañase «una nueva concepción de las relaciones entre el Estado y la nacionalidad, por un lado; entre el Estado y la vida económica, por otro; y, finalmente, entre la nacionalidad y el individuo»[54]. Un Nuevo Orden Europeo, en definitiva. En abril de 1939, *Peuples et Frontières* justificaba la anexión de Bohemia y Moravia por el III Reich en nombre de los derechos de los pueblos, y esperaba que la Gran Alemania respetaría la autonomía de Bohemia, dando un ejemplo a las «hipócritas» potencias occidentales que no hacían lo propio en sus territorios[55].

Como es sabido, el desarrollo de la política de ocupación nazi en Europa durante la II Guerra Mundial desmintió esas ilusiones, pues su propio concepto de un Nuevo Orden europeo dejaba poco o ningún espacio a un concepto alternativo de la «Europa de los pueblos». Este resurgiría desde las décadas de 1950 y 1960, asociado por un lado a sus raíces primigenias, de naturaleza federalista y democrática; y, por otro, a la tradición *etnicista* del CNE y de algunos teóricos como el profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Pau Guy Héraud, el jurista austríaco Theodor Veiter o el nacionalista bretón (y colaboracionista, con matices, entre 1940 y 1944) Yann Fouéré[56]. Pero esta es otra historia.

28*. Publicado en *Hermes,* 37 (2011), págs. 32-44.

29 Véase para más detalles Núñez Seixas (2001a; 2010b).

30 Véase, por ejemplo, A. Marc y R. Dupuis, «Le fédéralisme révolutionnaire», *L'Esprit*, 2 (noviembre de 1932); de los mismos autores, *Jeune Europe,* París, Plon, 1933.

31 Véase, por ejemplo, el volumen *L'Europe fédéraliste. Aspirations et réalités,* París, Marcel Giard, 1927.

32 Véanse, por ejemplo, J. La Bénelais, «Le Réveil tunisien», *Breiz Atao,* 31 (julio de 1921); «Le Réveil et le Triomphe de la nation lettone», *Breiz Atao,* 37, 15 de enero de 1922.

33 M. Marchal, «Pour une politique internationale des minorités», *Breiz Atao,* 75 (marzo de 1925).

34 M. Marchal, «La paix», *Breiz Atao,* 78 (junio de 1925).

35 Informe del cónsul alemán, Ginebra, 1 de septiembre de 1928 ([P]olitisches [A]rchiv des [A]uswärtigen [A]mtes, Berlín, R.60469).

36 *Manifeste du C.C.M.N.F.,* citado por Déniel (1976: 92).

37 Carta de Ewald Ammende a Josip Vilfan, Viena, 9 de febrero de 1929 (Bundesarchiv Koblenz, Fondo Josip Vilfan).

38 Véanse, por ejemplo, Boehm (1923) o Trampler y Haushofer (1931: 236-237), donde se sitúan en un mapa geopolítico las diferentes minorías nacionales de Europa, incluyendo también a bretones, catalanes, vascos y gallegos. Igualmente, véase Trampler (1931). Este autor consideraba que la superación de los problemas nacionales de Europa sería posible únicamente mediante una combinación, un tanto indefinida, de «autonomía cultural» y federalismo, llegando así a una «Federación Cultural Europea».

39 Yvia-Croce (1979: 302). Sobre el desarrollo del nacionalismo corso en este período, véanse Pomponi (1977) y Leca (1994).

40 «9 mars 1934», *Le Fédéraliste,* 1: 18 (1934).

41 *Le Fédéraliste,* 4: 27 (1933).

42 Véase E. Berth, «Totalitarisme ou Fédéralisme», *Le Fédéraliste,* 2: 41 (1937), y 3: 42 (1937). Igualmente, criticaría las propuestas de Jean-Desthieux en 1937, relativas a una «federación de pueblos mediterráneos», por considerar que detrás de esa idea se hallaba la sombra peligrosa de las propuestas anteriores de Charles Maurras: cfr. *Le Fédéraliste,* 2: 37 (1936).

43 Véase, por ejemplo, *Le Fédéraliste,* 1: 28 (1934). Poitevin mantuvo un estrecho vínculo con los *foyers* occitanistas y las revistas de tendencia pancatalanista en contacto con la *Oficina de Relacions Meridionals* de la Generalitat de Catalunya.

44 «Province et Révolution. Enquête», *Le Fédéraliste,* 2: 29 (1934).

45 «Rapprochements», *Le Fédéraliste,* 2: 25 (abril-junio de 1933).

46 Cfr. Mordrel (1973: 208) y Larronde (1994: 189-190). La financiación alemana llegaba a través de la organización científico-arqueológica *Ahnenerbe* de las SS. Algunos integrantes de *Ahnenerbe* (como Friedrich Hielschers) predicaban la vuelta a los auténticos «grupos étnicos» definidos por la Historia, con el fin de articular una nueva Europa sobre las ruinas de los Estados nacionales. Sobre la orientación pronazi del PNB en los años treinta, véase Quéré (1978: 323-325).

47 Y. Douget, «Notre programme», *Peuples et Frontières,* 1, 1 de enero de 1937.

48 Véase, por ejemplo, «Minorités en France», *Minorité-La Voix des Peuples,* mayo-junio de 1935.

49 «Pour un rassemblement des mouvements minoritaires de France», *Peuples et Frontières,* 10, 15 de marzo de 1938.

50 «Fin d'année», *Peuples et Frontières,* 19, 15 de diciembre de 1938.

51 *Peuples et Frontières*, 7, 1 de diciembre de 1937.

52 «Les faux apôtres de la démocratie et la liberté», *Peuples et Frontières,* 16, 15 de septiembre de 1938.

53 *Peuples et Frontières,* 20, 15 de enero de 1939.

54 O. M., «Essai d'un classement des minorités», *Peuples et Frontières,* 10, 15 de marzo de 1938. Más equívoco se presentaba en las páginas del suplemento en inglés. Cfr. C. R. Malley, «What are West-European Minorities?», *Peuples et Frontières,* 20, 15 de enero de 1939.

55 J. Cam, «Du pire peut parfois sortir le meilleur», *Peuples et Frontières,* 23, 15 de abril de 1939.

56 Véase una aproximación sintética en Nagel (2011).

Capítulo IV

Los nacionalismos subestatales, la unificación europea y el mito de la soberanía: algunas reflexiones[57*]

Un fantasma vuelve a recorrer Europa. Esta frase retórica ya no invita a nadie a pensar en el comunismo. Tampoco, al menos por ahora, en las diversas formas de fascismo y neofascismo. Pero si aludimos al nacionalismo, la única de las grandes ideologías políticas y movimientos sociales que nacen con la contemporaneidad y se desarrollan plenamente en el siglo XIX, junto con los colectivismos de raíz marxista y el liberalismo, sí que nos encontramos ante una suerte de recurrente vuelta casi cíclica. Con el nacionalismo surgieron nuevos Estados-nación y entes territoriales autónomos, se trazaron y modificaron fronteras, se crearon nuevas identidades y se refundieron, asimilaron o erosionaron irremisiblemente otras lealtades de naturaleza territorial.

Las olas de difusión transnacional del nacionalismo fueron varias. Además de la «Primavera de los Pueblos» inaugurada por las revoluciones de 1848 y que tuvo continuidad con los procesos de unificación alemán e italiano en la creación de nuevos Estados-nación en los Balcanes, en el siglo XX se han registrado al menos tres momentos más de eclosión de nuevas naciones-Estado, favorecidos por cataclismos geopolíticos globales. En primer lugar, el período 1918-1921, jalonado por la descomposición de los imperios multiétnicos de Austria-Hungría, el Imperio otomano y (en parte) el Imperio zarista, aunque este último conservó buena parte de los antiguos territorios en el seno de la URSS. En segundo lugar, en este caso favoreciendo claramente a los Estados-nación ya existentes o consolidados, el período 1945-1949, durante el que toda Europa oriental sufrió un gigantesco proceso de limpieza étnica, migraciones forzosas y traslado de

poblaciones enteras que acompañaron al retrazado de las fronteras y el trazado del «Telón de acero». En tercer lugar, el proceso abierto con la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, la caída del «socialismo real», la descomposición de la Unión Soviética en varias repúblicas, la separación pacífica de Chequia y Eslovaquia en 1993 y, finalmente, el turbulento proceso de disgregación del Estado yugoslavo. Este último proceso parecía cerrado con los acuerdos de Dayton y la reorganización federativa, bajo tutela internacional, de la república multiétnica de Bosnia, además de con las independencias definitivas de Croacia, Eslovenia y Macedonia. La «ola» parecía extinguirse. Pero era la última que había tocado de cerca Europa occidental. Durante la década de 1960 y aun en los dos lustros siguientes, el cierto resurgir o la revitalización y renovación de algunos nacionalismos periféricos en el occidente europeo acusaba también el influjo de los procesos de descolonización del Tercer Mundo, patente en la transposición de algunos modelos organizativos y doctrinales desde los nacionalismos anticoloniales a las tendencias más izquierdistas de algunos nacionalismos subestatales europeos.

Sin embargo, el acceso a la independencia de Montenegro en mayo de 2006, así como de la antigua provincia serbia de mayoría étnica albanesa de Kosovo en febrero de 2008, pusieron de nuevo sobre el tapete la actualidad y vigencia de los «efectos dominó», de las coyunturas internacionales en la expansión y difusión del nacionalismo y de las reivindicaciones de soberanía estatal para colectivos etnoterritoriales en los que se registra tal reivindicación. La posibilidad de secesión de un territorio en el que exista una reivindicación nacional alternativa a la del Estado-nación del que forme parte se vuelve a invocar por parte de los nacionalistas escoceses, flamencos, catalanes, vascos, gallegos o galeses en diferentes grados. ¿Nos hallamos, pues, ante una nueva «ola» de expansión del derecho de autodeterminación y de las reivindicaciones de nuevas «minorías» étnicas y naciones sin Estado, para a su vez aspirar a ingresar como miembros de pleno derecho en la Unión Europea?

El sueño de la Europa de las Regiones

En el principio está la paradoja. Durante las décadas de 1950 y 1960, y más recientemente en las décadas de 1980 y 1990, la andadura del proceso de unificación europea parecía haber relegado al pasado las reivindicaciones etnonacionalistas clásicas; y la forma federativa que adoptaría (en sus versiones más optimistas) la estructura de la UE permitiría a las minorías etnolingüísticas, nacionalismos subestatales y reivindicaciones de autogobierno o de derechos colectivos de esas comunidades territoriales disfrutar de un espacio de afirmación cultural y política suficiente. Era lo que después se resumiría como teoría del *sandwich:* la unión europea debilitaría al Estado-nación y, al mismo tiempo, la extensión de las teorías de la planificación territorial, la difusión del principio de subsidiariedad y la profundización del ejercicio de la democracia política en las sociedades del capitalismo avanzado obligarían a esos mismos Estados a ceder competencias hacia abajo. Por lo tanto, era factible pensar en un futuro en el que la UE como superestado continental armonizaría de forma concéntrica identidades etnoterritoriales, políticas y culturales muy distintas. Las posibilidades abiertas dentro de la propia estructura de la UE para la representación de intereses de las instituciones y gobiernos mesoterritoriales y locales hacían pensar también a muchos nacionalistas pragmáticos, aunque íntimamente aspirasen al objetivo lejano de conseguir un día la plena soberanía, que el tótem del Estado-nación estaba pronto a desmoronarse. Y asimismo aventuraban que el concepto de soberanía, en el que se basaba aquel tótem, pero que también constituye el fundamento de las aspiraciones nacionalistas, estaba igualmente sufriendo un proceso de erosión y de relativización, al someterse a división, compartimentación y cesión por parte del Estado central y hacia poderes locales y mesoterritoriales[58]. La evolución constitucional de las diversas fórmulas político-institucionales de acomodación de la diversidad cultural e identitaria en el seno de Estados europeos y extraeuropeos como España, Bélgica, Gran Bretaña, Italia, Finlandia o Canadá, así como la canalización por vías pacíficas de la mayoría de las situaciones de conflicto etnoterritorial en el Viejo Continente, eran factores que hacían pensar que, en un futuro no tan lejano, Europa sería el bálsamo de todos los males identitarios.

Sin embargo, varias razones han contribuido a que la tan aireada crisis del Estado-nación no se haya producido en la medida en que vaticinaban muchos de sus predicadores. Y tampoco estaba tan claro el advenimiento de la anunciada y vagamente definida era posnacional. En primer lugar, no todo eran reivindicaciones pacíficas en el solar de la vieja Europa. Incluso en Europa occidental subsistían conflictos violentos de baja intensidad, pero persistentes en el tiempo, como el vasco, el norirlandés o el corso. En segundo lugar, la evolución del modelo de articulación institucional y territorial de la UE ha dado preferencia desde finales del siglo XX a una versión renovada del diseño de la «Europa de las patrias» defendido por Charles De Gaulle, esto es, de Estados-nación. La concentración de funciones y del poder ejecutivo en la Comisión Europea y en los Consejos de Ministros europeos, así como la falta de potenciación de las instituciones regionales y del Parlamento Europeo, fueron acompañadas de una expansión hacia el Este de la UE, en la que Estados jóvenes, como Letonia, Eslovenia o Eslovaquia, han ingresado en el club de la mano de Estados-nación casi minúsculos como Malta. Lenguas habladas por apenas unos centenares de miles de personas gozan del estatus de idioma oficial de la UE, mientras que otras como el catalán o el gallego, con tantos o más hablantes que aquellas, no gozan de un estatus semejante por no ser lenguas oficiales de Estados miembros de la Unión (Kraus, 2004).

El agotamiento de las posibilidades ofrecidas por las diversas instancias de colaboración interregional y transfronteriza se ha visto jalonado por el estancamiento político de estructuras institucionales otrora prometedoras como el Consejo de las Regiones y la Asamblea de Regiones y Municipios de Europa. Si los fondos de compensación regional repartidos por Bruselas siguen teniendo una lógica de distribución mesoterritorial, el poder político y de codecisión ganado por los propios gobiernos regionales y locales en el juego interno de la UE no ha ganado enteros.

En tercer lugar, finalmente, el surgimiento de nuevos Estados-nación en el Este de Europa y su aceptación final en la comunidad internacional y como miembros de pleno derecho de la UE han hecho evidente a los ojos de muchos nacionalistas subestatales de Europa occidental que el camino para *estar en Europa* de modo protagonista es el que ya había prefigurado el

Scottish National Party (Partido Nacional Escocés, SNP) en la década de 1980: aspirar a la independencia, pero dentro de la UE. Solo con un Estado propio una nación sin Estado podría aspirar a alcanzar un grado de soberanía aceptable, que le permitiría a su vez participar como sujeto activo en el proceso de construcción de la unidad europea (Nagel, 2005; McGarry y Keating, 2006).

Efectos demostración de Este a Oeste

¿Existe un efecto dominó en el caso de la difusión de los procesos de autodeterminación? ¿Ha influido la dinámica política e identitaria de los Balcanes o el Cáucaso sobre Escocia, Cataluña o Flandes? A nuestro entender, solo en apariencia. Los efectos de imitación o *demostración,* por el contrario, pueden generar procesos de imitación de tácticas y estrategias políticas, de modelos de actuación y de organización, incluso de definiciones ideológicas, de un movimiento nacionalista triunfante por parte de otros nacionalismos, un fenómeno que se dio tanto en el siglo XIX como en el XX.

Con todo, esos efectos de imitación no suelen traducirse en una extensión apreciable de la voluntad nacionalista en otros territorios. Existen además diferencias estructurales entre los nacionalismos subestatales de Europa oriental y suroriental y los de Europa occidental; los procesos políticos y los contextos socioeconómicos en que se desenvuelven unos y otros son también muy distintos, como lo han sido los contextos geopolíticos en que unos y otros se encuadran. Y el grado de hegemonía social alcanzado por las identidades nacionales excluyentes en Europa occidental ha sido inferior en general a la implantación alcanzada por los nacionalismos étnicos en Europa oriental. A ello se han añadido los nuevos desafíos que se plantean en las sociedades de Europa occidental, en particular la consolidación de sociedades multiétnicas en las que la inmigración extraeuropea introduce un nuevo factor de diversidad etnocultural y lingüística. Pasemos a analizarlos de modo somero[59].

Primero. Las diferencias estructurales entre la cuestión nacional en Europa oriental y occidental son de raíz profunda, y se retrotraen a mediados del siglo XIX. Mientras en la zona oriental del continente la pervivencia de imperios premodernos, y cuyo fundamento de legitimación política hasta principios del siglo XX radicaba aún en la fidelidad dinástica y religiosa, contribuyó a un menor asentamiento de los principios democráticos y de ciudadanía, en Europa occidental la consolidación de los regímenes liberales llevó también aparejada la cristalización del criterio de ciudadanía como categoría fundamental del debate político. Por otro lado, las características del poblamiento y de la distribución de grupos lingüísticos y etnoculturales en la parte oriental y occidental del continente también fueron diferentes. Mientras que en Europa occidental los procesos de asimilación en las mayorías etnoculturales de los Estados nacionales tuvieron lugar, con diferentes ritmos de implantación y éxito, desde el siglo XIX, en Europa oriental esos procesos se distinguieron en general por una menor eficacia. La fórmula del Estado-nación homogéneo en esa área no se generalizó en la práctica hasta la primera posguerra mundial, pese a los precedentes de las políticas de rusificación del Imperio zarista desde 1890, los intentos asimilacionistas de la Cisleitania bajo control húngaro desde el último cuarto del siglo XIX o la agenda nacionalista de los Jóvenes Turcos en el Imperio otomano. Pero el Estado nacional llegó tarde, y fue incapaz de simplificar la compleja superposición de minorías y mayorías étnicas en diferentes territorios. Con pocas excepciones, las fórmulas de autonomía o autogobierno político de naturaleza territorial tenían en esa geografía una escasa eficiencia. Para complicar más la situación, las estructuras étnicas y las jerarquías etnoculturales tendían en esa área del continente a superponerse a las jerarquías sociales. La protesta social podía así hallar fácil acomodo en la movilización nacionalista: la causa de los eslovacos bajo dominio húngaro era también la de los campesinos frente a los terratenientes magiares.

La gigantesca limpieza étnica que supuso la II Guerra Mundial en la parte central y oriental del continente europeo redujo esa complejidad, aunque no la eliminó del todo, y borró literalmente del mapa a minorías como los judíos por los métodos tristemente conocidos, así como a las

minorías germanas por mor de su éxodo o expulsión forzosa al acabar la guerra (Ther y Siljak, 2001). Tanto la etnicidad, en cuanto categoría adscriptiva, como el discurso nacionalista fueron mantenidos por las «democracias populares» y la propia URSS. Bajo el socialismo real, el etnonacionalismo pervivió como un sentimiento de identidad «hibernado» en varios territorios, como las repúblicas bálticas o Ucrania occidental. La crisis del sistema comunista llevó a una forzada reconversión de antiguos cuadros de los partidos comunistas y socialistas unificados en nuevos etnonacionalistas que, a la vez que encontraban una rápida fórmula de reciclaje, proporcionaban un nuevo discurso de certidumbre a la población.

No era el caso en Europa occidental, aunque la virulencia del conflicto étnico en algunas periferias, caso de Irlanda (y del Úlster tras 1921-1922), tenía también que ver con la superposición de jerarquías etnoculturales, sociales y religiosas. Pero, por lo general, ni la distribución de los grupos étnicos sobre el territorio presentaba el mismo grado de complejidad, ni los Estados nacionales habían dejado de operar procesos de asimilación cultural. Además, tras la II Guerra Mundial los nacionalismos subestatales en casi toda Europa occidental, con la excepción de España y en parte Italia y Gran Bretaña, habían caído en una profunda deslegitimación política resultado de la colaboración de varios de ellos (bretones, frisones, corsos o flamencos) con los ocupantes nazis y fascistas. Y la segunda posguerra trajo consigo una reconstrucción y relegitimación de los nacionalismos de Estado, ahora fundamentados en un mitificado consenso antifascista. Dejando aparte el caso de los «partidos étnicos», como el Partido del Pueblo Surtirolés o el Partido del Pueblo Sueco, o el de reivindicaciones como la de las islas Feroe, los diversos nacionalismos subestatales del continente solo empezaron a despegar de manera efectiva desde finales de la década de 1960, cuando a la ascensión electoral de los nacionalismos escocés, galés, flamenco o en parte sardo se sumó el corso y la reaparición, tras casi cuarenta años de clandestinidad, de los nacionalismos catalán, vasco y gallego en España. Aun así, en este último caso, los nacionalismos subestatales otorgaron una clara prioridad a los derechos individuales y a la recuperación de la democracia sobre la definición territorial del *demos*. Y, en parte por el mayor asentamiento de la idea de ciudadanía democrática,

así como por el consenso antifascista dominante en la posguerra, la gran mayoría de los nacionalismos periféricos de Europa occidental abrazaron credos políticos democráticos, liberales e incluso vinculados a la izquierda marxista. Lo que no ocurría en Europa oriental, donde al «nacionalcomunismo» se unió en varios países el resurgimiento de nacionalismos de tendencia xenófoba y de derecha radical. En Europa occidental, el único caso relevante en la práctica va a ser un sector del nacionalismo flamenco, primero agrupado en el *Vlaams Blok* y después en el *Vlaams Belang*.

Segundo. Los procesos políticos por los que algunos nacionalismos subestatales alcanzaron la independencia de sus territorios en Europa oriental eran irrepetibles, y son difícilmente reproducibles, en Europa occidental. En Europa oriental tras 1989 tuvo lugar una conjunción de varios factores favorables que jugaron de modo coyuntural a favor de las declaraciones de independencia y del amplio consenso social que alcanzaron en sus naciones de referencia: el derrumbamiento espectacular en tiempo récord de un sistema de valores (el comunismo) y las incertidumbres del proceso de transición política, que llevaba además asociado un cambio radical de modelo social y económico, y que requería de un marco reconocible de certezas en el que llevarlo a cabo, marco que ofrecía la nación; la crisis económica que supuso la adopción de la economía de mercado y el cambio de expectativas sociales que acompañó a la transición política en Europa oriental; la necesidad de reconversión de amplios sectores de las *nomenklaturas* y élites políticas de las democracias populares, o de las diferentes repúblicas de la URSS; y la predisposición favorable de la diplomacia occidental a reconocer esos procesos de independencia, una vez demostrada la inviabilidad de otras soluciones de compromiso. Esas circunstancias han favorecido, también en los contextos caracterizados por la violencia (en la antigua Yugoslavia, pero también en el Cáucaso), que el respaldo de la población a los nacionalistas fuese masivo, y que el recurso a la nación étnica como mensaje movilizador se ofreciese como una vía segura para afrontar la transición a la economía de mercado.

La combinación de deslegitimación brusca del Estado-nación, de crisis o incertidumbre económica y de derrumbe de un sistema de valores que

constituía el marco de la vida y las expectativas individuales son factores que no han acompañado a la escalada de reivindicaciones etnonacionalistas en Europa occidental, ni siquiera en Irlanda del Norte. Y como en parte ha demostrado la experiencia de Quebec o Escocia, en las sociedades del capitalismo avanzado una población se lo piensa dos veces antes de optar por una vía que comporta elementos de incertidumbre, una vez que dentro de sistemas políticos pluralistas existen elementos para el reconocimiento y acomodación de la diversidad nacional y cultural.

Tercero. Los contextos geopolíticos en Oriente y Occidente también han sido diferentes. Además del cierto interés que las diplomacias occidentales demostraron en su momento por favorecer la fragmentación de la URSS —más aceptada por inevitable que por deseable: la inestabilidad es un factor de incertidumbre en las relaciones internacionales— o de la antigua Yugoslavia, el potencial de conflicto étnico y, por tanto, de amenaza para la paz del continente de la cuestión de las minorías nacionales en cada uno de los nuevos Estados-nación ha constituido un elemento disuasorio de primer orden. En buena parte de los nuevos Estados de Europa centro-oriental, con la relativa excepción de Eslovenia y Chequia, existían minorías alófonas que han sido objeto, en los años posteriores a la independencia, de legislaciones discriminatorias en el acceso a los derechos civiles, de restricciones en la obtención de la ciudadanía o que han sido obligadas a cumplir requisitos de naturaleza lingüística para poder acceder a la condición de ciudadano. Algunas de esas situaciones fueron consideradas fuentes potenciales de conflicto armado a principios de la década de 1990, pues por lo general —y a diferencia de la mayoría de las naciones sin Estado de Europa occidental— cada minoría alófona en un Estado podía invocar el apoyo de la mayoría étnica dominante en el Estado vecino o cercano. Las políticas internas de reconocimiento de la multiculturalidad, o los condicionantes etnoculturales en el acceso a la ciudadanía, que también existían y todavía perviven en Europa occidental —la Ley alemana de ciudadanía de 1913, vigente hasta su reforma en el año 2000, es un ejemplo; pero también que a los extranjeros que quieren naturalizarse en varios países europeos se les requiera que aprueben un examen de lengua y cultura del país de adopción—, podían convertirse en Europa oriental en semillas

de conflicto internacional (Kymlicka, 2001). Y el caso de Yugoslavia ofrecía el mal ejemplo que podía cundir: una vez desatado el conflicto étnico, resulta prácticamente imposible forzar a la convivencia interétnica a poblaciones que se han masacrado mutuamente.

Varios factores, sin embargo, evitaron que el modelo yugoslavo cundiese. Primero, los grandes Estados que habrían podido desempeñar el papel de protectores exteriores de sus *hermanos,* caso de Rusia respecto de sus connacionales devenidos en minorías en el Báltico o en el Cáucaso hasta principios del siglo XXI, tenían problemas internos suficientes que los distraían de aventuras irredentistas, y en su interior no cristalizaron corrientes de opinión favorables a la causa de los *hermanos* irredentos, al contrario que setenta años antes en la Alemania de Weimar. Segundo, la mayoría de las poblaciones convertidas en minorías alófonas prefirieron permanecer, aunque fuese como ciudadanos de segunda, en Estados cuyas perspectivas económicas y posibilidades de ingreso en la Unión Europea eran razonables. Y tercero, la presión de las instituciones europeas se orientó a evitar que en su seno resucitasen fantasmas del pasado, y exigió a los países candidatos a la adhesión a la UE pruebas irrefutables de que a las minorías alófonas situadas bajo su soberanía se les daría un trato equitativo, so pena de no recibir un aval suficiente por parte de organismos asesores como el Consejo de Europa. Esa presión coadyuvó a la suavización de las leyes de ciudadanía en países como Estonia y Letonia, que obedecían al discutible concepto de *democracia étnica,* así como a la rápida marginalización en la agenda política de las principales organizaciones políticas húngaras, rumanas o eslovacas de aspiraciones irredentistas, o de mensajes xenófobos dirigidos contra las minorías alófonas presentes en sus territorios: magiares en el caso eslovaco y rumano, pero también poblaciones gitanas en toda el área.

Hasta la fecha, no parece factible a medio plazo que un miedo semejante se pueda reproducir en Europa occidental. La situación de las minorías alófonas y/o nacionales en los Estados de la UE, en Noruega o Suiza, no es objetivamente semejante. Sus derechos culturales son mayormente respetados, su participación ciudadana garantizada, y su grado de integración social también. Solo en un caso la compartimentación siguió

un patrón semejante al de Europa oriental: el de católicos y protestantes en el Úlster. No obstante, tras el proceso de emancipación y conquista de derechos civiles por la población católica desde la década de 1970, la situación se ha reequilibrado. Por el contrario, se han registrado de manera exitosa procesos de asimilación de inmigrantes pertenecientes a las mayorías étnicas en las minorías étnicas: nuevos neerlandófonos de origen valón, o catalanófonos de origen inmigrante castellanohablante. Salvo brotes aislados en algunos movimientos, tampoco se registra un propósito político real de excluir a quienes no comparten la identidad nacional minoritaria —y que por lo general comparten una identidad híbrida, o la identidad nacional de los Estados-nación de referencia— de los derechos de ciudadanía.

Tanto en el seno del nacionalismo vasco como del flamenco y hasta, pongamos por caso, del galés, se encuentran de modo más o menos esporádico alusiones despectivas a «los de aquí» y «los de fuera», se trate de inmigrantes *españoles,* de profesionales francófonos que se mudaron a municipios flamencos de la periferia de Bruselas, o de jubilados ingleses que compran casas en los distritos galesófonos o escoceses. Pero la traslación de esa frontera al discurso político es hasta ahora poco relevante. Otra cuestión es el problema que a algunos discursos nacionalistas minoritarios les plantea la arribada masiva de población inmigrante extracomunitaria y extraeuropea (Jeram, van der Zwet y Wisthaler, 2016). Y en los proyectos políticos *soberanistas* del nacionalismo escocés, catalán o vasco no se contempla la discriminación de acceso a la ciudadanía de las nuevas naciones-Estado en función de criterios objetivables como el idioma, el origen étnico, el apellido u otros atributos étnicos. Por el contrario, y de modo semejante a los proyectos de secesión quebequeses de la década de 1990, se estipulaba la posibilidad de la doble ciudadanía, y en todo caso se afirmaba que el acceso a la ciudadanía de los nuevos Estados sería electivo, dependiendo únicamente de la voluntad individual, mediante la creación de una ciudadanía específica —ejemplo imitado en buena parte del modelo quebequés, y que tenía plasmación, aunque no exenta de ambigüedades, en el proyecto de naturaleza confederal presentado por el Gobierno Vasco en 2003-2004 (el Plan Ibarretxe). Sin embargo, allí donde

mayor ha sido el grado de violencia política, como en el País Vasco y en Córcega, la divisoria de facto se establecía no tanto entre ciudadanos «étnicamente puros» y foráneos, sino entre nacionalistas minoritarios declarados y quienes no lo son (Núñez Seixas, 2004: 265-387; De Winter, Gómez-Reino y Lynch, 2006).

Cuarto. El grado de hegemonía social de las propuestas identitarias de los nacionalistas subestatales, que ha sido en general mucho mayor en Europa oriental que en Europa occidental. El supuesto fanatismo nacionalista de los europeos del Este constituye una manifestación más del grado de autocomplacencia occidental a la hora de juzgar otras realidades, y se complementa con el estereotipo reinante desde mediados del siglo XIX, según el cual el Oriente europeo sería salvaje, primitivo y presa de instintos comunitarios, frente a un Occidente donde la ciudadanía y la democracia triunfaban (Todorova, 1997); presunción que ha dado lugar a abundantes especulaciones acerca de la diferencia entre el nacionalismo europeo «oriental» y étnico, y el «occidental» y cívico (Kohn, 1949). Es una divisoria que no se puede mantener de forma rígida: hay más de un ejemplo de etnonacionalismo atávico, xenófobo y excluyente en el Oeste —tanto estatal como subestatal—, y de nacionalismo cívico en el Este. Pero, con todo, el grado de hegemonía social de los nacionalismos minoritarios en Europa occidental, salvo en los casos de sociedades étnica y religiosamente segmentadas como la norirlandesa, ha sido tendencialmente menor que en los casos más recientes de Europa oriental.

Con todo, cabe establecer dos matices. Por un lado, la presencia de minorías alófonas en casi todos los territorios donde se celebró un referéndum de secesión complicaba el panorama, pero en un principio la causa de la independencia también concitó el apoyo de numerosos miembros de esas minorías: muchos rusos votaron por la independencia estonia, pero no les fue concedido el derecho de sufragio en las elecciones constituyentes o en el referéndum constitucional. Por otro lado, a menudo esos apoyos masivos fueron puntuales y muy condicionados por las peculiaridades del proceso político y la coyuntura social e internacional en que las votaciones se celebraron. En el caso de Eslovaquia, la secesión de 1993 fue votada por los representantes parlamentarios, pero pocos años

después de la independencia las encuestas mostraban que una mayoría de los ciudadanos eslovacos recordaba con nostalgia los tiempos de Checoslovaquia y se manifestaba a favor de resucitar la federación con Bohemia y Moravia. Factores coyunturales, como la escalada del conflicto étnico, obligaron a muchos ciudadanos yugoslavos de origen étnico mixto, sin desearlo, a elegir ser serbios, croatas, macedonios o bosnios, llevados por la dinámica violenta de polarización identitaria.

En el caso occidental, los nacionalismos subestatales se han enfrentado a diferentes condicionantes políticos y normativos de naturaleza en buena parte distinta. De entrada, nos hallamos ante sociedades crecientemente plurales, en las que las gradaciones e hibridaciones en los sentimientos de identidad colectiva son mucho más sutiles y menos segmentadas que en Europa oriental. Los sentimientos de lealtad compartida entre las patrias sin Estado y los Estados-nación tradicionales siguen siendo mayoritarios, en proporciones mayores o menores. Aunque los porcentajes de identificación nacional alternativa suelen ser mayores entre segmentos específicos de población, como los hablantes de galés, euskara o de catalán, corsos de origen no inmigrante en Córcega, lo cierto es que no siempre aquel grado de identificación exclusiva (como ha mostrado en 2014 el caso de Escocia) se traduce de forma determinante en un sentimiento mayoritario e inmediato de independencia.

Además, las culturas políticas imperantes en la mayoría de las democracias consolidadas de Europa occidental han tendido a otorgar primacía en la agenda política a otras cuestiones, y no han estado centradas únicamente en la espiral identitaria.

Un tercer factor es que las democracias multiétnicas y (hasta cierto punto) multinacionales más avanzadas, como Bélgica, Gran Bretaña o España, pero también Italia, Suecia, Finlandia o Dinamarca, han adoptado de modo progresivo estructuras políticas oscilantes entre la descentralización regional asimétrica (Italia, España), el reconocimiento de situaciones especiales de territorios específicos (caso de las Feroe en Dinamarca o las islas Åland en Suecia) y formas de federalismo simétrico o asimétrico; también han desarrollado políticas de reconocimiento cultural que se han movido entre la plena oficialidad en todo el Estado de una

lengua minoritaria (Finlandia), los estatutos de cooficialidad en partes de su territorio (España) y la adopción de un bilingüismo simétrico y acotado en zonas monolingües (Bélgica).

Esas políticas de descentralización y reconocimiento cultural y simbólico, a menudo con primas evidentes para las minorías etnonacionales, se han asentado de forma progresiva desde las décadas de 1960 y 1970, cuando dio comienzo el proceso de institucionalización del federalismo belga, la profundización y ampliación relativa de la descentralización asimétrica italiana o la puesta en marcha del Estado de las Autonomías español. En la mayoría de los casos se mantienen como un sistema abierto y con opciones para el futuro, como es el caso del proceso de devolución regional británico, pero también de las recurrentes propuestas para transformar Italia en una federación, o los más tímidos avances franceses hacia una regionalización de su territorio. Al igual que el federalismo canadiense, son sistemas políticos relativamente flexibles, que han demostrado una apreciable capacidad de integración de la diversidad etnonacional, con grados variables dependientes de los equilibrios etnopolíticos internos, de la naturaleza de los sistemas políticos y electorales, etc. Y esa capacidad también ha ido acompañada de una multiplicación de los elementos de *concurrencia etnoterritorial:* las administraciones regionales o mesoterritoriales de nueva planta, incluso allí donde no existían reivindicaciones etnonacionalistas con anterioridad, han tendido, en Italia como en España, a respaldar sus reivindicaciones políticas frente al poder central en argumentos históricos, culturales y políticos, así como a consolidar élites políticas y administrativas interesadas en consolidar los sentimientos de identidad de la población.

El retorno del Estado-nación

¿Por qué varios Estados-nación de Europa occidental viven de modo casi permanente en una angustia nacional que los lleva a temer por su integridad territorial? ¿Por qué diversos movimientos nacionalistas subestatales oscilan entre el pragmatismo y el maximalismo? ¿Y por qué, en

fin, en lugares como Flandes, el País Vasco, Cataluña y Escocia, con distinta intensidad y gradación, las élites nacionalistas siguen soñando con un Estado propio dentro de la UE?

No hay una única respuesta. Cada movimiento nacionalista posee peculiaridades político-ideológicas, se inserta en una tradición ideológica propia y actúa en un sistema político definido. Pero como explicación general, podemos apuntar varios factores. En primer lugar, aunque la crisis del Estado-nación es uno de los argumentos más esgrimidos por los nacionalistas subestatales, al mismo tiempo la nostalgia del Estado-nación homogeneizador —o, en expresión de Rogers Brubaker (1996), el *Estado nacionalizador*— actúa como un elemento reforzador de los nacionalismos de Estado; y constituye igualmente un espejo en el que los nacionalismos sin Estado se miran: el poder supuestamente sin cortapisas que otorga el ser una unidad soberana en el escenario internacional permitiría llevar a cabo políticas nacionalizadoras decididas y no sujetas a los imperativos de las legislaciones estatales *externas*. Si un nacionalista, por definición, se reconoce como tal es porque considera a un territorio determinado una nación, y por tanto titular de la soberanía, desea también que, antes o después, esa soberanía se pueda ejercer sin cortapisas, al menos en teoría. Lo que es tanto o casi tanto como aspirar a un Estado.

En segundo lugar, es cierto que los nacionalistas subestatales suelen ser reacios a aceptar como algo más que una situación transitoria la diversidad de adscripciones identitarias de sus ciudadanos. Entre otras razones, porque asumen que parten con una desventaja histórica con respecto a los nacionalismos de Estado. Estos últimos, durante el siglo XIX y buena parte del XX, pudieron llevar a cabo sin impedimentos normativos ni injerencias externas políticas de asimilación cultural más o menos forzosas y reputadas por legítimas (en nombre de la extensión de un *idioma* frente a un *dialecto,* del progreso frente a la barbarie rural, etc.), que pasaban por la imposición del monolingüismo y de un corpus simbólico y cultural uniforme en las escuelas primarias y secundarias (e incluso la adopción de métodos coercitivos en la pedagogía escolar), en la esfera pública y la administración. Esas políticas públicas produjeron efectos asimilatorios y

retrocesos de los idiomas y culturas minoritarios que hoy en día se intentan paliar.

Por el contrario, los nacionalismos subestatales no disponen del mismo margen de actuación y de libertad normativa a la hora de diseñar sus políticas de nacionalización, que han de ser democráticas. Los ciudadanos opuestos a la reafirmación identitaria pueden organizarse para defender sus derechos lingüísticos y culturales; y toda afirmación de la propia especificidad cultural debe aceptar un grado de pluralidad interna que no siempre profesaron en el pasado los nacionalismos de Estado, dispuestos solo a tolerar especificidades regionales subordinadas. De ahí que muchos nacionalistas subestatales compartan una visión agónica de sus identidades nacionales, de sus idiomas y de sus culturas minoritarias, mutiladas en el pasado por los nacionalismos de Estado, y amenazadas en el presente por los cambios sociales y culturales introducidos por la globalización y la inmigración extraeuropea.

En tercer lugar, esos nuevos desafíos, como la mundialización de la economía y la inmigración, operan como estímulos que llevan a revalorizar por parte de las élites nacionalistas las herramientas, o al menos algunos de los resortes institucionales, que un Estado-nación puede tener a su disposición para poner en práctica políticas eficaces. Los Estados siguen siendo vistos como instrumentos perfectamente eficientes para dotar de marcos de convivencia a los ciudadanos, y de ámbitos de soberanía en los que se pueden arbitrar soluciones prácticas a esas cuestiones, vistas como una *amenaza* a su supervivencia como naciones, siempre aquejada de debilidad por carecer de Estado.

En cuarto lugar, la propia evolución de las corrientes euroescépticas, así como el fracaso de las predicciones optimistas que pronosticaban la disolución del Estado nacional, han llevado también a un cambio en la perspectiva con la que buena parte de las élites nacionalistas subestatales veían el proceso de unificación europea. Entre las décadas de 1960 y 1989, la reivindicación de independencia podía ser contemplada, y aún lo es en parte, como un impedimento para la participación en la construcción europea. Pero desde finales de la década de 1990 se ha abierto paso de modo creciente la convicción de que solo siendo un Estado se puede ser un

miembro activo del club y participar en la toma de decisiones en Bruselas. De hecho, los nacionalistas periféricos contemplan que las políticas clásicas de nacionalización no rinden los efectos esperados si se deben someter al arbitrio de instancias superiores, y sueñan con poder diseñar esas políticas sin cortapisas por parte de poderes superiores. Otra cuestión es que eso sea posible, y que la eficacia de esas políticas nacionalizadoras sea similar a como lo era en el pasado, sobre todo en una época en que el acceso por parte de la ciudadanía a fuentes de información libres es múltiple y la única interpretación de la realidad ya no es la dictada por la escuela, la prensa escrita o los medios de comunicación públicos.

Por ello, llevados de la conciencia de relativa debilidad y el sentimiento agónico de luchar por naciones en permanente peligro de extinción, los nacionalistas subestatales de Europa occidental, al menos allí donde su presencia e influencia política alcanzan las tareas de gobierno mesoterritorial, han incrementado el listón y el tono de sus reivindicaciones políticas; y en varios casos han abrazado de forma mayoritaria el independentismo a corto o medio plazo, rebautizado ahora como *soberanismo*. Este vocablo, un neologismo en el léxico político de los nacionalismos europeos, fue importado del nacionalismo quebequés y viene a expresar la reivindicación de independencia mediante el ejercicio efectivo del derecho de autodeterminación; pero de una independencia de perfiles y características diferentes a la del pasado, en la medida en que se muestra dispuesta a aceptar formas de asociación o confederación más o menos laxas. Las élites nacionalistas son conscientes de que para llegar al estadio de la plena soberanía es imprescindible conseguir amplios apoyos transversales en el seno de sociedades cada vez más plurales. Y la mejor vía para ampliar la base de apoyo social al proyecto nacionalista es recurrir a dos estrategias para captar la simpatía de los ciudadanos menos sensibles a la retórica nacionalista tradicional.

En primer lugar, la incorporación a la agenda política de cuestiones como la defensa del bienestar ciudadano y el principio de subsidiariedad; pero también del argumento de que solo la construcción de marcos de soberanía propios permitirá a los nacionales gestionar mejor los recursos propios. Este último argumento puede revestir a su vez innumerables

versiones particulares, pero por lo general oscila entre dos polos: o bien que la nación produce recursos suficientes para no tener que compartirlos con otras partes supuestamente subdesarrolladas, corruptas o improductivas del mismo Estado; o bien que la propia pobreza y/o la percepción de agravio comparativo lleve a presentar al Estado central como un depredador de recursos que, merced a la independencia, no se drenarían hacia fuera. Son, por lo demás y a pesar de los esfuerzos de diversos economistas o teóricos nacionalistas, argumentos difícilmente justificables desde un punto de vista estrictamente académico: que España roba a Cataluña, o Roma es *latrona* de los recursos lombardos, no deja de ser un discurso performativo. Pero que puede revestir una gran virtualidad estratégica en momentos de crisis económica o incertidumbre ante el futuro.

En segundo lugar, la transformación de la naturaleza política de los proyectos nacionalistas de signo soberanista en un sentido cada vez más inclusivo desde el punto de vista social y cultural. Para ello, aspiran a convertir a los nacionalismos minoritarios en proyectos cívicos más *nacionales* que nacionalistas, que apelan a la ciudadanía y los derechos sociales, así como a la voluntad democrática y al consenso, y que intentan relegar a un lugar menos visible los componentes etnoculturales, reduciendo la importancia otorgada a factores como la lengua, la cultura o la Historia como argumentos definidores de la nación. En las propuestas soberanistas de nacionalismos de raíz etnolingüística, como el catalán o el flamenco, se hallan concesiones insospechadas a las lenguas antes consideradas el adversario a batir, sea el castellano o el francés. Esta operación, empero, no tiene el mismo nivel de flexibilidad estratégica y de profundidad teórica en todos los casos, pues es patente la fuerza y el profundo peso de los paradigmas étnicos, historicistas y culturalistas en los discursos nacionalistas subestatales desde el siglo XIX. Algunos dirigentes de partidos independentistas, caso de Josep-Lluís Carod-Rovira a principios del siglo XXI, afirmaban no ser *nacionalistas,* sino representantes de una *izquierda nacional* y soberanista, que daba prioridad a valores cívicos[60]. Con esa reorientación se perseguía el objetivo de incorporar al proyecto *soberanista* a cada vez más ciudadanos, independientemente de su adscripción identitaria o de su cultura. Sin embargo, esta estrategia también

suponía renunciar a uno de los más eficaces recursos movilizadores de cualquier nacionalismo: la apelación al sentimiento, a la emoción, a la lengua, a la Historia y el recuerdo de mitos y glorias compartidas. Por ello, acostumbra a provocar fricciones con los sectores más intransigentes de esos mismos partidos o plataformas nacionalistas.

Dilemas soberanistas del siglo XXI

En este punto se plantean, a su vez, nuevos dilemas, que permanecen irresueltos en la mayoría de los casos, para los proyectos políticos de las élites nacionalistas subestatales.

Primero, los propios interrogantes que suscita la posibilidad de llevar a la práctica el derecho de autodeterminación. Este último dista de ser un derecho universalmente reconocido y regulado de forma clara en el Derecho Internacional, y en realidad fue utilizado en la mayoría de las circunstancias históricas como arma estratégica, como así fue en el caso de la I Guerra Mundial. Ni la «doctrina Wilson» de 1917-1919, carente de normas y principios de aplicación universal, ni la utilización táctica del derecho de autodeterminación nacional por los bolcheviques a la hora de conseguir apoyos para la expansión del proyecto comunista, y ni siquiera el uso, no menos oportunista, de ese mismo concepto por parte de los nazis para reivindicar la expansión de la Gran Alemania, estuvieron exentos de una concepción estratégica del derecho de autodeterminación. Las resoluciones por las que la ONU avaló los procesos de independencia del Tercer Mundo fueron igualmente producto de circunstancias específicas, su formulación es vaga, y establecen que tiene que existir un «dominio extranjero» y colonial para que el ejercicio de tal derecho sea reconocido por la comunidad internacional. Razones diplomáticas han cerrado el paso, pongamos por caso, a los surtiroleses para pronunciarse por una (re)incorporación a Austria. Los procesos de reconocimiento internacional de nuevos Estados en Europa centro-oriental tras 1989 estuvieron determinados por razones geopolíticas; pero no por principios de aplicación universal y reconocidos en textos normativos de interpretación indiscutida.

La sentencia de la Corte Internacional de Justicia de julio de 2010 sobre la declaración unilateral de independencia de Kosovo llegaba a una salomónica decisión: no existían principios de cumplimiento universal que obligasen a reconocer la independencia. Pero tampoco esta había incurrido en violación de las leyes internacionales.

En consecuencia, no existe un procedimiento prefijado y reconocido por la comunidad internacional para el ejercicio del *derecho a decidir* por parte de una población determinada. Es difícil que exista, en la medida en que se trata de un acto constituyente, y no previsible. El contexto geopolítico cuenta, al igual que la voluntad política del Estado-nación del que la minoría se quiere separar. Ese contexto no ayuda a la hora de determinar de forma normativa cuestiones básicas, como la definición y acotación del sujeto que se autodetermina, susceptible a su vez de subdivisiones varias, y qué ocurre si este sujeto no es uniforme territorialmente; cuál es la o las opciones que se plantean a los ciudadanos, y si es legítimo forzar a elegir entre el todo y la nada, o más bien se debe ofrecer un abanico de opciones de autogobierno; si hay una posibilidad de vuelta atrás, en el caso de que la independencia no sea el paraíso prometido; y si muchos ciudadanos acaso no tienen también el derecho a no elegir, es decir, a no jerarquizar sus sentimientos de identidad nacional o étnica, que pueden ser perfectamente fluctuantes o híbridos. Quizá con el fin de evitar el grado de tensión al que una sociedad se puede ver sometida en un proceso de estas características, ganaron terreno desde los noventa las opciones gradualistas, debidamente pulidas desde el punto de vista semántico, y que inspiradas en parte en los precedentes de Quebec se presentan como fórmulas de articulación confederal. Era el caso del Plan Ibarretxe, pero también de varios proyectos soberanistas flamencos o escoceses hasta 2014.

En segundo lugar, los Estados-nación existentes también cuentan. No solo porque continúan siendo las unidades que deciden la admisión o no de un nuevo Estado-nación en la comunidad internacional. También, porque los nacionalismos de Estado no han muerto. Siguen muy vivos y, precisamente, uno de los factores que más vivos los puede mantener es la existencia de una amenaza interna en forma de disgregación territorial. Además de preservar importantes resortes en el ámbito de las políticas

públicas, incluso en los Estados más descentralizados, cuentan a su favor con el poso de años de historia y la reproducción social de mecanismos de nacionalización *trivial* que han impregnado los referentes semiconscientes de identidad de sus ciudadanos, incluyendo también muchos de los que habitan en territorios de «naciones sin Estado» y cuyos sentimientos identitarios pueden ser fluctuantes e híbridos, bígamos y polígamos (Billig, 1995). Al mismo tiempo, esos nacionalismos de Estado distan de ser, en buena parte de los casos, nacionalismos étnicos y asimiladores en el sentido presentado por sus oponentes (los nacionalismos subestatales). En su mayoría, han adoptado definiciones mucho más *blandas* de lo que es la cultura nacional, han renunciado a buena parte de las alharacas simbólicas de los Estados decimonónicos (y que tan fuertes se muestran en otros puntos del planeta, como en Estados Unidos, el Sudeste Asiático o las repúblicas latinoamericanas), y han puesto en práctica o tolerado en mayor o menor medida políticas de reconocimiento de la pluralidad etnonacional interna, incluyendo en muchos casos una decidida apuesta por el multiculturalismo como herramienta de integración pacífica de las nuevas minorías extraeuropeas.

En tercer lugar, es de destacar que, en ausencia de factores como los que se dieron cita en Europa del Este en coyunturas concretas, es difícil convencer a la mayoría de los ciudadanos de modo democrático y argumentado en el ágora pública de que embarcarse en la aventura colectiva de crear otro Estado sea una opción razonable, cuando buena parte de los mismos seguidores del nacionalismo subestatal podrían estar de acuerdo, en contextos de estabilidad socioeconómica y expectativas de mejora razonables, en mantener una ambigüedad identitaria en la que cada ciudadano pueda sentirse a gusto, con un paraguas europeo; y bajo el cual las culturas nacionales *débiles,* tanto de Estado como sin Estado, permitan a esos mismos ciudadanos ejercer de modo cotidiano el plebiscito de la voluntad en múltiples direcciones.

En este sentido, el creciente desafío que a las sociedades europeas plantea la inmigración extraeuropea puede llevar a que muchos dilemas culturales de hoy aparezcan como cuestiones escasamente relevantes. Pero, igualmente, puede prender la mecha de la nostalgia de las viejas culturas

europeas como refugio seguro frente a nuevas «amenazas» identificadas con el fundamentalismo islámico o la «invasión» china, pongamos por caso. Esas amenazas se han visto reactualizadas desde 2008-2010 por un nuevo factor, que ha añadido incertidumbre y miedo al futuro: la brutal y duradera crisis económica mundial, que se ceba sobre todo en las clases medias y populares de los Estados de Europa del Sur.

Epílogo posnacional

El hecho de que en varias de las «periferias» de Europa occidental se hayan radicalizado las demandas *soberanistas* tiene que ver con los factores aludidos: cambios generacionales, el fracaso de la teoría del *sandwich* y las insuficiencias del principio de subsidiariedad a la hora de acomodar las demandas mesoterritoriales insatisfechas con el proceso de unión europea, además del efecto imitación que en el nivel del discurso y las actitudes han ejercido los procesos de autodeterminación que se han sucedido en Europa del Este. A eso se han añadido los efectos de la crisis económica mundial desde 2008, y su siembra de un difuso sentimiento de incertidumbre hacia el futuro. Pero también influye una paradójica frustración: las fórmulas de autonomía y federalismo (simétrico o asimétrico), las políticas de reconocimiento e incluso la apuesta por el multiculturalismo no han servido en el seno de las sociedades del capitalismo avanzado para crear *subestados-nación* homogéneos, con un predominio incontestable de las culturas otrora perseguidas. La minoría, en definitiva, siempre es una minoría, aunque su núcleo sea compacto.

Los Estados federados, las comunidades dotadas de autonomía política o los pseudoestados nacionales han tenido, a su vez, consecuencias tendencialmente ambiguas. Por un lado han contribuido a reforzar en la ciudadanía la percepción imaginada del territorio como marco articulador de sus intereses, lo que ha sucedido también en entidades regionales de nueva planta creadas allí donde no existía una conciencia nacional diferencial de la hegemónica en el Estado-nación. Sus efectos han sido, tanto en España como en Italia, Bélgica o Gran Bretaña, beneficiosos en

términos de bienestar ciudadano, como lo demuestra su consolidación institucional y la satisfacción con su funcionamiento que acostumbran a expresar las distintas encuestas de opinión, así como la mayor participación ciudadana en las elecciones regionales, en un principio consideradas en casi todos los Estados descentralizados políticamente como comicios de segundo orden.

Mas, por otro lado, también se ha revelado en esos casos que los nacionalistas periféricos, al imitar de forma casi mimética los principios de actuación y los mitos del Estado-nación, no siempre han aceptado que su capacidad de actuación y sus posibilidades de moldear los sentimientos de pertenencia e identidad colectiva de la población son cada vez más limitadas en sociedades terciarizadas, con poblaciones caracterizadas por altos niveles de formación y acceso a la información, mayor movilidad e inserción en el mundo globalizado. La aspiración de las élites nacionalistas pasa entonces a ser otra: crear un nuevo Estado que, eso sí, ya no sería el Estado francés republicano y jacobino de la segunda mitad del siglo XIX. Al contrario, se trataría de una suerte de Estados posnacionales, dentro de los que se reconocerían las posibilidades de que sus ciudadanos mantuviesen ciudadanías múltiples, o en los que se reconocerían varias lenguas oficiales, pese a las disposiciones para proteger de modo especial la lengua propia. Pero esos y otros diseños nacionalistas para el futuro chocan a su vez, a la hora de concretarse en realidades, con factores condicionantes ineludibles, como son la pluralidad interna de esas naciones sin Estado; la demostrada falta de éxito, al menos hasta principios de 2018, de los experimentos secesionistas en sociedades del capitalismo avanzado (véanse los casos de Quebec, Puerto Rico y Escocia, por ejemplo); y la incertidumbre internacional —y financiera— acerca de la posible reacción de los Estados-nación de Europa occidental, para los que crear un precedente de secesión en la parte *civilizada* del continente constituiría una amenaza para sus propios territorios.

Una vez solucionados de forma razonable derechos básicos a la pluralidad cultural, a la posibilidad de vivir en lenguas vernáculas en teórica igualdad de oportunidades dentro de un territorio, así como a adoptar los símbolos y referentes externos de identidad colectiva que a cada uno le

plazcan, la pregunta que muchos ciudadanos de Escocia, Flandes, Galicia, Gales, Cataluña o Euskadi se plantearán, después de ver por la televisión las imágenes de un Kosovo paupérrimo rebosante de satisfacción por haber alcanzado la independencia, es: ¿merece la pena?

Es posible que, en la perspectiva de muchos nacionalistas —por ejemplo, muchos soberanistas catalanes—, sea preferible vivir en una República independiente, aunque eso conlleve el riesgo de quedar fuera de la UE por un tiempo más o menos largo o un descenso del nivel de vida más o menos transitorio, que seguir formando parte de un Estado *opresor*. Pero eso hay que demostrarlo, lo que solo es posible mediante la profundización del ejercicio de la democracia y la reinvención de los discursos nacionalistas que reivindican la soberanía de las naciones sin Estado. El dilema para estos últimos es que, cuanto más cívico y razonable, tolerante y multicultural se torna un nacionalismo, más se arriesga a perder en intensidad reivindicativa, en virtualidad movilizadora y, en definitiva, en eficacia como imaginario simbólico y como cultura política. Esto es algo que les ocurre tanto a los nacionalismos de Estado como a los nacionalismos sin Estado. Claro está que las élites políticas y sus estrategias de confrontación pueden crear, a su vez, escenarios de tensión identitaria como el generado en Cataluña durante el otoño «caliente» de 2017, cuyo epílogo intermedio (el resultado de las elecciones autonómicas de diciembre de aquel año, tras un amago de proclamación de independencia unilateral no reconocido por la comunidad internacional) apunta hacia la perpetuación de un bloqueo político y una división de la sociedad catalana en dos mitades, en la práctica. Es de esperar que este y otros conflictos etnonacionales solo tengan solución, en la Europa de finales de la segunda década del siglo XXI, de forma pacífica y consensuada.

57*. Reelaboración de «Los nacionalismos subestatales, la unificación europea y el mito de la soberanía: algunas reflexiones», *Revista Internacional de Filosofía Política,* 31 (2008), págs. 179-197.

58 Por ejemplo, Jáuregui (1997).

59 Nos basamos en lo que sigue en Núñez Seixas (2001a: 140-171).

60 Cfr., por ejemplo, Carod-Rovira (2003) o López Bofill (2005).

Capítulo V

Del espejo irlandés a la fascinación anticolonial: modelos transnacionales de liberación nacional en Europa occidental, 1900-1970[61*]

Aunque el nacionalismo es, por definición, un fenómeno político, cultural y social endógeno, es igualmente constatable y paradójico que se inscribe en dinámicas transnacionales. Todos los nacionalistas, de Estado o subestatales, creen ser únicos, y consideran su doctrina como una expresión genuina, anclada en la propia historia, tradición e idiosincrasia de su país. Sin embargo, cuanto más están convencidos los nacionalistas de su autenticidad y originalidad con respecto a otros nacionalistas, mayores son sus semejanzas. De hecho, los mecanismos discursivos y las estrategias narrativas que ponen en funcionamiento son comparables. Pero, además, todos los nacionalistas apelan, según cada caso y coyuntura concreta o su orientación ideológica, a la voluntad de los ciudadanos, a la tradición, la cultura o la historia. Todos consideran que su país tuvo una edad dorada en el pasado, seguida de un período de decadencia imputable a agentes o agresiones externas, y que debería recuperarse en el futuro. Todos elaboran símbolos y mitos movilizadores, y estrategias narrativas de construcción de una historia nacional. Como ha mostrado Stefan Berger (2015), estos modelos de narrativas nacionales reproducen un conjunto de tendencias similares en todo el continente europeo desde principios del siglo XX. Cada nacionalismo construye una concepción teórica del *ser* de su propia nación, no solo mediante la afirmación de su personalidad colectiva (étnica, histórica, política, etc.) o la identificación de un enemigo, sino también a través de la imitación, el contacto o la transferencia de modelos provenientes de otros nacionalismos.

Esa paradoja aparente era resultado, en primer lugar, de la circulación de un conjunto de escritos teóricos concebidos como hitos fundamentales de la doctrina nacionalista de la propia nación, que inspiraban a su vez a los intelectuales, activistas y líderes políticos en otras latitudes. Algunos de ellos poseían un componente internacionalista o universalista, elemento que podía ser implícito o explícito. Explícitamente, los textos liberales difundidos desde fines del siglo XVIII a partir de América y Francia, y que se unieron a la difusión previa de la Ilustración francesa, combinaban su preocupación por cada una de sus respectivas comunidades políticas, con el énfasis en un conjunto de valores que debería servir de fundamento para la creación de nuevas comunidades políticas cuyo fundamento de legitimidad ya no era la confesión religiosa y la lealtad dinástica, sino la idea de nación. Algunas constituciones y textos fundamentales de carácter liberal, como la Constitución norteamericana, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano o la Constitución de Cádiz de 1812, sirvieron de inspiración a los revolucionarios liberales de otros países para promulgar textos legales de carácter similar.

Sin embargo, incluso la teoría etnocéntrica de la nación establecida por la Ilustración alemana y desarrollada a principios del siglo XIX por autores como Johann G. Fichte *(Reden an die deutsche Nation,* 1808) también contenía elementos que podrían ser aplicados en otras latitudes. En primer lugar, era tentador adoptar la Historia, la cultura o el espíritu nacional o *Volksgeist* como elementos fundadores y constitutivos de la nación para todos los nuevos nacionalistas que no compartían entusiasmo alguno hacia los principios liberales y la idea de democracia. En segundo lugar, esta teoría era extremadamente útil y oportuna para reivindicar la existencia objetiva de una nación allí donde no existía una conciencia nacional intersubjetiva y compartida por la mayoría de la población, o donde la voluntad de la ciudadanía tenía dificultades para expresarse libremente. Y, en tercer lugar, siguiendo una concepción hegeliana de la armonía universal de las naciones, los nacionalistas consideran como algo natural que el mundo está, y lo ha estado en el pasado, dividido en naciones (Smith, 1992). Por tanto los modelos utilizados por las naciones vecinas para resaltar su autenticidad o perennidad podían también servir, en un juego de

espejos, para destacar la propia distinción nacional. Eso también dio lugar, obviamente, a narrativas nacionales superpuestas en territorios en disputa, en particular en regiones fronterizas (Frank y Hadler, 2010). Cabe recordar que muy diversos historiadores nacionales de la periferia europea, desde Galicia a Escocia y desde Noruega a Rumanía, se inspiraron en parte en las obras de Michelet o de Mazzini. La combinación de criterios organicistas y voluntaristas para la definición de la nación que aportaron los teóricos italianos era de particular interés para varios de los teóricos e intelectuales que pregonaban el «despertar» de las «pequeñas naciones» de Europa y América.

Existió, pues, una circulación transnacional de teorías sobre la nación y de modelos de narrativa histórica nacional. Esos modelos, desde los grandes ejemplos franceses, italianos o alemanes (los ya citados Michelet, Mancini, Mazzini, Herder, Fichte...) hasta los más modestos (Kossuth, Masaryk o Arthur Griffith), ayudaron a muchos nacionalistas de diversos rincones de Europa y del mundo a reflexionar acerca de los propios territorios que sentían como naciones. Simplemente era necesario alterar los ingredientes de la receta con materia prima local, siguiendo lo que Anne-Marie Thiesse (2001) ha denominado irónicamente «el método Ikea»: donde unos situaban a Arminius y los antiguos germanos, otros colocaron a los pictos o los vascones; donde unos eligieron a Vercingetórix, otros escogieron a Jan Hus (checos), a Pascale Paoli (corsos) o a personajes míticos como Breogán (en el caso de los gallegos).

Sin embargo, el modelo de difusión no siguió una dirección única, desde los «grandes» nacionalismos decimonónicos, de Estado o de unificación (como Francia, Alemania o Italia) hacia los «pequeños» nacionalismos o las naciones-Estado constituidas en fechas más tardías, desde Rumanía a Noruega, Flandes o Córcega. Ciertamente, la circulación de la idea de nación también estaba condicionada por los circuitos generales que condicionaban los flujos globales de transferencias culturales: París era el centro de la vida intelectual en Europa, los europeos del sur eran más receptivos a la influencia intelectual francesa que a la germana, y el conocimiento del alemán como *lingua franca* estaba más extendido en Europa centro-oriental y sus élites. Sin embargo, los límites son siempre

difusos. A fines del siglo XIX, los escritos científicos y la alta cultura producida en alemán también eran accesibles para buena parte de las élites cultivadas de Europa del Sur. Los nacionalistas liberales españoles a fines del siglo XIX recibieron una fuerte influencia de algunos filósofos alemanes, como Carl Ch. F. Krause, y asimismo el influjo de las teorías de Fichte gracias a la traducción de su obra por el historiador Rafael Altamira. De modo similar, las narrativas de las «pequeñas naciones» tendían a reproducir y adaptar a sus circunstancias los discursos elaborados y adaptados primero por las «naciones grandes» o los nacionalismos de Estado. Los nacionalistas bretones u occitanos derivaron muchos de sus argumentos de las teorías nacionalistas francesas más o menos «regionalizadas», y lo mismo se puede afirmar acerca de los nacionalistas escoceses o galeses, cuyas fuentes teóricas eran a menudo exclusivamente británicas o norteamericanas.

Las transferencias y modelos también discurren entre las periferias, a menudo más dispuestas al eclecticismo y a aceptar influencias de *otras* periferias (Mignolo, 2000; Nygard y Strång, 2016). Y los modelos e influencias acostumbraban a seleccionarse de forma estratégica. Un movimiento nacionalista puede sentirse solidario con todas las nacionalidades del mundo en lucha por su soberanía. Mas también tiende a profesar una afección transnacional por un determinado conjunto de pueblos con quienes considera que comparte un parentesco cultural, histórico o étnico (Bell, 1976: 9-18, 25-27; Lijphart, 1977).

Sería exagerado sostener la existencia de un «efecto dominó» en las reivindicaciones nacionalistas para explicar su difusión casi espontánea, aunque se puede argumentar que en algunos momentos críticos algo semejante a ello tuvo lugar en Europa, como en 1918-1919, o en 1989-1991. En este último caso, la «ola báltica» se extendió a otros territorios de la URSS donde el nacionalismo tenía raíces más débiles, desde Bielorrusia a Ucrania oriental o Asia central, pero donde las élites poscomunistas optaron por la secesión como mejor opción de supervivencia a corto plazo. No obstante, el «efecto demostración» ejercido por el ejemplo de los movimientos nacionalistas exitosos sobre otros movimientos menos

desarrollados, o con raíces sociales más débiles y surgidos en una misma área, o con el mismo adversario, fue más determinante (Conversi, 1993).

Estos modelos pueden expresarse de entrada en el uso de nombres similares (por ejemplo, la difusión de la denominación Joven Italia —*Giovine Italia*— a otros grupos nacionalistas liberales en el siglo XIX); pero también en la imitación de prácticas culturales y simbólicas, como los Juegos Florales difundidos entre varios movimientos de recuperación cultural de lenguas minoritarias desde mediados del ochocientos, desde Gales hasta Occitania y Galicia, pasando por Cataluña. Y, asimismo, en la participación de activistas nacionalistas en las luchas de liberación de otros países, por empatía genérica o por compartir enemigo. Un ejemplo precursor podía ser el del marqués de La Fayette o de Kosciuszko como solidarios aliados de los rebeldes de las Trece Colonias para combatir a los británicos durante la guerra de independencia americana; o bien de Giuseppe Garibaldi como adalid de la revuelta democrática *farroupilha* en Rio Grande do Sul. Esos modelos, y las dinámicas de imitación que podían inspirar, no necesariamente daban lugar al surgimiento de nuevas reivindicaciones nacionalistas allí donde unas condiciones mínimas en el plano cultural, social o político no estaban presentes. La imitación de quienes triunfaban no presuponía que la misma fórmula funcionase de manera automática en otras latitudes.

No obstante, los modelos de naciones foráneas a imitar, tanto pequeñas como grandes, podían ejercer una influencia relevante en la forja de las ideologías nacionalistas y en las estrategias de liberación nacional a medio y corto plazo, así como proporcionar estímulos para adoptar políticas de planificación cultural o idiomática, simbólica o educativa —por ejemplo, cómo resucitar una lengua en peligro de extinción y cómo extender su uso social y público. De entrada, una dimensión visible, como la difusión de símbolos y banderas —caso de la bandera paneslava tricolor en diversas combinaciones de blanco, azul y rojo entre los nacionalistas checos, serbios, croatas o eslovacos— por parte de un movimiento «pannacionalista» más o menos articulado. O la adopción de ceremonias druídicas y de elementos culturales de raigambre céltica por parte de los movimientos nacionalistas bretón, galés e irlandés. Pero los procesos de transferencia cultural también

tienen lugar en un nivel menos visible, que afecta a la adopción de préstamos doctrinales, la emulación o adaptación de tácticas, estrategias o modelos organizativos.

IMITAR, TRANSFERIR, DIFUNDIR

¿Hasta qué punto fue mimética la adopción de modelos de construcción nacional, y hasta qué punto las adaptaciones fueron fieles al original? ¿Cuáles eran los límites reales del «internacionalismo nacionalista»? Cabe entender ese proceso de transferencia cultural en el marco de la historia transnacional y entrecruzada. En la mayoría de los casos no hubo mimetismo, sino una inspiración superficial. El proceso de transferencia cultural también implica una lectura selectiva del propio objeto transferido y, por tanto, una adaptación del modelo a las circunstancias políticas y culturales concretas. A este respecto, los nacionalistas siempre jugaban con ventaja en comparación, por ejemplo, con los comunistas, forzados a adoptar modelos e instrucciones emanados de un centro distante. Los nacionalistas, en nombre del propio interés particular de la nación, siempre disponían de mayores márgenes de flexibilidad para adecuar a sus intereses los modelos externos. Además, las vías concretas por las que el espejo invocado era recibido e interpretado fueron a menudo indirectas.

¿Quiénes fueron imitados de modo preferente? En primer lugar, quienes tuvieron éxito y quienes compartían el mismo adversario, en particular el mismo Estado o imperio *opresor.* Así, en el seno del Imperio británico se registró una amplia circulación de modelos e imágenes entre los nacionalistas indios, los bóers, los irlandeses, los escoceses, los galeses y hasta los de la isla de Man y de Cornualles. Los exitosos irlandeses e indios sirvieron, por regla general, de inspiración para los demás, con intensidad desigual según las épocas, tanto en el plano ideológico como en el organizativo o en las estrategias políticas: algunos escoceses sintieron fascinación por las tácticas insurreccionales y parlamentarias al mismo tiempo del *Sinn Féin,* mientras que la doctrina de la no-violencia y la resistencia pacífica predicada por Gandhi y el nacionalismo indio tuvieron

cierto influjo en el nacionalismo galés. De modo semejante, el nacionalismo cubano devino en un modelo de imitación, más retórica y simbólica que política y estratégica, para los primeros nacionalistas vascos y catalanes, y los catalanes lo fueron hasta cierto punto para los gallegos. Los sardos también devinieron en un modelo para algunos regionalistas italianos minoritarios (como los del *Partito Molissano d'Azione)* antes del advenimiento del fascismo. Y los bretones asimismo se convirtieron en un espejo en el que se miraron con admiración los nacionalistas vascos de Iparralde y los activistas occitanos, mientras que en la década de 1970 los lados del espejo se invirtieron.

Por otro lado, las fronteras estatales seguían teniendo relevancia. La posesión de lenguas comunes (inglés, francés, castellano, alemán, neerlandés...) y el influjo de las capitales culturales e intelectuales en cada Estado, en las que se encontraban las élites periféricas emergentes, llevaba a la paradoja de que a menudo los planes para derrocar imperios y Estados-nación establecidos se forjaban en sus metrópolis. Los nacionalistas anticoloniales del Imperio británico se encontraban en Londres, del mismo modo que los activistas bretones, occitanos, indochinos o tunecinos tenían como lugar de encuentro común París, meca a su vez de diversos exiliados revolucionarios y anticoloniales desde mediados del siglo XIX. Sin embargo, los catalanistas del Rosellón, como los nacionalistas vascos de Iparralde o los flamencos de Francia, no cruzaron en demasía la frontera para intercambiar postulados con sus invocados hermanos del otro lado del confín. Por el contrario, sus imaginarios, sus principios ideológicos y sus programas políticos tenían más en común con bretones y occitanos, los aliados contra un mismo Estado. Eso también sucedía en el caso de algunas minorías étnicas situadas fuera de su Estado-matriz, como los nacionalistas rumanos de Transilvania hasta 1918. Sin embargo, el objetivo de la reunificación y reintegración política con quienes eran contemplados como los auténticos compatriotas desempeñó un papel relevante en la forja de su ideología nacionalista, independientemente de cuán realmente próximos fuesen esos hermanos separados.

Los modelos ofrecidos por los nacionalismos exitosos también fueron imitados por otros nacionalismos, a menudo distantes entre sí. Mucho

dependía, sin embargo, de cuatro factores: a) la existencia de vías o cauces previos de comunicación, circulación de información y de imaginarios; b) los intereses selectivos y estratégicos, patentes en la adopción consciente de aquellos ejemplos que mejor se adaptaban, en todo o en parte, a los propios intereses o circunstancias, o que eran contemplados como similares; c) contingencia, temporal o geográfica, y d) afinidad cultural, real o percibida.

(a) Las vías de información y la red de contactos preexistentes no siempre eran tan decisivas. Irlanda se convirtió en una nación admirada para los nacionalistas radicales catalanes, vascos y gallegos desde 1916, para los nacionalistas bretones desde 1918-1919, y para los autonomistas sardos solo en la década de 1920, sin que previamente existiesen vínculos directos, y aunque la mayoría de los entusiastas pro irlandeses no hablaban ni leían inglés. Había algunos corresponsales de prensa y mediadores circunstanciales, pero casi todos ellos se limitaban a informarse a través de vías indirectas. Los jóvenes vascos que admiraban a Patrick Pearse y a los rebeldes irlandeses de 1916 apenas leían la prensa francesa y alguna literatura en francés acerca de Irlanda. Si la isla hibérnica se convirtió en un símbolo que contribuyó a polarizar posturas en los enfrentamientos internos entre radicales y moderados que sacudieron al nacionalismo vasco entre 1918 y 1921, el principal y casi único mediador entre Irlanda y el País Vasco fue un activista de segunda fila del *Sinn Féin* que había residido en Argentina (véase *infra)*. La historia de las demás naciones *oprimidas* era conocida a través de las traducciones y los artículos publicados en la prensa local: desde la *Història dels moviments nacionalistes* de Antoni Rovira i Virgili hasta la biografía de Tomás Masaryk escrita por el nacionalista frisón Joop W. Kalma en 1935.

Los contactos ocasionales y contingentes también daban lugar a una mayor familiaridad con un modelo concreto. Por ejemplo, un catalán residente en Praga desde la década de 1880 y que informaba de modo regular a la prensa de Barcelona acerca del desarrollo de las estrategias culturales y políticas del movimiento checo estimuló el interés catalanista por las estrategias de recuperación y regeneración cultural del idioma propio. Y el modelo de los gimnastas patrióticos o *Sókols* (halcones) también conoció una amplia difusión en Cataluña a través de parecidos

canales, sirviendo de inspiración para organizaciones similares (como *Palestra)* desde la segunda década del siglo XX. Esto es, una combinación de deporte, educación patriótica de la juventud y adiestramiento paramilitar.

(b) La influencia selectiva. Un buen ejemplo es la lectura peculiar que realizó el nacionalista irlandés Arthur Griffith de la historia reciente de Hungría, expresada en su ya mencionado libro *The Resurrection of Hungary* (1904). Los magiares representarían un ejemplo de nacionalismo exitoso, que había obtenido una participación en los beneficios del imperio, mediante su descentralización policéntrica; y este modelo era considerado digno de ser imitado por varias facciones del nacionalismo irlandés, así como del escocés (caso de la *Scottish Home Rule Association)* y del catalanismo conservador hasta los años veinte del siglo XX. La idea de hacer compatibles el despertar cultural, la descentralización interna y la expansión externa solo fue abandonada a partir de la I Guerra Mundial, con el fin de los grandes imperios multinacionales europeos. Un mismo modelo, además, podía ser usado como espejo por diversas facciones de otro movimiento nacionalista. Y personajes secundarios, como la estudiante irlandesa Mary O'Brien, representante del *Dáil Éireann* en Madrid desde 1919, cobraron para sus interlocutores vascos, catalanes o gallegos una importancia muy superior a la que después les fue otorgada en sus propios países (véase *infra)*.

Un espejo alternativo, contemplado con interés por algunos movimientos nacionalistas, fue la independencia pacífica, mediante la celebración de un plebiscito, de Noruega en 1905, que optó no por una república, sino por una monarquía, modelo más viable de convertirse en nuevo Estado en Europa antes de la I Guerra Mundial (Ucelay-Da Cal, 2017). Pero las facciones radicales preferían los modelos de secesión violenta y los iconos románticos asociados a la rebelión armada de «pequeñas naciones» contra un opresor imperial, influidas por el espíritu belicoso de 1914 y la conciencia generacional de que tras la Gran Guerra era el momento de la acción directa y la fuerza. Por tanto, los nacionalistas radicales bretones o vascos miraron a los fenianos irlandeses, al *Sinn Féin* desde 1905, y en particular al ejemplo de sacrificio por la patria que habrían ofrecido los protagonistas de la Rebelión de Pascua de 1916. Contemplaban

en las contradicciones de esos nacionalistas radicales un reflejo de sus propios dilemas: nacionalismo radical versus uso del idioma del *opresor;* catolicismo militante y violencia; enemiga al socialismo obrero por internacionalista y apelación social-reformista a la clase obrera... Los nacionalistas moderados preferían, por el contrario, mirarse a sí mismos en el espejo de la tradición gradualista de Parnell, Redmond y Cosgrave.

La victoria electoral del *Sinn Féin* en diciembre de 1918 parecía impulsar la posición de los radicales. Además, ofrecía un modelo de mística del sacrificio por la patria: aunque quizá incomprendido en un principio por la mayoría de sus connacionales, la inmolación de un selecto grupo de patriotas dispuestos a obtener la libertad por las armas podría provocar a corto y medio plazo una reacción solidaria del conjunto de la nación, si la represión del opresor convertía a los insurgentes en mártires. Si eso ocurría en Irlanda entre 1916 y 1919-1921, ¿por qué no podría suceder algo similar en otras pequeñas naciones, de la mano de una minoría decidida y dispuesta a tomar las armas contra el opresor para despertar de su letargo a los compatriotas? La difusión de este poderoso icono entre las facciones radicales de los movimientos nacionalistas vasco, bretón o catalán durante la década de 1920 influyó en sus propias estrategias e inspiró algunos modelos organizativos. Y en algunos casos también se sumó a una imaginación pannacional de raigambre cultural o mítica, como el panceltismo de varios grupos *brétonnants,* galeses e incluso gallegos.

La guerra civil irlandesa de 1922-1923 contribuyó a quebrar el espejo. Se tornaba problemático para otros patriotas irredentos el invocar un modelo que culminaba en un enfrentamiento entre radicales y moderados después de sacudirse, en la práctica, la férula del opresor. No obstante, el mito de la rebelión de Pascua perduró entre diversos nacionalismos minoritarios europeos hasta el estallido de la II Guerra Mundial, e incluso fue más allá. La resurrección del IRA al calor del conflicto norirlandés desde finales de la década de 1960, y el hecho de que aún estaba pendiente una reunificación de las dos Irlandas, estimuló el desarrollo de nuevos juegos de espejos y de analogías a partir de los años setenta. A ojos de muchos nacionalistas vascos de la generación siguiente, los mártires de 1916 eran ahora reemplazados por los activistas del IRA, y el sacrificio de

Pearse y Connolly por el del preso en huelga de hambre Bobby Sands. Con todo, las analogías rara vez resistían un análisis detallado —por ejemplo, no existían *unionistas* armados y organizados en Euskadi, Bretaña o Córcega, y los gobiernos de la República de Irlanda preferían desentenderse del Úlster. Además, ya en la década de 1930 el Estado Libre de Irlanda puso en práctica su propia razón de Estado y la aplicó a su política exterior, rehusando todo apoyo explícito a los nacionalistas subestatales de Bretaña, Flandes, Escocia o Euskadi, aunque subsistieron algunas complicidades y contactos por parte de activistas y grupos aislados (Leach, 2009). Los antiguos entusiastas de la causa de Irlanda en otras naciones minoritarias estaban ahora desencantados con la falta de compromiso hacia ellos por parte del Gobierno de Dublín.

(c) Contingencia e interés propio. Irlanda no era el único modelo influyente en la Europa de entreguerras. Durante la I Guerra Mundial, algunas pequeñas naciones que habían sido invadidas por los imperios centrales, en particular Bélgica y Serbia, fueron igualmente idealizadas como modelos de pueblos mártires. Sin embargo, la solidaridad genérica con los pueblos oprimidos se combinaba, y a menudo se enfrentaba, a la lógica de las estrategias racionales guiadas por el sacro egoísmo nacionalista. Las nacionalidades oprimidas por la Entente y, en particular, por el autocrático imperio zarista, no merecían el mismo grado de simpatía. Y las facciones autonomistas de los diversos movimientos nacionalistas también podían mostrar afinidad hacia cualquier gran potencia que se opusiese a su Estado opresor. Del mismo modo, la francofilia, la germanofilia o la anglofilia tenían un lugar relevante entre las élites etnonacionalistas. Y algunos espejos distorsionadores también se podían encontrar entre los nacionalistas de los pueblos «oprimidos». El Mussolini de los años veinte era visto por más de un catalanista o nacionalista galés conservador y vanguardista como un renovador de la identidad nacional de su país mediante una gran movilización de las masas, y en ocasiones el primer Hitler también fue contemplado de esa guisa. La política de nacionalidades interna de la Unión Soviética durante los años veinte y treinta, reforzada por el apoyo de los bolcheviques al principio de autodeterminación nacional, asimismo era admirada e idealizada por los

observadores nacionalistas más diversos, que podían también estar muy lejos de compartir el credo revolucionario en lo social y lo religioso.

(d) La afinidad cultural, fuese real o percibida. Este factor era especialmente relevante en el caso de movimientos pannacionalistas (Snyder, 1984), como el paneslavismo, el pangermanismo o el más débil panneerlandismo, así como en el de las construcciones culturales acerca de la *latinidad,* la *hispanidad* y otras afinidades culturales, más o menos reales o más o menos construidas, que también tenían imitadores o paralelos a una escala menor, fuese el panceltismo, el panoccitanismo o solidaridad catalano-occitana, e incluso el panmediterraneísmo entre diversas islas del *Mare Nostrum.* El problema, por un lado, era: ¿cómo reconciliar el postulado de la afinidad cultural con o hacia una «nación grande» con la defensa del propio carácter diferencial de la cultura de la «pequeña nación»? Por otro lado, ¿cómo forjar lazos duraderos que fuesen más allá del intercambio cultural? A menudo, esas cartas fueron jugadas por los miembros más pobres o débiles de la familia pannacional: los occitanistas estaban más interesados en reforzar la hermandad con el catalanismo que lo que estaban los catalanistas desde principios del siglo XX, mientras que los flamencos eran más sensibles a los cantos de sirena del panneerlandismo, los gallegos a los del panlusismo o los bretones a los del panceltismo, de lo que eran holandeses, portugueses o irlandeses. Los «hermanos mayores» otorgaban una importancia mucho menor a esos vínculos transnacionales, por lo general cultivados por sectores minoritarios de sus élites políticas o culturales.

El nacionalismo tercermundista transcontinental

El resurgimiento, vinculado a un cambio generacional e ideológico, de las reivindicaciones etnonacionalistas en Europa occidental desde la década de 1960 estuvo imbricado con un fenómeno transnacional: la influencia de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, registrable desde la década anterior, y en menor medida también del movimiento por los

derechos civiles impulsado en los Estados Unidos por los activistas afroamericanos y nativos americanos.

No se trataba de un fenómeno nuevo. De hecho, los ejemplos de movimientos nacionalistas anticoloniales extraeuropeos ya habían ejercido una fuerte influencia sobre los nacionalismos subestatales de las islas británicas, caso de los indios y los bóers sobre los irlandeses y escoceses; de los bóers sobre los flamencos, y de los cubanos sobre los movimientos nacionalistas de la península ibérica. Pero ahora esa influencia se veía reforzada por el imparable proceso de descolonización que tenía lugar en Asia y África. Había sido precedida por una transferencia previa desde la metrópoli a las colonias, a través de jóvenes estudiantes procedentes de las periferias del imperio, y que se empaparon de marxismo-leninismo en las capitales de los imperios (Londres, París, Ámsterdam, Lisboa...), y a menudo a través del antiimperialismo predicado de modo consciente por los partidos comunistas europeos y la *Komintern* hasta mediados de los años treinta. Cuando retornaron a sus países de origen, esos estudiantes supieron explotar la deslegitimación global del dominio colonial europeo en Asia y, en parte, en África tras el final de la II Guerra Mundial. Así fue como algunos estudiantes indios o indonesios se convirtieron en etnonacionalistas tras estudiar en Gran Bretaña o en los Países Bajos, y como jóvenes vietnamitas, como Ho-Chi-Minh, también aprendieron patriotismo, al mismo tiempo que se hicieron comunistas, en el París de entreguerras.

Durante las décadas de 1950 y 1960, el desarrollo de las teorías alternativas de naturaleza marxista-leninista acerca de la revolución en los países subdesarrollados o en vías de desarrollo discurrió paralelo al de los nuevos modelos de liberación nacional. Así, la revolución maoísta en China fue interpretada como un modelo atractivo para naciones mayoritariamente campesinas: una alianza o «bloque» de diferentes clases que encarnaban lo más auténtico de la nación oprimida y se convertían en su sinécdoque frente a un opresor foráneo. Similar fue el espejismo ofrecido por los diversos «revolucionarismos» latinoamericanos, así como por los nacionalistas argelinos (el *Front de Libération Nationale,* FLN), congoleños o mozambiqueños. En especial, la fascinación del ejemplo argelino residía una vez más en su carácter asimétrico: representaba el triunfo de la honda

de David contra el gigante Goliat. Pero también evocaba la imagen de una unidad nacional, un frente unido frente a un opresor colonial, a menudo guiado por una vanguardia comunista y patriótica. Y encarnaba al mismo tiempo el modelo de organización paramilitar y de lucha armada, compartidos con otros grupos de izquierda radical.

En 1962, el *Comité Occitan d'Études et d'Action* (COEA), bajo la influencia cultural del lingüista e intelectual Robert Lafont, vinculado a la tradición occitanista de anteguerra, elaboró el concepto de *colonialismo interno,* importando a las regiones periféricas de Francia la experiencia del movimiento de liberación argelino y vietnamita, pero adaptando el concepto del colonialismo a las especificidades de Europa occidental. El COEA aspiraba además a una federación europea de naciones y Estados, al servicio de los trabajadores: un socialismo «regionalista descolonizador» de dimensión global.

A ello se unía el repentino éxito de las doctrinas acuñadas por el médico humanista originario de Martinica Frantz Fanon, comprometido tanto con la revolución argelina y con el FLN como con el movimiento panafricano. En su exitoso libro *Les damnés de la terre* (1961), publicado pocos días antes de su muerte con un prólogo del filósofo Jean-Paul Sartre y traducido a quince idiomas, Fanon esbozó una original teoría acerca de la alienación cultural y hasta psicosomática de los pueblos colonizados (Fanon, 2002). De modo paralelo, uno de los fundadores del Partido Nacionalista Occitano (PNO) en 1959, François Fontan, había incorporado las teorías del psicoanalista austríaco Wilhelm Reich a la ortodoxia marxista, para llegar a conclusiones semejantes: la teoría de la liberación de los pueblos debía comprender la dimensión individual de la identidad nacional negada o despreciada en las naciones colonizadas. Los sectores «colonizados» de estas últimas habrían interiorizado los prejuicios raciales y culturales propagados por los colonizadores, el «autoodio» *(mépris de soi),* a través de mecanismos como la asimilación forzada o el «genocidio cultural». Eso llevaba a prestar una particular atención a la sociolingüística de las lenguas minorizadas (Fontan, 1961: 23-25).

Fanon reflexionó acerca del papel subsidiario y «parasitario» de la burguesía de los países colonizados; también destacaba la «traición» de la

intelectualidad colonizada, seducida por el individualismo y la meritocracia, así como el carácter inevitable y casi conveniente de la violencia hacia el opresor como estrategia de desalienación individual y social de los pueblos colonizados, y por lo tanto como un elemento fundamental del proceso de liberación nacional: «El colonialismo no es una máquina pensante, no es un cuerpo dotado de razón. Es la violencia en estado de naturaleza, y solo se puede inclinar ante una violencia mayor» (Fanon, 2002: 61). En este sentido, reinterpretaba algunas de las reflexiones de Jean-Paul Sartre sobre la violencia y el colonialismo, así como la obra de Sigmund Freud. En semejantes aspectos habían incidido los trabajos del escritor franco-tunecino Albert Memmi *(Portrait du colonisé,* 1957), que en parte recogía algunos postulados anteriores avanzados en clave académica por el sociólogo francés Georges Balandier *(Sociologie actuelle de l'Afrique noire,* 1955). Todos estos autores otorgaban especial énfasis a las consecuencias sociopsicológicas de las situaciones de dependencia colonial, superando así los esquemas puramente economicistas del marxismo clásico.

A las influencias teóricas cabía añadir el ejemplo directo de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. Era el caso, sobre todo, del FLN argelino, pero también de la *Union des Populations du Cameroun* (1948) liderada en los cincuenta por el doctor Félix-Roland Moumié, pasando por el *Mouvement National Congolais* (1958) de Patrice Lumumba, el *Kenya Independence Movement* (1959) de Tom MBoya, el *Frente de Libertação de Moçambique* (1962) de Eduardo Mondlane y Samora Machel, el *Movimento Popular para a Libertação de Angola* (1959) de Agostinho Neto, y del presidente ghanés Kwameh Nkrumah y su *Convention People's Party* (Okoth, 2006). Por lo general, en el sur y suroeste de Europa fueron más influyentes los ejemplos del África francófona que de la anglófona.

A ellos se añadía el espejismo y la difusión transnacional del ejemplo de los nuevos nacionalismos de izquierda latinoamericanos. Aunque no encarnaban a naciones sin Estado, sino que serían «semicolonias» —que disfrutarían de una «independencia política formal», pero cuyos recursos serían esquilmados por potencias extranjeras (Fontan, 1961: 29)—, destacaba en ellos su peculiar mezcla de antiimperialismo y apelación

populista a la nación, además de un nuevo impulso revolucionario. Era el caso, en particular, del Movimiento 26 de julio en Cuba, cuya aura se extendió entre la nueva izquierda europea tras 1959. El influjo latinoamericano tuvo continuación en los años setenta a través del Frente Sandinista nicaragüense o el Frente Farabundo Martí salvadoreño (Martín Álvarez y Rey Tristán, 2017). A partir de mayo de 1968, esa influencia se superpuso a la confluencia entre izquierda radical, nuevas temáticas como el ecologismo y el pacifismo, y las reivindicaciones etnoculturales en una nueva generación. Solo en Francia surgieron casi 70 grupos nacionalistas de esa orientación desde finales de los años sesenta (Beer, 1977).

La tradición del marxismo-leninismo se combinó también con los modelos estratégicos y organizativos de los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo. En particular, la necesidad de un frente interclasista para conseguir la liberación nacional, a modo de asamblea constituyente y depositaria de la soberanía nacional, y que estaría integrado por todos los sectores sociales que asumiesen la identidad nacional, desde la pequeña burguesía al campesinado, con la excepción de la burguesía «colonizada» o intermediaria, los «asimilados colaboracionistas» entre los que se encontarían los «chauvinistas más feroces de la nación ocupante». A eso se añadía el papel del partido comunista patriótico como «vanguardia revolucionaria», en varios casos, a menudo integrado por «miembros semiasimilados» de las «capas medias y subalternas» de la nación sometida, que pasarían del culturalismo al federalismo y, finalmente, a una «acción de conjunto a la vez cultural, económica y política», impulsada por «organizaciones fuertemente estructuradas». Un tercer elemento era la fijación de dos etapas en la revolución socialista: la «democrático-popular» o nacional-popular, cuyo objetivo era alcanzar la soberanía nacional, paso previo a toda transformación social; y una segunda fase que daría paso a la sociedad socialista (Fontan, 1961: 32-34). Además, el maoísmo —en versión china, o incluso albanesa— parecía a algunos etnonacionalistas europeos un ejemplo alternativo para conjugar nacionalismo y comunismo: la idea del bloque de clases y la revolución nacional-popular eran muy sugerentes para territorios cuya población aún era mayoritariamente campesina, como Cerdeña o Galicia.

La superposición de un esquema centro-periferia al de clase y la autodefinición como colonia interna hacían posible, en apariencia, superar el dilema entre clase y nación. Existirían regiones proletarias, según Robert Lafont (otros hablarían *tout court* de «naciones proletarias»), cuya liberación sería un primer paso para la destrucción del capitalismo mundial, empezando por la quiebra del dominio de la burguesía asimilada e «intermediaria». En consecuencia, era posible articular nacionalismo y socialismo (Lafont, 1967: 153; Fontan, 1972). A ello se unía la tentación de la lucha armada, a partir de los modelos argelino y sudamericano, integrada como una estrategia complementaria para «despertar» el sentimiento nacional de la población alienada. En la «periferia céltica» de las islas británicas, pero también en el País Vasco, eran más determinantes la tradición revolucionaria de los fenianos y del IRA irlandeses. Sin duda, los ejemplos más espectaculares y sangrientos han sido ETA, el IRA y, en menor medida, los diversos grupos armados corsos. Pero también surgieron efímeros grupos terroristas en Gales, Bretaña, Galicia, Escocia o Cataluña.

Con todo, cada movimiento nacionalista insistía de modo particular en su objetivo de construir una «vía nacional» específica al socialismo, adaptando los modelos foráneos a su propio entorno sociopolítico, y subrayando su vínculo con la cultura política de sus propios movimientos antes de 1939. A veces, los nuevos nacionalistas reinterpretaban a su conveniencia las más variadas tradiciones de protesta local; también releyeron los precedentes históricos más progresistas dentro de cada uno de los movimientos nacionalistas. Si la izquierda *abertzale* vasca idealizó a los *aberrianos* de los años veinte, los nacionalistas escoceses de izquierda hicieron lo propio con John MacLean, partidario de constituir un Partido Comunista Escocés antes de la II Guerra Mundial, y los nuevos nacionalistas bretones resucitaron los precedentes más izquierdizantes del *emsav* (movimiento bretón) de anteguerra, en particular a socialistas como Émile Masson o comunistas como Marcel Cachin.

Además de la homonimia de varios de los nuevos partidos etnonacionalistas fundados en los años sesenta con las organizaciones anticoloniales de Argelia, Mozambique o Camerún —desde la *Unión do Pobo Galego* (UPG, 1963) hasta *Su Populu Sardu* (1973), el Frente de

Liberación de Bretaña (1966) y la *Unione di u Populu Corsu* (1977)—, una buena expresión de la «teoría transnacional» de la liberación nacional izquierdista fue la Carta de Brest, cuya primera versión data de 1974. El manifiesto fue suscrito por la UPG gallega, la UDB bretona, el *Sinn Féin* y el IRA [oficial], el partido galés *Cymru Goach* y otras organizaciones. La difusión geográfica de estos postulados fue, sin embargo, desigual. Los movimientos nacionalistas de Europa del Norte y Noroeste fueron poco permeables al tercermundismo y al discurso anticolonial, aunque surgieron grupos de influencia muy reducida que siguieron esos postulados. En la obra de uno de los máximos teóricos del nuevo nacionalismo escocés de izquierda, Tom Nairn (1977), apenas hay rastro de esos postulados. De hecho, el discurso anticolonial era difícilmente aplicable a territorios que, aunque periféricos desde un punto de vista geográfico, no lo eran desde el punto de vista de la distribución de recursos o niveles de bienestar. Con todo, en los años setenta el sociólogo Michael Hechter (1975) se hizo eco de los postulados del colonialismo interno e intentó convertirlos en un esquema interpretativo de la situación pseudocolonial de la «franja céltica» de las islas británicas, insistiendo en la distribución desigual de las rentas del capital y del trabajo, y en las menor movilidad social de los habitantes de esas periferias.

Aunque las teorías de Hechter hallaron cierto eco intelectual, apenas se tradujeron en propuestas políticas. Entre los partidos nacionalistas mayoritarios de Gales *(Plaid Cymru),* Escocia (SNP) o Flandes (el partido de izquierda liberal *Volksunie)* se mantuvo una línea de continuidad con el legado nacionalista anterior a 1939. En la isla de Man o en Cornualles, los nuevos partidos nacionalistas que surgieron en los años sesenta y setenta, como *Mec Vannin* (1964) o el *Cornish National Party,* adoptaron un perfil socialdemócrata o centrista, y se inspiraron sobre todo en el SNP o el *Plaid Cymru* galés. Lo mismo se puede afirmar de los partidos «étnicos» representativos de minorías nacionales, con alto nivel de implantación social y electoral entre los ciudadanos pertenecientes a esas minorías (el *Südtiroler Volkspartei,* el Partido del Pueblo Sueco de Finlandia o el Partido de los Belgas Germanófonos). En general, evolucionaron hacia la izquierda socialdemócrata, el reformismo socialcristiano o el liberalismo progresista.

El éxito del colonialismo interior y del tercermundismo era un producto de época, una variante territorial y específica de la difusión transnacional de los postulados de izquierda revolucionaria del Tercer Mundo, desde Vietnam a Cuba, así como de la irrupción de la nueva izquierda. Pero su impacto en cada uno de los movimientos nacionalistas también estaba relacionado con la continuidad o no en su seno de organizaciones estables y relevantes desde el período de anteguerra. El peso de los nuevos partidos de izquierda *anticolonial* fue mayor allí donde esos grupos cubrían un vacío generacional, donde no existía ni tradición política ni base social adecuada para un partido nacionalista de centro liberal, o bien donde el conflicto étnico generó un caldo de cultivo adecuado para la aplicación de las teorías de la lucha armada, casos del País Vasco, Irlanda del Norte o Córcega. Incluso en cada uno de estos casos, la distinta fuerza de la propia tradición insurreccional anterior relativizaba el alcance de la influencia tercermundista.

Olas recientes

Desde finales de los años setenta se han registrado algunos ejemplos más de olas o momentos de influencia transnacional sobre los movimientos nacionalistas del continente europeo. Algunos de esos ejemplos pueden ser:

a) La estrategia adoptada por el SNP escocés desde los años ochenta, y su simbología, fue en parte incorporada por el PNV.

b) El nacionalismo vasco radical influyó en otras organizaciones nacionalistas de izquierda radical en todo el continente, desde Iparralde hasta Galicia o Euskadi.

c) El influjo teórico del nacionalismo quebequés, patente en la difusión en Europa del neologismo «soberanismo» —suerte de sucedáneo del concepto «autodeterminación», y que incide en el derecho a decidir de una nación, dejando un tanto en la penumbra cuáles son las opciones a elegir y el modelo de relación a adoptar con el Estado del que se forma parte—, así como el modelo de la «revolución tranquila» iniciada en los ochenta para revertir el estatus sociolingüístico del francés en Quebec, y sus estrategias

políticas para negociar la celebración de dos plebiscitos de independencia en 1980 y 1995.

d) Algunos destellos bálticos y croatas sobre Europa occidental entre 1989 y 1992-1993, que no dieron lugar a un efecto demostración continuado, en parte porque el estallido de las guerras yugoslavas sentó un prcedente negativo y estableció una asociación incómoda entre secesión y conflicto étnico.

e) La segunda «ola», más restringida, de plebiscitos o de aplicaciones unilaterales del derecho de autodeterminación (Montenegro, 2006, Kosovo, 2008), ejerció una influencia limitada en los principales movimientos nacionalistas de Europa occidental, además de constituir precedentes de las condiciones impuestas a una población dada para ejercer de forma plenamente democrática y legitimada en el plano internacional el derecho de autodeterminación. En particular, esas condiciones se referían a los umbrales necesarios de votos afirmativos y de participación de la población en un referéndum: ¿basta con la mitad más uno de los votos válidos emitidos? Si es necesaria una mayoría cualificada, ¿dónde se ha de fijar el porcentaje mínimo? ¿Se debe ofrecer a los ciudadanos solo una opción (independencia sí o no), o es más democrático someter a votación varias propuestas? ¿Basta con una pregunta binaria, pero formulada en términos inequívocos y claros —la ley de la «pregunta clara», como estableció el Tribunal Supremo de Canadá en 1995, y se aplicó en Escocia en 2014?

61*. Inédito, basado en la ponencia «From the Irish Mirror to the Anticolonialist Fascination: Transnational Models of National Liberation in Europe, 1900-1970», *Huizinga International Conference 2012: National Identity as Cultural Transfer,* Huizinga Instituut, Ámsterdam, 25-28 de junio de 2012.

Capítulo VI

Ecos de Pascua, mitos rebeldes: el nacionalismo vasco e Irlanda (1890-1939)[62*]

Como hemos visto, todo movimiento nacionalista sostiene que *su* nación es distinta y única, tanto por su especificidad etnocultural o social como por su historia distintiva, lo que legitima su reivindicación de soberanía. Pero, paradójicamente, el nacionalismo, y también el nacionalismo subestatal, es un fenómeno internacional, que nace y se desarrolla de manera imbricada o entrecruzada con otras reivindicaciones nacionalistas coetáneas (Werner y Zimmermann, 2006). Unos nacionalistas aprenden de otros, desde los modelos de agitación y resurgimiento cultural de idiomas minoritarios hasta prácticas, ritos, lecturas y símbolos (Leerssen, 2006a; 2006b). Las influencias mutuas son especialmente operantes en el nivel de las estrategias políticas adoptadas por los movimientos nacionalistas; y en coyunturas específicas puede tener lugar un auténtico *efecto demostración,* subordinado a su vez a las dinámicas y características internas de cada movimiento, y que se divide en instrumental y empático. El primero afecta a la ideología y praxis política del movimiento nacionalista; el segundo se vincula a un sentimiento de solidaridad espontáneo, profesado por sus militantes. La empatía añade legitimidad a la causa de los nacionalistas, quienes se contemplan a sí mismos como actores en un mundo de naciones en lucha por su plena libertad, y que reman a favor del viento de la Historia (Conversi, 1993; McDonogh, 1987; O'Malley, 2008).

La influencia de los modelos exteriores sobre los movimientos nacionalistas periféricos del Estado español desde finales del siglo XIX fue notable, aunque no tan determinante como para imponerse a las condiciones estructurales de cada uno de ellos. Hubo, en particular, una sucesión de

coyunturas y *momentos* específicos que dejaron un rastro más o menos duradero, desde el ejemplo del nacionalismo húngaro en el siglo XIX y su aspiración a una monarquía dual, pasando por la difusión del principio de autodeterminación nacional en Europa y Asia desde 1917, hasta los procesos de independencia en el Báltico y los Balcanes a finales del XX (Manela, 2007). Pero dentro del conjunto de influencias exteriores, la irlandesa fue una de las más intensas y duraderas (Elorza, 1984: 161-162; Núñez Seixas, 1992b; Ferrer i Pont, 2007). Su impacto ha sido mayor por su relativa proximidad geográfica, pero también por su continuidad en el tiempo y su aura de leyenda, acrecida por la literatura y los medios de comunicación contemporáneos. La evolución del nacionalismo irlandés, desde la campaña por la emancipación de los católicos liderada por Daniel O'Connell, el parlamentarismo y agrarismo de Charles S. Parnell, el ímpetu revolucionario de los fenianos y la *Irish Republican Brotherhood* desde mediados del siglo XIX, o la evolución y radicalización del *Sinn Féin* fundado en 1905, fueron seguidos con atención por la prensa ibérica desde la década de 1880.

El halo de romanticismo que los nacionalistas irlandeses inspiraron, desde la rebelión de los *United Irishmen* (1798) hasta los revolucionarios fenianos, alcanzó su culmen con el frustrado levantamiento de Pascua en Dublín entre el 24 y el 29 de abril de 1916. La rebelión, dirigida contra el Imperio británico y promovida por varias milicias nacionalistas, en particular los *Irish Volunteers,* la *Irish Republican Brotherhood* y el *Irish Citizen Army* del socialista James Connolly, fue duramente reprimida por el ejército británico, y se saldó con el fusilamiento de varios de sus líderes[63]. No obstante, el secreto de la popularidad del nacionalismo irlandés residía también en su polivalencia: coexistían en su seno varias facciones con las que era posible identificarse, desde moderados y confesionales hasta radicales y laicos, pasando por socialistas. Era, por tanto, un espejo de múltiples caras, en el que casi todos los nacionalismos de otras latitudes podían contemplarse y hallar motivos de inspiración (Thompson, 1982; Hartmann, 2003: 67-120).

La rebelión de Pascua marcó un hito decisivo en esa evolución. El fracaso y la represión de los insurrectos, faltos del apoyo popular que

esperaban, y el sorprendente triunfo posterior del *Sinn Féin* en las elecciones de diciembre de 1918, dirigido por uno de los líderes que sobrevivieron al alzamiento, Éamon de Valera[64], fueron interpretados como una lección para los diversos grupos radicales del nacionalismo vasco. También lo fueron para diversas facciones del movimiento catalanista, galleguista, bretón, flamenco o corso. Era un ejemplo más de *triunfo de la voluntad,* de rebeldía generacional contra modelos caducos de hacer política liberal, acordes con los nuevos aires insuflados por la I Guerra Mundial, la primacía de la violencia y la acción directa, así como la irrupción de modelos revolucionarios a izquierda y derecha[65]. A esa popularidad también contribuyó que los nacionalistas irlandeses llevaron a cabo una consciente campaña de propaganda y actividad protodiplomática en el extranjero a partir de 1919 (Keogh, 1982 y 1988: 5-33; Elvert, 1989: 24-31).

¿Cuál era la principal enseñanza que otros nacionalistas extrajeron del levantamiento de Pascua? Ante todo, la capacidad redentora del gesto heroico para el futuro de la patria, con un cierto sentido teatral. Un puñado de patriotas abnegados se convertían en nuevo prototipo de héroes revolucionarios, mediante una transferencia de sacralidad que equiparaba su sacrificio por la patria a un martirio; su muerte redimía los pecados de la nación y permitía su supervivencia renovada, al tiempo que los héroes permanecerían en la memoria como savia que rejuvenecía su espíritu. Ese grupo escogido era capaz de despertar el sentimiento nacional de todo un pueblo a través de su autoinmolación, aun contra la opinión de la mayoría de la población y los nacionalistas moderados y partidarios del pacto con el Estado *opresor*. El plebiscito por las armas, sellado con su sangre si era preciso, sustituiría a la engañada voluntad popular, y sublimaba toda diferencia social o ideológica en nombre de la nación. En caso de fracaso, la espiral desencadenada por la represión del Estado llevaría a la mayoría de la población de la nación oprimida a identificarse con la causa de los mártires, ejemplos de «heroísmo revolucionario»[66].

Tras la firma del Tratado Anglo-Irlandés de diciembre de 1921 que instauraba el Estado Libre de Irlanda dentro del Imperio británico, el estallido de la guerra civil irlandesa (junio de 1922-mayo de 1923) entre

partidarios y opositores al nuevo estatus político de Irlanda contribuyó a aminorar la fuerza del mito irlandés entre los nacionalistas subestatales de toda Europa[67]. Con todo, su aura no desapareció del todo hasta la II Guerra Mundial, y aún se mantuvo con posterioridad, particularmente desde el inicio del conflicto armado entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte desde finales de la década de 1960. Irlanda del Norte reemplazó entonces a Irlanda en el imaginario de referencias de los nacionalistas vascos. Sin embargo las imágenes proyectadas por los activistas del *Irish Republican Army* (IRA) se insertaron, en buena medida, en una línea de continuidad con las generadas en décadas previas por sus antecesores[68].

Miradas vascas sobre Irlanda (1880-1916)

Tras la supresión de los Fueros que siguió a la derrota carlista en 1876, Irlanda hizo su aparición de forma tímida en la prensa vasca como un referente de emulación o como ejemplo invocado para justificar la pervivencia y actualización del régimen foral. Fue el caso del fuerista liberal-conservador y por un tiempo alcalde de Bilbao José María de Lizana y de la Hornaza, quien trazaba en 1891 un paralelismo entre las reivindicaciones de ambos países, así como de Hungría, dentro de monarquías compuestas y la «historia de las provincias vascongadas» (Lizana, 1881). Para el industrial republicano Francisco Goitia, sin embargo, existían claras diferencias entre la cuestión irlandesa y la vasca, en particular la ausencia de factor religioso y de dominación económica en el caso español. Empero, Irlanda era vista como un ejemplo de «insistencia y tenacidad» para justificar la demanda de «autonomía administrativa completa» para las provincias vascas (Goitia Ostolaza, 1891).

El papel de los ejemplos externos en el discurso del primer Partido Nacionalista Vasco (PNV), fundado por Sabino Arana en 1895, fue asaz limitado. Los modelos exteriores fueron seleccionados en función de la mayor o menor semejanza percibida entre los objetivos del PNV y los problemas de otros pueblos, fuese la situación de la lengua nacional, el pasado histórico e institucional o el factor confesional. Esto se sumaba a la

genérica postura antiimperialista y anticolonialista de Sabino Arana, con un matiz: su admiración por Gran Bretaña como paradigma de gobierno civilizado, patente en su postura matizada ante la II Guerra Anglo-Bóer (1899-1902). Arana, de hecho, no prestó demasiada atención a otros nacionalismos subestatales coetáneos, pero sí dedicó algunas referencias al movimiento irlandés. Aunque contemplaba un cierto paralelismo entre lo que él denominaba el Partido Nacionalista Irlandés —conjunto de organizaciones que apoyaba la causa de la autonomía o *Home-Rule,* en particular el *Irish Parliamentary Party*— y el PNV, dudaba al mismo tiempo de la solidez ideológica del nacionalismo hibérnico, católico pero dirigido por líderes protestantes o afines como O'Connell y el «libertino» —por divorciarse en 1890— Parnell[69].

Por el contrario, para el sector más moderado dentro del primer PNV, cuyo órgano de expresión era el periódico *Euskalduna,* y que abogaba por una estrategia pactista y gradualista para incrementar las cotas de autogobierno vasco, la lucha parlamentaria por la autonomía del nacionalismo irlandés constituía un frecuente motivo de inspiración[70]. *Euskalduna* mostraba sus simpatías por el autonomismo parlamentario de O'Connell y Parnell, frente a la tradición revolucionaria de los fenianos, cuyos métodos desaprobaba; y consideraba digno de imitación el recurso a los irlandeses de América como fuente de apoyos económicos para el movimiento nacionalista[71]. Esta tónica tuvo continuidad en los años sucesivos. Los nacionalistas moderados tenían en gran estima el legado de O'Connell, que, según afirmaba Eduardo de Landeta en 1908, podía servir de guía para un movimiento como el vasco, repartido a partes iguales entre un alma radical y otra pragmática[72].

Tras la muerte de Arana en 1903, y de forma paralela a la expansión social, geográfica y electoral del movimiento nacionalista vasco, el sentido práctico y la estrategia autonomista de los *euskalerriacos* se impuso a la hora de configurar la visión internacional del PNV. Las referencias a Irlanda en la prensa nacionalista eran esporádicas pero constantes, junto con las menciones de Hungría, Polonia o Egipto, desde un prisma de solidaridad genérica, por ser Irlanda nacionalidad oprimida y por ser mayoritariamente católica; o, en ocasiones, como afirmaba el peculiar polemista y

pseudorracista biológico José Arriandiaga *(Joala)* en 1903, por ser paradigma de la existencia de una *raza* (la «celta») que, al igual que la vasca, estaría privada de un Estado propio (Ugalde Zubiri, 1996: 112-113). En marzo de 1908, la revista mensual *JEL* transmitía su «adhesión incondicional» a los «hijos de Irlanda» residentes en Bilbao que iban a celebrar una misa el Día de San Patricio, y proclamaba sus «vivísimos anhelos por la redención de la patria de Parnell»[73]. Empero, el nacimiento del *Sinn Féin* (Nosotros solos) en 1905, con un programa más radical que el nacionalismo mayoritario irlandés, fue recogido de forma solo tardía y sucinta por la prensa nacionalista vasca[74].

En su obra publicada en 1914 *Países y razas. Las aspiraciones nacionalistas en diversos pueblos,* compendio de crónicas publicadas en el diario *Euzkadi* desde el año anterior, el líder *jelkide* de Álava y experto del partido en asuntos internacionales Luis de Eleizalde pasaba revista a varios movimientos nacionalistas. Su objetivo era exponer «las vías que otras nacionalidades europeas, tan decaídas y aún más que la nuestra han seguido para obtener ese mismo resultado», y convencer a todos los vascos de que la «restauración» nacionalista era «justa, conveniente y posible». Aunque se mantenía fiel a los moldes ideológicos heredados de Sabino Arana, Eleizalde mostraba ahora un mayor interés por los casos de resurgimiento de lenguas amenazadas. Trataba así, en el epígrafe «Los celtas», del nacionalismo irlandés, en el que destacaba sobre todo el papel de la conciencia religiosa y del clero católico en la difusión de la identidad nacional, así como la pujanza del renacimiento gaélico y la preservación de la cultura tradicional en el medio rural. El hecho de que el idioma propio perdiese terreno significaba para Irlanda no solo una tragedia nacional, sino también una decadencia moral, pues «la lengua gaélica, toda impregnada de misticismo y de espiritualismo, es para los irlandeses [...] la mejor defensa contra el agnosticismo y paganismo de los tiempos presentes». Dentro de las dos facciones principales del nacionalismo irlandés, que Eleizalde consideraba que se podían encontrar en todo movimiento nacionalista (radicales —fenianos— y autonomistas o «evolucionistas»), mostraba cierta simpatía por los fenianos, verdaderos artífices de todos los logros históricos

del nacionalismo irlandés. Pero deploraba que fuesen partidarios de tácticas «terroristas»[75].

La prensa nacionalista vasca acogió con satisfacción la noticia de que el Parlamento británico había aprobado el proyecto de autonomía para Irlanda en septiembre de 1914 *(Government of Ireland Act),* como culminación de la campaña del Partido Nacionalista Irlandés y la actitud favorable del Gobierno liberal de lord Herbert H. Asquith. Aunque la autonomía no constituía «la suprema aspiración de Irlanda», marcaba un principio de esperanza para todas las nacionalidades: «El triunfo de Irlanda también llega a nosotros, porque es el triunfo de un principio sostenido por el nacionalismo»[76].

El estallido de la I Guerra Mundial dio al traste con el proyecto de autonomía para la isla. Pero el conflicto bélico fue interpretado por la mayoría de los nacionalistas vascos como una guerra a favor de la libertad de las pequeñas naciones *oprimidas* por el imperialismo germánico y austrohúngaro. Por ello, la aliadofilia y la empatía de la Comunión Nacionalista Vasca —nombre adoptado por el PNV en 1913— por las nacionalidades de Europa central dejaba poco espacio para la solidaridad con un nacionalismo que en parte se resistía a enviar soldados para el frente a favor de la Entente y se enfrentaba al Imperio británico, admirado a su vez por muchos nacionalistas vascos como comunidad política plural y tolerante.

Ecos vascos de Pascua (1916-1920)

El levantamiento de Pascua de 1916 ejerció una inesperada influencia sobre los debates internos del nacionalismo vasco. La actitud adoptada ante los acontecimientos dublineses se convirtió en un baremo que reflejaba las divisiones existentes dentro del movimiento *jelkide,* que ya se habían manifestado desde el inicio de la guerra. Las pugnas entre los sectores moderados y la línea más ortodoxa y radical, que habían culminado en enero de 1916 con la expulsión del hermano del fundador, Luis Arana, se superpusieron a las diferentes reacciones suscitadas en el diario *Euzkadi* y

en otros órganos por las noticias llegadas de Irlanda. Además, los lejanos sucesos de Dublín fueron utilizados como arma arrojadiza por los tradicionalistas y conservadores vascos para hurgar en las contradicciones de la Comunión, en teoría anglófila y favorable a la Entente (Ugalde Zubiri, 1996: 217-219).

El diario de la Comunión tomó partido de forma inmediata contra los *sinnféiners* y su programa insurreccional e independentista. A mayor abundamiento, su postura se endureció al difundirse la participación en la sublevación del socialista James Connolly, líder del *Irish Citizen Army,* y las pruebas de las conexiones con Alemania de los rebeldes a través de la intentona de desembarco de armas protagonizada por el veterano activista anticolonial Roger Casement (Pott, 2011). El órgano *jelkide* proporcionó una información sucinta de lo que se tildaba de mero «motín», y varios de sus articulistas formularon abiertas críticas hacia la rebelión, sobre todo Luis de Eleizalde *(Axe)* y Engracio de Aranzadi *(Kizkitza)*. La Comunión se solidarizó con la fracción moderada del nacionalismo irlandés, insistió en su visión benigna del imperialismo británico, juzgado como una forma de protección paternalista de pueblos que aún no habían alcanzado el estado de civilización, y publicó con grandes alardes tipográficos una declaración de John Redmond[77]. La sublevación era calificada de temeraria, y Patrick Pearse de «iluso casi demente»; era además inoportuna para los fines de guerra de la Entente, el auténtico bando de las nacionalidades oprimidas. Los líderes del levantamiento de Pascua, en particular Connolly, fueron tachados de «anarquistas» germanófilos, y los fenianos de secta anticatólica, siguiendo en esto los argumentos del nacionalismo constitucional irlandés[78]. El «obcecado movimiento de Dublín» comprometería además la libertad de las naciones que gemían bajo la bota germánica, como Serbia o Bélgica[79]. Según *Euzkadi,* no era el afán de independencia en sí, sino el amor por el bienestar de la patria, lo que caracterizaba al buen patriota:

> El fin del nacionalismo vasco, del irlandés o del indio es la vida y salud de la patria. La libertad, la independencia, no pueden ser fin del nacionalismo indio, del irlandés o del vasco. La libertad es medio para todo. Entender que nosotros hemos de aplaudir todo movimiento

> revolucionario, por lo que tiene de revolucionario, es una equivocación. Todo alzamiento que vaya contra la existencia de la patria es antinacional, antipatriótico[80].

En semejantes argumentos insistía Aranzadi pocos días después. Todo buen nacionalista debía abrazar la mejor estrategia posible para asegurar, en cada momento histórico, la existencia y prosperidad de su patria, y no optar por métodos sediciosos que podían comprometer las metas de libertad ya aseguradas:

> El que los nacionalistas vascos «debamos amar el derecho a la justicia y la libertad de los pueblos oprimidos», no significa [...] que debamos ponernos al lado de los fenianos porque pretenden reivindicar la libertad de su patria en oposición al nacionalismo irlandés. Sobre el derecho a la libertad está el derecho a la vida de la nacionalidad de Irlanda, amenazada gravísimamente por la rebelión de Connolly [...]. Conclusiones: Que no basta que aparezca en cualquier nación oprimida un movimiento revolucionario de liberación, para que nos veamos obligados a acudir al lado de los alzados [...] para esto se requiere que el interés general de esa nación oprimida, que la conveniencia general o la salud pública, aparezcan claramente identificados con el alzamiento. Que eso de «sellar con sangre las revoluciones» no legitima ninguna insurrección [...]. Al adherirnos a Redmond y sus 80 diputados, hemos obrado con rectitud, siguiendo, en esta delicada materia, las enseñanzas de la Iglesia[81].

¿Por qué tanta atención a unos acontecimientos lejanos? La cuestión irlandesa se había convertido, de hecho, en una trifulca doméstica. Los nacionalistas vascos polemizaban con los no menos católicos conservadores dinásticos y con los carlistas, cuya germanofilia y oposición a Gran Bretaña los llevaba a simpatizar abiertamente con los revolucionarios irlandeses. No obstante, algunos militantes de la Juventud Vasca ya habían protestado ante la dirección del partido por la postura de su órgano oficial respecto a la rebelión de Pascua: el moderado Anacleto Ortueta, por ejemplo, afirmaba que no eran anarquistas a sueldo de Alemania los rebeldes de Dublín, sino auténticos patriotas, tal vez equivocados[82].

Otras cabeceras de prensa afines al nacionalismo vasco, que reflejaban el sentir de los sectores más radicales del movimiento, mantenían una actitud muy diferente hacia el levantamiento de Pascua. Era el caso del órgano en euskara *Euzko-Deya,* editado por el *Euzkeltzale Bazkuna,* vivero crítico de Juventud Vasca, que publicó dos artículos, uno de ellos firmado por Ceferino de Jemein, ensalzando a Casement como patriota mártir y ejemplo a seguir para los vascos (Ruiz Descamps, 2012: 86-88). También lo

fue del semanario *Bizkaitarra,* editado por el *Euzkeldun Batzokija* de Luis Arana, que había proclamado desde el principio su neutralidad ante el conflicto mundial. *Bizkaitarra* publicó varios artículos favorables a los rebeldes de Dublín y a Roger Casement, denunciando además la dureza de la represión británica. La división entre pactistas y radicales en Irlanda podría ser también aplicada a Euskadi: de un lado, los evolucionistas, «elementos que, comenzando siendo radicales, al cabo de los años se hacen conservadores [...] prefieren la quietud, que la traducen por evolución», mientras que los revolucionarios fenianos, *sinnféiners* y otros grupos serían «gente joven, inteligente, llena de ilusiones, sin intereses creados». Cuestionaba, además, la aliadofilia de la Comunión, que le impedía juzgar con el mismo rasero la conducta de los imperios centrales hacia las nacionalidades subyugadas bajo su férula, y la del Imperio británico[83]. Los nacionalistas vascos en Argentina, que mantenían algún contacto con la comunidad irlandesa del país, proclamaban también su admiración por la «sublime locura» y la causa de los rebeldes de Pascua, pero esperaban ingenuamente que «Inglaterra», defensora de otras pequeñas nacionalidades, llegase a reconocer el derecho de Irlanda a la independencia. Sin embargo, consideraron la ejecución de Casement como un acto impropio de un país civilizado[84].

La Juventud Vasca de Bilbao, presidida por Eli Gallastegi, protagonizó en las semanas sucesivas algunas iniciativas contrarias al sentir de los líderes del partido, como la celebración de una misa por el alma de Roger Casement en agosto de 1916. Los jóvenes nacionalistas mostraban así su desagrado por el tratamiento otorgado al *héroe* irlandés por el diario *Euzkadi,* que pese a solicitar su indulto lo presentaba como un «desgraciado patriota» embaucado por los alemanes, auténticos enemigos del nacionalismo irlandés[85]. Por el contrario, a lo largo de 1918 el diario de la Comunión acogió con simpatía las demandas irlandesas de *Home-Rule* dentro del Imperio británico, trazando un paralelo con la campaña en pro de la obtención de la autonomía para Euskadi que la Comunión, amparada en su éxito electoral de febrero de 1918, pretendía llevar a cabo en aquel momento de creciente incertidumbre del sistema político de la Restauración. Así lo ponían en evidencia algunas de las crónicas enviadas

desde Londres por el corresponsal de *Euzkadi* Ramón de Belausteguigoitia[86]. Ya a finales de ese año, la revista cultural próxima al nacionalismo vasco *Hermes* recomendaba superar la obsesión romántica con el movimiento irlandés, y a aprender de sus líderes más pragmáticos, como O'Connell, con vistas a hacer patriotismo (vasco) práctico mediante la obtención de concesiones autonómicas del Gobierno español[87].

Sin embargo, los acontecimientos políticos caminaron por derroteros muy distintos en Irlanda y en Euskadi. La campaña a favor de la autonomía vasca —y catalana— dentro de la monarquía española fracasó por completo en la primavera de 1919. Por el contrario, el *Sinn Féin* cosechó un espectacular triunfo en las elecciones parlamentarias celebradas en diciembre de 1918: 73 escaños sobre 105, y el 46,9 por 100 de los votos, con la salvedad de la mayoría unionista en seis condados del Úlster. Era un espaldarazo indirecto para las tesis radicales: los disidentes de la línea oficial de la Comunión afirmaban así que «este triunfo llena de regocijo a los pocos y santos nacionalistas vascos que van quedando en estos tiempos de claudicaciones, miserias y vergüenzas». A continuación, demandaban explicaciones a los líderes de la Comunión por «aquellas apreciaciones verdaderamente *oprobiosas»* emitidas sobre los independentistas irlandeses en el pasado reciente[88].

Para los sectores moderados del nacionalismo vasco no fue sencillo reconocer que se habían equivocado en sus previsiones sobre Irlanda y en su influencia sobre Euskadi. Empero, fieles a su pragmatismo, dieron algunos pasos en esa dirección. En febrero de 1919, Luis de Eleizalde actuaba de presentador de una conferencia de Eduardo Urrutia —moderado vicepresidente de Juventud Vasca, quien insistiría en «el paralelo de la acción nacionalista en Irlanda y Euzkadi»— y afirmaba de forma genérica que el movimiento vasco podía aprender mucho de la experiencia del irlandés[89]. Unos meses después, la revista *Hermes* reproducía una larga crónica enviada desde Dublín por el corresponsal en Londres del diario madrileño *El Sol,* Ricardo Baeza. En ella reconocía lo inesperado del resultado electoral de 1918 y el efecto multiplicador del independentismo que había provocado la represión británica; también confiaba en que el

Tratado Anglo-Irlandés saliese adelante, apoyando las posiciones de los negociadores irlandeses Arthur Griffith y Michael Collins[90].

La causa de Irlanda provocaba ahora la adhesión tanto de los nacionalistas vascos como de numerosos sectores de la opinión pública mundial, por su halo de romántica «belleza austera», al batirse en nombre de ideales abstractos y universales: «el derecho, el honor, la paz, la libertad», concretados en su patria y contra un enemigo superior. «El mundo entero conmovido os admira», concluía el periódico *Gipuzkoarra*[91]. Tras la firma del Tratado en diciembre de 1921 y la instauración del Estado Libre de Irlanda *(Free State)* dentro del Imperio británico, que evolucionaba ahora hacia una *Commonwealth,* se añadieron las simpatías de muchos conservadores y tradicionalistas españoles, que confiaban en que el nuevo Estado semiindependiente sería un modelo de armonía social católica (Jaspe, 2008).

El órgano de Juventud Vasca realizó un amplio despliegue desde comienzos de 1919 en apoyo y alabanza de los *héroes* irlandeses, coincidiendo con la constitución en Dublín del Parlamento irlandés o *Dáil Éireann,* que se proclamó soberano, declaró de modo unilateral la independencia y envió, sin resultados, una delegación a la Conferencia de Paz de París. La muerte en una prisión inglesa, tras una huelga de hambre de 75 días, del diputado y alcalde nacionalista de Cork Terence MacSwiney el 25 de octubre de 1920 dio igualmente lugar a numerosos actos de solidaridad por parte de los nacionalistas vascos al mes siguiente, desde misas hasta homenajes públicos a su figura[92]. A ojos de los jóvenes radicales vascos, el mito irlandés emergía como un símbolo que incitaba al sacrificio del buen patriota, apelando a virtudes morales y castrenses, a las que se transferían atributos religiosos; al mismo tiempo, eludía la identificación con una agenda política o social concreta más allá de la fidelidad a la nación, y combinaba catolicismo y radicalismo inconformista —que no revolucionario en lo social: «El patriota irlandés es romántico y tenaz, idealista y fuerte, creyente y generoso», escribiría Gallastegi en 1928[93].

El culto al sacrificio llevaba implícitamente a la necesidad de la violencia. Como afirmaba Javier de Iziar, Irlanda y Euskadi tendrían

precondiciones étnicas e históricas semejantes; no obstante, el ejemplo irlandés mostraba que el camino «evolucionista» había fracasado. Por ello, en el País Vasco «hemos visto los días moderados, vimos los días de la "Joven Euzkadi" y ya vislumbramos el amanecer del fenianismo *euzkotarra»,* al que solo faltaba ganarse la voluntad de la mayoría de los vascos. Pero era un vía crucis que habría que superar para ensanchar la base social del movimiento: «Todavía no han sido clavadas nuestras lenguas por no querer hablar otra lengua que el euzkera, todavía no han sido deportadas nuestras mujeres y nuestros hijos»[94]. Y es que, del mismo modo que los irlandeses habían de combatir a los protestantes del Úlster, también había partidarios vascos de la monarquía española y que se sentían españoles, tildados ahora de «unionistas»[95].

Los posicionamientos sobre Irlanda se convirtieron, por tanto, en una línea divisoria adicional que contribuía a polarizar las pasiones de las dos facciones que se dibujaban de forma nítida dentro del movimiento nacionalista vasco. El proceso culminó con la escisión de la facción *aberriana* en septiembre de 1921. Sus promotores (re)fundaron el PNV, volviendo a las siglas originales del partido, cuyos seguidores procedían sobre todo de los sectores urbanos de clase media y media-baja (Mees, 1992: 321-338; Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 1999: 126-148). La escisión tenía causas endógenas y no se debió a los ecos de Pascua. Sin embargo, Irlanda actuaba como talismán que definía las posiciones de unos y otros.

¿Inspirándose en los irlandeses? (1921-1930)

El PNV *aberriano* no solo invocaba de forma retórica el ejemplo de intransigencia patriótica de los irlandeses. Aunque no adoptó de ellos grandes principios ideológicos o textos teóricos —en su mayoría desconocidos para los vascos—, sí tomó algunos de sus modelos organizativos, que contribuyeron a acentuar los matices diferenciales del nuevo partido con respecto a la Comunión, casi inexistentes en el plano social —salvo una mayor *comprensión* por la izquierda revolucionaria. En ellos parecía seguir la estela del *Sinn Féin,* cuya mayor virtud habría sido

imprimir al nacionalismo irlandés un carácter dinámico, de pueblo en marcha[96].

La fascinación por el modelo insurreccional y la síntesis irlandesa de ferviente catolicismo y nacionalismo radical reflejaba además las propias contradicciones de los *aberrianos:* ruralismo gaélico versus modernidad anglófona; radicalismo nacionalista versus uso generalizado del idioma del *opresor;* rechazo de los inmigrantes *españoles* en el País Vasco versus apelación general a la clase obrera... El nuevo líder del PNV Eli Gallastegi veía en el nacionalismo irlandés un modelo de movilización social polivalente «alrededor de un centro nacional euzkadiano, siempre dentro de la patria» (Gallastegi, 1933: 153). En esa perspectiva, el nuevo nacionalismo vasco debía aspirar a crear una sociedad civil paralela, con el fin de sustituir al Estado en todos los ámbitos. Este fue el estímulo para la articulación de los grupos de *Mendigoizaleak* (1921) o montañeros, la extensión de grupos teatrales de inspiración nacionalista y la incorporación de la mujer. E, igualmente, para las primeras, aunque tímidas, tentativas de organización paramilitar. Incluso la utilización del deporte como medio para fomentar la conciencia nacional, desde la promoción de los deportes populares hasta la constitución de federaciones deportivas propias, fue vista como lección de la experiencia irlandesa[97].

El estallido de la guerra civil irlandesa no rompió el espejo idealizado. El nuevo órgano periodístico del PNV *Aberri* se alineó, primero de manera indirecta y después de forma explícita, con el bando de Éamon de Valera, alzado en armas contra el Gobierno del Estado Libre presidido por William T. Cosgrave[98], a quien recriminaría meses más tarde haber aceptado la partición del Úlster y fusilado a «indefensos patriotas republicanos en las cárceles»[99]. Trazaba así un paralelismo entre los irlandeses favorables al Tratado y aquellos que, en Euskadi, «quieren la unión [...] con la corona de España», así como «acabar sin piedad con los republicanos independentistas de Euzkadi. Son los que llaman a los irlandeses que mueren por el idealismo de su causa, *criminales* y *vendidos* y *botarates»*[100]. *Aberri* se felicitaba asimismo por los resultados electorales obtenidos por los republicanos irlandeses en agosto de 1923 (27,4 por 100 y 44 diputados, frente a 39 por 100 y 63 escaños del *Cumann na nGhaedal),* y veía en el

«sacrificio heroico» de los primeros, una vez más, un ejemplo y una esperanza indirecta: «¡Cuántas veces han rodado de emoción las lágrimas por nuestras mejillas al leer las epopeyas de ese pueblo grande! Y una consecuencia ha venido con insistencia a nuestra mente. Solo el sacrificio puede hacer grandes a los pueblos; solo el sacrificio puede [...] libertarlos del poder del invasor»[101].

David podía vencer a Goliat. Y si, además, el todopoderoso Imperio británico no era capaz de doblegar a los irlandeses, y estos habían aprendido de sus fracasos, era obvio que España, «nación inferior en todos los aspectos a Inglaterra», nunca podría dominar a los vascos[102].

Solo había un aspecto en el que la mirada vasca hacia Irlanda adoptaba tonos más críticos: la cuestión lingüística. *Jelkides* y *aberrianos* prestaban cada vez mayor atención a la lengua como marcador nacional, y desarrollaban políticas activas en ese sentido. De hecho, en algunos aspectos, el más débil nacionalismo galés se ofrecía como un espejo mucho más interesante para los nacionalistas vascos de entreguerras (Delgado Cendagortagalarza, 2011). Empero, aunque ingleses e irlandeses serían tan diferentes entre sí como «vascos y latinos», el renacimiento del cultivo del gaélico en Irlanda era un aspecto que se citaba solo de modo secundario, como hacía Javier de Iziar en el semanario *Gipuzkoarra* al iniciar una serie de artículos sobre la cuestión irlandesa el 25 de diciembre de 1920. Durante la década de 1930, las referencias vascas a la política lingüística puesta en marcha por el Estado Libre de Irlanda fueron muy genéricas. La revista *Yakintza* afirmaba así de modo sucinto en 1933 que la mayoría de la población irlandesa era bilingüe, así como que se había introducido el gaélico como asignatura e idioma vehicular en la enseñanza pública, presuponiendo más que comprobando su efectividad práctica[103].

Las vías de las transferencias culturales y simbólicas entre Irlanda y el País Vasco eran, hasta los años treinta, indirectas. La mayoría de los nacionalistas vascos mostraban un gran interés por Irlanda, y algunos poseían un conocimiento notable de la historia del movimiento hibérnico. La delegada irlandesa en Madrid, Mary O'Brien, se había preocupado de difundir entre la opinión pública española la traducción castellana de un libro del poeta y activista del *Sinn Féin* Darrell Figgis, *La tragedia de*

Irlanda (1921). De hecho, en un informe datado el 2 de diciembre de 1921, transmitía al *Dáil* que el libro tenía «gran demanda», y que había impreso 2.000 copias de diversos folletos en castellano sobre la causa irlandesa[104]. No obstante, las fuentes de los nacionalistas vascos no siempre eran irlandesas: se informaban acerca de lo que sucedía en la isla a través de las crónicas de la prensa británica y francesa. Los jóvenes radicales vascos recibieron el mito de la insurrección irlandesa a través de la lectura de obras en francés, como la biografía de Pearse escrita por el nacionalista bretón Louis Napoléon Le Roux, residente en Londres y con buenas conexiones con el *Sinn Féin (La vie de Patrick Pearse,* 1932), así como la novela de aventuras ambientada en Irlanda del escritor conservador y nacionalista francés Pierre Benoît *La Chaussée des Géants* (1922, llevada al cine en 1925)[105]. No obstante, muy pocos fueron los *jelkides* que pusieron un pie en Irlanda hasta 1936. Cuando la Juventud Vasca de Bilbao organizó, a mediados de diciembre de 1921, una conferencia de un experto acerca de la cuestión irlandesa, tuvo que recurrir al periodista español Ricardo Baeza, que fue presentado ante el auditorio como un partidario del *Sinn Féin* —cuando lo cierto era que Baeza se había posicionado a favor del Tratado Anglo-Irlandés y había condenado la posición «cerril» de De Valera[106].

Además de las relaciones con la delegada Mary O'Brien —una estudiante que ocupaba un modesto cuarto en una pensión—, los primeros contactos directos con los nacionalistas irlandeses llegaron por una vía periférica: a través de la diáspora sudamericana. En concreto, merced a la colaboración de emigrantes vascos, catalanes y gallegos en actos organizados por los núcleos nacionalistas irlandeses en Argentina, y que se retrotraían a la década anterior (Cruset, 2015: 131-133; Otaegui, 1925: 29-32). Como reconocía el delegado irlandés en Argentina en octubre de 1921, «nuestros amigos aquí son representantes de pequeñas naciones (vascos, etc.) y curas argentinos fervientemente nacionalistas»[107]. En abril de 1922, un oscuro y aventurero militante del *Sinn Féin* que dominaba el castellano, Ambrose Martin O'Daily, llegó al País Vasco. Nacido en 1900, O'Daily había sido encarcelado en Liverpool por los británicos en 1919, desde donde fue deportado a Argentina, país en el que permaneció dos años y desarrolló una activa labor como propagandista del nacionalismo irlandés

junto al argentino-irlandés Éamon Bulfin y los delegados del *Dáil* Patrick J. Little y Laurence Ginnell. En marzo de 1922 zarpó de Buenos Aires con rumbo a Europa, e hizo escala por varios días en Bilbao.

La estancia de Ambrose O'Daily fue fructífera. En apenas una semana pronunció varias conferencias en la sede de Juventud Vasca de Bilbao y en otras localidades limítrofes con la ciudad (Portugalete, Barakaldo, Deusto, Zorotza, Begoña, Erandio, Alonsotegi, Burtzeña y Algorta), en las que propagó la historia y características del nacionalismo irlandés, desde la imbricación del movimiento con las reivindicaciones obreras hasta la organización del *Sinn Féin*[108]. De especial relevancia fue su conferencia del 10 de abril sobre el papel de la mujer en Irlanda, y concretamente sobre la organización femenina *Cumman Na mBan,* fundada en 1914 como sucesora de *Inghindhe na hEireann* (Hijas de Erin, 1900). A propuesta de Gallastegi y espoleadas por ese ejemplo, que demostraría la compatibilidad entre jerarquías de género tradicionales, movilización femenina, religiosidad y nacionalismo, un grupo de mujeres nacionalistas vascas, a iniciativa de Gallastegi, decidió constituir el mismo día, al acabar la conferencia de O'Daily, una organización similar con el nombre de *Emakume Abertzale Batza* (EAB), que ya contaba con algunos antecedentes. Una de las fundadoras recordaría diez años después que el clima emocional de los «días de angustia, de llanto, de luto, de persecución horrible» que atravesaba Irlanda había mostrado a los patriotas perseguidos que «contaban con un arma poderosa y un aliento inextinguible: la mujer [...] irlandesa»; así, «en la mente de la mujer vasca surgió el deseo de imitarla»[109]. Para Gallastegi, Irlanda mostraba una vez más el modo en que la mujer podía servir de auxiliar —que no de compañera con igual protagonismo— a los activistas masculinos, como vehículo de «afirmación y propaganda nacionalista, allí donde la acción del hombre no tenga franca intervención», e intentaba atraer al nacionalismo a todas las mujeres vascas «como único medio de salvación de su conciencia y de su hogar» (Gallastegi, 1933: 128-129). La adopción de modelos, empero, no era mimética. El papel otorgado a la mujer en EAB, siempre subordinado al fundamental de transmisora de las esencias patrias en el hogar y la familia, fue más secundario del que disfrutaba su inspiradora irlandesa, en el que las

féminas también empuñaban las armas. Y en una de sus charlas, celebrada en el local de Solidaridad de Obreros Vascos, el mismo Martin había lanzado una propuesta de crear un partido laborista vasco que no fue secundada con parejo entusiasmo (Aresti, 2014; Ugalde Solano, 1993: 175-179).

El comité de relaciones exteriores del *Sinn Féin,* de modo paralelo al «servicio exterior» del *Dáil,* llevó a cabo una activa campaña de propaganda en varios países de Europa y América desde enero de 1919. Varios grupos nacionalistas subestatales encontraron en la lucha irlandesa por la independencia un motivo de inspiración, desde Tirol del Sur hasta Cataluña. Y, como parte de esa campaña, algunos representantes del *Sinn Féin* y del *Dáil Éireann* entraron en contacto con otros nacionalistas periféricos del Estado español (Keogh, 1982: 158; Inoue, 2002: 95-96). Tanto la modesta oficina irlandesa de Madrid —Mary O'Brien— como la representación del *Sinn Féin* en París mantuvieron contactos oficiosos con los nacionalistas vascos, los gallegos y, en particular, con los catalanistas radicales liderados por Francesc Macià[110]. Un informe de la embajada británica en Madrid fechado el 7 de febrero de 1921 resaltaba que «existe sin duda una constante comunicación entre los sinnféiners y los separatistas de Cataluña y las provincias vascas, y nada de lo que hagamos impedirá a la prensa separatista en esas dos regiones publicar artículos anti-ingleses». Con todo, la diplomacia británica también esperaba que los diarios católicos españoles se distanciarían de la causa irlandesa en cuanto trazasen paralelismos entre los *sinnféiners* y los catalanistas[111].

Aunque la causa de Erin hallaba apoyos entre algunos sectores de la opinión pública española, tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político, lo cierto era que la mayoría de la prensa diaria de Madrid y Barcelona había expresado opiniones poco favorables a los nacionalistas irlandeses entre 1919 y 1922. A la anglofilia de varios diarios, la dependencia de las informaciones suministradas por la propaganda británica y la imagen de intransigencia que transmitían los *sinnféiners* se unía, en el caso de socialistas y republicanos, la escasa simpatía que despertaba un movimiento en exceso identificado con la Iglesia católica. Los conservadores y liberales monárquicos temían también las posibles

emulaciones del ejemplo irlandés por parte del catalanismo, y que el éxito hibérnico en una Europa sacudida por el triunfo del principio de las nacionalidades llevase a un efecto dominó en España. En enero de 1919, la cuestión fue objeto de una conferencia en la madrileña Academia de Jurisprudencia y Legislación por parte del jurista, historiador y político maurista Félix de Llanos y Torriglia, a quien interesaba sobre todo destacar las diferencias estructurales entre la situación de Irlanda y la de Cataluña. La primera habría sufrido una auténtica dominación colonial y religiosa por parte de Inglaterra, mientras que Cataluña u otras regiones ibéricas habían participado de los beneficios de la unidad nacional en términos equitativos (Llanos y Torriglia, 1919). En los mismos términos, negando la pertinencia de cualquier paralelismo entre Cataluña —e implícitamente Euskadi— e Irlanda, insistía el republicano Álvaro de Albornoz dos años después[112]. Solo el diario liberal *El Sol,* gracias a las crónicas de Ricardo Baeza y de algún columnista que había sido anteriormente nacionalista vasco, como Manuel Aznar, mantenía una posición más neutral ante la cuestión de Irlanda[113].

De hecho, y en parte para evitar la reacción de la prensa de Madrid, los contactos entre los nacionalistas periféricos y la delegación irlandesa siempre se mantuvieron en un plano informal. En el modesto *Boletín Irlandés,* hoja informativa que distribuía la oficina de O'Brien en Madrid, no se publicó ninguna referencia a catalanistas, nacionalistas vascos o gallegos. La propia O'Brien escribía así en un informe fechado en septiembre de 1921 que se habían registrado intentos «con cierto éxito» para «confundir la causa y el movimiento irlandeses con los de Vizcaya y Cataluña, e incluso para presentar al IRA como afín a los partidos socialista y anarquista de Barcelona», lo que perjudicaría la imagen irlandesa entre «la Iglesia y el partido católico». No obstante, «aunque posiblemente la gran popularidad del movimiento irlandés en Barcelona y Vizcaya es un impedimento» para los intereses irlandeses en Madrid, podría ser útil con «fines comerciales», señalando en particular al empresario naval Manuel de la Sota y a su hijo Manuel de la Sota y Aburto, quien sería «gran entusiasta de la causa irlandesa». Recomendaba así reforzar la propaganda dirigida a los círculos influyentes de Madrid, y quizás como guiño a los nacionalistas

periféricos sugería igualmente nombrar cónsules, «si era posible», en Barcelona y Bilbao[114].

En el fondo, lo que los irlandeses buscaban era la simpatía del Gobierno de Madrid y de los círculos influyentes de la política y la prensa de la capital del Estado. Los *sinnféiners* otorgaban un valor mucho mayor al apoyo diplomático español, y preferían cultivar las simpatías de los grandes diarios de Madrid y Barcelona, los círculos nobiliarios y las jerarquías de la Iglesia católica en España. Percibían así un difuso estado de opinión general favorable a su causa, que era necesario reforzar, y no amenazar apoyando a los *separatistas* ibéricos. Como recogía Ricardo Baeza (2010: 103): «Temo —me ha dicho un irlandés amigo— que en España no se interesen por la cuestión irlandesa más que los catalanistas».

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923 forzó a los nacionalistas subestatales a renunciar a la actividad política. Tanto la Comunión como el PNV hibernaron en la práctica sus actividades. Con todo, algunos militantes *aberrianos* intentaron promover planes para una insurrección armada en el País Vasco, coordinada con anarquistas y catalanistas radicales, y mantuvieron contactos en Francia con varios nacionalistas irlandeses, como Ambrose O'Daily, quien, prófugo de la justicia británica, de Bilbao pasó a Francia y a Hamburgo —probablemente de la mano de sus amigos *aberrianos*—, estableciéndose por un tiempo en la sede de *Estat Català* en París. Con todo, de esos contactos no se obtuvieron resultados tangibles. A principios de 1925, Gallastegi y otros *aberrianos,* además de un O'Daily que había forjado lazos de amistad con varios de ellos, se hallaban de nuevo en Euskadi e intentaron poner en marcha, tras una reunión en Ordizia (Guipúzcoa), la oposición nacionalista en el interior. Empero, el intento fue detectado por la Policía española. Gallastegi tuvo ahora que exiliarse a México, donde editó por un tiempo la revista *Patria Vasca* (1928-1930), en cuyas páginas no faltaron referencias idealizadas a Irlanda, así como a los nacionalismos latinoamericanos[115].

Irlanda y la Euskadi republicana y en guerra (1931-1937)

A lo largo de los años de la II República, la apelación a Irlanda apenas constituyó un factor de influencia política, y por tanto de división o polarización de opiniones, dentro del nacionalismo vasco. Pero mantuvo su capacidad de símbolo, de icono que marcaba una divisoria entre radicales y moderados, independentistas y evolucionistas, aun después de la reunificación de la Comunión y el PNV *aberriano* en 1930. Por el contrario, y a diferencia del caso bretón, galés o incluso gallego, el nacionalismo irlandés ejerció una limitada influencia cultural sobre el nacionalismo vasco, que solo se manifestó en la década de 1930. En la práctica, se limitó a la recepción de algunas obras de William B. Yeats y Patrick Pearse en el teatro nacionalista alentado desde Juventud Vasca. Fue el caso de la obra *La vieja que pasó llorando,* adaptación, en 1933, del drama de Yeats *Cathleen ni Houlihan* (1902) a cargo de Manuel de la Sota y Aburto (1897-1979), antiguo estudiante y profesor en Cambridge que dominaba el inglés, quien también tradujo poco después la pieza *The Singer,* de Pearse *(Buruzagijak,* 1935). Los personajes, ambientes y referencias de la obra, alegoría de la virtud patriótica y del *pro patria mori,* fueron traducidos a las circunstancias locales del País Vasco. Y, de hecho, la pieza de Yeats fue representada con cierta frecuencia por los jóvenes nacionalistas vascos entre 1933 y 1936, convirtiéndose en un drama iniciático para más de uno de ellos[116].

Hubo que esperar al año 1932 para que tuviesen lugar de nuevo algunos contactos directos con Irlanda. En junio de aquel año, O'Daily volvió a visitar el País Vasco, inauguró una nueva sede de EAB y pronunció tres conferencias seguidas por decenas de nacionalistas en Algorta, Zornotza y Bilbao. En ellas homenajeó la memoria de MacSwinney, alabó las cualidades de Éamon de Valera e insistió en la necesidad del sacrificio por la patria. Casi al mismo tiempo, una delegación nacionalista encabezada por Teodoro de Ernandorena y el clérigo Ramón Laborda visitó Irlanda ese mismo mes, para acudir a los juegos organizados por la Federación Irlandesa de Balonmano y al Congreso Eucarístico Internacional. Los delegados vascos fueron recibidos en la sede de *Cumman Na mBan,* en el *Dáil* y en audiencia por el recién elegido presidente del Consejo Ejecutivo del Estado Libre, De Valera, así como por el jefe de la oposición, Cosgrave;

también protagonizaron varias celebraciones religiosas conjuntas con católicos irlandeses, y tuvieron oportunidad de mantener entrevistas con políticos de todo el arco parlamentario, desde la izquierda hasta el fascista O'Duffy. La vía de contacto directa con la isla, aunque tenue, se mantuvo desde entonces. Un militante del PNV, José M.ª de Itarte, residió algún tiempo en Irlanda durante 1933 y envió informes detallados a la dirección del partido acerca de la evolución política del Estado Libre. Un año después, el fastuoso *Libro de Oro de la Patria,* editado por el PNV para conmemorar el cuarenta aniversario de la fundación de la primera organización nacionalista vasca, incluyó un retrato dedicado en términos genéricos y firmado por el propio presidente Éamon de Valera «with the great sentiments of a patriot. I salute all the Basques and trust that they will obtain their liberties»[117]. Y Eli Gallastegi fundó, en colaboración con Martin O'Daily —quien se especializó, una vez restablecido en Irlanda y rehabilitado por el Gobierno de De Valera, en el fomento de las relaciones comerciales hispano-irlandesas—, una empresa de importación y exportación con el nombre de *Euzkerin* que funcionó hasta 1937, y cuya actividad continuó posteriormente en suelo irlandés (Lorenzo Espinosa, 1992)[118].

Al margen de esos momentos puntuales, la cuestión vasca hallaba un escaso interés en la opinión pública irlandesa desde 1921. El Estado Libre procedió a una relectura de su propio pasado reciente en la que los tonos heroicos se rebajaron considerablemente, en aras de la reconciliación interna (Flanagan, 2015). La proclamación de la II República española en abril de 1931 fue acogida por la prensa hibérnica como un espejo de las propias tensiones internas de su posguerra civil entre republicanos laicos y moderados clericales. Si los irlandeses tenían algún interés en una cuestión territorial en España, era por la autonomía de Cataluña y las tendencias más confesionales del movimiento catalanista, objeto de atención por algunos diarios dublineses[119]. Esa actitud debía mucho a las analogías con la causa hibérnica en el pasado, pero ahora se subordinaba claramente a la división entre derechas e izquierdas, así como al temor de una España comunista y atea, en la que Cataluña podría ser víctima de la radicalización social

(Jaspe, 2011). El nacionalismo vasco, y aún más el gallego, eran casi invisibles para la opinión pública irlandesa.

Por el contrario, la memoria de los líderes irlandeses ejecutados tras el levantamiento de Pascua se mantuvo viva en la prensa *jelkide,* sobre todo después de que Éamon de Valera y su partido *Fianna Fáil* asumiesen las tareas de gobierno en Dublín tras las elecciones de febrero de 1932. Desde ese año, además, la estrategia posibilista y autonomista mayoritariamente adoptada por el PNV hizo brotar de nuevo la disidencia dentro de sus sectores más radicales. Estos últimos volvieron a apelar a la ortodoxia fundacional aranista, reinterpretada una vez más a la luz del ejemplo irlandés. El semanario *Jagi-Jagi* se convirtió así, junto a la Federación de Mendigoizales, en el intérprete más destacado de una visión independentista que aún soñaba con promover una rebelión armada. En consonancia con ese objetivo, dedicó varios artículos entre 1933 y 1935 a mantener viva la memoria de los *mártires* de Pascua, así como a recordar que el triunfo del *Sinn Féin* años atrás había demostrado los resultados positivos, a medio plazo, de la coherencia ideológica. De Valera era ahora contemplado como el perfecto ejemplo de un patriota que, tras haber sido encarcelado y acusado de terrorista, devenía en respetable dirigente de una república casi independiente. Mientras que la evocación de la figura de Casement pasaba a un segundo plano, tal vez por sugerir conexiones germanas, se ensalzaba ahora de forma especial al socialista James Connolly, tanto por su disposición al sacrificio como por su amalgama de los principios de liberación nacional y justicia social —a pesar de que los radicales vascos no iban en ese aspecto más allá de los principios del catolicismo social[120].

Los seguidores de Gallastegi no monopolizaron, con todo, la devoción simbólica por Irlanda y el panteón de héroes de la Pascua dublinesa. La revista *Euzkerea,* por ejemplo, reproducía en 1934 la carta escrita por Pearse a su madre desde la cárcel, horas antes de ser ejecutado, y destacaba en ella el «profundo espíritu cristiano, el ferviente patriotismo y el perfecto espíritu de responsabilidad», cualidades que debían ser imitadas como ejemplo por los nacionalistas vascos[121]. Y a lo largo de la década de 1930, el sacerdote peneuvista José de Ariztimuño *(Aitzol)* dedicó varios artículos a

enaltecer las figuras del nacionalismo irlandés, desde Pearse y Connolly hasta De Valera. Pero ahora abordaba la cuestión desde una exquisita equidistancia, mostrando más admiración por la lucha de los nacionalistas hibérnicos en el pasado remoto, cuando «Irlanda nos trazó el camino», que en el reciente. Presentaba la insurrección de 1916 como una consecuencia lógica de la persistente negativa británica a conceder a los irlandeses el autogobierno que legítimamente reivindicaban; ahora los nacionalistas vascos, sin distinción, proclamaban su respeto por el triunfo póstumo de los *mártires* de Pascua. El «suave y enérgico pragmatismo» de De Valera, limando tanto las impaciencias independentistas de sus partidarios como los excesos fascistas de Eoin O'Duffy y sus *Blue Shirts,* acabaría por rendir frutos a medio plazo, en forma de libertad absoluta para Irlanda, que en poco tiempo se vería liberada del vínculo del juramento de lealtad a la Corona británica. Ese ejemplo avalaría de forma indirecta la táctica autonomista del PNV dentro de la República española (Ariztimuño, 1988: 274-275, 316-317 y 484-490). No era casualidad, en ese sentido, que el joven José Antonio de Aguirre fuese equiparado, en junio de 1931, tanto por *Aitzol* como por otros autonomistas partidarios del Estatuto de Estella —caso del católico Antonio Pildain— a un O'Connell vasco: un evolucionista pragmático, que tal vez con el tiempo se convertiría en De Valera sin pasar por su fase revolucionaria[122].

A partir del estallido de la guerra civil española, la prensa irlandesa de izquierdas esgrimió con fuerza la imagen de una Euskadi autónoma como baluarte católico y leal a la República, caracterizado por el imperio de la ley y la ausencia de persecución religiosa. Su principal objetivo era desgastar al gobierno conservador del *Fianna Fáil,* que había adoptado una neutralidad complaciente hacia los alzados contra la República española, contemplada como atea y revolucionaria, y promulgaría además una nueva Constitución en 1937 que reforzaba el papel e influencia de la Iglesia católica (Stradling, 1999: 87-88; McGarry, 1999). Con todo, el Gobierno Vasco constituido en octubre de 1936 fue capaz de reactivar viejos contactos con los irlandeses, empezando por O'Daily y algunos de los anfitriones de la delegación *jelkide* que había visitado la isla en 1932. En enero del año siguiente, los simpatizantes irlandeses de la causa republicana, empezando por el IRA,

llevaron de nuevo a Dublín al sacerdote Ramón Laborda, quien hablaba inglés, para demostrar ante la opinión pública irlandesa, católica y favorable en su mayoría a los rebeldes, que los insurgentes no estaban librando una cruzada en defensa de la religión, ya que los nacionalistas vascos también eran fervientes creyentes. Con ello, se buscaba poner en apuros al Gobierno de De Valera, quien según algunos informes vascos —sin duda optimistas— solo necesitaría un pretexto para poder justificar un cierto apoyo al Gobierno de Euzkadi (Keogh, 1988: 79-80)[123]. A pesar del impacto emocional del bombardeo de Gernika, que mostraba claramente la complejidad del conflicto español, la caída del frente Norte en la primavera de 1937 debilitó aún más las posibilidades de ganar simpatías entre la población irlandesa por parte del Gobierno Vasco, que todavía intentó realizar algunas gestiones en ese sentido[124].

Por otro lado, no parece que la simpatía por Euskadi fuese un móvil relevante para los voluntarios irlandeses —cuyo número, según las estimaciones, osciló entre 200 y 250— que combatieron en las Brigadas Internacionales, muchos de ellos miembros del IRA y curtidos en las luchas de independencia (McGarry, 1999: 58-64). Una excepción fue el joven dublinés Sullivan Prendergast, quien se enroló como voluntario en un batallón de *gudaris* y fue hecho prisionero por los franquistas[125]. Más relevante fue la Brigada irlandesa reclutada por O'Duffy para combatir al lado de Franco, que llegó a reunir 700 voluntarios —muchos de ellos también antiguos activistas del IRA y hasta algún participante en la insurrección de Pascua veinte años atrás—; sin embargo, apenas entraron en combate y fueron repatriados en junio de 1937. Digno de mención era que el punto sexto del acuerdo suscrito entre O'Duffy y el Cuartel General de Franco el 28 de noviembre de 1936, por el que se especificaban los criterios organizativos de la XV Bandera (Irlandesa), rezaba textualmente que «el general O'Duffy advierte que será preferible no emplear los irlandeses *[sic]* contra los Nacionalistas Vascos por ser estos católicos»[126].

La difusa simpatía de varios sectores políticos por los vascos, como pueblo católico y *mártir,* no fue suficiente para contrarrestar la adhesión al bando franquista de la mayoría de la opinión pública irlandesa y de los gobernantes del Estado Libre. Como reconocería años después Javier

Landaburu, «Irlanda ha sido para nosotros, especialmente para los vascos, una nación que nos ha defraudado»[127]. Ese sentimiento de frustración se manifestaría en repetidas ocasiones durante la larga posguerra. En 1957, otro exiliado *jelkide* escribía que «Irlanda nunca fue amiga nuestra y tampoco sus dirigentes»[128]. Algunos refugiados vascos, entre ellos antiguos *aberrianos* como Manu Eguileor y los hermanos Manuel y Telesforo Uribe-Echevarría, recalaron por un tiempo en Irlanda en 1940, antes de obtener visados para Latinoamérica o restablecerse en Francia; menos de una decena, a lo sumo, permanecieron en el país. Eli Gallastegi, el gran admirador del *Sinn Féin,* se refugió en Irlanda con su familia en septiembre de 1937, tras haber solicitado asilo político en el país. Allí refundó su empresa de exportación e importación, y residió hasta su traslado a San Juan de Luz hacia 1958[129].

Conclusión

La influencia del nacionalismo irlandés en el movimiento *jelkide* es un capítulo más de una historia aún por escribir: la de la difusión del nacionalismo como fenómeno transnacional. Si no hay nada más internacional que el nacionalismo (Thiesse, 2001: 11), la recepción de los distintos modos de concebir la nación de *los demás* y adaptarla a la propia, de sus concepciones teóricas, sus imaginarios culturales y sus estrategias de movilización, refuerza esa afirmación. En la era de las naciones, todos los nacionalistas buscaban combinar de forma contradictoria referencias locales con tendencias foráneas, adaptándose a una suerte de marcha ascendente hacia la liberación de las patrias del mundo. Pero no siempre los *pequeños* buscaron inspiración en los *grandes* modelos de agitación nacional del siglo XIX o en las naciones hegemónicas desde el punto de vista cultural. Los modelos también circularon entre periferias distintas y a menudo distantes.

El caso de Irlanda y el País Vasco también nos ilustra acerca de los límites de esas influencias. Los nacionalistas vascos miraron a Irlanda con admiración y guiados por los reflejos que creían percibir como una imagen de sí mismos; los nacionalistas irlandeses se habían inspirado, a su vez, en

otros modelos adaptados (Hungría, la India, los Estados Unidos) y apenas recibieron transferencias vascas. No se trató de una historia cruzada, de una ósmosis entre dos movimientos nacionalistas que se influyen mutuamente en grado diverso. Tampoco se recibieron grandes textos iniciáticos de los irlandeses —políticos, históricos o culturales—, como Mazzini o Herder inspiraron a otros nacionalistas irredentos en toda Europa, sino que los *jelkides* se limitaron a contemplar un espejismo permanente, una imagen borrosa de Irlanda que condicionó la evolución del nacionalismo vasco en algunas coyunturas. La influencia del nacionalismo irlandés ha de entenderse, más bien, como un estímulo externo que llevaba a la cristalización de tendencias políticas y tentaciones organizativas que anidaban en el seno del propio movimiento nacionalista vasco. En el momento adecuado —la coyuntura de la I Guerra Mundial—, los acontecimientos de Dublín operaron como un agente catalizador de tensiones y divisiones internas, proporcionando además imágenes de héroes y villanos, de sacrificio y triunfo póstumo, que podían ser fácilmente aplicables en teoría al caso vasco.

En este sentido, la perspectiva microhistórica, y el análisis detallado de las vías de difusión y transferencia cultural de las imágenes de unos nacionalismos sobre otros, también puede contribuir a forjar una imagen más realista de los mecanismos de transferencia cultural, que a su vez condicionan sobremanera los contenidos que se transmiten. Las vías fueron, a menudo, muy indirectas. En el caso vasco, hasta la década de 1930 apenas existió un hilo directo entre Dublín y Bilbao, sino una relación triangular, con un vértice en Buenos Aires y otro en París. Eso no solo mostraba la importancia de la creciente globalización de las comunicaciones, sino también la trascendencia de las redes diaspóricas, de la difusión de la agitación nacionalista a las comunidades de emigrantes. Las transferencias políticas y culturales entre periferias nos ofrecen, así, una imagen mucho más poliédrica y matizada de los mecanismos de difusión transnacional.

Irlanda, por último, constituye un buen ejemplo de *historias de nacionalistas:* de relatos acerca de otras naciones en las que los activistas de la propia nación o territorio se contemplaban, buscaban ejemplos y seleccionaban héroes; de materia conformadora de tramas de identidad

política y cultural que cementaban las culturas políticas del nacionalismo vasco. Del mismo modo que Garibaldi, Georges Washington o Lájos Kossuth pasaron a ser considerados por muchos liberales europeos y americanos del siglo XIX santos laicos de su propio panteón ideológico y cultural, nombres como Connolly, MacSwiney o Pearse también fueron objeto, a escala más modesta, de veneración y admiración en las culturas políticas de diversos movimientos nacionalistas subestatales europeos. En ellos se contemplaba a dignos sucesores de los nacionalistas liberales clásicos, adalides de la fusión de redención social y nacional, o simplemente abnegados patriotas capaces de desafiar a Goliat. He ahí una vía capilar y transnacional de difusión y reforzamiento de narrativas nacionalistas desde la raíz (Van Ginderachter y Beyen, 2012), que contribuye no solo a inspirar las propias representaciones acerca de los héroes de la nación, sino también a enmarcarlas en un contexto internacional y, por tanto, en la modernidad.

62*. Publicado en *Historia Contemporánea,* 55 (2017), págs. 447-482.

63 Entre la numerosa bibliografía sobre la rebelión de Pascua, véase la reciente recapitulación de McGarry (2016).

64 Sobre la evolución del *Sinn Féin* tras el alzamiento de Pascua, Laffan (2000).

65 Véase Ucelay-Da Cal (2006). Para el caso del nacionalismo galés, véase Davies (1983: 19, 24 y 38-39). Para los bretones, véanse las memorias de su líder O. Mordrel (1973: 76-78), así como Carney (2015: 77-79). Incluso el naciente nacionalismo corso experimentó la influencia irlandesa: véase Yvia-Croce (1979: 183-184) y Leach (2009).

66 Sobre el proceso de mitificación de los rebeldes de Pascua, véase Naumann (1984: 109-221); así como, centrado en la teatralidad buscada por Pearse, Gilley (1987).

67 Véase una recapitulación reciente de este período en Ferriter y Riordan (2015).

68 Para una visión sintética y de larga duración, véase Núñez Seixas (2012b). Sobre las relaciones entre el *Sinn Féin* y la izquierda *abertzale* desde la década de 1980, así como sobre la influencia del proceso de paz en Irlanda del Norte desde 1998 en Euskadi, véanse, entre otros, Woodworth (2001), Maillot (2005), Alonso (2004) e Irvin (1999).

69 «Hermosa afirmación», *Baseritarra,* 2 de mayo de 1897, en Arana (1965: 1255-1256).

70 «Imitemos», *Euskalduna,* 15 de noviembre de 1896. Cfr., en general, Ugalde Zubiri (1996: 93-111).

71 S. de Xemein, «Ellos y nosotros», *Euskalduna,* 10 de enero de 1897.

72 «Caminemos hacia la realidad», *Euskalduna,* 27 de agosto de 1908.

73 «Por Irlanda. Nuestra adhesión», *JEL,* 16 de marzo de 1908.

74 *JEL,* 16 de agosto de 1907.

75 Eleizalde (1914), págs. 80-120.

76 *Napartarra,* 26 de septiembre de 1914.

77 «Inglaterra y el nacionalismo vasco», *Euzkadi,* 11 de mayo de 1916; Axe, «Habilidades germanófilas», *Euzkadi,* 19 de mayo de 1916; las declaraciones de Redmond, en *Euzkadi,* 2 de junio de 1916; igualmente, *Euzkadi,* 25 y 28 de julio de 1916.

78 «"Euzkadi" e Irlanda», *Euzkadi,* 6 de mayo de 1916.

79 L. de Eleizalde *Axe,* «Actualidad irlandesa. Sinn Féin», *Euzkadi,* 9 de mayo de 1916. Una crítica al *Sinn Féin* en: Un sacerdote nacionalista, «Los fenianos y la Iglesia», *Euzkadi,* 12 de mayo de 1916.

80 «Los amigos de Benito», *Euzkadi,* 8 de mayo de 1916. Véase también Axe, «Hibernis ipsis hiberniores», *Euzkadi,* 16 de mayo de 1916.

81 Kizkitza, «Ante la revolución irlandesa. Enseñanzas católicas sobre la revolución», *Euzkadi,* 27 de mayo de 1916; véase también *íd.,* «Ante la revolución irlandesa. Verdad y sinceridad cristiana», *Euzkadi,* 18 de junio de 1916, y «Ante la revolución irlandesa», *Euzkadi,* 17 de mayo de 1916.

82 Carta de Anacleto Ortueta —quien en 1918 sería diputado a Cortes por el PNV, y en los años treinta próximo a Acción Nacionalista Vasca— al presidente del *Euzkadi Buru Batzar,* 7 de mayo de 1915, en AHNV, Hag, K.0008, C.52.

83 *Bizkaitarra,* 6 de mayo de 1916 y 13 de julio de 1918.

84 Un nacionalista, «¡Irlanda!», *Irrintzi,* Buenos Aires, 15 de mayo de 1916; en términos semejantes, *íd.,* «Independencia nacional», *Irrintzi,* 15 de junio de 1916, y «Sir Roger Casement. Su ejecución», *Irrintzi,* 15 de agosto de 1916.

85 *Euzkadi,* 7 de agosto de 1916.

86 R. de Belausteguigoitia, «Irlanda en el parlamento inglés», *Euzkadi,* 20 de mayo de 1918, e *íd.,* «Tendencias federalistas en Inglaterra», *Euzkadi,* 7 de junio de 1918.

87 «El nacionalismo vasco y la realidad», *Hermes,* 20, 1918.

88 A. Tar J., «¡Gloria a Irlanda! El triunfo de los sinn-féiners», *Bizkaitarra,* 4 de enero de 1919; Atarbe, «Siempre avechuchos», *Bizkaitarra,* 18 de enero de 1919.

89 «Conferencia de don Eduardo de Urrutia», *Euzkadi,* 9 de febrero de 1919.

90 R. Baeza, «Otra vez en Irlanda...», *Hermes,* 77 (1921).

91 *Gipuzkoarra,* 8 de enero de 1921.

92 *Gipuzkoarra,* 6 de noviembre de 1920.

93 Bizkargi, «Irlanda. Al voltear de las campanas. Pascuas dublinesas de 1916», *Patria Vasca,* México, 1 (mayo de 1928), s/p.

94 *Gipuzkoarra,* 11 de junio de 1921.

95 *Gipuzkoarra,* 16 de julio de 1921.

96 «El Estado Libre de Irlanda», *Aberri,* 17 de diciembre de 1921.

97 *Euzkerea*, III/IV (1934). Sobre el modelo de partido-comunidad, desarrollado ya plenamente durante los años de la II República, véase Granja (1995: 145-169).

98 Uritarte, «El problema irlandés», *Aberri,* 18 de marzo de 1922.

99 «De la Europa revuelta», *Aberri,* 21 de junio de 1923.

100 «La caza del patriota irlandés», *Aberri,* 28 de abril de 1923.

101 «Del movimiento nacionalista irlandés», *Aberri,* 15 de abril de 1922.

102 «Ejemplos a seguir. Irlanda y nosotros», *Aberri,* 9 de septiembre de 1923.

103 *Yakintza,* julio-agosto de 1933.

104 Debo una copia del informe, Archivo del *Dáil Éireann,* Dublín, a la amabilidad de la profesora Kate O'Malley.

105 Cfr. Le Roux (1932). El autor era muy activo en los ambientes republicanos irlandeses, y estaba casado con una irlandesa desde 1936: véase Carney (2015: 183). Sobre el influjo de su obra entre los militantes nacionalistas vascos, véanse varias observaciones interesantes en Juaristi (1997: 207-208). La novela de Benoît fue traducida al catalán de forma inmediata *(El pas dels gegants,* Barcelona, Ed. Catalana, 1922).

106 R. Baeza, «La intransigencia de Edmundo de Valera», *El Sol,* 25 de diciembre de 1921; «Homenaje de Juventud Vasca a Irlanda», *Aberri,* 17 de diciembre de 1921. De hecho, la delegada del *Dáil Éireann* en Madrid escribió a Manuel de la Sota y Aburto para protestar por la invitación a Baeza. Véanse las cartas entre Mary O'Brien, Manu de la Sota y Ricardo Baeza de diciembre de 1921 en Baeza (2010: 193-203).

107 «Précis of a report on Argentina by P. J. Little», Buenos Aires, 4 de octubre de 1921, National Archives of Ireland (NAI), Dublín, DE 5/21 (disponible en: http://www.difp.ie/viewdoc.asp?DocID=109, consultado el 8 de marzo de 2016).

108 «Gran acontecimiento patriótico», *Aberri,* 31 de marzo de 1922; A. de Larrañaga, «Un ejemplo. Por la Libertad y por la Patria», *Aberri,* 7 de abril de 1922; «Un propagandista irlandés» y «La estancia en Bizkaya de un gran propagandista irlandés», *Aberri,* 19 de mayo de 1922. Véase también el informe de la embajada británica en Madrid, *Proposed Entertainment in Bilbao in honour of Ireland,* mayo de 1922 (NA, FO 371/8395).

109 Erresti'tar Karmele, «Emakume Abertzale Batza. Un recuerdo en este aniversario», *Euzkadi,* 18 de junio de 1932. Un relato detallado de la fundación en Ugalde Solano (1992: 125-129).

110 Véase Ferrer i Pont (2007: 117-132). La embajada británica en Madrid señalaba que la Oficina Irlandesa había publicado algunos artículos en diarios gallegos gracias a la ayuda de personalidades galleguistas (informe del 20 de agosto de 1921, NA/FO 371/7120).

111 NA, FO 371/7120.

112 *El Liberal,* 13 de diciembre de 1921.

113 *El Sol,* 15 de diciembre de 1918.

114 Memorándum «Ireland and Spain», septiembre de 1921, en R. Brennan (ed.), *Documents of Irish Foreign Policy,* Dublín, vol. 1, núm. 107 (NAI DFA ES Spain), disponible en: http://www.difp.ie/docs/Volume1/1921/107.htm (consultado el 3 de marzo de 2016).

115 Véase, por ejemplo, Bizkargi, «Al voltear de las campanas». La reunión de Ordizia en Sallés y Ucelay-Da Cal (1985).

116 Véase M. de la Sota, *Negarrez igaro zan atsua. Udabarriko aselia W. B. Yeats olerkari erindarraren «Kathleen-Ni-Howlihan» tzaskua...,* Bilbao, Verdes, 1933, e *íd., Buruzagijak. Atal bateko antzerkija,* Bilbao, Verdes, 1935. *Cathleen ni Houlihan* había sido traducida en 1921 al gallego por Antón Villar Ponte *(Nós,* 8, 5 de diciembre de 1921), mientras que *The Singer* ya había sido traducido al catalán en 1923 (P. Pearse, *El trobaire: drama patriòtic,* Barcelona, Ed. Catalana).

117 «Martin O'Daily, en Algorta. La conferencia de anoche», *Euzkadi,* 16 de junio de 1932; A. V. Martin, «La influencia de la mujer en el nacionalismo», *Euzkadi,* 18 de junio de 1932; Edozein, «El señor Martin O'Daily en Zornotza», *Euzkadi,* 22 de junio de 1922; «Los actos de Emakume Abertzale-Batza. Conferencia de don Ambrose V. Martin O'Daily», *Euzkadi,* 24 de junio de 1932; Ugalde Zubiri (1996: 415-416); Soler Parício (2014: 65-66); *Libro de Oro de la Patria,* San Sebastián, Gurea, 1934.

118 Los informes aparecen citados en la, por lo demás, caótica tesis de Soler Parício (2014: 67-68).

119 Véase, por ejemplo, «The Catalan Problem», *The Irish Times,* 21 de marzo de 1928.

120 *Jagi-Jagi,* 11 de febrero de 1933 y 25 de mayo de 1934.

121 *Euzkerea,* marzo-abril de 1934.

122 Ariztimuño (1988: 162). La alusión de Pildain, en el mitin celebrado el 12 de junio de 1931 para despedir a los diputados de la futura *minoría vasco-navarra,* en Mees, Granja, Pablo y Rodríguez Ranz (2014: 117).

123 Solicitud de visado de Ramón Laborda, enero de 1937 (NAI, DFA/3/102/43).

124 Según la fragmentaria documentación reproducida por Soler Parício (2014: 513-520).

125 *Alderdi*, 268 (octubre de 1971).

126 AGM, C.2379/156/14/1.

127 «La república irlandesa», en Landaburu (1982: 219-220).

128 *Alderdi,* 122 (mayo de 1957).

129 Solicitud de visado de Elías Gallastegui, enero de 1937 (NAI, DFA/3/102/176). Cfr., igualmente, Soler Parício (2014: 520-523) y Leach (2009: 52-60).

Capítulo VII

¿Negar o reescribir la Hispanidad? Los nacionalismos subestatales ibéricos y América Latina, 1898-1936[130*]

¿Imperio fracasado o Estado-nación incipiente? Buena parte de la discusión historiográfica acerca del proceso de construcción nacional en la España del siglo XIX ha girado en los tres últimos lustros de modo obsesivo alrededor de la cuestión de la *débil nacionalización*. Esto es, de la (in)capacidad del nuevo Estado liberal forjado a partir de 1833 para crear una nueva comunidad política basada en una fuerte identidad nacional compartida. Para los partidarios de la tesis, las limitaciones del Estado habrían sido responsables de un déficit de penetración de la identidad nacional española en el cuerpo social y, de modo particular, en algunos de sus territorios periféricos dotados de rasgos etnoculturales diferenciados. Para sus detractores, la evolución de la cuestión nacional en la España decimonónica no ha sido sustancialmente diferente de la que caracteriza a otros Estados o comunidades políticas europeas; la integración de distintos territorios con personalidad propia no era muy distinta de la que también se daba en otros lugares, y es en el siglo XX cuando hay que buscar las raíces de la relativa debilidad social del nacionalismo español y su incapacidad para atraer a sectores significativos de población (Álvarez Junco, 2001; Moreno Luzón, 2007; Esteban de Vega y Calle Velasco, 2012; Saz Campos y Archilés, 2012; VV. AA., 2013).

Un punto común a ambas posturas, hasta hace poco tiempo, es sin embargo su implícito carácter eurocéntrico y metropolitano. La dimensión colonial —que España haya sido un imperio ultramarino hasta 1898, y aun después de esta fecha, merced a sus posesiones en África, mantenidas hasta 1975— siempre ha desempeñado un papel secundario en el debate. A

menudo, las posesiones ultramarinas o las excolonias han constituido un telón de fondo: son las consecuencias de la pérdida de las colonias ultramarinas (en 1826, en 1898, la guerra de África entre 1907 y 1925) las que se toman en consideración, pero no se integra el conjunto de las posesiones españolas en una narrativa global. Sin embargo, cabe preguntarse por la interacción entre construcción imperial y construcción nacional en la España de los siglos XIX y XX, también en lo que se refiere al surgimiento y desarrollo de los regionalismos y nacionalismos subestatales ibéricos (catalán, vasco y gallego, pero igualmente canario y andaluz). ¿Hasta qué punto la evolución de la cuestión colonial en el Caribe y Filipinas desde el segundo tercio del siglo XIX influyó en el desarrollo del debate territorial entre centralización y descentralización en la España metropolitana? ¿Cabe ver ambas facetas como un intercambio dinámico, en vez de como una mera relación causal, esto es, que el debate acerca de la construcción de la nación metropolitana sucedió al fracaso del imperio ultramarino? Igualmente, ¿hasta qué punto los emergentes regionalismos y nacionalismos subestatales ibéricos miraron hacia las colonias o las antiguas colonias españolas? ¿Qué aprendieron de sus experiencias? Y, finalmente: ¿qué relación aspiraban a mantener con esos territorios?[131].

Modelos de nación entre el Caribe y la metrópoli

La defensa del orden colonial había funcionado desde mediados del siglo XIX como un poderoso factor de construcción nacional en España, unificador de las distintas identidades locales y regionales dentro del territorio metropolitano del imperio. Las islas de Cuba y Puerto Rico, en particular, se convirtieron de forma progresiva en una parte íntimamente integrada en el cuerpo de la nación. Una España ultramarina, aunque diferente y sometida a legislación especial. Buena parte de las élites políticas y culturales metropolitanas, y aun de las peninsulares residentes en el Caribe —las Filipinas eran otra historia—, no veían gran contradicción en ello (Schmidt-Nowara, 2004).

El mantenimiento del *statu quo* colonial en las Antillas, junto con la defensa del proteccionismo y la oposición al libre comercio, era un objetivo común de la burguesía comercial e industrial española, fuese catalana, vasca o castellana, cuyos intereses estaban profundamente imbricados con los mercados ultramarinos. Ciertamente, entre sectores significativos de la clase media catalana surgieron, desde la década de 1860, crecientes reivindicaciones de descentralización política y/o de regionalización de la estructura del Estado, y que se expresaron tanto en clave republicana como católico-tradicionalista, aunque (todavía) no en un lenguaje propiamente nacionalista, esto es, que concibiese a Cataluña como una nación, sujeto de derechos políticos colectivos. No obstante, muchos de sus representantes políticos se tornaban en ardientes centralistas cuando se enfrentaban a la cuestión del autogobierno colonial para Cuba y Puerto Rico, así como cuando tenían que tratar de la abolición de la esclavitud, que estaba íntimamente relacionada con aquel debate. Un buen ejemplo podía ser el liberal primista catalán Víctor Balaguer, ministro de Ultramar y Finanzas entre 1871 y 1872, quien en sus obras históricas reivindicaba las glorias pasadas de la Corona de Aragón, y Cataluña en particular, en la forja del Imperio español, a partir del precedente del Imperio mediterráneo de la Edad Media. En su opinión, España se había recreado y proyectado, incluyendo implícitamente su variedad lingüística y étnica metropolitana, en las colonias del Caribe, gracias al trasplante de los usos institucionales pero también de la mezcla de razas y orígenes. La España ultramarina era para él, en esencia, una continuación de la variedad de las Españas, y por tanto de las provincias o regiones que ser incluidas en su seno mediante diversas fórmulas de acomodación política (Schmidt-Nowara, 2004: 208-209; Comas i Güell, 2008). No obstante, los debates en torno a los proyectos de ley de autonomía insular, y la inclusión de Cuba y Puerto Rico como «Estados» autorizados a integrar la República federal española, al contrario que el resto de territorios coloniales, en el proyecto de Constitución de 1873, mostraban que la cuestión regional en la metrópoli y el autogobierno colonial estaban estrechamente relacionados. Existía en ello una línea de continuidad con las discusiones constitucionales de 1812, así

como con los debates legislativos acerca de las Leyes Especiales para Cuba y Puerto Rico en las décadas posteriores[132].

Entre los colonos ibéricos y canarios, que eran particularmente numerosos en Cuba desde mediados del siglo XIX, también se podían hallar muchos partidarios de la descentralización político-administrativa, la adopción de un autogobierno de tipo federal o la restauración foral de sus territorios de origen en el corazón metropolitano del imperio. Sin embargo, su perspectiva acostumbraba a ser muy distinta al tratar de la posibilidad de autonomía en las colonias ultramarinas. Su argumento no era original: la superior civilización de las regiones peninsulares, europeas al fin, las hacía merecedoras del autogobierno, reservado a pueblos mayores de edad; por otro lado, el peligro de *anarquía racial* que el autogobierno insular podía significar para las multiétnicas Cuba y Puerto Rico también justificaría un tratamiento desigual. Algunos de los más sañudos oponentes del autonomismo cubano a fines del siglo XIX, como podían ser el periodista galaico-habanero Enrique Novo o la revista vasca de Cuba *Laurac-Bat,* no veían contradicción alguna entre defender esa postura en el Caribe y apoyar una generosa regionalización y descentralización político-administrativa de la España peninsular. Diferenciaba así Novo entre el regionalismo metropolitano, basado en la idea de la descentralización político-administrativa y el reconocimiento de peculiaridades culturales, y el «autonomismo» insular, cuyo objetivo sería la creación de esferas de gobierno separadas que, en el futuro próximo, solo podían aspirar a la secesión[133].

No obstante, a su retorno, algunos de esos regionalistas ibéricos antes establecidos en ultramar cambiaron su perspectiva en los lustros venideros. Por ejemplo, el último alcalde español de la ciudad de Manila, el comerciante vasco José Manuel de Etxeita, se caracterizó tras su retorno al País Vasco por su apasionada defensa del euskara, en el que escribió versos y una novela, y su deriva hacia posturas cercanas al nacionalismo vasco (Kortazar, 2008). Y, a la inversa, el autonomismo cubano, como mostraba la obra y la actividad política de Antonio Govín y Torres, oscilaba con frecuencia entre la tentación de imitar y acercarse a los incipientes regionalismos de la península, conformando alianzas parlamentarias con

ellos y aprendiendo de sus estrategias políticas y culturales, y mantener una distancia prudencial hacia quienes eran percibidos como simples abanderados de peculiaridades locales metropolitanas. Para los autonomistas caribeños, la propia insularidad de Cuba determinaría su especificidad nacional, tan evidente como hecho geográfico que no necesitaría de argumentos adicionales de naturaleza historicista o etnolingüística, al contrario que los *periféricos* de la metrópoli (Sappez, 2016: 216-221).

En noviembre de 1897, el Gobierno español otorgó a Cuba y Puerto Rico sendos estatutos de «Autonomía colonial», que reconocía su existencia como entidades separadas dentro del Estado español, la constitución de parlamentos bicamerales y un consejo administrativo, disfrutando de amplias competencias. Era un autogobierno mucho más ambicioso que los proyectos que habían sido rechazados años atrás por los conservadores y liberales españoles, así como por los seguidores de la españolista Unión Constitucional en Cuba y quienes se agrupaban en torno al Casino Español de La Habana. Sin embargo, el gobierno provisional establecido en diciembre de 1897 y las primeras elecciones «insulares», por sufragio censitario masculino, celebradas en marzo y abril de 1898 llegaron demasiado tarde. La victoria de los autonomistas en esos comicios fue pírrica, ya que la intervención de los Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano impidió que la autonomía llegase a ser aplicada en la práctica. El 1 de enero de 1899, la soberanía española sobre Cuba, Puerto Rico y las Filipinas dejaba de existir (Aguado Renedo, 2002; Alonso Romero, 2002: 110-198). Con todo, y a pesar de su corta andadura, la autonomía insular constituye un precedente cercano de las diversas fórmulas de descentralización política debatidas, ensayadas y aplicadas (en 1913-1914, 1931-1936 y desde 1978) en la España metropolitana. Los autonomistas e independentistas cubanos y, en menor medida, puertorriqueños y filipinos se convirtieron desde ese momento en potenciales modelos —más invocados que leídos y conocidos— para los autonomistas gallegos, vascos, catalanes o valencianos.

Sin embargo, de ultramar no solo llegaban vientos autonomistas y descentralizadores. El nacionalismo español, en su versión más radical,

intransigente y unitaria, también nació o, cuando menos, se reforzó en el Caribe. Fue allí donde aquel halló una nueva expresión directa como movimiento social de amplio espectro, y en particular como un «unionismo» estructurado en batallones de voluntarios, el Casino Español y más tarde el partido Unión Constitucional, mostrando su capacidad de movilización durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878), así como durante la guerra «chiquita» de 1879-1880. Los rebeldes cubanos devinieron en un nuevo «otro» del nacionalismo español, caracterizados a menudo con fenotipos raciales: eran vistos como unos vulgares cimarrones, enemigos del catolicismo y la civilización, objeto también de crueles caricaturas en revistas catalanas y hasta próximas al republicanismo federal catalanista, como *La Campana de Gràcia* (Stucki, 2010). El nacionalismo español «integral» se desarrolló así de forma notable entre los emigrantes españoles asentados en Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, retornando a la metrópoli de la mano de muchos de los civiles y militares repatriados tras 1898 (Elorza y Hernández Sandoica, 1998). Aquellos habían vivido una intensa movilización nacionalista contra los independentistas cubanos y, en menor medida, contra los puertorriqueños. Aunque la movilización nacionalista (española) en la metrópoli sufrió un frenazo en seco tras la derrota frente a los Estados Unidos en 1898, sus restos habrían de ser visibles en la persistencia de una «nostalgia cubana» en la cultura nacional española del siglo XX, el lamento por la pérdida de una joya de la corona sin igual. Entre quienes permanecieron en Cuba y Puerto Rico se mantuvo viva la memoria de esa movilización durante varios lustros, mediante algunos ritos y conmemoraciones singulares en recuerdo de la españolidad de las islas. Era el caso del culto a la bandera rojigualda, compartido por muchos cubanos como símbolo de oposición *latina* al nuevo poder norteamericano; y del recuerdo a los soldados caídos por España en 1895-1898, lo que contrastaba vivamente con la parquedad de las políticas de la memoria colonial reciente que se aplicaron en la metrópoli (Klein, 2002: 190-243; Serrano, 1999: 245-267).

Los retornos de militares, de indianos y de partidarios de la españolidad de las islas retroalimentaron esa nostalgia: los indianos, funcionarios y militares reinstalados en la metrópoli contribuyeron a reforzar el nuevo

nacionalismo *integral* de militares y civiles. España tenía que volverse más «española». Su postulado central era simple, pero efectivo: el Estado debía ser en el futuro intransigente hacia las reivindicaciones territoriales de la periferia. De otro modo, los catalanes serían los siguientes en abandonar la comunidad nacional, siguiendo el camino abierto por Cuba, y tras ellos se irían otros. La nación española debía ser regenerada y reforzada mediante la conversión de la pasiva ciudadanía en un amplio y disciplinado movimiento social, como habían sido los voluntarios de Cuba (Ucelay-Da Cal, 1997; 1999).

Reconstruir vínculos tras el Desastre

El imaginario imperial, sin embargo, también impregnaba los primeros modelos políticos de los regionalismos y protonacionalismos alternativos al español desde el último cuarto del siglo XIX. La disolución del imperio ultramarino propiciada por la agitación contra la metrópoli y el ejemplo de algunos de los más carismáticos líderes y teóricos de los nacionalismos anticoloniales, desde los cubanos Carlos Manuel de Céspedes y José Martí hasta el filipino José Rizal, operó igualmente como un factor externo que impulsó a los regionalistas y/o protonacionalistas vascos, catalanes y gallegos a concebir la nación española como un fracaso histórico. Poco tiempo después, aquellos devinieron en etnonacionalistas, al propugnar que sus territorios eran naciones dotadas de soberanía, y definidas de forma primordial por factores orgánico-historicistas. Los intereses económicos de una parte sustancial de la burguesía y clases medias catalanas, particularmente las vinculadas a la industria textil, se vieron además seriamente perjudicados por la pérdida del mercado cubano. Las interpretaciones clásicas acerca de la consolidación del nacionalismo catalán entre 1899 y 1901 como un movimiento de masas han destacado que fue la crisis de confianza de amplios sectores de las clases medias catalanas y, en menor medida, vascas tras la pérdida del imperio la que determinó su progresivo desapego hacia una identidad nacional española vista como arcaica y derrotista[134].

La deslegitimación de España como proyecto común que acompañó al Desastre de 1898 fue un aspecto no menos relevante. El patriotismo regional, el protonacionalismo o el doble patriotismo que profesaban sectores sociales e intelectuales significativos de la periferia hispánica —dejemos abierta la discusión terminológica— fueron reemplazados de modo progresivo por un sentimiento de identidad territorial/nacional exclusiva, aunque fuese también compatible con la renuncia a propugnar la independencia. Si el Estado español debía subsistir, lo haría bajo una nueva forma: la de un Estado multinacional, aunque el proceso principiase por fórmulas pragmáticas y más o menos ambiciosas de descentralización administrativa y política.

El hispanoamericanismo, que se afirmaba a la par que los nacionalismos periféricos en el solar hispánico, tampoco podía escapar a esa crisis de confianza. Era una manifestación cultural y política del nacionalismo español finisecular, que aspiraba en líneas generales a una reafirmación del prestigio exterior e interior de España, no como imperio o comunidad política multinacional y/o multiétnica, sino como nación. A su vez, el hispanoamericanismo fue utilizado como un motivo temático, historiográfico e icónico en las estrategias de (re)nacionalización española en la antigua metrópoli entre el tramo final de la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera. Era, sin embargo, un discurso complejo y multiforme, desde sus versiones católicas a las abrigadas por el liberalismo y el regeneracionismo, y poseía interlocutores a ambos lados del Atlántico. Por ello, era capaz de impregnar distintos sectores sociales, ganar predicamento entre élites académicas e intelectuales y convertirse en un elemento transversal a todas las versiones del nacionalismo español (Sepúlveda, 2005; Moreno Luzón, 2007; Quiroga, 2008; Marcilhacy, 2010; García Sebastiani y Marcilhacy, 2013).

Por norma general, los nacionalistas periféricos experimentaban dificultades para asumir el hispanoamericanismo, aun el de tendencia liberal o republicana. De hecho, en Cataluña el arraigo popular de las conmemoraciones, ceremonias y actos hispanoamericanistas a partir de 1917 fue muy inferior al registrado en otras regiones de España. En particular, causaba rechazo el Día de la Raza (12 de octubre), visto como

una celebración castellanocéntrica y españolista. Los catalanistas se sentían más cómodos con el culto a la memoria de Cristóbal Colón. De hecho, Barcelona fue la primera ciudad española en contar con una estatua del almirante genovés, inaugurada en 1888 (Marcilhacy, 2010: 441-444).

No obstante, la reacción de los nacionalismos subestatales ante el hispanoamericanismo no siempre consistió en un rechazo frontal, sino que también buscaron variadas fórmulas de adaptación. Sin duda, lo más problemático de aceptar era el explícito componente cultural y lingüístico del discurso hispanoamericanista, basado en la exaltación del papel universal del idioma castellano y su conversión en principal nexo identitario entre la antigua metrópoli y sus hijas emancipadas. Para el nacionalismo español, la defensa de la comunidad cultural con Hispanoamérica revestía una lectura glotopolítica interior, que consistía en la reafirmación del carácter universal de la lengua española/castellana y, por tanto, su mayor utilidad frente a lenguas o *dialectos* que podían, como mucho, ser aceptados y tolerados en un nivel diglósico y como expresión de una rica variedad interna. Una vez que las disputas acerca del canon de la lengua española y el temor a su posible ruptura por parte de las élites criollas pasaron a un segundo plano desde principios del siglo XX, los nacionalistas españoles, fuesen liberales o conservadores, veían en el carácter transatlántico y universal del idioma un explícito argumento de superioridad frente a la progresiva consolidación de reivindicaciones lingüísticas, el surgimiento más o menos incipiente de mercados culturales en lengua propia y las reivindicaciones de otorgar un estatus oficial en la enseñanza y la administración al catalán, el gallego o el vasco (Núñez Seixas, 2013b).

Una lectura similar de la variedad etnolingüística española también era realizada por algunos intelectuales hispanoamericanos, quienes desde principios del siglo XX expresaron su temor a que la revitalización de las lenguas peninsulares se erigiese en modelo para los nuevos indigenistas de América. Tanto el escritor vasco-argentino Francisco Grandmontagne como el mexicano Amado Nervo veían con recelo las reivindicaciones de autogobierno de las nacionalidades ibéricas, y en especial la dignificación de sus lenguas minoritarias. Eran ejemplos que ponían en peligro el prestigio internacional del castellano, amenazado en América por el inglés,

y cuestionaban indirectamente la propia política lingüística de los Estados latinoamericanos con respecto a sus poblaciones indígenas. El destino de los idiomas *regionales* peninsulares no debía ser distinto al del guaraní, el toba o el aymara. Y, por tanto, no cabía otro hispanoamericanismo posible que el basado en el predominio y expansión del castellano (Ucelay-Da Cal, 2003: 645-650, 704-708). Fueron escasos los intelectuales latinoamericanos que expresaron complicidad con los movimientos de reivindicación etnocultural o política de la periferia hispánica, aunque hubo excepciones como el hispanófilo conservador argentino Ricardo Rojas, quien mostraba simpatía por el galleguismo y confiaba en que el futuro de España solo podía basarse en el reconocimiento de su diversidad (Rojas, 1938: 347-352). Dentro del discurso del nacionalismo español también se hallaban algunas manifestaciones de desprecio hacia las reivindicaciones de cooficialidad de las lenguas indígenas americanas ya formuladas en los años veinte, tanto por la implícita amenaza hacia la presencia ultramarina del castellano como, sobre todo, por el peligro de «babelismo lingüístico»: las «confraternizaciones quechua-catalanas» que tal reconocimiento implicaría[135].

A partir de 1899, los sectores más radicales de los nacionalismos periféricos simplemente ignoraron el hispanoamericanismo. Sus referencias intelectuales y sus modelos internacionales eran en buena medida europeos y eurocéntricos, desde Irlanda a Hungría; y solo de modo secundario se inspiraban en nacionalismos anticoloniales, casi siempre blancos o criollos, salvo para denunciar de forma genérica las atrocidades cometidas por *España* en América durante la conquista (Ucelay-Da Cal, 1984a; Burgaya Riera, 1999; Ugalde Zubiri, 1996). Las repúblicas latinoamericanas, su pasado y su presente, interesaban ante todo como precedentes lejanos o cercanos de pueblos que se habían independizado del común *opresor:* «Grande es el mérito de los hijos de Mayo, que al igual que nosotros, sufrían la misma dominación», escribía al conmemorar el centenario del 9 de julio de 1816 la revista vasca *Irrintzi* desde Buenos Aires[136]. Empero, y salvo algunas excepciones, esos mismos nacionalismos anticoloniales no siempre eran influyentes como modelos de agitación política. Cuando el líder *jelkide* Manuel Irujo todavía apelaba en 1953 al paralelismo existente

entre el filipino José Rizal, el cubano José Martí y el vasco Sabino Arana, como «apóstoles» de la liberación de sus pueblos, los términos de esa semejanza eran puramente genéricos: «Tanto Martí como Arana Goiri fueron ensayistas y poetas, pensadores y hombres de acción, investigadores y periodistas, literatos y políticos». Pero lo fundamental sería que todos ellos habían muerto jóvenes, luchando contra un mismo adversario: «Martí cayó alcanzado por las balas españolas, y Arana Goiri dejó la prisión para morir»[137]. Con todo, como veremos, también tuvieron lugar algunas transferencias intelectuales y simbólicas desde América a las «periferias» de la antigua metrópoli.

Los vascos Iturbide y Bolívar

La relación entre España y América Latina, o si se quiere entre *las Españas* y el continente americano, era demasiado intensa para ser ignorada. Esa relación, además, afectaba a las periferias de la península ibérica tanto o más que a Castilla. Ya en los tiempos de la conquista y colonización, la participación de, en particular, vascos y gallegos no había sido desdeñable. Su presencia comercial se incrementó a lo largo del siglo XVIII, como mostraban los casos de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y las numerosas redes establecidas por comerciantes catalanes en *Indias*. Desde el siglo XIX, la presencia de emigrantes vascos, catalanes y gallegos en Latinoamérica, especialmente en países como Cuba, Argentina, Uruguay y México, había sido notable. De hecho, en Argentina, Uruguay o Chile, los «periféricos», que en buena medida no poseían el castellano como lengua materna, constituían la mayoría del contingente migratorio español.

Desde principios del siglo XX diversos grupos etnonacionalistas hallaron en el seno de esas comunidades de emigrantes, con mayor o menor fuerza, un campo de actuación favorable. En la isla de Cuba surgieron varios grupos catalanistas caracterizados por su temprana e intransigente orientación independentista, tanto en Santiago de Cuba —donde se fundó ya en 1898 el *Centre Catalanista* y nueve años más tarde se constituyó el

Catalunya. Grup Nacionalista Radical como escisión del anterior— como en Guantánamo *(Bloc Nacionalista,* 1911), Camagüey *(Casal Nacionalista)* y La Habana. A medida que su presencia se extendió a las asociaciones de socorros mutuos y a los centros recreativos de los inmigrantes, su influencia comenzó también a hacerse visible para las esferas públicas de las sociedades de acogida, y provocaron diversos conflictos simbólicos con los dirigentes de las colonias españolas y/o los representantes diplomáticos del Gobierno de Madrid (Núñez Seixas, 2014*:* 143-172; Álvarez Gila, 1999b; Fernández, 2011; Lucci, 2009). En el caso del más débil nacionalismo canario, sus primeros exponentes surgieron en territorio americano. Su ideólogo fundacional, Secundino Delgado, residía en Venezuela a fines del siglo XIX; y su primera y fugaz expresión organizativa, el Partido Nacionalista Canario, nació en La Habana en 1924 (Hernández González, 2003a).

Esos grupos, y en sentido más amplio buena parte de las élites dirigentes de las colectividades gallegas, vascas y catalanas en América, forjaron estrategias discursivas para desvincularse en lo posible de la herencia colonial hispánica, y así crear una *genealogía compartida* con los propios imaginarios nacionalistas de las antiguas colonias[138]. Con ese fin, reivindicaron una vinculación directa con «sus» propios prohombres de la independencia americana. Adalides criollos, por supuesto: más allá de la acusación genérica contra el imperialismo español de oprimir y masacrar a los indígenas, hasta los años sesenta del siglo XX apenas se registraron entre los nacionalistas subestatales ibéricos veleidades o simpatías por los primeros *indigenistas* latinoamericanos. Así, tanto la estrategia —por ejemplo, la adopción de una estructura descentralizada en forma de clubs separatistas, a la manera del Partido Revolucionario Cubano— como el discurso promovidos por los primeros grupos catalanistas y galleguistas actuantes en Cuba amoldaron algunas referencias simbólicas a la narrativa del nacionalismo cubano tras 1899. Las revistas *Fora Grillons!* (1906) y *Nova Catalunya* (1908) publicaron su primer número el 10 de octubre, en un claro guiño al *Grito de Yara* de Carlos Manuel Céspedes en 1868, gesto fundador del movimiento independentista cubano. Esperaban, como rezaba *Fora Grillons!,* «el día glorioso, en que un grito semejante retumbará por

todas partes en Cataluña». También un 10 de octubre, en 1907, se constituyó el *Grop Radical Nacionalista Catalunya*. Otras actividades o ceremonias públicas promovidas por los catalanistas acostumbraban a tener lugar el día 20 de mayo, día de la independencia cubana. Y entre sus propias efemérides destacaba el 27 de noviembre, en recuerdo del fusilamiento de siete estudiantes cubanos por el poder colonial durante la Guerra de los Diez Años. Se apropiaban para ello de la figura del oficial español que defendió a los acusados, el capitán valenciano Federico Capdevila, quien fue reconocido por la República cubana como uno de sus héroes primigenios. Capdevila pasó así a ser destacado como el nexo necesario entre catalanismo y emancipación cubana. A eso se unía la condena del general Valeriano Weyler como represor de cubanos y catalanes por igual, ya que aquel había sido también capitán general de Barcelona en 1909, y ministro de la Guerra entre 1905 y 1907. Que tanto Weyler como el igualmente capitán general de Cuba Joaquín Vara de Rey fuesen baleares, y contasen además con algunos catalanes entre sus colaboradores de confianza —caso del teniente coronel Juan Puñet, distinguido en la batalla de El Caney (1898)—, eran detalles que los catalanistas preferían pasar por alto (Castells, 1986: 71; Roy, 1988 y 1999; Klein, 2002: 250-300; Bernal Velázquez, 2010).

Como en otros países latinoamericanos, se trataba ante todo de rastrear a *los nuestros* entre los patriotas criollos. Así, los catalanistas bucearon en el origen catalán de varias personalidades latinoamericanas, como el linaje argentino de los Alsina —desde Valentín a Adolfo— o los Batlle uruguayos. Algo semejante hicieron los galleguistas, quienes resaltaron los orígenes galaicos del presidente argentino Bernardino Rivadavia (Castro López, 1903, 1908, 1910 y 1919; Teijeiro Martínez, 1901). Por su parte, los nacionalistas vascos en Argentina rastrearon en los árboles genealógicos de los presidentes Hipólito Irigoyen, Figueroa Alcorta, Juan B. Alberdi, Justo J. de Urquiza y un largo etcétera[139].

Sin embargo, más importante era remontarse a principios del siglo XIX, y erigirse en continuadores, en el territorio de la antigua metrópoli, de la labor emancipadora de los libertadores americanos. La publicística del nacionalismo vasco fue la más activa y prolífica en este apartado. En el

caso de México, la figura principal para los *jelkides* era sin duda el emperador Agustín de Iturbide, cuya familia era originaria del valle navarro del Baztán; pero también había un lugar para el cura Miguel Hidalgo, de origen vasco por línea materna, o los generales Francisco Xavier Mina, José Mariano de Abasolo e Ignacio Allende[140]. En Venezuela, se destacaba el ejemplo del prócer de la independencia Rafael José de Urdaneta. Y, en Colombia, del general José Antonio Anzoátegui[141].

Pero entre todos destacó un personaje en particular, cuyos orígenes serían objeto de cierta fascinación publicística, hasta el punto de preguntarse por el supuesto carácter vasco de sus rasgos antropomórficos: Simón Bolívar, cuya familia procedía del municipio vizcaíno de Ziortza-Bolibar[142]. El propio Sabino Arana le dedicó algunas loas, presentándolo como exponente de las ansias de libertad vascas por el ancho mundo: «Pedir expansión a la raza vasca es pedir luz al sol... a aquella América de promisión le dio un Bolibar la libertad» (Cardozo Urcátegui, 2012: 485). Durante la guerra civil española, un batallón de *gudaris* ostentó el nombre de *Simón Bolibar*. Y la veneración por su figura tuvo continuidad entre los exiliados vascos en América, tanto en Argentina como en Venezuela. El dirigente exiliado del PNV Pedro de Basaldua titularía su biografía de Sabino Arana, publicada en Buenos Aires durante el exilio, como la de un *libertador vasco,* en claro paralelismo con Bolívar (Basaldua, 1953).

A falta de grandes adalides vascos de las independencias, siempre se podía encontrar algún apellido euskaldún entre los integrantes de las juntas y cabildos que proclamaron la soberanía americana. Según recogía *Patria Vasca* en 1928, once signatarios del acta de independencia de México eran de ascendencia vasca; y Tomás de Otaegui recordaría que 72 de los 209 participantes en el plebiscito del cabildo abierto de Buenos Aires en mayo de 1810, y ocho de los 29 firmantes de la Declaración de Independencia en Tucumán el 9 de julio de 1816, eran igualmente vascos de origen[143]. Por su lado, los catalanistas de Argentina destacaban que dos comerciantes nacidos en Cataluña, Juan Larrea y Domingo Matheu, habían integrado la Primera Junta revolucionaria de 1810; e incluso llegarían a afirmar en 1960, con motivo del sesquicentenario de las jornadas de mayo, que la independencia argentina tenía origen, en parte, en un plan vasco-catalán contra el imperio

español[144]. Algunos historiadores y publicistas procederían, décadas más tarde, a exhumar de forma exhaustiva los nombres de los vascos, catalanes o gallegos que tomaron parte en la guerra de Cuba (1895-1898) del lado de los independentistas cubanos; con todo, su número fue muy reducido entre los 1.361 españoles identificados como miembros del Ejército Libertador cubano, entre los cuales más del 40 por 100 eran canarios[145]. A menudo se incluía en la lista a todos los mambises cubanos, o independentistas criollos en general, de origen vasco, catalán o gallego[146].

En su labor reivindicativa, esos historiadores y publicistas también hallaron cierto respaldo y justificación, más implícita que explícita, de algunos historiadores latinoamericanos. Era el caso de quienes, como el venezolano Arístides Rojas, estaban interesados en demostrar las cualidades hidalgas, altruistas y, por tanto, desinteresadas de los libertadores y de los criollos, basándose en su ascendencia vasca o norteña. Resaltaban por ello la diferencia entre esos libertadores y el carácter *inferior,* propio de gentes pobres y codiciosas, de los conquistadores, quienes procederían en su mayoría del sur de España (Rojas, 2008; Hernández González, 2003). El argentino Domingo Faustino Sarmiento (1883: 46-54), por su parte, también señalaba que algo del desapego de los vizcaínos por las instituciones de la Corona de España se habría transmitido a los criollos, y que la querencia vasca por la democracia directa se expresaba ahora en los cabildos[147]. El amor por la independencia y su orgullo hidalgo, que no toleraría el yugo de la tiranía, de los criollos de ascendencia vasca tendría, además, una continuidad en el abrazo de la causa independentista. Y su apego a una forma de democracia originaria hallaría su reflejo en las constituciones y en el derecho público americano, así como en la solidaridad altruista hacia otras naciones que luchaban por su independencia, como Uruguay o Bolivia. Así lo exponía el jurista vasco-argentino Tomás de Otaegui en 1925, para quien el carácter «caballeresco y romántico» del pueblo argentino procedía del «espiritual connubio» del «amor a la libertad de los vascos y la hidalguía española». Es más, el preámbulo de la Constitución argentina de 1853, en el que «se proclama el respeto más puro a los derechos humanos», sería «en su esencia semejante a la hermosa declaración de propósitos que se expuso en la Asamblea del año

1526 celebrada en el Señorío de Bizkaya para revisar sus leyes fundamentales y codificarlas». La amplia nómina de pobladores, religiosos, virreyes y gobernadores vascos habría dejado el sello de su idiosincrasia peculiar en el pueblo argentino, su amor por la libertad y su espíritu humanitario (Otaegui, 1925: 64-65, 87, 139-169).

No siempre se trataba de reivindicar a los libertadores latinoamericanos como precedentes de los nacionalistas periféricos ibéricos. También cabía una lectura más moderada de la búsqueda de una genealogía compartida, que buscaba resaltar la participación vasca, gallega o catalana en las luchas de emancipación colonial, pero al mismo tiempo mitigaba el componente antiespañol de esa empresa. En esa clave, cobraron un papel relevante algunos episodios de lucha común entre peninsulares y criollos contra un enemigo compartido, y no necesariamente el *opresor* español. Un ejemplo fue la participación de tercios gallegos, vizcaínos o catalanes en la defensa de Buenos Aires contra las invasiones inglesas de 1806[148]. Se trataba de un episodio que, asimismo, era susceptible de ser recordado desde una perspectiva *regionalista,* integrándolo en una reivindicación de la pluralidad hispánica a partir de sus diversas *patrias chicas,* y que también tendría su expresión en la participación de las diferentes colectividades regionales hispánicas en los festejos conmemorativos del Primer Centenario de las independencias latinoamericanas en 1910-1911 (Moreno Luzón, 2010).

El Colón gallego y el vasco Lope de Aguirre

Había sin duda muchos criollos independentistas de origen peninsular periférico, como los había de ascendencia andaluza o extremeña. Pero abundaban en especial los conquistadores, misioneros, colonizadores, gobernadores y administradores coloniales que procedían de Cataluña, el País Vasco o Galicia. A pesar de ello, también fueron reivindicados para la causa *periférica,* a través de diversas estrategias discursivas.

El principal recurso retórico consistió en la traslación a América de las cualidades o estereotipos positivos atribuidos a catalanes, vascos y gallegos en sus países de origen, que habían conocido una amplia difusión en

Latinoamérica, en especial en las sociedades de inmigración del Cono Sur, México y Cuba (Pérez Vejo, 2011; Núñez Seixas, 2013b). Así, los pobladores y colonos catalanes en Cuba, incluyendo a capitanes generales como Juan Bassecourt, se habrían caracterizado por su carácter industrioso y su contribución positiva al progreso del comercio, las artes y las ciencias; sin embargo, se ocultaba la participación de muchos catalanes en la administración colonial (Martí, 1921: 262-265). Igualmente, y frente a la degenerada crueldad de los conquistadores procedentes del sur peninsular, los colonizadores vascos, y por tanto los criollos que de ellos descendían, eran presentados como hombres pacíficos, viriles y sanamente ambiciosos. Hidalgos con pureza de sangre, en definitiva[149]. No serían conquistadores, sino sobre todo descubridores, pobladores y fundadores de ciudades, lo que supondría una contribución positiva a la forja de las modernas naciones americanas[150]. Desde su exilio en México, Eli Gallastegi escribía así en 1928:

> Los vascos que han destacado en la historia de América son precisamente aquellos que se alzaron contra el espíritu español; los que se apartaron de su acción imperialista; aquellos que lejos de fusionarse espiritualmente con los conquistadores pusieron de manifiesto su antagonismo evidente, con una visión abierta, con un temperamento noble, con su hombría singular [...] y sobre todo con su pasión libertadora y su hondo humanismo[151].

Menudearon así en la prensa vasca de Europa y América las exaltaciones de misioneros y evangelizadores como fray Juan de Zumárraga, y en especial de los defensores de los indígenas, como el padre Pedro de Rentería, colaborador de Bartolomé de las Casas[152]. E, igualmente, el recuerdo de los exploradores y pobladores. Estos últimos eran ahora, casi sin excepción, marinos intrépidos que descubrían ignotos territorios —como Juan Sebastián Elcano, Andrés de Urdaneta o Miguel López de Legazpi—, y pobladores o fundadores de ciudades. Así lo ilustrarían los casos de los vascos Bruno M. de Zavala, fundador de Montevideo en 1726; de Domingo Martínez de Irala, explorador de la región del actual Paraguay, presentado como una suerte de precursor de la democracia en esas latitudes; y, en particular, del vizcaíno Juan de Garay, fundador de la ciudad de Santa Fe en 1573 y de Buenos Aires en 1580, cuyos orígenes fueron un *leitmotiv* frecuente del discurso de afirmación

etnocultural de la revista vasco-porteña *La Baskonia* desde principios del siglo XX[153].

Otros precedentes coloniales entroncaban de forma más directa con los libertadores decimonónicos. Los nacionalistas vascos reivindicaron la labor evangelizadora y civilizadora de los jesuitas en las reducciones de Paraguay. ¿Cuál era el argumento? Vasco había sido el fundador de la Orden, san Ignacio de Loyola; y el catolicismo en Euskadi siempre habría sido sinónimo de libertad, lo que también tendría una expresión en tierras americanas[154]. De modo particular, la rebelión del conquistador Lope de Aguirre contra Felipe II en 1560-1561 fue contemplada como un precedente directo de las posteriores independencias latinoamericanas, así como una muestra del indómito carácter vasco y de su amor por la libertad, transmitido a los posteriores libertadores del continente, según recogía Segundo de Ispizua en 1918. Treinta años más tarde, el exiliado Jesús de Galíndez escribía que «Lope de Agirre *[sic]* es vasco, y actúa como tal; esa rebeldía contra la injusticia es típicamente nuestra». Y su figura todavía sería reivindicada por el nacionalismo radical vasco durante la transición democrática (Galster, 2011: 318-348, 529-573; Larraza, 2016).

En clave semejante cabe también interpretar las variantes gallega y catalana de la reivindicación del origen español del almirante Cristóbal Colón, polémica publicística que generó ríos de tinta en la prensa española de América durante las dos primeras décadas del siglo XX. La teoría, de hecho, había empezado por la reivindicación del origen pontevedrés del almirante, a cargo del erudito y filólogo pontevedrés Celso García de la Riega, en una conferencia pronunciada en la Sociedad Geográfica de Madrid en diciembre de 1899. Pocos años después, los periodistas y publicistas gallegos y españoles de la diáspora asumieron con afán esa reivindicación, disputando la cuna del almirante a otras colectividades emigrantes, ante todo los italianos. Aunque para muchos propagandistas se trataba sin más de la defensa del origen *español* de Colón, para otros su linaje era, más específicamente, gallego. Las valencias que otorgaban a ese hecho eran ambivalentes. Para unos, se trataba de un Colón gallego, pero genuinamente español; para otros, su origen era exclusivamente galaico, y en condición de tal había sido víctima de la incomprensión de la Corona

hispánica. Su estela alcanzaría incluso al igualmente gallego Ramón Franco, comandante del vuelo transoceánico *Plus Ultra* en febrero de 1926. El aviador fue objeto de homenajes por parte de la colectividad española al llegar a Buenos Aires, pero también de reivindicación galleguista: era el «nuevo Colón» que demostraba al mundo la capacidad galaica de descubrir mundos, así como el éxito de la labor concienzuda de quien, como los emigrantes, trabajaba de modo callado, pero efectivo. A finales de los años veinte, no obstante, el galleguismo perdió rápidamente el interés por reivindicar la cuna de quien, de haber sido gallego, nunca lo había reconocido, incidiendo en el complejo de inferioridad de los emigrantes galaicos en América[155].

La cuna de Colón fue objeto, sin embargo, de disputas interterritoriales variadas, fuese entre gallegos y ligures o entre españoles e italianos; pero también se registraron reivindicaciones catalanas y catalanistas de la ascendencia del almirante. Y si para los vascos no era posible atribuirse su cuna, algunos recordarían que «fue un piloto basko quien desveló a Colón la existencia del Nuevo Mundo», así como vizcaínos y guipuzcoanos la mayoría de los tripulantes de sus carabelas[156]. Era, en líneas generales, un modo de vincularse a un pasado que no entraba en contradicción con las narrativas nacionalistas de las propias repúblicas latinoamericanas. Se insertaba además, con matices propios, en la disputa simbólica que en algunos países, como Argentina y Uruguay, tenía lugar entre italianos y españoles, cuyos ecos también impregnaban otras polémicas, como la generada por la conversión de la fecha del 12 de octubre como Día de la Raza como fiesta nacional desde 1917 (Argentina), frente a la preferencia italiana por designarlo como Día de Colón.

América-Europa: una influencia limitada

Como hemos señalado, los nacionalismos latinoamericanos poseían un componente *antiespañol,* aunque cada vez más difuso desde finales del siglo XIX. El rechazo hacia la antigua metrópoli había experimentado altibajos, pero seguía vivo en amplios sectores de la opinión pública y las

élites argentinas o mexicanas desde los tiempos de la independencia, y se había revitalizado en parte con la guerra de independencia cubana (1895-1898). En las primeras décadas del siglo XX tuvo lugar un cierto *reencuentro* con España, producto tanto de la propia renovación del discurso hacia América desde la intelectualidad española como de la irrupción de los Estados Unidos como gran adversario y, por tanto, como *otro* nacional de los nacionalismos latinoamericanos (Pérez Vejo, 2013: 1058-1063; 2011).

Quizá por ello, el impacto del antiespañolismo latinoamericano sobre los nacionalismos subestatales en la metrópoli fue más simbólico y retórico que estratégico e ideológico. El pensamiento de algunos próceres del nacionalismo insurreccional cubano, en particular de José Martí —de padre valenciano, pero no por ello apropiado por los catalanistas—, era citado de forma esporádica por la prensa catalanista o galleguista, e incluso inspiró sesudas reflexiones, que incidían en su vertiente poética y humanista, alejada de toda xenofobia antiespañola[157]. Algunos símbolos del emergente catalanismo radical desde la primera década del siglo XX encontraron inspiración directa en Cuba. Era el caso de la bandera independentista con una estrella blanca añadida sobre un triángulo azul *(estelada),* clara adaptación del pabellón cubano, que empezó a utilizarse entre los grupos nacionalistas catalanes de la isla en 1904-1905. Según varios indicios, la enseña dio el salto a la península ibérica de la mano de un catalanista retornado a Barcelona (Crexell, 1988).

En algunas coyunturas específicas, diversos sectores radicales de los movimientos nacionalistas actuantes en la antigua metrópoli intentaron apelar a la solidaridad de los Gobiernos latinoamericanos para defender sus reivindicaciones en foros internacionales. Varios activistas catalanistas buscaron en vano el apoyo de la legación de El Salvador en París en 1919, con la esperanza de que su representante expusiese el «pleito catalán» en la Conferencia de Paz de Versalles. Igualmente, algunos grupos vinculados al partido independentista *Estat Català* enviaron memorándums a la diplomacia cubana durante la dictadura de Primo de Rivera, e incluso recabaron el apoyo público de varios juristas de la isla, que debatieron el derecho de Cataluña a ser amparada como minoría nacional por la Sociedad

de Naciones (Núñez Seixas, 2010b: 78-79, 126-127; Soto, 1926). El carismático líder catalanista Francesc Macià, quien después de intentar una incursión armada en Cataluña en 1926 sufrió juicio en París y fue deportado a Bélgica en 1927, alcanzando cierta notoriedad internacional como romántico opositor a la dictadura de Primo de Rivera, emprendió un largo viaje por Uruguay, Argentina, Chile, Cuba y Nueva York que duró casi todo 1928. Macià perseguía lograr el apoyo pecuniario para su causa de las comunidades catalanas de América, pero también la solidaridad de las izquierdas latinoamericanas, con éxito solo discreto. En septiembre de ese año, el líder catalanista presidió una asamblea *constituyente* en La Habana, ante veinticinco delegados de los «clubs separatistas» catalanes de América. En ella se aprobó un proyecto de Carta Magna para una Cataluña independiente: la *Constitució Provisional de la República Catalana* o *Constitució de La Havana*. Era un texto que presentaba diversas influencias de los modelos constitucionales americanos, pues en buena parte fue redactado por el catalanista residente en Cuba Josep Conangla i Fontanilles, quien también preveía la constitución de un partido «separatista revolucionario» catalán, basado en la libre adscripción de clubs o secciones de Europa y América, pero bajo la dirección de los catalanistas de América. Su modelo era el Partido Revolucionario Cubano que había sido fundado en los Estados Unidos por José Martí en 1892. Macià, empero, dejó languidecer el proyecto a lo largo del año siguiente, una vez retornado a Europa, y jugó la carta del pragmatismo republicano en 1931, lo que le permitió ser el primer presidente de la Generalitat republicana hasta su muerte en diciembre de 1933. En la realidad política española de aquellos momentos no tenían cabida los espejismos insurreccionales latinoamericanos (Conangla i Fontanilles, 1986; Ucelay-Da Cal, 1984b: 120-133).

Entre octubre de 1936 y junio de 1937, durante la guerra civil española, el Gobierno autónomo vasco también desplegó una campaña internacional para conseguir el apoyo de los Gobiernos y la opinión pública de varios países latinoamericanos, presentada como una causa antifascista que contaba, además, con la simpatía del Gobierno republicano español. En este último caso, los nacionalistas vascos explotaron con gran provecho una

precondición favorable: el alto «prestigio étnico» de que disfrutaban los inmigrantes del País Vasco (francés y español) en las sociedades latinoamericanas. Una buena reputación que se veía favorecida por el acendrado catolicismo de los inmigrantes, y el importante papel intermediario con las clases altas que desempeñaron varios miembros del clero de origen vasco (Ugalde Zubiri, 1996: 662-672; Álvarez Gila, 1998 y 1999a).

Imperialismos alternativos desde la periferia hispánica

También entre las periferias ibéricas y Latinoamérica se aspiraba a tender otro tipo de puentes. Y en ellos influían los intereses económicos. Tras la derrota colonial de 1898, la burguesía comercial e industrial barcelonesa y de otras localidades costeras catalanas, a la búsqueda de mercados, se orientó de modo progresivo hacia las repúblicas latinoamericanas. De esa necesidad se derivó que su prioridad, que también expresaría una parte del naciente catalanismo político, fuese reconvertir el polivalente hispanoamericanismo en un proyecto imperial. El principal objetivo del catalanismo conservador, hegemónico entre 1901 y 1923, radicaba en la consecución de un amplio autogobierno que pudiese asegurar la especificidad cultural y política catalana dentro de un nuevo Estado español. Según su interpretación, la pérdida del imperio ultramarino había sido una consecuencia de la imposición por el Estado español de un modelo centralista ajeno a su tradición. El nuevo imperio habría de fundamentarse en una renovada relación entre los territorios que integraban la metrópoli, tomando como bases constitutivas —como Estados federados o «cuerpos» de una monarquía federativa— las *naciones* o nacionalidades de la península, y adoptando como criterio básico la lengua, la cultura y el pasado histórico: Cataluña (más Valencia y Baleares), Castilla, País Vasco más Navarra y Portugal más Galicia. La nueva Iberia debería conjugar unidad dinástica con variedad política, diversidad etnolingüística con proyección comercial; y la regionalización de España debía ser un preludio de la construcción de una nueva comunidad supranacional de países

hispano- o iberoamericanos. Ese proyecto imperial alcanzaría además su plenitud cuando España atrajese a Portugal a una fórmula federal o confederal, y reforzase el carácter iberoamericano de su expansión, añadiendo Brasil y las colonias lusas en África y Asia (Duarte, 2010; Martínez-Gil, 1997).

El catalanismo político también desarrollaría una esfera de influencia propia en el Mediterráneo occidental, comprendiendo la Cataluña francesa y Occitania, siguiendo la estela idealizada del Imperio medieval catalano-aragonés (Rafanell, 2006). Este proyecto fue condensado, en particular, por el teórico más importante del catalanismo de entresiglos, Enric Prat de la Riba, en su obra de 1906 *La nacionalitat catalana,* donde todavía soñaba con una expansión territorial africana y mediterránea, siguiendo el rastro del Imperio medieval catalano-aragonés, a realizar por el Estado bajo la égida catalana. De la mano de su sucesor Francesc Cambó, ese postulado devino en una empresa de proyección cultural, política y comercial que tuviese como objetivo primordial la consecución de una esfera de influencia en América Latina, a partir de una federalización interior de la península que fuese capaz de atraer a su seno a Portugal, y que explotase de modo decidido los vínculos culturales y las cabezas de puente que ofrecían las colectividades de emigrantes ibéricos para abrir nuevos mercados. España debía volver a la senda del modelo descentralizado de la monarquía de los Habsburgo, mirándose en el espejo del Imperio británico contemporáneo. Y los catalanes, o la ciudad de Barcelona en particular —que para varios interlocutores latinoamericanos, como el uruguayo José Enrique Rodó, era un icono de modernidad—, ostentarían dentro del imperio reformulado un papel director, que garantizaría un nuevo protagonismo de España en América Latina. Así se superaría la concepción del Estado-nación español basada en una identidad castellano-céntrica, replegada sobre sí misma y destinada a ser una pequeña potencia en el concierto europeo. No soñaban con una «reconquista» política, sino con ejercer influencia «espiritual», comercial y económica (Ucelay-Da Cal, 2003: 174-215, 675-703). El cónsul en México Carles Badia, afín a la *Lliga* (y posterior diputado en Madrid por este partido), expresaba ese afán como la exportación de un ideal federativo desde España, incluyendo a las repúblicas americanas

dentro de una «supernación» hispánica, culminación de la *Espanya gran* postulada por el catalanismo conservador. En ella cabrían «desde la fecunda célula del regionalismo catalán, hasta las más amplias irradiaciones de la supernacionalidad iberoamericana» (Badia Malagrida, 1919: 372).

Esas visiones imperiales impregnaron buena parte de los proyectos políticos del catalanismo conservador, pero también del catalanismo de izquierda y republicano, hasta principios de la década de 1930. Sin embargo, operaron como un juego de metáforas antes que como un modelo políticamente influyente. Su argumento principal consistía en que España podría atraer de nuevo a sus antiguas colonias si presentaba una nueva cara, plural y regionalizada, y por tanto capaz de conciliar diversidad y armonía interterritorial. Mas, ¿cómo se concretaba la pretensión catalana de una hegemonía «blanda» dentro de la comunidad política hispana, y cómo lo aceptaría el resto de la península y/o del imperio? El empeño pecaba, además, de una contradicción básica: conjugar el proyecto de expansión hispánica, ibérica y transatlántica con la afirmación política y cultural de la especificidad nacional de Cataluña. Por ello, fue presa de sus propios *oxymorons*. Eran postulados difíciles de aceptar y comprender por la mayoría de la opinión pública y publicada española, y aun de la hispanoamericana. Para buena parte de las élites culturales y políticas hispánicas, a partir de la irrupción del regeneracionismo hispanoamericanista pero, en particular, desde la obra de José Ortega y Gasset *España invertebrada* (1921), España era una nación basada en una *Schicksalsgemeinschaft*. En términos orteguianos, un «proyecto sugestivo de vida en común», que como en el siglo XVI, uniría a los españoles de todos los rincones, orígenes y culturas en una comunidad de destino. Pero esa comunidad no sería voluntaria, sino que estaba sujeta a la égida de Castilla, único pueblo capaz de sostener el armazón nacional (Ortega y Gasset, 1921).

Dentro de esa concepción, el imperio, ahora definido en términos espirituales y culturales, sería un factor de integración regional efectiva. Con todo, como ha mostrado Enric Ucelay, el minoritario fascismo español recogió algunos ecos de la idea catalanista de imperio desde mediados de los años veinte, y la revistió de una retórica más agresiva y poética.

Distinguía ahora entre los objetivos que perseguir en Hispanoamérica, definidos como liderazgo, recuperación de la tradición hispánica y revitalización de la *raza,* y los más concretos fines territoriales en África del Norte e, incluso, Portugal, al menos hasta 1943-1944 (Saz, 2003; González Calleja y Limón Nevado, 1988; Barrachina, 1998: 139-178). Esa recepción llevaba la impronta del antiguo catalanista Eugeni d'Ors, quien hasta 1919 había fungido como uno de los *maîtres à penser* del proyecto cultural del catalanismo conservador (Fuentes Codera, 2009).

Diferente era la interpretación y apropiación del hispano/iberoamericanismo por parte del nacionalismo gallego a partir de 1916-1918. Si Galicia podía desempeñar un papel de mediador entre Castilla y Portugal, aproximando a este último a una confederación ibérica, las nutridas comunidades de emigrantes galaicos, repartidas tanto en Brasil como en Argentina, Uruguay, Cuba y México, podían igualmente operar como efectivas cabezas de puente de comunicación transatlántica. Y la revitalización del idioma gallego crearía además un vínculo particular con el siempre considerado país del *futuro,* Brasil, capacitando a sus emigrantes para ser eficaces comunicadores interculturales[158]. Las numerosas asociaciones gallegas de ultramar eran contempladas desde la Galicia europea como proyecciones de la personalidad diferenciada de su país de origen en territorio americano. Por ello, también podrían actuar como mediadores eficaces entre la Galicia metropolitana, su imagen y su prestigio, con las esferas públicas de las repúblicas latinoamericanas. Aunque los galleguistas no utilizaban de forma explícita el concepto «Iberoamérica», aludían ahora al más neutro de «América», sin más. Así lo mostraría el I Certamen Gallego-Americano celebrado en Montevideo en julio de 1929 —tras un primer intento fallido nueve años antes—, cuya iniciativa corrió a cargo, precisamente, de los sectores afines al galleguismo que, en aquel momento, influían en el Centro Gallego de la capital uruguaya[159].

Los discursos iberoamericanistas periféricos tenían una traslación práctica en la actividad de *lobby* comercial que desempeñaron instituciones al servicio de los intereses económicos concretos. Seguían en eso la senda de la multiplicación de instituciones americanistas en diversas partes de

España, de Sevilla a Valencia, que tuvo lugar a principios de la segunda década del siglo XX. Era el caso del Centro de la Unión Ibero-Americana de Bilbao o de la Casa América-Galicia de A Coruña, fundada en 1921 (Molina, 1989). Pero también, sobre todo, del que había sido su modelo, la Casa América de Barcelona, fundada en 1911 a partir de la fusión de la Sociedad Libre de Estudios Americanistas y el Club Americano, promovido por los *indianos* residentes en la ciudad condal. Constituía un claro exponente de un hispanoamericanismo o iberoamericanismo *práctico,* bajo el patronazgo de Cambó y el impulso de dos líderes de la *Lliga Regionalista,* Rafael Vehils y el economista Frederic Rahola. Ambos personajes atrajeron al proyecto a un buen número de empresarios de relieve que desde principios de siglo habían promovido la revista comercial *Mercurio*, y habían establecido vínculos con asociaciones españolas de todo tipo en Ultramar. Su orientación comercial y económica quedó patente en su nueva denominación tras 1927, *Institut d'Economia Americana*[160]. Los viajes a América del Sur del primer presidente de la Casa América, Frederic Rahola, con el objetivo de ampliar mercados para la industria catalana, revestían una orientación semejante. Rahola contemplaba en los países latinoamericanos un posible *mercado étnico* para los productos españoles, y aconsejaba al Gobierno de Madrid una política de imperialismo inteligente, que no había de basarse en ínfulas de potencia conquistadora de otrora, sino en una imagen renovada de paladín del progreso y puente con la civilización europea. Sus instrumentos debían ser ahora la cultura y la economía (Rahola, 1909; 1919).

Marruecos no es Latinoamérica

El Imperio español no dejó de existir en el mundo tras 1899. Todavía le restaban algunas posesiones en África, y habría de prestar más atención a territorios como el Sáhara occidental desde finales de la década de 1920. Pero, sobre todo, España recibió un nuevo territorio: el Protectorado en Marruecos tras 1907. Las nuevas colonias africanas —algunas de las cuales, como Guinea, ya incorporadas desde finales del siglo XVIII, aunque solo

colonizadas de forma efectiva desde principios del siglo XX— nunca cobrarían en el imaginario nacional hispánico la importancia que habían tenido las americanas en la segunda mitad del XIX. Con todo, quienes postulaban la renovación y reforma del Estado español para modernizar el país tras el Desastre de 1898, los regeneracionistas, también contemplaban en las colonias africanas un imperio de sustitución, en parte un proyecto de pseudo-*Commonwealth* o un sistema de Dominios que se inspiraba en el modelo británico (Martin-Márquez 2008; Archilés, 2013). Para el teórico del regeneracionismo —y del colonialismo hispano en África— Joaquín Costa, por ejemplo, los marroquíes serían en el fondo medio españoles, tanto por Historia como por características étnicas, a los que habría que acompañar en el camino hacia la civilización mediante una suerte de colonialismo protector. Se trataba de crear una «España africana», continuación y sustitución al mismo tiempo de la España de ultramar, en una formulación que jugaba con el confuso concepto de hispano-africano-americanismo[161].

Empero, en la formulación de ese discurso hacia Marruecos, Guinea Ecuatorial y Sáhara occidental, la recomposición de la estructura territorial de la metrópoli desempeñaba ahora un papel secundario o irrelevante. La descentralización interna ya no era un correlato de la articulación imperial. Desde 1912, sus exponentes se situaron de modo creciente en la derecha conservadora, y su capacidad de atraer simpatías de sectores variados del espectro político fue cada vez más limitada. Con todo, algunos teóricos del colonialismo español en el Magreb eran, a su vez, propagandistas del regionalismo andaluz, para quienes la España africana también podía ser una prolongación de la España regional. Era el caso de Rodolfo Gil Torres, Fermín Requena, Isidoro de las Cágigas o el máximo teórico y líder del andalucismo político hasta 1936 Blas Infante. Todos ellos interpretaron la supuesta parentela cultural y hasta étnica africano-andalusí como una posibilidad de tender un puente entre España y sus colonias africanas. Esa relación se vería facilitada mediante una descentralización de la metrópoli, capaz de integrar a los marroquíes en una «gran Iberia» que apelaba al legado mítico del «antiquísimo imperio de Tartessos». En ella, la administración del protectorado marroquí, según sugería Infante, pasaría a

depender del Estado Libre (federado) de Andalucía (Álvarez Chillida y Martín Corrales, 2013: 404-407). Surgieron además diversos proyectos intelectuales que perseguían el objetivo de «hispanizar» Marruecos, y que entroncaban a su vez, en el fondo, con la consideración de Cuba como parte inseparable de España. La previa «regionalización» descentralizada de la metrópoli permitiría así (re)crear una suerte de macrorregión andalusí-bereber.

Sin embargo, esa retórica relación especular era en la práctica muy contradictoria. La resistencia armada de los rifeños hacía impracticable cualquier intento de aproximación «regionalizadora» hacia ellos por parte de los aspirantes a insurrectos de la península. Además, los propios interesados en la regionalización de la España metropolitana distaban, en el fondo, de desear subsumir «su» especificidad étnico-cultural en una reordenación territorial más amplia que incluyese a un pueblo que, solidaridades aparte, era considerado culturalmente inferior: los «moros» también lo eran para los catalanistas o los nacionalistas vascos, como se apreciaría en la propaganda desplegada durante la guerra civil. Los sectores radicalizados de los nacionalismos periféricos, nacidos entre 1919 y 1922 al calor de la «vía irlandesa», coquetearon igualmente con la idea de incorporar a los partidarios de Abd-el-Krim en una coalición antiespañola, del mismo modo que Sabino Arana había dado la bienvenida años antes a la lucha por la independencia de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, y adoptaron una postura anticolonialista no exenta de contradicciones. Publicaron así, sobre todo los nacionalistas radicales vascos y su periódico *Aberri,* encendidas loas a la solidaridad anticolonial con los marroquíes, y proyectaron una Liga de Naciones Oprimidas a la que se adhiriesen también tunecinos y egipcios. No obstante, nunca se establecieron contactos directos con ese fin, y el propósito se limitó a una apelación retórica, la cual traducía un espejismo en la distancia que pretendía trazar un paralelismo entre la lucha anticolonial de pueblos lejanos y la propia situación del País Vasco (Madariaga, 1978; Ucelay-Da Cal, 1980; Ugalde Zubiri, 1996: 229-235, 285-289; Pablo, 2012: 272-274).

Cuando durante el período de la II República española y, en particular, en 1936-1937, algunos líderes catalanistas, como Jaume Miravitlles,

plantearon al presidente Manuel Azaña la posibilidad de prometer la autonomía al Marruecos español, a cambio de que cesase el apoyo de las cabilas al bando insurgente, la propuesta fue acogida por el Gobierno republicano con escepticismo. Despertaba el temor a la reacción de Francia, que habría de temer el contagio de la agitación nacionalista marroquí a su propia zona del Protectorado (Madariaga, 2002). Fuese por razones geoestratégicas o por la fuerza del eurocentrismo de los propios nacionalistas peninsulares hacia los movimientos anticoloniales nativos —otra había sido la actitud hacia las reivindicaciones nacionalistas de los colonos blancos, como los bóers, a finales del siglo XIX—, al final la autonomía o la autodeterminación era un sueño, o un privilegio, reservado solo a los territorios peninsulares y, por tanto, exclusivo de pueblos europeos. Una disyuntiva similar se había manifestado durante las discusiones acerca de la autonomía insular para Cuba y Puerto Rico medio siglo antes.

Los vientos de la historia, sin embargo, soplarían después de la II Guerra Mundial en otra dirección. Serían entonces los nacionalismos anticoloniales de África y Asia, así como algunas inspiraciones procedentes de la izquierda revolucionaria latinoamericana, los que influyesen en los nacionalismos subestatales europeos a partir de finales de los años cincuenta. Introdujeron así conceptos como el de *desalienación* y, en particular, el de *colonialismo interior,* que incidirían también, con distinta intensidad, en la evolución ideológica de los nacionalismos catalán, vasco y gallego, y en algunos de sus componentes simbólicos. Aun así, todavía en 2010 los viejos mitos seguían vivos. Así lo mostraba ese año la manifestación promovida por el nacionalismo radical vasco con motivo del *Aberri Eguna.* En primera fila desfilaban pancartas con imágenes de Gandhi, José Martí y Simón Bolívar. Este último, en particular, era contemplado ahora desde un prisma indigenista y anticapitalista, solidario con la Venezuela de Hugo Chávez, como también evidenciaba la celebración el 12 de octubre del mismo año por la red *Independistak* del bicentenario de las independencias americanas (López de Maturana, 2016; Valencia, 2011).

130*. Publicado en *Historia Mexicana,* 265 (2017), págs. 401-456.

131 Véase Fradera (2015: 751-845). Más centrados en las décadas iniciales del siglo XIX, Eastman (2011) y Lorente (2010). Un intento de interpretación a largo plazo en Núñez Seixas (2015).

132 Esta cuestión todavía ha sido poco estudiada por la historiografía española hasta el momento. Véanse algunas reflexiones en Fradera (2012). Una descripción de los proyectos de autonomía insular y su papel como «precursores» del autonomismo en la metrópoli en Cores Trasmonte (1984) y Aguado Renedo (2002). Igualmente, Bizcarrondo y Elorza (2000).

133 Véanse los artículos de la revista *Laurac Bat* citados por Ugalde Zubiri (1996: 248-249), así como Novo García (1894), quien acusaba al poeta republicano y galleguista Manoel Curros Enríquez, entonces también residente en La Habana, de haber defendido que el autogobierno predicado por los autonomistas cubanos era, en esencia, similar al deseado por el resto de las regiones españolas. Cfr. igualmente Abeledo (2002). Sobre el regionalismo gallego y las actitudes hacia la autonomía de Cuba, véase también Iglesias Amorín (2008).

134 Para la interpretación clásica, véase Riquer (1977).

135 Véase, por ejemplo, El Bachiller Alcañices, «Babel republicana», *Abc,* 3 de diciembre de 1931.

136 «1816-9 de julio de 1916. Declaración de principios», *Irrintzi,* Buenos Aires, 157, 15 de julio de 1916. Véase también San Martín, «El Centenario», *Irrintzi,* 86, 15 de junio de 1910.

137 Manuel Irujo, «Los aniversarios de Martí y Arana Goiri y el ocaso del imperio español», disponible en: www.euskomedia.org/fondo/6345. Véase también Ugalde Zubiri (2012: 281-283).

138 De un modo similar a las estrategias de varios líderes de grupos inmigrantes europeos en los Estados Unidos: véase Gjerde (1999).

139 Véase Monner Sans (1927). En un sentido catalanista y republicano, Dedeu (1919). La vindicación de los próceres argentinos de origen vasco en «Homenaje a la República Argentina. Jefes de Estado de abolengo basko», en VV. AA., 2010. Véase también «Los vascos en América», *Patria Vasca,* 3, México D. F. (junio-julio de 1928).

140 Véase, por ejemplo, «Los vascos y la independencia de México», *Patria Vasca,* 1 (mayo de 1928). Véase también A. A., «El estímulo de los mexicanos», *Patria Vasca,* 4 (noviembre-diciembre de 1928).

141 «Nuestra raza en América. Su influencia en Colombia», *Patria Vasca*, 4 (noviembre-diciembre de 1928).

142 Véase Ispizua (1918) y E. de Aranzadi *(Kizkitza),* «El Libertador», *Euzkadi* (24 de noviembre de 1924). Igualmente, Utare, «La independencia de América. Acción de un nabarro», *Bizkaitarra* (5 de noviembre de 1910); C. de Baraibar, «La raza vasca por el mundo: Simón de Bolívar, libertador», *Aberri* (24 de julio de 1923); *íd.,* «Simón Bolíbar, el libertador. Su juventud hasta la proclamación de la independencia americana», *Aberri* (31 de julio de 1923), e *íd.,* «Simón de Bolíbar, el libertador.

Triunfo y destierro de Bolíbar. Su apogeo en el Congreso de Angostura», *Aberri,* 4 de agosto de 1923.

143 Véase «Acta de la independencia mexicana», *Patria Vasca,* 3 (septiembre-octubre de 1928). Igualmente, «Un homenaje a la República uruguaya», *Euzkadi,* 2 de noviembre de 1935, y Otaegui (1925: 56-57 y 309-318).

144 Cfr. Fernández (2011: 77-78). La revista catalanista de Buenos Aires *Ressorgiment* realizaba así una interpretación muy libre de algunas afirmaciones del historiador Enrique de Gandía, quien en su *Nueva Historia de América* trataba del papel de Matheu en la Primera Junta.

145 Una evaluación en Blanco Rodríguez (1996).

146 Véase un ejemplo militante y positivista, recordando la «mirada cómplice» entre vascos y cubanos por su historia de rebeldía frente a un común enemigo y la posterior insumisión frente al «imperialismo», en Arrozarena (2013; 2012: 49-62). Más profesional es VV. AA. (2010). Véase igualmente para el caso gallego la recopilación de Neira Vilas (1998).

147 También Bartolomé Mitre, en su *Historia de Belgrano y la independencia argentina* (vol. 1, 1887), recogía indirectamente ese argumento, aunque mencionaba asimismo a los andaluces como otro grupo de calidad superior.

148 Véase, por ejemplo, Monner Sans (1893) o Castro López (1911).

149 Véase, por ejemplo, Kizkitza, «Pizarro. Bolívar», *Euzkadi,* 20 de octubre de 1927.

150 Una estrategia que también utilizaba el hispanoamericanismo liberal y republicano español. Véase, en general, Ispizua (1914-1915), una obra monumental cuyo punto de vista se desviaba del canon nacionalista vasco (aunque el autor militó por un breve tiempo en el fugaz Partido Nacionalista Republicano Vasco, de

corte liberal, en 1913), pero en cuyos datos se basarían ampliamente diversos autores *jelkides* en los años posteriores. Cfr. Basabil, «Crónica de Uruguay. Monumento a Bruno Mauricio de Zabala», *Euzkadi,* 15 de junio de 1914, así como VV. AA. (1910); igualmente, Segundo de Ispizua, «Los baskos en el descubrimiento de América», en VV. AA., *Los baskos en la Nación argentina,* s/p. En una clave más «hispanista», véase Ortiz y San Pelayo (1915). En ocasiones, la prensa nacionalista vasca también se hizo eco de los juicios críticos del dominico Francisco de Vitoria hacia la conquista de América: cfr. K. [Engracio de Aranzadi, *Kizkitza],* «La conquista de América y Vitoria, el filósofo vasco», *Euzkadi,* 3 de julio de 1925.

151 Gudari [E. Gallastegi], «Los vascos, libertadores», *Patria Vasca,* 3 (septiembre-octubre de 1928).

152 Véanse, por ejemplo, K*[izkitza].,* «Fray Juan de Zumárraga. Salvador de la raza india», *Euzkadi* (17 de agosto de 1926); *íd.,* «Fray Juan de Zumárraga. Gran prelado», *Euzkadi,* 20 de agosto de 1926; *íd.,* «Vascos en la Historia. El Padre Las Casas y Pedro de Rentería», *Euzkadi,* 1 de septiembre de 1926.

153 Cfr. el opúsculo del genealogista argentino Gandía (1927), editado por el director de la revista *La Baskonia* y nacionalista vasco José Rufo de Iriarte; véanse también «Los Vascos en América. La fundación de Buenos Aires y la intervención vasca vista por el Dr. Tomás de Otaegui en la revista *La Baskonia», Euzkadi* (23 de julio de 1927); Otaegui (1925: 149-161 y 187-258) (vindicación de Irala como fundador de instituciones protodemocráticas en Paraguay y promotor de cabildos, frente al carácter imperialista de Alvar Núñez Cabeza de Vaca); una perspectiva más reciente en Fundación Vasco-Argentina Juan de Garay (2011).

154 Engracio de Aranzadi, «Paraguayos y vascos», *Euzkadi,* 18 de junio de 1933.

155 Para más detalles, véanse Núñez Seixas (2001b; 2014: 203-209); Marcilhacy (2007).

156 Cfr. «Proemio», e Ispizua, «Los baskos en el descubrimiento de América», en VV. AA. (1910).

157 Véase, por ejemplo, el curioso libro del independentista gallego residente en Cuba Fuco Gómez (1931).

158 Véase, por ejemplo, A. Alonso Ríos, «El nacionalismo es una cuestión de personalidad», *El Despertar Gallego,* Buenos Aires, 16 de junio de 1929; R. Varela, «Galleguismo e hispanoamericanismo», *Acción Gallega. Suplemento de Bahía Blanca,* 12 de octubre de 1923.

159 Cfr. el folleto de Porteiro Garea, *A los gallegos emigrados*. Igualmente, Núñez Seixas (1992a: 71-73, 135-136 y 169-170).

160 Véase el exhaustivo estudio de Dalla Corte (2005: 59-78; 2013). Para la proyección del hispanoamericanismo comercial en Argentina, referido al conjunto de España pero subrayando la participación catalana (y catalanista), véase Fernández (2004).

161 Discurso de Joaquín Costa en el Ateneo de Madrid, 1884, citado por Martínez Antonio (2013: 30; 2009).

Capítulo VIII

Una nueva Iberia: Portugal y los nacionalismos catalán y gallego (1850-1950)[162*]

La historia cultural de las últimas décadas ha exhumado las diversas y polifacéticas corrientes y perspectivas que conformaron el plural fenómeno político-cultural conocido como iberismo. Sin embargo, pese a su intermitente andadura político-cultural a lo largo de los siglos XIX y XX, ha sido un fracaso en el dominio de la política real. Bajo la etiqueta «iberismo» se han cobijado proyectos muy diversos, desde la anexión o fusión de Portugal en el Estado español, hasta las concepciones federalistas en pie de igualdad y que imaginaban una República federal ibérica compuesta por dos unidades asociadas, o las que preferían un modelo similar a una Liga Ibérica de Naciones, la fundación de una nueva *Hispania* en la que cupiese un reconocimiento de la especificidad nacional portuguesa, o la reconstrucción de una Iberia federal a partir de unidades etnolingüísticas no coincidentes con las fronteras de los Estados existentes. El término «ibérico» tenía también muy distintas acepciones y significados para los diversos autores. Para muchos iberistas españoles, se trataba de la fórmula mágica que permitiría un retorno de Portugal al común regazo histórico y a la que para ellos sería la nación común y originaria, España, restaurando la comunidad política compartida de los tiempos de la unión dinástica instaurada por el rey Felipe II entre 1580 y 1640. También los republicanos, y en particular los republicanos federales, sentían que Portugal había sido «amputado» de España en 1640, como consecuencia de la política absolutista e intolerante de la dinastía de los Austrias. Eso implicaba que los rebeldes portugueses de 1640 habían sido, para ellos, una suerte de auténticos liberales españoles primigenios, que habían seguido el ejemplo de la revuelta de los comuneros de Castilla ciento veinte años antes; y

sugería que los portugueses solo habían abandonado el solar de la comunidad española para liberarse de una monarquía opresora[163].

Sin embargo, y con independencia de que los partidarios portugueses del iberismo mostrasen exquisito respeto por la identidad nacional y la especificidad de su país dentro de la futura Iberia, a menudo eran percibidos por la opinión pública y publicada de su país como meros lacayos o, cuando menos, ingenuos compañeros de viaje del sempiterno expansionismo castellano, ahora camuflado bajo una nueva piel de cordero. Los iberistas defendían en vano la constitución de una nueva Iberia de carácter binacional, un *ménage à deux* con capacidad para convertirse de forma cooperativa en una potencia mundial en la era del imperialismo (Catroga, 1985; Matos, 2007). El retorno pacífico de Portugal al seno de la comunidad política hispana era presentado como una fusión de dos entidades nacionales iguales en derechos; pero para muchos solo se trataba de un abrazo del oso castellano, que escondía una amenaza de absorción.

¿Dos naciones ibéricas o varias regiones ibéricas?

Se podría plantear una cuestión alternativa: ¿qué ocurría si el proyecto de un nuevo Estado o una comunidad política ibérica no era concebido como una relación entre dos Estados, sino entre varias partes iguales? Esto es, un *ménage à trois* compuesto de Portugal (con o sin Galicia), Castilla (con o sin el País Vasco) y Cataluña (con o sin Valencia y las Baleares). ¿Podría ese iberismo tripartito extenderse incluso a una fórmula tetra- o pentanacional si Galicia y el País Vasco se unían como entidades autónomas? Este era un postulado central de los distintos proyectos iberistas formulados por los nacionalismos subestatales dentro de España desde fines del siglo XIX, de modo particular en Cataluña y Galicia; y que se pusieron de manifiesto cuando los regionalismos gallego y catalán se convirtieron en movimientos nacionalistas, en la medida en que adoptaron el principio de las nacionalidades y definieron sus respectivos territorios como naciones, con base en argumentos históricos y etnolingüísticos. A pesar de su oposición discursiva a Castilla y su rechazo de la idea de una

comunidad nacional española, esos movimientos (con la excepción del nacionalismo vasco, al menos en su primera fase) no adoptaron una estrategia independentista, sino que optaron por transformar el Estado español en una comunidad política multinacional y más o menos compuesta, que adoptaría la forma de una federación o confederación pactada por sus naciones constituyentes. Entre ellas, podría contarse Portugal.

Por tanto, Portugal adquirió una relevancia particular en los proyectos no-independentistas de los nacionalismos subestatales ibéricos: el vecino atlántico podría convertirse en el más eficaz contrapeso del dominio de Castilla. Para los catalanistas, además, Portugal podría completar una fase del ambiguo y contradictorio proyecto de expansión imperial de Cataluña, concebida en términos culturales y económicos, que había sido delineado por Enric Prat de la Riba en su obra *La nacionalitat catalana* (1906). Según ese modelo, la periférica pero vital y moderna Cataluña estaba llamada a liderar y exportar una fórmula de imperio multinacional ibérico, basado no en la coerción, sino en la pluralidad, la cooperación y la hermandad fraternal. Su expresión concreta sería un nuevo Estado o comunidad de naciones ibéricas que catalizaría la expansión económica y cultural común (Ucelay-Da Cal, 2003). Portugal sería el punto de referencia para afirmar la existencia cultural autónoma de Galicia como una comunidad nacional diferenciada, y ayudaría a elevar el estatus social y cultural de la lengua gallega, gracias a su proximidad con el portugués. También otorgaría a Galicia un rol peninsular único y protagonista, al erigirse en intermediario privilegiado entre Portugal y otras naciones ibéricas, ya que la mayoría de los galleguistas jamás abogaron por la integración o reintegración política de Galicia en el Estado portugués. Sin embargo, los catalanistas y varios de los iberistas portugueses no entendían el modo particular en que los galleguistas contemplaban su propia nación, y asumieron, a veces de modo apriorístico, que Galicia debería incorporarse al ámbito cultural y político portugués, del mismo modo que Valencia o las islas Baleares pertenecerían a los *países catalanes* y, por tanto, a la nación catalana.

Portugal revestía, por el contrario, una relevancia política o cultural muy escasa para los nacionalistas vascos. Tras el surgimiento del PNV en

1895, el concepto de nación vasca se articulaba en una oposición binaria entre «España» como conjunto y *Euzkadi*. El nacionalismo vasco jamás elaboró un proyecto de Estado español o ibérico de índole multinacional o federal y alternativo al existente. Ciertamente, durante los años veinte y treinta, algunas corrientes *heterodoxas* que postulaban una versión liberal, laica y hasta republicana del nacionalismo vasco, que incluían a personajes como Jesús de Sarria y la revista *Hermes,* el dirigente navarro Manuel de Irujo y el pequeño partido *Acción Nacionalista Vasca,* se adhirieron de forma ocasional a algunos proyectos confederales y multinacionales ibéricos. Entre ellos figuraba la *Comisión Pro Comunidad Ibérica de Naciones,* que había sido fundada en el exilio en 1944 (Cortesão *et al.,* 1945). Empero, Portugal nunca desempeñó un papel relevante en el imaginario del nacionalismo vasco radical y más o menos violento del último cuarto del siglo XX, a pesar del impacto de la revolución de los claveles de abril de 1974 en las organizaciones ibéricas de izquierda y extrema izquierda (Ugalde Zubiri, 1996).

Para el catalanismo independentista, sin embargo, Portugal desempeñaba un papel de índole más bien retórica: una referencia contrafactual de lo que podría haber sido Cataluña en 1640. Los acontecimientos de ese año representaban un punto de referencia y de inflexión. Mientras que la revuelta portuguesa contra el conde duque de Olivares había triunfado, la catalana había fracasado. La mirada catalanista hacia Portugal estaba impregnada de una admiración retrospectiva por lo que el vecino ibérico había logrado: la libertad del *yugo* castellano. Por tanto, Portugal representaba el espejo invertido de una Cataluña frustrada (Cucurull, 1967; Pérez Samper, 1992).

La regionalización de España constituía un punto común de algunos proyectos iberistas esporádicos, como los expresados por el fuerismo vasco, así como por republicanos federales y regionalistas catalanes desde la década de 1880. Aunque recurrían a distintas fórmulas, desde la descentralización desde arriba hasta la federalización desde la base, todos ellos reivindicaban que Portugal también debería ser incluido en ese nuevo diseño territorial, bien como una unidad homogénea del mosaico ibérico, bien dividido entre distintas regiones (Norte, Centro y Sur). La nación

lusitana se integraría entonces en un diseño neoforal de unidad hispánica en la diversidad, que implicaba un retorno al modelo territorial de los siglos XVI y XVII. Eso permitiría a España reconfigurarse desde la periferia, contrarrestando el modelo centralista castellano que había sido impuesto o reforzado por la dinastía borbónica durante el siglo XVIII. Por tanto, resurgirían los antiguos reinos y *provincias* de la España habsbúrgica, retornando a la auténtica tradición nacional hispánica. Tanto Víctor Balaguer, precursor liberal del catalanismo, como el regionalista conservador Francesc Romaní i Puigdengolas veían en la incorporacion de Portugal una oportunidad para recuperar la perdida comunidad política premoderna que había sucumbido frente al nefando centralismo castellano. Castilla era percibida como un ente opuesto a las buenas cualidades del modelo federalizante *avant la lettre* representado por el reino de Aragón dentro de la monarquía compuesta. El dominio castellano, con sus tendencias homogeneizadoras, era contemplado como una amenaza para la supervivencia del resto de las culturas ibéricas, y como un lastre para el futuro de España como comunidad política. Los catalanistas se referirían con frecuencia a una soñada unión ibérica como un solar común, con reminiscencias de los tiempos de la Hispania romana o visigoda (Martínez-Gil, 1997).

Algunos proyectos de esta índole también contemplaban de forma indirecta la reconversión de Portugal en una región o territorio integrante de una España igualmente neoforal o *austracista,* bien mediante un federalismo neocorporativo y orgánico, bien a través de una república federal cuyas unidades constituyentes fuesen las antiguas «provincias» o reinos históricos ibéricos: un iberismo «federalista» o «provincialista». Pero desde la periferia también se abogaba en ocasiones por un iberismo conservador y «unitario», como mostraba el ejemplo de *A Iberia* (1851), obra del publicista catalán Sinibaldo de Mas. Aunque los argumentos lingüísticos y culturales se incorporaron de forma gradual, los postulados historicistas también fueron esgrimidos para insistir en que las unidades constitutivas del futuro Estado ibérico deberían basarse en las fronteras de los antiguos reinos medievales.

El catalanismo y Portugal: el iberismo tripartito y un imperio multinacional

El catalanismo adoptó la definición doctrinal de Cataluña como nación a fines del siglo XIX, basada en su idioma distintivo, un espíritu nacional y algunas nociones contemporáneas de *raza* (Marfany, 1995). Su objetivo era la construcción nacional de Cataluña y la reestructuración en clave descentralizada, federal o confederal del Estado español, a partir de una concepción multinacional del mismo. Tres fueron los elementos culturales e ideológicos que contribuyeron a que la doctrina catalanista adoptase una perspectiva política ibérica e iberista:

1. El *modernisme* cultural surgido en la década de 1880, que proponía que Cataluña aspirase a la independencia espiritual como compensación por la imposibilidad de gozar de un Estado propio en el corto y medio plazo. En ello estaba implícita la necesidad de expansión, proyección y hegemonía, si era posible, del espíritu catalán en la península ibérica y más allá.
2. Latinismo. El lugar distintivo de Cataluña dentro de las «naciones latinas» del Mediterráneo la vincularía culturalmente tanto a España como a otras comunidades transnacionales, pero servía de justificación a la ideología nacionalista.
3. Iberismo, como fase o estadio del programa del «imperialismo catalán» diseñado por Prat de la Riba y el filósofo Eugeni d'Ors, principal inspirador cultural de los proyectos culturales catalanistas en este período. El proyecto aspiraba a un imperio ibérico con proyección atlántica y mediterránea cuyo motor principal fuese Cataluña como fuerza modernizadora de Iberia. El historicismo y el postulado voluntarista se reconciliarían a través de la confederación libre de las naciones peninsulares. En ella, las cualidades distintivas de Cataluña, su carácter industrioso y moderno, le posibilitarían operar como un *primus inter pares,* si no como una fuerza impulsora. Se abrirían así nuevos horizontes para España y Portugal en la política mundial, que permitirían superar los traumas finiseculares de 1890 (crisis del ultimátum) en Portugal y de 1898 en España. Una Iberia imperial podría participar de modo activo en la

colonización de África, y acometer una renovada expansión cultural y económica en América y el resto del mundo. El nuevo Estado ibérico estaría compuesto por tres naciones «naturales», definidas por dominios lingüísticos, que se confederarían de forma armónica. Cada una de esas tres naciones habría desarrollado su propia literatura entre la Edad Media y la Edad Moderna: el *Cantar de Mio Cid* castellano, la *Crònica* del catalán Ramon Muntaner y el poema épico *Os Lusiadas* del portugués Luis de Camões. En 1891, el filólogo catalanista Antoni Rubió i Lluch hizo uso de este argumento como criterio legitimador para preconizar una reestructuración política y cultural de la península ibérica (Duarte, 2010: 202).

Una corriente paralela de sincero entusiasmo cultural de índole lusófila revistió de contenido afectivo y simbólico los proyectos políticos iberistas del catalanismo. Había algunos precursores ya en el siglo XIX, pero la literatura y el arte portugués eran poco conocidos en España en particular, y en ello los intelectuales catalanistas no eran una excepción. Portugal era más bien una referencia ideal de aquello que Cataluña habría podido ser y no había sido en 1640, como se expresaba en varios poemas de autores catalanistas y en los *Jocs Florals*. A partir de la segunda década del siglo XX, cuando el catalanismo conservador asumió el control de algunas instituciones provinciales y se constituyó la *Mancomunitat,* Prat de la Riba y sus discípulos sintieron la necesidad de elaborar un nuevo proyecto cultural que contrarrestase las iniciativas paralelas de las élites político-culturales de Madrid por crear un renovado marco institucional que reavivase la cultura española, insuflándole modernidad y pluralidad a un tiempo. Aquel proyecto criticaba el papel hegemónico de Castilla como agente homogeneizador de la cultura peninsular, y pretendía elaborar una narrativa alternativa, basada en una concepción diferencial de la cultura y la historia ibéricas (Harrington, 2005).

En ese contexto también surgieron nuevos intermediarios culturales. En Portugal era de destacar el caso excepcional, aunque fugaz, de Júlio Navarro Monzó, un excéntrico periodista, historiador y escritor que dirigió por un tiempo el periódico *O Correio de Lisboa* antes de exiliarse en

Galicia y Argentina[164]. En 1908 publicó *Catalunha e as nacionalidades ibéricas,* una síntesis de la historia del catalanismo en la que los proyectos catalanes de federación multinacional ibérica se exponían al público portugués por primera vez. Pero el principal intermediario entre Portugal y Cataluña sería el periodista y escritor Ignasi Ribera i Rovira, quien residió varios años en la ciudad portuguesa de Tomar por razones familiares, convirtiéndose en un apasionado lusófilo, además de un ferviente partidario de la República portuguesa, al tiempo que colaboraba con el periódico catalanista de izquierda *El Poble Català*. Ribera i Rovira publicó varios libros acerca de Portugal, Cataluña y Galicia en catalán, portugués y castellano; tradujo numerosas obras de la literatura portuguesa al catalán, y escribió de forma regular artículos en la prensa catalana sobre política y cultura lusitanas (Díaz Fouces, 2000; Dumitrescu y Vieira, 2000). Aunque se limitó por lo general a destacar la necesidad de un mejor entendimiento entre Portugal y Cataluña, también escribió de forma ocasional acerca de la conveniencia de que Galicia se uniese a Portugal (Ribera, 1911). Soñaba con una república ibérica, basada en la confederación de las tres «naciones» naturales: Cataluña, Portugal y Castilla.

Aunque estaba claramente influido por los republicanos portugueses, y él mismo se aproximó a los círculos catalanistas e izquierdistas desde 1906, Ribera i Rovira también se inspiró en los proyectos iberistas soñados por el poeta Joan Maragall entre 1902 y 1905, que atribuía tanto a Portugal como a Cataluña el papel de modernizadores de Iberia. Cataluña mantendría un liderazgo informal en el proceso, como la parte más modernizada de la península, pero debería estrechar sus lazos con la nación lusa, saltando por encima de Castilla, fuente de los problemas de Portugal, desde el atraso económico al aislamiento internacional. El iberismo tripartito de Maragall se configuraba así como una síntesis de lusofilia cultural, iberismo catalanista y elementos del proyecto imperial de Prat de la Riba, y tendría plasmación concreta en una confederación ibérica. También confirió al proyecto un visible simbolismo y una dimensión mítica, aunque no un programa político definido. Para Maragall, Iberia debería transformarse en una unión pactada de tres unidades etnonacionales «naturales», que coincidirían con los tres grandes dominios lingüísticos peninsulares:

Portugal (más Galicia), Castilla y Cataluña (más Valencia y Baleares). Esas patrias o naciones naturales, orgánicas, se corresponderían además con tres ámbitos geográficos definidos: la costa atlántica, la meseta central y las tierras del Mediterráneo. Solo el territorio vasco se veía relegado dentro de este proyecto. La nueva comunidad ibérica se vería influida por la brisa renovadora de las periferias marítimas mediterránea y atlántica (Martínez-Gil, 1997).

Algunas iniciativas surgidas a principios del novecientos intentaron articular un espacio cultural y literario luso-catalán integrado. *Estudio,* una revista mensual fundada en 1913 bajo los auspicios del economista Guillem Graell, dedicó notable atención a Portugal y a otras periferias ibéricas, y sostuvo el objetivo a largo plazo de promover y difundir en la esfera pública un iberismo tripartito. Con ello, iba más allá del discurso cultural iberista del modernismo. También ha de mencionarse el círculo Maristany, fundado en 1918 en torno al escritor Fernando de Maristany, quien defendía que la literatura catalana no estaba reconocida de forma suficiente dentro de la cultura española, y empezó a buscar simpatizantes de sus posturas entre otras periferias culturales ibéricas, de modo particular en Portugal, para destacar que el sistema cultural ibérico poseía no un solo foco principal (Madrid), sino varios, al menos tres: Lisboa, Madrid y Barcelona.

Más tarde, bajo la influencia de Joan Torrendell, un escritor catalanista que por unos años había residido en Uruguay, el círculo Maristany extendió sus intereses hacia América Latina y las literaturas de otras pequeñas naciones europeas, también de naciones sin Estado. Uno de los primeros miembros del grupo fue el periodista Agustí Calvet *(Gaziel),* quien optó después por difundir un catalanismo posibilista en castellano a través de tribunas periodísticas como *La Vanguardia,* pero retornó al iberismo en sus años de madurez (Harrington, 2002; 2010: 155-158; Duarte, 2010). Esa tendencia lusófila también se hallaba en intelectuales como el filósofo Eugeni d'Ors y su secretario, el escritor y periodista Alfons Maseras, quienes visitaron en Portugal a Teixeira de Pascoaes en junio de 1919. El lugarteniente de D'Ors por un tiempo, el catalanista conservador Joan Estelrich, también permaneció durante varios meses en tierras lusitanas entre 1920 y 1921 (Cerdà, 1999). Ambos devolvían así la visita que Teixeira

de Pascoaes había efectuado al *Institut d'Estudis Catalans* en Barcelona en junio de 1918, secundada al año siguiente por las del escritor *saudosista* y ministro de Instrucción Pública Leonardo Coimbra y el antiguo primer ministro de la República Portuguesa Afonso Costa.

Sin embargo, también surgieron algunas áreas de incertidumbre y ambigüedad cada vez que los proyectos ibéricos e iberistas se expresaban en términos políticos. Por ejemplo, el escritor y publicista catalán Joaquim Casas-Carbó, un miembro destacado del grupo modernista *L'Avenç,* afirmaba en 1890 que dentro de España coexistían tres «almas nacionales» distintas: la portuguesa, la castellana y la catalana. En 1903, Casas-Carbó también sugería la posibilidad de una unión entre Portugal y un nuevo Estado español, regenerado y revigorizado a través del autogobierno de sus regiones históricas. Juntos, ambos podrían establecer un gran «Estado hispánico» en el que cada una de sus nacionalidades integrantes disfrutaría de derechos reconocidos. Desde entonces, se comprometió en la búsqueda de una fórmula de unidad en la diversidad, inspirada desde la periferia, que permitiría resolver el «problema ibérico» (Casas-Carbó, 1933). Otros autores, por el contrario, se referían a una Iberia futura como una imprecisa y contradictoria «nación de naciones».

El catalanismo conservador representado por la *Lliga Regionalista* formulaba para Portugal proyectos todavía impregnados de nociones imperiales, basadas en la aceptación y expansión del pluralismo territorial y cultural a toda la península. Los poetas Josep V. Foix y Josep Carbonell le añadieron nuevos tonos literarios, y codificaron durante los primeros años veinte nuevas imágenes de ese proyecto imperial desde una óptica vanguardista, expresada en la revista literaria *Monitor*. Una variante alternativa era el iberismo catalanista de orientación republicana e izquierdista, que coincidió con el advenimiento de la República en Portugal tras la revolución de octubre de 1910, y que abogaba por un proyecto federal en círculos concéntricos. Esta fórmula de «federalismo exterior» se complementaría con un federalismo interno dentro de cada nación ibérica, según el diseño de Antoni Rovira i Virgili, el principal exponente teórico del catalanismo republicano. Los países catalanes, por ejemplo, se configurarían internamente como una federación de Cataluña, Valencia y las

Baleares. Tras 1931, este proyecto tomaría la forma de una confederación ibérica, aunque los catalanistas de izquierda y republicanos mostraron durante los años de la II República un escaso interés por Portugal y por la cultura lusa en general (Ferré, 2005).

Hacia 1906-1907, el contacto cultural entre la élite literaria catalana y algunos escritores portugueses empezó a intensificarse, manifestándose en una mayor receptividad hacia la cultura lusa por parte de varios círculos literarios catalanistas. Empero, el diálogo era asimétrico: el interés portugués en la cultura catalana era más limitado que la disposición catalana a aprender sobre Portugal. A pesar de los ecos literarios de Cataluña en la esfera pública e intelectual portuguesa, fueron pocas las figuras políticas de relieve que expresaron algunas simpatías por el catalanismo, caso de Teófilo Braga, presidente de la República portuguesa entre 1910 y 1911[165].

La mayoría de los intelectuales catalanistas también eran activos en el terreno político. Tras la I Guerra Mundial, algunos de ellos soñaron con culminar la misión histórica de atraer a Portugal al proyecto de la Gran Iberia, como primer paso hacia la constitución de una auténtica Sociedad de Naciones. A finales de 1919, Joan Estelrich propuso que el impulso definitivo para la reestructuración de una Europa unida habría de llegar de los extremos del continente, Iberia y Escandinavia, donde la federalización de sus naciones constitutivas, tanto de Estados existentes como de *auténticas* naciones, sería un preludio de una nueva federación europea[166]. Este modelo ideal permitiría a Cataluña diseñar su propia política internacional, participando de modo activo en la Sociedad de Naciones. Alfons Maseras avanzó una propuesta similar en el verano de 1919, abogando por la incorporación de los nacionalistas catalanes a la ola de reivindicaciones nacionalistas expresadas por otros pueblos europeos. Él mismo se convirtió en un gran admirador de la literatura portuguesa, en particular de Teixeira de Pascoaes (Maseras, 1938).

Sin embargo, y pese a compartir una común oposición discursiva a «Castilla», desde la perspectiva portuguesa los sueños iberistas y los intercambios culturales con la periferia hispánica no necesariamente se traducían en un apoyo político proactivo al catalanismo. A mediados de

1919, a Coimbra y a Afonso Costa, quien era el delegado portugués en la Conferencia de Paz de Versalles, les fue entregado un memorándum por parte de un grupo catalanista radical, que les urgía a presentarlo en nombre de los derechos de Cataluña ante los estadistas congregados en París. El texto aludía a la existencia de una «Gran Iberia» conformada por tres naciones: Portugal, Castilla y Cataluña. Los representantes lusos se limitaron a acusar recibo del documento y, acto seguido, lo remitieron a la embajada española en Lisboa[167]. Igualmente, varios intelectuales catalanistas en los veinte y treinta se mostraron reticentes políticamente hacia los proyectos iberistas. Aunque habían tributado una fervorosa acogida a Teixeira de Pascoaes en 1918, la relación no prosperó más allá de los intercambios literarios iniciales (Harrington, 2010: 156).

El nacionalismo gallego y Portugal: espejos invertidos

Los nacionalistas gallegos se han caracterizado a lo largo de su historia por su constante apelación retórica a Portugal, pero también por su ambivalente relación hacia el país vecino (Santos Araújo, 2004). La referencia a la lengua portuguesa y su parentesco con el gallego servía a los galleguistas para insistir en que su idioma, que había sido reducido a una lengua popular en la Edad Moderna hasta su renacimiento literario en el siglo XIX, no era una lengua inútil, ni minoritaria, sino que se vinculaba a un idioma hablado en varios continentes, con una alta cultura reconocida. Si bien esa relación era innegable en el pasado medieval, avalada por una tradición literaria compartida, los problemas surgían al extenderla a la lengua moderna. ¿Era el portugués la variante estandarizada del gallego y, por tanto, la norma culta y escrita a adoptar por los galleguistas? ¿O se trataba de dos lenguas románicas interrelacionadas y con grandes similitudes, pero distintas, como el occitano y el catalán? Si bien los intelectuales galleguistas y portugueses reconocían que un mismo idioma había sido hablado en la Edad Media a ambos lados del Miño, las discrepancias surgían a la hora de redefinir la relación presente y futura entre ambas variantes idiomáticas. En el ámbito político, el movimiento

galleguista aspiraba a construir una relación bilateral y privilegiada entre Galicia y Portugal en el seno de una confederación multinacional ibérica. Para los gallegos, esto no implicaba, salvo para sectores marginales, una reintegración política de Galicia al Estado nacional portugués, sino la forja de una alianza especial entre dos «naciones hermanas».

Este complejo mensaje hallaba un escaso eco en Portugal. La mayoría de los intelectuales lusos, incluso los más informados o mejor predispuestos hacia el poco conocido país del norte, contemplaban a Galicia con un cierto sentimiento de pérdida, una nostalgia o *saudade* de tiempos pasados, pero no como una cuestión de relevancia para las preocupaciones presentes de Portugal, o como un posible aliado a tener en cuenta en proyectos políticos futuros. Algunos, pocos, contemplaban a Galicia como un fragmento de Portugal que había sido anexionado o perdido a favor de Castilla: una irredenta colonizada bajo la «garra de Castilla», como escribió Teixeira de Pascoaes. Pero solo segmentos de las élites políticas portuguesas marginales y desprovistos de poder suscribirían el anhelo de anexión o federación con Galicia. Entre esas voces se podría citar al líder fascista Rolão Preto, quien en 1934 escribía que Portugal sin Galicia era una «nação amputada», o los escasos defensores de la reinstauración de la monarquía a fines del siglo XX (Núñez Seixas, 1993; Banhos *et al.,* 1997; Vázquez Cuesta, 1995).

Sin embargo, Portugal siempre era parte del proyecto nacionalista gallego; la nación lusa era percibida como un garante de la supervivencia de Galicia como entidad política y cultural distinta y reconocible. El Estado-nación vecino podía ser —llegado el caso— un potencial patrón externo en el ámbito de las relaciones internacionales y, sobre todo, ofrecía el modelo de una alta cultura plenamente desarrollada en un idioma similar al gallego. A ambos lados del confín galaico-portugués se desarrolló a lo largo de los siglos una dinámica más ambigua entre gallegos y *minhotos* o transmontanos. Aunque los estereotipos negativos mutuos estaban presentes, las poblaciones fronterizas también estaban profundamente interconectadas a través de vínculos familiares, estrategias compartidas de reproducción social, migraciones estacionales, negocios y contrabando. Las relaciones sociales cotidianas y la inteligibilidad mutua eran facilitadas, además, por la similaridad aún mayor entre los dialectos gallegos y

portugueses hablados a ambos lados de la frontera (Agra Romero y Rodríguez Rial, 2003; López Mira, 2002; Medeiros, 2006; Núñez Seixas, 2009).

Durante su fase regionalista, que duró hasta 1916-1918, el galleguismo político otorgó una atención discursiva y cultural a Portugal relativamente escasa (Villares, 1983). Algunos historiadores regionalistas, como José Verea Aguiar y Benito Vicetto, se refirieron de modo ocasional al positivo papel desempeñado por Portugal en la evolución histórica de Galicia, así como a los vínculos pasados y presentes entre ambos países. Sin embargo, en su monumental *Historia de Galicia* en cinco volúmenes (1865-1911), Manuel Murguía, el teórico principal del regionalismo liberal gallego del siglo XIX, mantuvo una postura ambivalente acerca del papel de Portugal en la forja de la identidad gallega en el pasado. Por un lado, lamentaba la separación política de Portugal y Galicia desde el siglo XII, y el progresivo distanciamiento lingüístico que de ella resultó. Por otro lado, su lectura de la historia medieval gallega destacaba el desplazamiento progresivo del centro de gravedad de Portugal hacia Lisboa, disminuyendo así el influjo de las regiones septentrionales en la evolución del país. Eso minimizaba toda posibilidad de que Galicia pudiese tener algún peso en la política y la cultura portuguesas. La supuesta existencia de un sustrato racial céltico, propio del solar galaico, era para Murguía un elemento mucho más definitorio para la identidad nacional de Galicia que la posesión de una lengua distintiva y más o menos compartida con Portugal. Solo en algunas ocasiones mencionó de forma explícita que la lengua gallega también era hablada al otro lado de la frontera del Miño.

Esta fórmula retórica fue usada de forma esporádica por los regionalistas gallegos para recordar a sus adversarios políticos y culturales que el gallego era una lengua digna de reconocimiento y prestigio, sobre todo en un período en el que aquella aún carecía de una normativización unificada, y su corpus literario moderno se hallaba en proceso de formación. Empero, con anterioridad al surgimiento de las *Irmandades da Fala* en 1916 apenas hubo relaciones directas entre intelectuales portugueses y gallegos. Los limitados ejemplos de modelos literarios que circularon entre las dos culturas incluyen el poema épico del bardo

galleguista Eduardo Pondal, cuya obra *Os Eoas* fue inspirada en buena medida por *Os Lusiadas* de Camões (Torres Feijó, 1999).

Con la fundación en 1905 de la Academia Gallega de la Lengua, con el propósito de codificar y depurar el idioma propio, los galleguistas acometieron la tarea de elaborar lo que el lingüista Heinz Kloss denominaría un *Ausbausprache:* una lengua de cultura por elaboración, construida a través de la fijación selectiva de un estándar partiendo de diversas variables dialectales, sometidas a su vez a contacto lingüístico con idiomas afines. El galleguismo adoptó así un estándar lingüístico específico e independiente, que sin embargo solo fue establecido de forma provisional por primera vez en 1934, además de una morfología y ortografía propia, fundamentada sobre todo en la tradición escrita autóctona de los cancioneros medievales (Monteagudo, 1999), e incorporando elementos en forma de préstamos y cultismos del portugués, del castellano y otros idiomas románicos.

Hacia 1916-1918, Portugal pasó a desempeñar un papel renovado en el discurso político y cultural del galleguismo político, ahora redefinido como nacionalismo. Varios factores se combinaron para hacer de Portugal un triple «referente de reintegación» para el galleguismo, función que en buena medida sigue desempeñando hoy (Beramendi, 2007).

1) Políticamente, Portugal funcionaría como un contrapeso frente a Castilla, y habría de favorecer la conversión del Estado español en una (con)federación ibérica, una de cuyas unidades federadas constitutivas sería Galicia, cuya afinidad cultural con Portugal le conferiría un papel mediador único entre todas las naciones ibéricas. En el manifiesto aprobado por la I Asamblea Nacionalista celebrada en Lugo (noviembre de 1918), el movimiento galleguista adoptó entre otros acuerdos mantener una postura «accidentalista» frente a la forma de Gobierno preferida para España, fuese monarquía o república: optaría por el tipo de régimen que permitiese una mayor aproximación a Portugal. Para los nacionalistas gallegos, el dilema entre monarquía y república era menos importante que la aproximación política a Portugal. No obstante, los contactos políticos entre los nacionalistas gallegos y representantes políticos portugueses fueron poco frecuentes. La movilización galleguista por la autonomía durante la II

República española solo recibió una discreta atención en la prensa portuguesa, aunque eso también ayudó a *redescubrir* las semejanzas culturales e históricas entre ambos lados del río Miño (Cunha, 2007).

2) Desde un punto de vista cultural, Portugal reforzaría su papel de legitimación externa del emergente sistema cultural gallego. El país vecino seguía siendo visto como un campo para la expansión y el diálogo cultural, con vistas a la consolidación de una esfera galaico-lusófona independiente del mercado cultural español y sus jerarquías. La lengua, junto a la historia y la *raza,* se convirtió en el elemento principal en la definición de los marcadores de la identidad nacional gallega. La proximidad idiomática e histórica a Portugal lo convertían en un elemento destacado en esta elaboración, que se veía complementada con el relevante papel otorgado a Portugal en el corpus teórico del nacionalismo gallego construido por Vicente Risco, su principal ideólogo en la anteguerra. Risco defendía una visión spengleriana de la historia y contemplaba a las naciones atlánticas y célticas como el último refugio seguro en el futuro para la civilización europea. Esa creencia lo llevó igualmente a elaborar una interpretación peculiar del sentimiento nostálgico, de la *saudade,* como un elemento constitutivo del espíritu nacional o *Volksgeist* gallego, que presentaba más de un punto en común con la concepción de la identidad portuguesa avanzada por Teixeira de Pascoaes; ambos países estarían así vinculados en una misma comunidad de destino (Harrington, 2006-2007). Otros intelectuales galleguistas, como Xoán Vicente Viqueira, se hicieron eco de algunas propuestas para fundir las culturas gallega y portuguesa, basándose en una idealización común del concepto de *saudade*[168].

Además de algunos intercambios culturales esporádicos a nivel individual entre intelectuales nacionalistas gallegos y portugueses, como la correspondencia que mantuvieron Vicente Risco y Teixeira de Pascoaes, la relación más intensa fue sin duda la que se inició hacia 1920 entre la llamada generación *Nós* y varios núcleos intelectuales al sur del río Miño. La relación se vio reforzada por la creación del *Seminario de Estudos Galegos* (SEG), una institución cultural polifacética creada en 1922 por varios investigadores y profesores vinculados en su mayoría a la Universidad de Santiago de Compostela. El SEG dedicó buena parte de sus

esfuerzos a la etnografía y la arqueología, e intentó reconstruir la historia de la antigua *Gallaecia,* el espacio común que se extendía hasta el río Duero y que coincidía con el solar histórico del antiguo reino suevo. Este proyecto de reconstrucción revelaría que el ámbito de influencia territorial del precedente histórico de la nación gallega se extendía más allá de las fronteras galaico-portuguesas contemporáneas. Destacados intelectuales lusos visitaron el SEG y participaron en las actividades de los círculos culturales galleguistas. El grupo articulado alrededor de la revista *Nós* tejió una fluida relación con la alta cultura portuguesa, en particular con el grupo *A Aguia,* establecido en Oporto, que editaba la revista *Renascença,* promovida por figuras como R. Brandão, Leonardo Coimbra y Teixeira de Pascoaes, quienes se mostraban receptivos hacia las nuevas voces que venían de Galicia. Intercambiaron ideas en el ámbito de la literatura y las artes, y establecieron un espacio de sociabilidad intelectual transnacional. Tanto el grupo de la *Renascença* como el grupo *Nós* también coincidieron en sus postulados políticos y sociales de naturaleza elitista, poco sensibles a la cuestión social y reticentes a la democracia liberal (Torres Feijó, 1995; Villares, 2002).

La relación tuvo continuidad a lo largo de la década de 1930, e incluso sobrevivió al estallido de la guerra civil española. Sin embargo, durante ese período el movimiento galleguista se orientó de forma progresiva hacia la izquierda liberal y republicana, y la mayoría de los líderes e intelectuales galleguistas adoptaron un perfil político reformista. Los principales interlocutores para los nacionalistas gallegos en Portugal pasaron ahora a ser los integrantes del círculo *Seara Nova,* una revista lisboeta fundada en 1921 que propugnaba una oposición pragmática a la dictadura de Salazar (Ventura, 1987-1988). Algunos destacados intelectuales portugueses también participaron en las «Semanas luso-galegas» que tuvieron lugar en Vigo (1933) y Oporto (1935), organizadas por el *Seminario de Estudos Galegos*. El punto culminante de esta redefinición de las actitudes galleguistas hacia Portugal se expresó en los escritos, publicados en el exilio, de Alfonso R. Castelao, quien codificó mejor que nadie el ideal republicano y confederal ibérico, definiéndolo como una estructura pentanacional que permitiría recrear lo que él denominaba *Hespaña,* un

equivalente contemporáneo de la antigua Iberia o de la *Hispania* romana. Esta última era entendida también, a su vez, como una reinterpretación actualizada de la comunidad política ibérica premoderna, que sería revivida como una fórmula para reconciliar el ideal de democracia con las genuinas reivindicaciones nacionales y el deseo de una convivencia pacífica de todas las naciones peninsulares, hermanadas por una misma república (Castelao, 1944).

3) Desde un punto de vista económico, los nacionalistas gallegos y algunos intelectuales portugueses abogaron por una intensificación de los contactos y la colaboración entre Galicia y, en especial, el norte de Portugal, viendo en ella una posible solución al común problema del relativo atraso económico, mediante la constitución de un espacio transfronterizo de innovación e intercambio comercial.

En el intercambio cultural galaico-portugués también anidaban algunas contradicciones. En primer lugar, ¿aludían los galleguistas lusófilos a una hermandad galaico-portuguesa, o más bien a una afinidad galaico-minhoto-transmontana, reconstruyendo el solar histórico de la antigua *Gallaecia* romana? El peso del historicismo en las formulaciones de los nacionalistas gallegos, por un lado, y la desconfianza hacia el fuerte centralismo lisboeta, por otro, hacía aparecer las tierras portuguesas situadas al sur del Duero/Douro como un lugar distante. De modo paradójico, eso también reforzaba la inversa percepción portuguesa de que toda apelación a la unidad ibérica proveniente de la frontera septentrional del país suponía una amenaza de asimilación. En segundo lugar, persistía (y persiste) cierta incertidumbre acerca de cómo articular entre sí las variantes lingüísticas gallega y portuguesa. Ni siquiera los defensores más ardientes del llamado *reintegracionismo* lingüístico se han puesto de acuerdo sobre las vías a seguir hacia la unificación ortográfica con la lengua portuguesa. En general, además, la opinión pública y las élites político-intelecuales lusas, aunque con notables excepciones, han mostrado un escaso interés en favorecer una aproximación lingüístico-cultural con Galicia, y en buena medida ni siquiera tenían una idea clara acerca de qué era el idioma gallego.

Cabe preguntarse si alguna vez existió una respuesta consistente y articulada por parte de la intelectualidad y la opinión pública portuguesa a

las apelaciones y cantos de sirena del galleguismo; y si, de existir, fue diferente de la dispensada a los catalanistas dos décadas antes. Algunos autores sostienen que tal respuesta existió, y que la progresiva interacción entre demandas galleguistas y algunos sectores de la intelectualidad portuguesa solo fue interrumpida de manera brusca por el estallido de la guerra civil española, lo que provocó que esa relación incipiente tuviese que ser reconstruida desde prácticamente cero en los difíciles años de la posguerra, y no se retomase en la práctica hasta los años setenta, con distintos protagonistas (Torres Feijó, 1995). El antropólogo António Medeiros (2003, 2006) también ha concluido que ciertamente existió alguna respuesta portuguesa a los llamamientos galleguistas en busca de reconocimiento; pero las esperanzas y expectativas de ambas partes eran asimétricas, y en parte mutuamente ininteligibles. Las relaciones luso-galaicas fueron percibidas a ambos lados del Miño a través del espejo de lo que cada interlocutor quería ver.

Por el contrario, la aproximación catalanista a Portugal fue más pragmática: no se preocupaba de mirar a Portugal para definir su propio ser nacional, sino de expandir el conocimiento de una lengua, una literatura y una diferencia nacional que no dependía de la mirada lusa. Para los nacionalistas gallegos en el pasado y en el presente, Portugal ha representado siempre un elemento de esperanza, pero también de complejidad, en su autorrepresentación como una comunidad nacional, étnica o cultural distintiva.

162*. Reelaboración de «Iberia Reborn: Portugal through the Lens of Catalan and Galician Nationalism (1850-1950)», en Joan-Ramon Resina (ed.), I*berian Modalities. A Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula,* Liverpool, Liverpool University Press, 2013, págs. 83-98.

163 Véanse Rocamora (1994) y Rina Simón (2017). Este modelo explicativo también fue empleado por los republicanos españoles para justificar por qué las colonias de América habían optado por la independencia entre 1808 y 1825. Su argumento era que los criollos eran auténticos patriotas liberales, que preferían crear una nueva España en ultramar antes que volver a ser súbditos de un monarca absoluto.

164 La fascinante trayectoria de Navarro Monzó todavía espera una biografía. Estuvo exiliado en Galicia hasta 1910, y más tarde se estableció en Argentina. Allí se convirtió en profesor de Historia de las Religiones en la Universidad de La Plata y también trabajó para el Gobierno argentino, además de contribuir a difundir el protestantismo en Latinoamérica.

165 T. Braga, «Què és l'iberisme?», *Messidor,* marzo de 1918.

166 J. Estelrich, «Escandinàvia i Ibèria. Paral.lelismes polítics», *Messidor,* noviembre de 1919, diciembre de 1919 y enero de 1920. Más detalles en Núñez Seixas (2010b: 70-71).

167 *Diário de Notícias,* 13 de junio de 1919; informe del embajador español en Lisboa, s. f. (junio de 1919), Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, H.3109, exp. 15.

168 Esto iba más allá de los intentos fallidos de Ribera i Rovira algunos años atrás para trazar un paralelismo similar entre la *saudade* portuguesa y la *enyorança* catalana.

Bibliografía

ABELEDO, W., «La Guerra de independencia cubana en la prensa gallega de la isla a finales del siglo XIX», en Yoel M. L. Vázquez, *Memoria,* La Habana, Ed. Arte y Literatura, 2002, págs. 181-206.

AGRA ROMERO, M.ª X., y RODRÍGUEZ RIAL, N. (eds.), *Galiza e Portugal: Actas do IV Simposio Internacional Luso-Galaico de Filosofía, Santiago, 28-29 novembro, 2003,* Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2003.

AGUADO RENEDO, C., «El primer precedente directo de los actuales Estatutos de Autonomía: las "Constituciones Autonómicas" de Cuba y Puerto Rico», *Historia Constitucional,* 3, 2002. Disponible en: http://www.historiaconstitucional.com/index.php/historiaconstitucional/article/view/180/160.

ALLARDT, E., «I mutamenti della natura dei movimenti etnici: dalla tradizione all'organizzazione», *Il Mulino,* 263, 1979, págs. 323-348.

ALONSO, R., «Pathways out of Terrorism in Northern Ireland and the Basque Country: The Misrepresentation of the Irish Model», *Terrorism and Political Violence,* 16: 4, 2004, págs. 695-713.

ALONSO ROMERO, M.ª P., *Cuba en la España liberal (1837-1898): génesis y desarrollo del sistema autonómico,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2002.

ÁLVAREZ CHILLIDA, G., y MARTÍN CORRALES, E., «Haciendo patria en África: España en Marruecos y en el Golfo de Guinea», en J. Moreno Luzón y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX,* Barcelona, RBA, 2013, págs. 399-432.

ÁLVAREZ GILA, Ó., «La vinculación entre clero e inmigración vasca en Argentina: razones y formas», *Hispania Sacra,* L: 102, 1998, págs. 557-587.

— «Clero vasco y nacionalismo: del exilio al liderazgo de la emigración (1900-1940)», *Studi Emigrazione / Migration Studies,* XXXVI: 133, 1999a, págs. 103-118.
— «Los inicios del nacionalismo vasco en América. El Centro Zazpirak Bat de Rosario (Argentina)», *Sancho el Sabio,* 12, 1999b, págs. 153-176.
ÁLVAREZ GILA, Ó., y TÁPIZ, J. M.ª, «Prensa nacionalista vasca y emigración a América (1900-1936)», *Anuario de Estudios Americanos,* LIII: 1, 1996, págs. 233-260.
ÁLVAREZ JUNCO, J., *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Madrid, Taurus, 2001.
APPLEGATE, C., «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *The American Historical Review,* 104: 4, 1999, págs. 1157-1182.
ARANA, S. de, *Obras Completas,* vol. II, Bayona y Buenos Aires, Sabindiar Batza, 1965.
ARCHILÉS, F., «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, CEPC, 2007, págs. 127-151.
— «¿Ni imperio ni imperialismo? El imaginario nacional español y el imperialismo africanista en la España de la Restauración (c. 1880-c. 1909)», en F. Archilés, M. García Carrión e I. Saz (eds.), *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada,* Valencia, PUV, 2013, págs. 201-224.
ARESTI, N., «De heroínas viriles a madres de la Patria: las mujeres y el nacionalismo vasco (1893-1937)», *Historia y Política,* 31, 2014, páginas 287-308.
ARIZTIMUÑO, J., *Obras completas-Idazlan Guztiak,* San Sebastián, Erein, vol. V, 1988.
ARROZARENA, C., «Los vascos en las guerras de independencia de Cuba (glosas a una historia por escribir)», en A. Ugalde (ed.), *Patria y libertad. Los vascos y las guerras de independencia de Cuba (1868-1898),* Tafalla, Txalaparta, 2012, págs. 15-160.

— *El roble y la ceiba: Historia de los vascos en Cuba,* Tafalla, Txalaparta, 2013.
BADIA MALAGRIDA, C., *El factor geográfico en la política sudamericana,* Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1919.
BAEZA, R., *La isla de los santos. Itinerario en Irlanda,* ed. de L. A. Laget y E. Hernández Cano, Igitur, Montblanc, 2010.
BANHOS, A., *et al., Galiza-Portugal, uma só nação,* Lisboa, Nova Arrancada, 1997.
BARRACHINA, M.-A., *Propagande et culture dans l'Espagne franquiste 1936-1945,* Grenoble, ELLUG, 1998.
BASALDUA, P. de, *El libertador vasco,* Buenos Aires, Ekin, 1953.
BAYCROFT, T. (ed.), *What is a Nation? Europe 1789-1914,* Oxford, Oxford University Press, 2006.
BEER, M., y DYROFF, S. (eds.), *Politische Strategien nationaler Minderheiten in der Zwischenkriegszeit,* Múnich, Oldenbourg, 2014.
BEER, W., «The Social Class of Ethnic Activists in Contemporary France», en M. J. Esman (ed.), *Ethnic Conflict in the Western World,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1977, págs. 143-158.
BELL, J. B., *On Revolt. Strategies of National Liberation,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1976.
BERAMENDI, J. G., *Galicia, de provincia a nación. Historia do galeguismo político,* Vigo, Xerais, 2007.
BERGEM, D., *Identitätsformationen in Deutschland,* Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften, 2005.
BERGER, S., «Historians and Nation-Building», *Past & Present,* 148, 1995, págs. 187-222.
— *The Past as History. National Identity and Historical Consciousness in Modern Europe,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2015.
BERGER, S., y LORENZ, Ch. (eds.), *The Contested Nation: Ethnicity, Class, Religion and Gender in National Histories,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.
— (eds.), *Nationalizing the Past: Historians as Nation-Builders,* Basingstoke, Palgrave, 2010.

BERGER, S., y MILLER, A., «Nation-building and Regional Integration, c. 1880-1914: The Role of Empires», *European Review of History / Revue Européenne d'Histoire,* 15: 3, 2008, págs. 317-330.

— (eds.), *Nationalizing Empires,* Budapest y Nueva York, CEU, 2015.

BERNAL VELÁZQUEZ, Y., «España en Cuba, Federico Capdevila, una página de honor y valentía», *Contribuciones a las Ciencias Sociales,* 2010. Disponible en: www.eumed.net/rev/cccss/10/.

BILLIG, M., *Banal Nationalism,* Londres, Sage, 1995.

BIZCARRONDO, M., y ELORZA, A., *Cuba/España. El dilema autonomista, 1878-1898,* Madrid, Colibrí, 2000.

BLANCO RODRÍGUEZ, J. A., «La actitud de Martí ante los españoles y la presencia de estos en el Ejército Libertador Cubano», en J. P. Fusi y A. Niño (eds.), *Antes del «Desastre»: orígenes y antecedentes de la crisis del 98,* Madrid, Universidad Complutense, 1996, págs. 211-223.

BOEHM, M. H., *Europa Irredenta. Eine Einführung in das Nationalitätenproblem der Gegenwart,* Berlín, R. Hobbing, 1923.

BROWN, D., *Contemporary Nationalism. Civic, Ethnocultural & Multicultural Politics,* Londres y Nueva York, Routledge, 2000.

BROWN, T. S., *Irish-American Nationalism, 1870-1890,* Nueva York y Filadelfia, Lippincot & Co., 1966.

BRUBAKER, R., *Nationalism Reframed. Nationhood and the National Question in the New Europe,* Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

BURGAYA RIERA, J., «La formació del catalanisme conservador i els models "nacionals" coetanis. Premsa catalanista i moviments nacionalistes contemporanis, 1868-1901», Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 1999.

CABO, M., y MOLINA, F., «The Long and Winding Road of Nationalization. Eugen Weber's Peasants into Frenchmen in Modern European History (1976-2006)», *European History Quarterly,* 39: 2, 2009, páginas 264-286.

CALIC, M. J., *Der Krieg in Bosnien-Hercegovina. Ursachen, Konfliktstrukturen, internationale Lösungsversuche,* Fráncfort,

Suhrkamp, 1995.
CARDOZO URCÁTEGUI, A., «La construcción de un Simón Bolívar vasco: Del problema historiográfico a la construcción identitaria», *Vasconia,* 38, 2012, págs. 479-494.
CARNEY, S., *Breiz Atao! Mordrel, Delaporte, Lainé, Fouéré: une mystique nationale (1901-1948),* Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2015.
CAROD-ROVIRA, J.-Ll., *El futur a les mans,* Barcelona, Angle, 2003.
CASAS-CARBÓ, J., *Un llibre estel? El problema peninsular 1924-1932,* Barcelona, Catalònia, 1933.
CASASSAS, J., «La radicalització del nacionalisme», *L'Avenç,* 69, 1984, páginas 56-61.
CASTELAO, A. R., *Sempre en Galiza,* Buenos Aires, As Burgas, 1944.
CASTELLS, V., *Catalans d'Amèrica per l'independència,* Barcelona, Pòrtic, 1986.
CASTRO LÓPEZ, M., *El padre intelectual de los próceres de la independencia argentina,* Buenos Aires, s. e., 1903.
— *El coronel José Neira,* Buenos Aires, J. Estrach, 1908.
— *Gallegos que ayudaron a la emancipación sudamericana,* Buenos Aires, J. Estrach, 1910.
— *El tercio de Galicia en la defensa de Buenos Aires: documentos inéditos,* Buenos Aires, s. e., 1911.
— *La ascendencia de Ribadavia,* Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura, 1919.
CATROGA, F., «Nacionalismo e ecumenismo: A questão ibérica na segunda metade do século XIX», *Cultura, História e Filosofia,* IV, 1985, páginas 419-483.
CERDÀ, J., «Eugenio d'Ors y Portugal», en J. Carrasco González *et al.* (eds.), *I Encuentro Internacional de Lusitanistas Españoles: Cáceres, 10, 11 y 12 de noviembre de 1999,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999, págs. 525-542.
CHAKRABARTY, D., *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference,* Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2000.

CHATTERJEE, P., *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories,* Princeton, Princeton University Press, 1993.

— *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos,* Buenos Aires, Siglo XXI / Clacso, 2008.

COAKLEY, J., «Independence National Movements and National Minorities: Some Parallels in the European Experience», *European Journal of Political Research,* 8, 1980, págs. 215-247.

COLE, L., y UNOWSKY, D. L. (eds.), *The Limits of Loyalty. Imperial Symbolism, Popular Allegiances, and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy,* Nueva York, Berghahn, 2009.

COMAS I GÜELL, M., *Victor Balaguer i la identitat col.lectiva,* Catarroja, Afers, 2008.

CONANGLA I FONTANILLES, J., *La Constitució de l'Havana i altres escrits,* Barcelona, La Magrana / Diputació de Barcelona, 1986.

CONFINO, A., *Germany as a Culture of Remembrance: Promises and Limits of Writing History,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2006.

CONRAD, S., *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual,* Barcelona, Crítica, 2017.

CONVERSI, D., «Domino Effect or Internal Developments? The Influences of International Events and Political Ideologies on Catalan and Basque Nationalism», *West European Politics,* 16: 3, 1993, págs. 245-270.

CORES TRASMONTE, B., «A Constitución de Cuba e Porto Rico, primeiro modelo autonómico español», *Estudios de Historia Social,* 28-29, 1984, págs. 407-418.

CORTESÃO, A.; ARAQUISTÁIN, L.; IRUJO, M. de, y PI SUÑER, C., *La Comunidad Ibérica de Naciones,* Buenos Aires, Ekin, 1945.

CREXELL, J., *Origen de la bandera independentista,* Barcelona, El Llamp, 1988.

CRUSET, M.ª E., *Nacionalismo y diásporas. Los casos vasco e irlandés en Argentina (1869-1922),* La Plata, Edición personal, 2015.

CUCURULL, F., *Dos pobles ibèrics,* Barcelona, Selecta, 1967.

CUNHA, N. Ferreira da, *A Autonomia Galega na imprensa periódica portuguesa (1931-1936),* Monção, Casa Museu / Universidade do Minho, 2007.

CUNSOLO, R., *Italian Nationalism: Fromits Origins to World War II,* Malabar, Robert E. Krieger, 1990.

DALLA CORTE, G., *Casa de América de Barcelona (1911-1947): Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional,* Madrid, LID, 2005.

— *La «Crónica Argentina» de Ricardo Monner Sans. Periodismo, política y cultura en la Revista «Mercurio» de Barcelona,* Barcelona, Reial Acadèmia de les Bones Lletres, 2013.

DANFORTH, L., *The Macedonian Conflict: Ethnic Nationalism in a Transnational World,* Princeton, Princeton University Press, 1995.

DANN, O., *Nation und Nationalismus in Deutschland, 1770-1990,* Múnich, Beck, 1993.

DAVIES, H. D., *The Welsh Nationalist Party, 1925-1945: A Call to Nationhood,* Cardiff, University of Wales Press, 1983.

DE WINTER, L.; GÓMEZ-REINO, M., y LYNCH, P. (eds.), *Autonomist Parties in Europe: Identity Politics and the Revival of the Territorial Cleavage,* Barcelona, ICPS, 2006.

DEDEU, M., *El catalanismo en acción: fijando posiciones,* Buenos Aires, Imp. López, 1919.

DELGADO CENDAGORTAGALARZA, A., «Sympathy with you as a Nation: Las relaciones entre el nacionalismo vasco y galés hasta la Guerra Civil española», *Historia y Política,* 25, 2011, págs. 331-355.

DÉNIEL, A., *Le mouvement breton, 1919-1945,* París, Maspero, 1976.

DÍAZ FOUCES, O., «Traduzir e comunicar: Ignasi Ribera i Rovira, uma ponte entre Portugal e Catalunha», *Traducción & Comunicación,* 1, 2000, págs. 7-34.

DIEKMANN, K., *Die nationalistische Bewegung in Wales,* Paderborn, Schöningh, 1998.

DUARTE, À., «La península inacabada. Notas abiertas para una aproximación catalana a Iberia», *Revista de História das Ideias,* 31,

2010, páginas 189-218.
DUHAMEL, M., *Le Fédéralisme international et le réveil des nationalités. Suivi d'un extrait des Statuts du Comité Central des Minorités Nationales de France,* Rennes, Éditions du P.A.B., 1928.
— *La Question Bretonne dans son cadre européen,* Quimper, Ed. Nature et Bretagne, 1978 [1929].
DUMITRESCU, D., y VIEIRA, D. J., «The Catalan Lusophile Ignasi Ribera i Rovira», *Hispania,* 83: 22, 2000, págs. 321-323.
EASTMAN, S., *Preaching Spanish Nationalism across the Hispanic Atlantic, 1759-1823,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2011.
ELEIZALDE, L. de, *Países y razas. Las aspiraciones nacionalistas en diversos pueblos,* Bilbao, Grijelmo, 1914.
ELORZA, A., *Ideologías del nacionalismo vasco (1876-1937),* San Sebastián, Amorrortu, 1978.
— «Los nacionalismos en el Estado español contemporáneo: las ideologías», *Estudios de Historia Social,* 28-29, 1984, págs. 149-168.
ELORZA, A., y HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *La Guerra de Cuba (1895-1898): Historia política de una derrota colonial,* Madrid, Alianza Editorial, 1998.
ELVERT, J., *Vom Freistaat zur Republik. Der außenpolitische Faktor im irischen Unabhängigkeitsstreben zwischen 1921 und 1948,* Bochum, Brockmeyer, 1989.
ERIKSONAS, L., *National Heroes and National Identities: Scotland, Norway, and Lithuania,* Berna, Peter Lang, 2004.
ESTEBAN DE VEGA, M., y CALLE VELASCO, D. de la (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 2012.
EVANS, R., *Cosmopolitan Islanders: British Historians and the European Continent,* Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
FAHRMEIR A., y JONES, H. S., «Space and Belonging in Modern Europe: Citizenship(s) in Localities, Regions, and States», *European Review of History / Revue Européenne d'Histoire,* 15: 3, 2008, págs. 243-253.
FANON, F., *Les damnés de la terre,* París, La Découverte, 2002 [1961].

FERNÁNDEZ, A. E., *Un «Mercado étnico» en el Plata: emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935,* Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2004.

— «Prédiques de Germanor: Las asociaciones catalanas de Buenos Aires y sus prácticas institucionales (1850-1940)», *Historia Social,* 70, 2011, págs. 63-80.

FERRÉ, X., *De la nació cultural a la nació política. La ideologia nacional d'Antoni Rovira i Virgili,* Catarroja, Afers, 2005.

FERRER I PONT, J. C., *Nosaltres Sols! La revolta irlandesa a Catalunya, 1910-1923,* Barcelona, Abadia de Montserrat, 2007.

FERRITER, D., y RIORDAN, S. (eds.), *Years of Turbulence: The Irish Revolution and Its Aftermath,* Dublín, UCD Press, 2015.

FINK, C., *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews, and International Minority Protection, 1878-1938,* Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

FISCHER-TINÉ, H., «Indian Nationalism and the "World Forces": Transnational and Diasporic Dimensions of the Indian Freedom Movement on the Eve of the First World War», *Journal of Global History,* 2, 2007, págs. 325-344.

FLANAGAN, F., *Remembering the Revolution: Dissent, Culture, and Nationalism in the Irish Free State,* Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2015.

FLORY, T., *Le mouvement régionaliste français. Sources et développements,* París, PUF, 1966.

FONTAN, F., *Ethnisme. Vers un nationalisme humaniste,* s. l., s. e., 1961.

— *Nationalisme révolutionnaire, religion marxiste et voie scientifique du progrès,* s. l., PNO, 1972.

FRADERA, J. M., «The Empire, the Nation, and the Homelands: 19th Century Spain's National Idea», en J. Augusteijn y E. Storm (eds.), *Nation and Region: Nation-Building, Regional Identities and Separatism in Nineteenth-Century Europe,* Basingstoke, Palgrave, 2012, páginas 131-148.

— *La nación imperial: 1750-1918,* Barcelona, Edhasa, 2015, 2 vols.

FRANK, T., y HADLER, F. (eds.), *Disputed Territories and Shared Pasts: Overlapping National Histories in Modern Europe,* Basingstoke, Palgrave, 2010.

FUENTES CODERA, M., *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra,* Lleida, Pagès, 2009.

FUNDACIÓN VASCO-ARGENTINA JUAN DE GARAY, *Los vascos en la Argentina. Historia y protagonismo,* Buenos Aires: Fundación Vasco-Argentina Juan de Garay, 2011.

GAGNON, V. P., *The Myth of Ethnic War: Serbia and Croatia in the 1990s,* Ithaca, Cornell University Press, 2004.

GALLASTEGI, E., *Por la Libertad Vasca,* Bilbao, Verdes, 1933.

GALSTER, I., *Aguirre o la posteridad arbitraria. La rebelión del conquistador vasco Lope de Aguirre en historiografía y ficción histórica (1561-1992),* Bogotá, Editorial Universidad del Rosario / Editorial Universidad Javeriana, 2011.

GAMMERL, B., *Untertanen, Staatsbürger und Andere. Der Umgag mit ethnischer Heterogenität im Britischen Weltreich und im Habsburgerreich 1867-1918,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010.

GANDÍA, E. de, *Donde nació el fundador de Buenos Aires,* Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Sociedad de Publicaciones, 1927.

GARCÍA SEBASTIANI, M., y MARCILHACY, D., «América y la fiesta del 12 de Octubre», en J. Moreno Luzón y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX,* Barcelona, RBA, 2013, págs. 364-398.

GATTERER, C., *Im Kampf gegen Rom. Bürger, Minderheiten und Autonomien in Italien,* Viena, Europa Verlag, 1968.

GERDES, D., *Regionalismus als soziale Bewegung: Westeuropa, Frankreich, Korsika,* Fráncfort y Nueva York, Campus, 1985.

GILLEY, S., «Pearse's Sacrifice: Christ and Cuchula in Crucified and Risen in the Easter Rising, 1916», en J. Obelkevich, L. Roper y R. Samuel (eds.), *Disciplines of Faith. Studies in Religion, Politics, and Patriarchy,* Londres, Routledge & Kegan Paul, 1987, págs. 479-497.

GJERDE, J., «Identidades múltiples y complementarias: inmigrantes, líderes étnicos y el Estado en los Estados Unidos», *Estudios Migratorios Latinoamericanos,* 42, 1999, págs. 3-21.

GLICK-SCHILLER, N., y FOURON, G. E., *Georges Woke Up Laughing: Long-distance Nationalism and the Search for Home,* Durham, Duke University Press, 2001.

GOEBEL, M., *Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism,* Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

GOITIA OSTOLAZA, F., *La cuestión de Irlanda y la vascongada,* San Sebastián, Imp. La Voz de Guipúzcoa, 1891.

GÓMEZ, F., *Naciones ibéricas,* La Habana, Rambla, Bouza y Cía, 1931.

GONZÁLEZ CALLEJA, E., y LIMÓN NEVADO, F., *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e Imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española,* Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1988.

GORDON, D. C., *The French Language and National Identity (1930-1975),* La Haya, Mouton, 1978.

GRANJA, J. L. de la, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia,* Madrid, Tecnos, 1995.

GREENFIELD, L., *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1993.

GRIFFITH, A., *The Resurrection of Hungary: A Parallel for Ireland,* Dublín, Whelan and Son, 1904.

GUIOMAR, J.-Y., *Rélations entre les mouvements autonomistes, régionalistes et fédéralistes et les partis de la gauche française, 1919-1939,* Tesis de licenciatura, Université de Paris I, 1968.

HARRINGTON, Th. S., «El Cercle Maristany i la interpenetració dels sistemes literaris de la Península Ibérica», *Revista de Catalunya,* 175, 2002, págs. 107-127.

— «Belief, Institutional Practices, and Intra-Iberian Relations», en B. Epps y L. Fernández Cifuentes (eds.), *Spain Beyond Spain. Modernity,*

Literary History, and National Identity, Cranbury, Rosemont, 2005, págs. 205-228.

— «Risco and Portugal: Contacts Previous to the Institutional Consolidation of Galician Nationalism», *Galician Review,* 5-6, 2006-2007, págs. 46-65.

— «The Hidden History of Tripartite Iberianism 1898-1960», en F. Cabo Aseguinolaza (ed.), *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula,* Ámsterdam, John Benjamins, vol. I, 2010, págs. 147-170.

HARTMANN, A., *Osteraufstand und Bürgerkrieg: Die irische Revolution in Geschichte und Literatur,* Colonia, Böhlau, 2003.

HASLINGER, P., *Nation und Territorium im tschechischen politischen Diskurs 1880-1938,* Múnich, Oldenbourg, 2009.

HASLINGER, P., y HOLZ, K., «Selbstbild und Territorium. Dimensionen von Identität und Alterität», en P. Haslinger (ed.), *Regionale und nationale Identitäten. Wechselwirkungen und Spannungsfelder im Zeitalter moderner Staatlichkeit,* Würzburg, Ergon-Verlag, 2000, págs. 15-38.

HAUPT, H.-G., y TACKE, Ch., «Die Kultur des Nationalen: Sozial- und kulturgeschichtliche Ansätze bei der Erforschung des europäischen Nationalismus im 19. und 20. Jahrhundert», en W. Hardtwig y H.-U. Wehler (eds.), *Kulturgeschichte Heute,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996, págs. 255-283.

HEATER, D., *National Self-Determination: Woodrow Wilson and His Legacy,* Nueva York, St. Martin's Press, 1994.

HECHTER, M., *Internal Colonialism: The Celtic Periphery in British National Development, 1536-1966,* Berkeley, University of California Press, 1975.

HECHTER, M., y LEVI, M., «The Comparative Analysis of Ethnoregional Movements», *Ethnic and Racial Studies,* II: 3, 1979, págs. 260-274.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M., *Secundino Delgado en Venezuela. El Guanche inédito,* s. l., Centro de la Cultura Popular Canaria, 2003a.

— «El mito de lo vasco en la forja de la Venezuela colonial», *Letterature d'America,* XXIII: 95, 2003b, págs. 55-79.

HROCH, M., *Social Preconditions for National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations,* Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

— *On the National Interest. Demands and Goals of European National Movements of the Nineteenth Century: A Comparative Perspetive,* Praga, Faculty of Arts, Charles University, 2000.

— *Das Europa der Nationen. Die moderne Nationsbildung im europäischen Vergleich,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005.

IGLESIAS AMORÍN, A., *Imagen y repercusiones de la Guerra de Cuba en Galicia, 1895-1898,* Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2008.

INOUE, K., «Propaganda II: Propaganda of Dáil Éireann, 1919-1921», en J. Augusteijn (ed.), *The Irish Revolution, 1913-1923,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002, págs. 87-102.

IRIYE, A., y SAUNIER, P.-Y. (eds.), *The Palgrave Dictionary of Transnational History,* Londres, 2009.

IRVIN, C. L., *Militant Nationalism: Between Movement and Part in Ireland and the Basque Country,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999.

ISABELLA, M., *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

ISPIZUA, S. de, *Historia de los vascos en el descubrimiento, conquista y civilización de América,* Bilbao, s. e., 1914-1915.

— *Los vascos en América. Simón Bolívar,* San Sebastián, Eds. Vascas, 1979 [1918].

JACOB, J. E., *Hills of Conflict: Basque Nationalism in France,* Reno, University of Nevada Press, 1994.

JACOBSON, M. F., *Special Sorrows. The Diasporic Imagination of Irish, Polish, and Jewish Immigrants in the United States,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 1995.

JASPE, A., «"Cautela, seguir mudo": Madrid's Diplomatic Response to the Emergence of the Irish Free State 1918-1931», *Estudios Irlandeses,* 3, 2008, págs. 121-131.

— «Ireland and Spain 1931-1933. Divergent Republics», *Estudios Irlandeses,* 6, 2011, págs. 8-20.

JÁUREGUI, G., *Los nacionalismos minoritarios y la Unión Europea: ¿utopía o ucronía?,* Barcelona, Ariel, 1997.

JENSEN, G., «Dangerous Neutrality: Spain, the Great War, and Modern Catalan Nationalism», en D. Mackaman y M. Mays (eds.), *World War I and the Cultures of Modernity*, Jackson: University Press of Mississippi, 2000, págs. 117-124.

JERAM, S.; VAN DER ZWET, A., y WISTHALER, V., «Friends or Foes? Migrants and Sub-state Nationalists in Europe», *Journal of Ethnic and Migration Studies,* 42: 8, 2016, págs. 1229-1241.

JOHNSON, N., «Senegalese «into Frenchmen»? The French Technology of Nationalism in Senegal», *Nationalism and Ethnic Politics,* 10: 1, 2004, págs. 135-158.

JUARISTI, J., *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos,* Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

JUNGHANN, O., *Die nationale Minderheit,* Berlín, Zentralverlag Gmbh, 1931.

KAPPELER, A., *Kleine Geschichte der Ukraine,* Múnich, Beck, 2009.

KEATING, M., *Nations against the State: The New Politics of Nationalism in Quebec, Catalonia, and Scotland,* Houndmills, Palgrave, 2001.

KENNY, K., «Diaspora and Comparison: The Global Irish as a Case Study», *Journal of American History,* 90: 1, 2003, págs. 134-162.

KEOGH, D., «The Origins of the Irish Foreign Service in Europe (1919-1922», *Études Irlandaises,* 7, 1982, págs. 145-164.

— *Ireland and Europe, 1919-1948,* Dublín, Gill & Macmillan, 1988.

KETTENACKER, L., *Nationalsozialistische Volkstumspolitik in Elsaß,* Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1973.

KLEIN, J. M., «Spaniards and the Politics of Memory in Cuba, 1898-1934», Tesis doctoral, University of Texas at Austin, 2002. Disponible en:

https://repositories1.lib.utexas.edu/handle/2152/706.
KOCHNITJKY, L., *La Quinta Stagione o i Centauri di Fiume,* Bolonia, Zanichelli, 1922.
KOHN, H., *The Idea of Nationalism: A Study in Its Origins and Background,* Nueva York, Macmillan, 1944.
— *Historia del nacionalismo,* México, FCE, 1949.
— *Living in a World Revolution: My Encounters with History,* Nueva York, Simon and Schuster, 1964.
KORTAZAR, J., «Analysis of the Personality of Jose Manuel Etxeita (1842-1915) through a Study of His Letters», *Revista Internacional de Estudios Vascos,* 53: 2, 2008, págs. 476-506.
KRAUS, P. A., *Europäische Öffentlichkeit und Sprachpolitik. Integration durch Anerkennung,* Fráncfort, Campus, 2004.
KUZIO, T., «Review Article: Ukrainian Historiography and Nation Building», *Nationalism & Ethnic Politics,* 6: 4, 2000, págs. 106-109.
KYMLICKA, W., «Federalismo y secesión: Oriente y Occidente», en R. Máiz (comp.), *Europa Mundi. Construcción de Europa, democracia y globalización,* Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, vol. II, 2001, págs. 793-846.
— «Federalism and Secession at Home and Abroad», en R. Máiz y F. Requejo (eds.), *Democracy, Nationalism and Multiculturalism,* Londres, Frank Cass, 2005, págs. 108-126.
KYMLICKA, W., y OPALSKI, M. (eds.), *Can Liberal Pluralism be Exported? Western Political Theory and Ethnic Relations in Eastern Europe,* Oxford, Oxford University Press, 2002.
LAFFAN, M., *The Resurrection of Ireland: The Sinn Féin Party, 1916-1923,* Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
LAFONT, R., *La révolution régionaliste,* París, Gallimard, 1967.
LAITIN, D., «Language Normalization in Estonia and Catalonia», *Journal of Baltic Studies,* 23: 2, 1992, págs. 149-166.
— *Nations, States and Violence,* Oxford, Oxford University Press, 2007.
LANDABURU, J., *Obras completas,* Bilbao, Idatz Ekintza, vol. I, 1982.

LANGEWIESCHE, D., *Nation, Nationalismus, Nationalstaat in Deutschland und Europa,* Múnich, Beck, 2000.

— «Nationalismus – Ein generalisierender Vergleich», en G. Budde, S. Conrad y O. Janz (eds.), *Transnationale Geschichte – Themen, Tendenzen und Theorien,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006, págs. 175-189.

LARRAZA, M.ª del M., «Lope de Aguirre», en S. de Pablo (coord.), *100 Símbolos Vascos. Identidad, cultura, nacionalismo,* Madrid, Tecnos, 2016, páginas 52-53.

LARRIERES, M., *L'Occitanie, minorité française,* Narbona, Occitania ed., 1933.

LARRONDE, J. C., *El movimiento eskualerrista (1932-1937),* Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1994.

LE FUR, L., *Les Droits et les Devoirs de la France vis-à-vis de la Bretagne,* s. l., BleunBrug, 1937.

LE GOFFIC, Ch., «Prólogo», en F. J. Desthieux, *L'évolution régionaliste. Du Félibrige au fédéralisme,* París, Bossard, 1918, págs. v y ss.

LE ROUX, L. N., *L'Irlande Militante. La Vie de Patrick Pearse, avec une introduction historique et 15 photographies,* Rennes, Imprimerie Commerciale de Bretagne, 1932.

LEACH, D., *Fugitive Ireland. European Minority Nationalists and Irish Political Asylum, 1937-2008,* Dublín, Four Courts, 2009.

LECA, A., «"A Muvra" ou le procès de la France par les autonomistes corses (1920-1939)», en VV. AA., *L'Europe entre deux tempéraments politiques: idéal d'unité et particularismes régionaux,* Aix-en-Provence, Presses Universitaires d'Aix-Marseille, 1994, págs. 525-544.

LEDEEN, M., *The First Duce. D'Annunzio at Fiume,* Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977.

LEERSSEN, J., «Nationalism and the Cultivation of Culture», *Nations and Nationalism,* 12: 4, 2006a, págs. 559-578.

— *National Thought in Europe: A Cultural History,* Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2006b.

LIEBICH, A., «Searching for the Perfect Nation: The Itinerary of Hans Kohn (1891-1971)», *Nations and Nationalism,* 12: 4, 2006, págs. 579-596.

LIJPHART, A., «Political Theories and the Explanation of Ethnic Conflict in the Western World: Falsified Predictions and Plausible Postdictions», en M. J. Esman (ed.), *Ethnic Conflict in the Western World,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1977, págs. 46-65.

LIZANA, J. M.ª de, *Cartas irlandesas y húngaras,* Bilbao, Viuda de Delmas, 1881.

LLANOS Y TORRIGLIA, F. de, *Cataluña e Irlanda,* Madrid, Jaime Batés, 1919.

LÓPEZ BOFILL, H., *La independència i la realitat: bases politiques, jurídiques i socials per a la sobirania de Catalunya,* Palma de Mallorca, Moll, 2005.

LÓPEZ DE MATURANA, V., «Simón Bolívar», en S. de Pablo (coord.), *100 Símbolos Vascos. Identidad, cultura, nacionalismo,* Madrid, Tecnos, 2016, páginas 54-55.

LÓPEZ MIRA, A. X. (ed.), *Galicia e Portugal: a fronteira esvaída,* Ourense, Deputación Provincial, 2002.

LORENTE, M., *La Nación y las Españas: Representación y territorio en el constitucionalismo gaditano,* Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2010.

LORENZO ESPINOSA, J. M.ª, «Influencia del nacionalismo irlandés en el nacionalismo vasco, 1916-1936», en *XI Congreso de Estudios Vascos. Nuevas formulaciones culturales: Euskal Herria y Europa,* San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, 1992, págs. 239-247.

LUCCI, M., «El activismo patriótico de los "catalanes de América" de Buenos Aires: desde 1916 hasta el final del Casal Català», Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009.

MAALOUF, A., *Les identités meurtrières,* París, Grasset, 1998.

MADARIAGA, R. M.ª de, «Le nationalisme basque et le nationalisme catalan face au problème colonial au Maroc», *Pluriel,* 13, 1978, págs. 31-54.

— *Los moros que trajo Franco,* Madrid, Martínez Roca, 2002.

MAGOCSI, P., *A History of Ukraine,* Toronto, Toronto University Press, 1996.

MAILLOT, A., «Comrades in Arms: Sinn Féin and Basque Separatism», *Nordic Irish Studies,* 4, 2005, págs. 1-12.

MANELA, E., *The Wilsonian Moment: Self-determination and the Origins of Anticolonial Nationalism,* Oxford, Oxford University Press, 2007.

MANSVELT-BECK, J., *Territory and Terror: Conflicting Nationalisms in the Basque Country,* Londres y Nueva York, Routledge, 2005.

MARC, A., y DUPUIS, R., *Jeune Europe,* París, Plon, 1933.

MARCILHACY, D., «Cristóbal Colón, un héroe hispanizado. Controversias en torno a su patria de origen y homenajes monumentales», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, págs. 153-181.

— *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

MARFANY, J.-Ll., *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis,* Barcelona, Empúries, 1995.

MARTÍ, C., *Los catalanes en América: Cuba,* La Habana, J. Hernández Lapido, 1921.

MARTÍN ÁLVAREZ, A., y REY TRISTÁN, E. (eds.), *Revolutionary Violence and the New Left. Transnational Perspectives,* Londres, Routledge, 2017.

MARTIN-MÁRQUEZ, S., *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity,* New Haven, Yale University Press, 2008.

MARTÍNEZ ANTONIO, F. J., *Intimidades de Marruecos. Miradas y reflexiones de médicos españoles sobre la realidad marroquí a finales del siglo XIX,* Madrid, Miraguano, 2009.

— «Von Spanien im Übersee zum Spanien in Afrika: Übr die Eigentumlichkeit des spanischen Imperiums im 19. Jahrhundert», *Mittelweg,* 36: 6, 2013, págs. 18-35.

MARTÍNEZ FIOL, D., «Aliadòfils i germanòfils a Catalunya. Elements per comprendre la mobilització catalanista durant la Gran Guerra (1914-1918)», en D. Martínez Fiol (ed.), *El catalanisme i la Gran Guerra.*

Antologia, Barcelona, La Magrana / Diputació de Barcelona, 1988, páginas v-xxxix.

MARTÍNEZ-GIL, V., *El naixement de l'iberisme catalanista,* Barcelona, Curial, 1997.

MASERAS, A., *Poesies. Teixeira de Pascoaes,* Barcelona, Ed. de la Rosa dels Vents, 1938.

MATOS, S. Campos, «Conceitos de iberismo em Portugal», *Revista de História das Ideias,* 28, 2007, págs. 169-193.

MAUME, P., «The Ancient Constitution: Arthur Griffith and His Intellectual Legacy to Sinn Féin», *Irish Political Studies,* 10: 1, 1995, págs. 125-137.

MAXWELL, A. (ed.), *The Comparative Approach to National Movements. Miroslav Hroch and Nationalism Studies,* Londres, Routledge, 2012.

MCDONOGH, G. W., «Other People's Nations: Towards an Interactive Model of Nationalist Movements», *Canadian Review of Studies in Nationalism,* 14: 2, 1987, págs. 297-316.

MCGARRY, F., *Irish Politics and the Spanish Civil War,* Cork, Cork University Press, 1999.

— *The Rising: Ireland, Easter 1916,* Oxford, Oxford University Press, 2016.

MCGARRY, J., y KEATING, M. (eds.), *European Integration and the Nationalities Question,* Londres, Routledge, 2006.

MEDEIROS, A. de, «Discurso nacionalista e imagens de Portugal na Galiza», *Etnográfica,* VII: 2, 2003, págs. 321-349.

— *Los dos lados de un río: nacionalismos y etnografías en Portugal y en Galicia,* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI, 2006.

MEES, L., *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923),* Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1992.

MEES, L.; GRANJA, J. L. de la; PABLO, S. de, y RODRÍGUEZ RANZ, J. A., *La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960),* Madrid, Tecnos, 2014.

MERRIMAN, M., y JONES, R., «Nations, Materialities and Affects», *Progress in Human Geography,* 41: 5, 2017, págs. 600-617.

MIGNOLO, W., *Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking,* Princeton, Princeton University Press, 2000.

MILLER, A., *The Ukrainian Question. The Russian Empire and Nationalism in the Nineteenth Century,* Nueva York y Budapest, CEU Press, 2003.

MILLER, N., «The Historiography of Nationalism and National Identity in Latin America», *Nations and Nationalism,* 12: 2, 2006, págs. 201-221.

MIR, G., *El mallorquinisme polític, 1840-1936,* Palma de Mallorca, Ed. Moll, 1980.

MOLINA, C. A. (ed.), *Alfar: Revista de la Casa América-Galicia,* A Coruña, Nós, 1989.

MONNER SANS, R., *Los catalanes en la defensa y reconquista de Buenos Aires: boceto histórico (1806-1807),* Buenos Aires: Librería de Juan Bonmatí, 1893.

— *Los catalanes en la Argentina,* Buenos Aires, Coni, 1927.

MONTEAGUDO, H., *Historia social da lingua galega,* Vigo, Galaxia, 1999.

MORDREL, O., *Breiz Atao ou histoire et actualité du nationalisme breton,* París, A. Moreau, 1973.

MORENO LUZÓN, J. (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

— «Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y centenario de las independencias en 1910-1911», *Historia Mexicana,* LX: 1, 2010, págs. 561-640.

NAGEL, K.-J., «Dilemmas of Stateless Nations in the European Union», en F. Requejo y R. Máiz (eds.), *Democracy, Nationalism and Multiculturalism,* Londres y Nueva York, Frank Cass, 2005, págs. 127-143.

— «Entre la "independencia en Europa", una "Europa de cien banderas" y una Europa "de" o "con las regiones"», *Hermes,* 37, 2011, págs. 4-23.

NAIMARK, N. M., *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth Century Europe,* Cambridge (MA), Harvard University Press, 2001.

NAIRN, T., *The Break-Up of Britain,* Londres, NLB/Verso, 1977.

NAUMANN, M., *Strukturwandel des Heroismus: vom Sakralen zum revolutionären Heldentum,* Königstein/Ts, Athenäum, 1984.
NEIRA VILAS, X., *Galegos que loitaron pola independencia de Cuba,* Sada, Eds. do Castro, 1998.
NICOLAS, M., *Histoire de la révendication bretonne,* Spézet, Coop Breizh, 2007.
NOVO GARCÍA, E., *Cuba y España: Réplica a juicios de Curros Enríquez sobre un libro de Montoro,* La Habana, s. e., 1894.
NÚÑEZ SEIXAS, X. M., *O galeguismo en América, 1879-1936,* Sada, Eds. do Castro, 1992a.
— «El mito del nacionalismo irlandés y su influencia en los nacionalismos gallego, vasco y catalán (1880-1936)», *Spagna Contemporanea,* 2, 1992b, págs. 25-58.
— «Portugal e o galeguismo até 1936. Algumas considerações históricas», *Penélope. Fazer e Desfazer a História,* 11, 1993, págs. 67-81.
— *Entre Ginebra y Berlín. La cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa, 1914-1939,* Madrid, Akal, 2001a.
— «Colón y Farabutti: Discursos hegemónicos de la élite gallega de Buenos Aires (1880-1930)», en X. M. Núñez Seixas (ed.), *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina,* Buenos Aires, Biblos, 2001b, págs. 219-249.
— *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis, 2.ª ed., 2004.
— *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española, 1936-1939,* Madrid, Marcial Pons, 2006.
— «Identités ethniques partagées et divisées: le cas de la frontière entre la Galice et le Portugal», *Mirmanda,* 4, 2009, págs. 44-55.
— «Nations and Territorial Identities in Europe: Transnational Reflections», *European History Quarterly,* 40: 4, 2010a, págs. 669-684.
— *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa, 1914-1936,* Catarroja, Afers/PUV, 2010b.
— «Historiographical Approaches to Sub-national Identities in Europe: A Reappraisal and Some Suggestions», en J. Augusteijn y E. Storm (eds.),

Region and State in Nineteenth-Century Europe, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2012a, págs. 13-35.

— «Irlanda», en J. L. de la Granja *et al.* (eds.), *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco,* Madrid, Tecnos, 2012b, págs. 547-562.

— *Icônes littéraires et stéréotypes sociaux: L'image des immigrants galiciens en Argentine (1800-1960),* Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2013a.

— «La(s) lengua(s) de la nación», en J. Moreno Luzón y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX,* Barcelona, RBA, 2013b, págs. 246-286.

— *Las patrias ausentes. Estudios sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960),* Oviedo, Genueve Eds., 2014.

— «Nation-Building and Regional Integration: The Case of the Spanish Empire (1700-1914)», en S. Berger y A. Miller (eds.), *Nationalizing Empires,* Budapest y Nueva York, CEU Press, 2015, págs. 195-245.

— «Nacionalismo y construcción nacional en América Latina: algunas reflexiones comparativas», en K. Motzkau, V. Höse y A. Sáez-Arance (eds.), *Identidades nacionales en América Latina. Discursos, saberes, representaciones,* Stuttgart, Heinz, 2017, págs. 29-47.

Núñez Seixas, X. M.; Stynen, A., y Van Ginderachter, M. (eds.), *Emotions and Everyday Nationalism in Modern European History,* Londres, Routledge (en prensa).

Nygard, S., y Strång, J., «Facing Asimmetry: Nordic Intellectuals and Center-Periphery Dynamics in European Cultural Space», *Journal of the History of Ideas,* 77: 1, 2016, págs. 75-98.

O'Malley, K., *Ireland, India and Empire. Indo-Irish Radical Connections, 1919-1964,* Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2008.

Obradovic, M., «The Sociohistoric Roots of East European Nationalism», *Canadian Review of Studies in Nationalism,* 24: 1-2, 1997, págs. 63-73.

Okoth, A., *A History of Africa, 1915-1995. Vol. 2: African Nationalism and the De-Colonisation Process,* Nairobi, etc., East African Educational Publishers, 2006.

ORTEGA Y GASSET, J., *España invertebrada,* Madrid, Espasa-Calpe, 1921.
ORTIZ Y SAN PELAYO, F., *Los vascos en América,* Buenos Aires, Libr. La Facultad de Juan Roldán, 1915.
ØSTERGÅRD, U., «Nation-Building and Nationalism in the Oldenburg Empire», en S. Berger y A. Miller (eds.), *Nationalizing Empires,* Budapest y Nueva York, CEU Press, 2013, págs. 461-509.
OSTERKAMP, J., y SCHULZE-WESSEL, M. (eds.), *Exploring Loyalty,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2017.
OTAEGUI, T. de, *Derecho de gentes argentino. Su generosidad. Influencia vasca en su constructividad,* Buenos Aires, Sebastián de Amorrortu, 1925.
ÖZKIRIMLI, U., *Contemporary Debates on Nationalism. A Critical Engagement,* Houndmills, Palgrave Macmillan, 2005.
PABLO, S. de, «¡Grita Libertad! El nacionalismo vasco y la lucha por la independencia de las naciones africanas», *Memoria y Civilización,* 15, 2012, págs. 267-284.
PABLO, S. de; MEES, L., y RODRÍGUEZ RANZ, J. A., *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, I. 1895-1936,* Barcelona, Crítica, 1999.
PEGG, C., *Evolution of the European Idea, 1919-1932,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983.
PÉREZ SAMPER, M.ª A., *Portugal i Catalunya el 1640: dos pobles en una cruïlla,* Barcelona, Curial, 1992.
PÉREZ VEJO, T., «Cuando los españoles estuvieron a punto de dejar de ser gachupines», en T. Pérez Vejo (ed.), *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana, 1810-1910,* México D. F., El Colegio de México, 2011, págs. 213-244.
— «España vista desde Hispanoamérica», en A. Morales Moya, J. P. Fusi y A. de Blas Guerrero (eds.), *Historia de la nación y del nacionalismo español,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, págs. 1048-1068.
PETRI, R., «Il risorgere delle regioni nel contesto dell'integrazione europea. Sviluppi recenti e prospettiva storica», en G. Albanese *et al.* (eds.),

L'intelletuale militante. Scritti per Mario Isnenghi, Portogruaro, Nuova Dimensione, 2007, págs. 365-388.

PIRJEVEC, J., «Die politische Theorie und Tätigkeit Josef Wilfans», en U. Corsini y D. Zaffi (eds.), *Die Minderheiten zwischen den beiden Weltkriegen,* Berlín, Duncker & Humblot, 1997, págs. 167-174.

PLAMENATZ, J., «Two Types of Nationalism», en E. Kamenka (ed.), *Nationalism,* Canberra, Australian National University Press, 1973, págs. 22-37.

POMPONI, F., «Le régionalisme en Corse dans l'entre-deux-guerres (1919-1939)», en C. Gras y C. Livet (eds.), *Régions et régionalisme en France, du XVIII^ème siècle à nos jours,* París, PUF, 1977, págs. 393-415.

PORTEIRO GAREA, L., *A los gallegos emigrados,* A Coruña, Tip. El Noroeste, 1918.

PORTILLO VALDÉS, J. M.ª, *Crisis atlántica: autonomía e independencia en la crisis de la Monarquía Hispana,* Madrid, Marcial Pons, 2006.

POTT, W., *Auf der Suche nach Unterstützung für Irland: Roger Casements Wirken in Deutschland und die deutsche Unterstützung des Osteraufstandes,* Múnich, AVM, 2011.

PUHLE, H.-H., «Nationalismus in Lateinamerika», en H.-A. Winkler (ed.), *Nationalismus,* Fráncfort, Athäneum, 1985, págs. 265-285.

— *Staaten, Nationen und Regionen in Europa,* Viena, Picus Verlag, 1995.

QUÉRÉ, L., *Jeux interdits à la frontière,* París, Anthropos, 1978.

QUIROGA, A., *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930),* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

RAFANELL, A., *Els catalans i l'occitanisme,* Barcelona, Quaderns Crema, 2006.

RAHOLA, F., *Sangre nueva. Impresiones de un viaje á la América del Sud,* Barcelona, Serra Hnos. y Russell, 1909.

— *Programa americanista: post-guerra,* Barcelona, Casa América, 1919.

REESKENS, T., y HOOGHE, M., «Beyond the civic-ethnic dichotomy: investigating the structure of citizenship concepts across thirty-three countries», *Nations and Nationalism,* 16: 4, 2010, págs. 579-597.

RIBERA I ROVIRA. I., *Ensayos iberistas. Portugal y Galicia nación. Identidad étnica, histórica, literaria, filológica y artística,* Barcelona, R. Tobella, 1911.

RINA SIMÓN, C., «Expectativas iberistas en la contemporaneidad. Una propuesta conceptual», *Ayer,* 108, 2017, págs. 179-201.

RIQUER, B. de, *Lliga Catalana: La burgesia catalana i el nacionalisme, 1898-1904,* Barcelona, Eds. 62, 1977.

ROCAMORA, J. A., *El nacionalismo ibérico: 1732-1936,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994.

ROJAS, A., *El elemento vasco en la historia de Venezuela* [1874], en *Orígenes venezolanos,* Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2008, páginas 350-362.

ROJAS, R., *Retablo español,* Buenos Aires, Losada, 1938.

ROJO HERNÁNDEZ, S., «Prensa bretona y nacionalismo vasco durante la Guerra Civil: la revista *Peuples et Frontières», Sancho el Sabio,* 18, 2003, págs. 89-104.

ROTHENBERGER, H., *Die Elsass-lothringische Heimat- und Autonomiebewegung zwischen den beiden Weltkriegen,* Fráncfort, Peter Lang, 1976.

ROUX, Ch., «Forty Years Later. Eugen Weber's Contribution to an Empirical Approach of European State-led Nation-building», *National Identities,* 17, 2017 (disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14608944.2017.1336525).

ROY, J., *Catalunya a Cuba,* Barcelona, Barcino, 1988.

— *Josep Conangla i Fontanilles (Montblanc 1875-l'Havana 1965). Patriarca del nacionalisme català a Cuba,* Tarragona, El Mèdol, 1999.

RUIZ DESCAMPS, N., *Historia de las organizaciones juveniles del nacionalismo vasco (1893-1923),* Leioa, UPV/EHU, 2012.

SAINT-PIERRE, J., «Breiz Atao, le second mouvement breton. De l'autonomisme à la collaboration (1919-1945)», en VV. AA., *L'Europe entre deux tempéraments politiques: idéal d'unité et particularismes régionaux,* Aix-en-Provence, Presses Universitaires d'Aix-Marseille, 1994, págs. 511-523.

SALLÉS, A., y UCELAY-DA CAL, E., «L'analogia falsa. El nacionalisme basc davant de la Republica Catalana i la Generalitat provisional, abril-juliol de 1931», en B. de Riquer, M. González Portilla y J. Maluquer de Motes (eds.), *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos,* Barcelona, UAB, 1985, págs. 443-470.

SANTOS ARAÚJO, J. D., *Portugal e Galiza, encantos e encontros,* Santiago de Compostela, Edicións Laiovento, 2004.

SAPPEZ, D., *Ciudadanía y autonomismo en Cuba. Antonio Govín (1847-1914),* Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2016.

SARMIENTO, D. F., *Conflicto y armonías de las razas en América. Tomo primero,* Buenos Aires, Imprenta de D. Túñez, 1883.

SAZ CAMPOS, I., *España contra España. Los nacionalismos franquistas,* Madrid, Marcial Pons, 2003.

SAZ CAMPOS, I., y ARCHILÉS, F. (eds.), *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea,* Valencia, PUV, 2012.

SCHAMELHOUT, G., «De Staatenbond en de ethnische minderheden», en *Ethnische vraagstukken en verzamelde toespraken,* Amberes, Schamelhout-Huldecomité, 1939, págs. 15-27.

SCHENK, F. B., «Mental Maps. Die Konstruktion von geographischen Räumen in Europa seit der Aufklärung. Literaturbericht», *Geschichte und Gesellschaft,* 28, 2002, págs. 493-514.

SCHMIDT-NOWARA, Ch., «"La España ultramarina": Colonialism and Nation-building in Nineteenth-Century Spain», *European History Quarterly,* 34: 2, 2004, págs. 191-214.

SCHÖPFLIN, G., «Nationalism and Ethnicity in Europe», en Ch. Kupchan (ed.), *Nationalism and Nationalities in the New Europe,* Ithaca, Cornell University Press, 1993, págs. 37-65.

SCHULZ, M., *Regionalismus und die Gestaltung Europas,* Hamburgo, Kraemer, 1993.

SEIGNOBOS, Ch., *Les aspirations autonomistes en Europe,* París, Alcan, 1913.

SEPÚLVEDA, I., *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo,* Madrid, Marcial Pons-Fundación Carolina, 2005.

SERRANO, C., *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos, nación,* Madrid, Taurus, 1999.

SETON-WATSON, C., y SETON-WATSON, H., *The Making of a New Europe. R. W. Seton-Watson and the Last Days of Austria-Hungary,* Londres, Methuen, 1981.

SHAFIR, G., *Immigrants and Nationalists: Ethnic Conflict and Accommodation in Catalonia, The Basque Country, Latvia, and Estonia,* Nueva York, SUNY Press, 1995.

SHULMAN, S., «Challenging the Civic/Ethnic and West/East Dichotomies in the Study of Nationalism», *Comparative Political Studies,* 35: 5, 2002, págs. 554-585.

SKEY, M., «The National in Everyday Life: A Critical Engagement with Michael Billig's Thesis of Banal Nationalism», *The Sociological Review,* 57: 2, 2009, págs. 331-346.

SLUGA, G., «Identity, Gender, and the History of European Nations and Nationalisms», *Nations and Nationalism,* 4: 1, 1997, págs. 87-111.

— «The Nation and the Comparative Imagination», en D. Cohen y M. O'Connor (eds.), *Comparison and History. Europe in Cross-National Perspective,* Nueva York y Londres, Routledge, 2004, págs. 103-114.

SMITH, A. D., *Nationalist Movements,* Londres, Macmillan, 1976.

— *National Identity,* Londres, Penguin, 1991.

— «Nationalism and the Historians», *International Journal of Comparative Sociology,* XXXIII: 1-2, 1992, págs. 58-80.

— «A Europe of Nations, or the Nation of Europe?», *Journal of Peace Research,* 30: 2, 1993, págs. 129-135.

SNYDER, L. L., *Macro-Nationalism: A History of the Pan-Movements,* Londres, Greenwood, 1984.

SOLER PARÍCIO, P., «Irlanda y la Guerra Civil Española: nuevas perspectivas de estudio», Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2014.

SOTO, Ó., *Los derechos de Cataluña ante la Sociedad de las Naciones,* La Habana, Imprenta Salud, 1926.

SPARWASSER, R., *Zentralismus, Dezentralisation, Regionalismus und Föderalismus in Frankreich. Eine institutionen-, theorien- und ideengeschichtliche Darstellung,* Berlín, Duncker & Humblot, 1986.

STORM, E., «Regionalism in History, 1890-1945: The Cultural Approach», *European History Quarterly,* 33: 2, 2003, págs. 251-265.

STRADLING, R., *The Irish and the Spanish Civil War 1936-1939. Crusades in Conflict,* Manchester, Manchester University Press, 1999.

STRUVE, K., *Bauern und Nation in Galizien. Über Zugehörigkeit und soziale Emanzipation im 19. Jahrhundert,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005.

STUCKI, A., «¿Guerra entre hermanos en la Gran Antilla? La imagen del rebelde cubano (1868-1898)», en X. M. Núñez Seixas y F. Sevillano (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX),* Madrid, CEPC, 2010, páginas 271-294.

STUTJE, K., «Indonesian Identities Abroad: International Engagement of Colonial Students in the Netherlands, 1908-1931», *Low Countries Historical Review,* 128, 2013, págs. 151-172.

— «Indonesian Islam in Interwar Europe: Muslim Organizations in the Netherlands and Beyond», en B. Agai, U. Ryad y M. Sajid (eds.), *Muslims in Interwar Europe. A Transcultural Historical Perspective,* Leiden y Boston, Brill, 2016, págs. 125-150.

SUÁREZ CORTINA, M., y PÉREZ VEJO, T. (eds.), *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada,* Madrid, Biblioteca Nueva / Publican, 2010.

SWARTZ, M., *The Union of Democratic Control in British Politics during the First World War,* Oxford, Clarendon Press, 1971.

SYMMONS-SYMONOLEWICZ, K., *Nationalist Movements: A Comparative View,* Meadville, Pa., Maplewood Press, 1970.

TACKE, Ch., *Denkmal im sozialen Raum. Nationale Symbole in Deutschland und Frankreich im 19. Jahrhundert,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1995.

TEIJEIRO MARTÍNEZ, B., *Gallegos ilustres en América durante el descubrimiento y conquista,* Buenos Aires, Impr. «El Correo Español», 1901.

THER, Ph., *Die dunkle Seiten des Nationalstaates. «Ethnische Säuberungen» im modernen Europa,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2011.

THER Ph., y SILJAK, A. (eds.), *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948,* Lanham, Rowman & Littlefield, 2001.

THIESSE, A.-M., *Ils apprennaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique,* París, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997.

— *La création des identités nationales. Europe XVIII^e^-XX^e^ siècle,* París, Seuil, 2001.

THOMPSON, W. I., *The Imagination of an Insurrection. Dublin, Easter 1916; a Study of an Ideological Movement,* West Stockbridge, Lindisfarne Press, 1982.

TODOROVA, M., *Imagining the Balkans,* Nueva York, Oxford University Press, 1997.

TORRES FEIJÓ, E., «A Galiza em Portugal, Portugal na Galiza através das revistas literarias: (1900-1936)», Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 1995.

— «Cultura portuguesa e legitimação do sistema galeguista: historiadores e filólogos (1880-1891)», *Ler História,* 36, 1999, págs. 273-318.

TRAMPLER, K. (ed.), *Die Krise des Nationalstaates,* Múnich, Verlag Hirth, 1931.

TRAMPLER, K., y HAUSHOFER, K. (eds.), *Deutschlands Weg an der Zeitenwende,* Múnich, Hugendubel Verlag, 1931.

TROEBST, S., «Wien als Zentrum der mazedonischen Emigration in den Zwanziger Jahren», *Mitteilungen des bulgarischen Forschungs instituts in Österreich,* II: 2, 1979, págs. 68-86.

UCELAY-DA CAL, E., «Els enemics dels meus enemics. Les simpaties del nacionalisme català pels "moros": 1900-1936», *L'Avenç,* 28, 1980, páginas 29-40.

— «El mirall de Catalunya: models internacionals en el desenvolupament del nacionalisme i del separatisme català, 1875-1923», *Estudios de Historia Social,* 28-29, 1984a, págs. 213-220.
— *Francesc Macià. Una vida en imatges,* Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1984b.
— «Cuba y el despertar de los nacionalismos en la España peninsular», *Studia Historica / Historia Contemporánea,* 15, 1997, págs. 151-192.
— «Self-fulfilling Prophecies: Propaganda and Political Models between Cuba, Spain and the United States», *Illes i Imperis,* 2, 1999, págs. 191-220.
— *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España,* Barcelona, Edhasa, 2003.
— «Entre el ejemplo italiano y el irlandés: la escisión generalizada de los nacionalismos hispanos, 1919-1922», *Ayer,* 63, 2006, págs. 147-172.
— «Com independitzar-se a Europa (i Amèrica) abans de 1918: Monarquia o República?», en A. González i Vilalta (ed.), *Une Catalogne indépendante? Geopolítica europea i Guerra Civil Espanyola (1936-1939),* Barcelona, Memorial Democràtic, 2017, págs. 41-77.
UGALDE SOLANO, M., *Mujeres y nacionalismo vasco. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza (1906-1936),* Bilbao, Emakunde, 1993.
UGALDE ZUBIRI, A., *La Acción Exterior del Nacionalismo Vasco (1890-1939): Historia, Pensamiento y Relaciones Internacionales,* Oñati, IVAP, 1996.
— «El primer nacionalismo vasco ante la independencia de Cuba», en A. Ugalde Zubiri (ed.), *Patria y libertad. Los vascos y las guerras de independencia de Cuba (1868-1898),* Tafalla, Txalaparta, 2012, págs. 187-283.
VALENCIA, J., *La ternura de los pueblos. Euskal Herria internacionalista,* Tafalla, Txalaparta, 2011.
VALLS I PUEYO, J., *Ignasi Ribera i Rovira: un gran periodista nascut a Castellbell i el Vilar (1880-1942),* Castellbell i el Vilar, l'Ajuntament, 2003.
VAN GINDERACHTER, M., y BEYEN, M. (eds.), *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century,* Basingstoke, Palgrave

Macmillan, 2012.
VÁZQUEZ CUESTA, P., «Portugal-Galicia, Galicia-Portugal: un diálogo asimétrico», *Colóquio-Letras,* 137-138, 1995, págs. 5-21.
VEIGA, F., *La fábrica de las fronteras. Guerras de secesión yugoslavas 1991-2001,* Madrid, Alianza Editorial, 2011.
VENTURA, A., «A *Seara Nova* e a Galiza: Contribuição para um estudo das relações culturais luso-galegas», *Clio. Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa,* vol. 6, 1987-1988, págs. 141-157.
VILAR, P., «Estado, nación, patria en España y en Francia, 1870-1914», *Estudios de Historia Social,* 28-29, 1984, págs. 7-41.
VILLARES, R., «As relacións da Galiza con Portugal na época contemporánea», *Grial,* 81, 1983, págs. 301-314.
— *Portugal e o galeguismo,* Vilagarcía de Arousa, Concello de Vilagarcía de Arousa, 2002.
VON HIRSCHHAUSEN, U., *Die Grenzen der Gemeinsamkeit. Deutsche, Letten, Russen und Juden in Riga 1860-1914,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.
VOYENNE, B., *Histoire de l'idée fédéraliste,* vol. II: *Le fédéralisme de P. J. Proudhon,* Niza, Presses d'Europe, 1975.
VV. AA., *Los baskos en el Centenario. Adhesión de la colectividad baskongada al Centenario argentino,* Buenos Aires, Tipografía «La Baskonia», 1910.
VV. AA., *L' Europe fédéraliste. Aspirations et réalités,* París, Marcel Giard, 1927.
VV. AA., *Los vascos en las independencias americanas,* Bogotá, Ed. Oveja Negra / Fundación Centro Vasco Euskal Etxea, 2010.
VV. AA., *España, Res Publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX),* Granada, Comares, 2013.
WEBER, E., *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France 1870-1914,* Stanford, Stanford University Press, 1976.
WEICHLEIN, S., «Nationalismus und Nationalstaat in Deutschland und in Europa. Ein Forschungsüberblick», *Neue Politische Literatur,* 2: 3, 2006, págs. 265-351.

WEITZ, E. D., «From the Vienna to the Paris System: International Politics and the Entangled Histories of Human Rights, and Forced Deportations», *American Historical Review,* 113: 4, 2008, págs. 1313-1343.

WERNER, M., y ZIMMERMANN, J., «Beyond Comparison: Histoire Croisée and the Challenge of Reflexivity», *History and Theory,* 45, 2006, páginas 30-50.

WOLFF, L., *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment,* Stanford, Stanford University Press, 1994.

WOLFF, S. J., *Europe and the Nation-State,* Florencia, IUE, Working Paper, 1991.

WOODWORTH, P., «The Basque Conflict & Ireland», *History Ireland,* 9: 3, 2001, págs. 41-47.

WRIGHT, J., *The Regionalist Movement in France: Jean Charles-Brun and French Political Thought,* Oxford, Oxford University Press, 2003.

WYN-JONES, R., «From Utopia to Reality: Plaid Cymru and Europe», *Nations and Nationalism,* 15: 1, 2009, págs. 129-147.

YVIA-CROCE, H., *Vingt années de corsisme (1920-1939). Chronique corse de l'entre-deux-guerres,* Ajaccio, Ed. Myrnos et Mediterranée, 1979.

ZANTEDESCHI, F., «La Catalogna e l'autodeterminazione per l'autonomia negli anni della Grande Guerra», *Memoria e Ricerca,* 21, 2006, páginas 113-132.

Edición en formato digital: 2019

Ilustración de cubierta: Murales en Belfast

© Xosé M. Núñez Seixas, 2019
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3938-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
www.catedra.com